

La droga + dura

ATRÉVETE A PROBARLA



Anny Peterson



ÍNDICE

PRÓLOGO	Pg. 7
1 LOS TRES MOSQUETEROS	Pg. 8
2 INFILTRADOS	Pg. 16
3 LA JOYA DE LA FAMILIA	Pg. 20
4 TITANIC	Pg. 29
5 MUJERCITAS	Pg. 40
6 MUCHO MÁS QUE AMIGOS	Pg. 49
7 DOS POLICÍAS REBELDES	Pg. 58
8 CON FALDAS Y A LO LOCO	Pg. 68
9 EL CLUB DE LA LUCHA	Pg. 77
10 UN DOMINGO CUALQUIERA	Pg. 88
11 LA SIRENITA	Pg. 98
12 50 PRIMERAS CITAS	Pg. 112
13 PARANORMAL ACTIVITY	Pg. 120
14 CARA A CARA	Pg. 132
15 EL GRAN GATSBY	Pg. 144
16 INTOCABLE	Pg. 154
17 BUENAS NOCHES Y BUENA SUERTE	Pg. 164
18 DOBLE TRAICIÓN	Pg. 172
19 CON DERECHO A ROCE	Pg. 182
20 LO QUE LA VERDAD ESCONDE	Pg. 191
21 AMOR CON PREAVISO	Pg. 204
22 CRAZY, STUPID, LOVE	Pg. 213
23 OJALÁ FUERA CIERTO	Pg. 221
24 ABIERTO HASTA EL AMANECER	Pg. 232
25 INTERESTELAR	Pg. 243
26 EL LADO BUENO DE LAS COSAS	Pg. 253

27	AMOR A QUEMARROPA	Pg. 259
28	FIEBRE DEL SÁBADO NOCHE	Pg. 270
29	LA CRUDA REALIDAD	Pg. 277
30	ALGO QUE CONTAR	Pg. 287
31	UNA PAREJA DE TRES	Pg. 295
32	UNA PROPOSICIÓN INDECENTE	Pg. 303
33	LA TRAMPA	Pg. 315
34	LAS DOS CARAS DE LA VERDAD	Pg. 325
35	PLANES DE BODA	Pg. 335
36	EL DÍA DE LA BODA	Pg. 346
37	ATERRIZA COMO PUEDES	Pg. 357
38	STUDIO 54	Pg. 367
39	SIN CITY	Pg. 378
40	EL LOBO DE WALL STREET	Pg. 389
41	LO IMPOSIBLE	Pg. 402
42	CUANDO MENOS TE LO ESPERAS	Pg. 415
	EPÍLOGO	Pg. 428

PRÓLOGO

Marta García, 8 de febrero 2016

Abrió los ojos y a pesar de reconocer que era su cama, tuvo una sensación extraña. Estaba desnuda y ella jamás dormía sin ropa. No sabía

cómo había llegado hasta allí, apenas recordaba la noche anterior, un tremendo dolor de cabeza no le dejaba pensar con claridad y estaba exhausta, como si acabara de correr una maratón. Algo iba mal.

De repente, vio su vestido negro en el suelo y se dio cuenta de que estaba rasgado. Sin duda, algo iba muy mal. Sentía el cuerpo hipersensible y una humedad inusual entre las piernas. En ese momento, un flash borroso de actividad sexual cruzó su cerebro, ahogo una exclamación y se tapó la boca con la mano. No tenía ni idea de quién podía ser él, no lo recordaba, pero tenía clara una cosa: No había sido consentido. Sin embargo, no había podido poner ningún tipo de resistencia.

Entonces lo entendió.

—Me han violado... —susurró con los ojos perdidos en el vacío.

1

LOS TRES MOSQUETEROS

No estaba nerviosa por estar acompañando a un Inspector de policía a

la sala de juntas de la agencia de modelos, lo estaba porque ese representante de las Fuerzas de Seguridad del Estado era mi mejor amigo. Se había presentado allí sin previo aviso fingiendo no conocer a nadie, y supe que me acababa de meter en un buen lío.

Cuando di aviso a *Los Tres Mosqueteros*, como cariñosamente llamaba a mis jefes, una sombra de preocupación recorrió sus caras. Dejaron lo que estaban haciendo y acudieron enseguida.

—Señores, buenos días —comenzó mi amigo apretando manos a cada uno de ellos—. Soy el Inspector Jorge Fuentes y estoy aquí por un asunto de drogas que está salpicando el sector de las agencias de modelos.

—¿Drogas? —preguntó uno receloso.

—Aquí nadie consume drogas —saltó otro a la defensiva.

—Me refiero a las drogas de la violación: Rohypnol, GHB y MDMA concretamente —aclaró Jorge—, ha habido diez casos de violaciones en menos de un año en el mismo círculo, y creemos que puede tratarse de la misma persona. Necesitamos su colaboración.

Cerré lentamente los ojos, no me hacía falta oír más.

Hacía seis meses que trabajaba en CXL Management. Aunque había empezado siendo una agencia de modelos y azafatas, a raíz de participar cada vez en más fiestas y galas, amplió sus servicios a la organización de eventos. El funcionamiento del sector era de sota, caballo y rey; no hacía falta ser muy listo para ver que ese tipo de empresas requieren principalmente de tres cosas básicas: buenos contactos, un mullido colchón financiero y una capacidad de sacrificio a prueba de bombas.

Casualmente, los tres mosqueteros poseían estos requisitos complementándose a la perfección. Leo tenía los contactos, Axel el dinero y a César le bastaba con tener un cociente intelectual de 150 para conseguir todo lo que se propusiera. El broche de oro lo ponía que los tres eran rematadamente atractivos, cosa que era, cuando menos, irritante. Nunca había tenido problemas de autoestima hasta que entré a trabajar en ese entorno, era imposible no sentirse el patito feo. Tanto glamour, tanto estilo, era agotador.

Sin embargo, para mi sorpresa, pronto descubrí que todo el mundo era mucho menos feliz de lo que parecía a simple vista. Algunas modelos tenían más complejos que yo, y para otras, su belleza era un handicap que debían superar para demostrar que eran algo más que una cara bonita,

aunque todas coincidían en que por lo menos les daba un dinero extra.

Como simple mortal podría haberme sentido atraída por cualquiera de mis jefes, pero ese problema desapareció el primer día en cuanto pude catalogar a mi trío de ases.

Leo estaba ligeramente fuera de mi jurisdicción. Pelo Pantene, sonrisa Profident y cuerpo Danone. Entraba en una habitación y se te erizaban los pezones contra tu voluntad. Ese pelazo negro perfilando unos ojos azul claros impresionantes no dejaba indiferente a nadie. Me moría por saber su marca de champú —algún día se la sonsacaría— tenía pinta de ser caro. Era el único de ellos que había sido modelo realmente; conseguir el título de Míster España hacía ocho años le había abierto muchísimas puertas: pasarelas internacionales, contactos en altas esferas de marcas de ropa, publicidad para firmas de maquillaje, medios de comunicación interesados en que participara en realities... La lista era interminable, y todo eso había sido parte fundamental del engranaje de la empresa hasta el día de hoy. En las distancias cortas era el eterno payaso. Nunca sabía cuándo hablaba en serio, y no escondía que era un mujeriego de bandera. Coqueteaba hasta con las máquinas de tabaco, pero en el fondo, me parecía un buen chico jugando a ser el terror de las nenas.

César era el más reservado. Daba un pelín de miedo. Parecía que sus increíbles ojos grises lo veían todo, como si tuviera un rayo láser capaz de verte sin ropa y leer tu mente a la vez. No era nada hablador, pero sí extremadamente expresivo, al menos para mí, había hecho de la comunicación no verbal un arte. Todo el mundo decía que era un genio, por eso me sorprendía que con lo inteligente que era, no se hubiera dado cuenta de que era gay. O tal vez lo supiera, pero le había visto un par de veces en fiestas irse a casa con alguna chica. Estudió a la vez Dirección de Empresas y Derecho Financiero, pero a la hora de expresar emociones, como la mayoría de los superdotados, parecía un poco perdido.

Mi radar para detectar homosexuales encubiertos había sido perfeccionado por mi amigo Jorge, un policía nacional ascendido a Inspector que debía mantenerlo en secreto por prejuicios de una sociedad todavía muy retrógrada. Era la última persona que hubiera pensado que era gay, su pluma era inexistente, pero debido a pequeños matices suyos me había convertido en una experta en distinguirlos. No sería yo quién le diese pistas al pobre César, todo el mundo sabe que el mensajero siempre

muere.

Cuando le conté a Jorge mis sospechas, supe que había sido un error. Según él, no había nada más morboso que conseguir que alguien saliera del armario y se empeñó en conocerle. Cuando me negué en redondo a presentárselo, le advertí que César no era ningún pardillo al que engatusar, sabía que desafiarle no era sensato.

Y por último, estaba Axel. ¿Qué puedo decir que no me haga parecer una psicópata? Desde el primer momento cuando entró en la habitación para hacerme la entrevista de trabajo, sentí un tirón alfa que me dejó idiotizada. Nunca me había pasado con nadie, pensaba que esas cosas solo ocurrían en las películas de Disney. Fue una atracción tan fuerte que tuve que agarrarme a la mesa para no abalanzarme sobre él y empezar a lamerle la nuca. Cuando volví a repasarle detalladamente se me secó la boca, lo admito. Barba de dos días, camisa blanca sin corbata, dos botones desabrochados y debajo un cuerpo definido imposible de obviar... Eso era un hombre con mayúsculas. No sé si fue su pelo de campeón de Surf o su desidia al apretarme la mano como si fuera una más, pero algo me hizo querer impresionarle sin conocerle de nada. Sus ojos color miel con puntitos verdes me escanearon intensamente cuando levantó la cabeza y se molestó en mirarme.

Gracias a Dios, el primero al que me encontré en la recepción de las oficinas fue con César, y me llevó a la sala donde Axel me haría la entrevista. Algo debió ver en mí con alguno de sus superpoderes porque quiso ayudarme dándome la clave para que me contratara.

—Lleva ya tres entrevistas y todas han ido al hoyo —dijo con aire conspirador—. Siempre sale diciendo lo mismo: que él está de trabajo hasta el cuello y necesita una réplica de sí mismo, no una ayudante con horchata en las venas. Necesita coordinación y busca a alguien con sentido común, alguien de quien poder fiarse. Quiere ver seguridad, mala leche, resolución, eficiencia... —dijo con rapidez mirando repetidamente detrás de mí.

Y así fue como conocí a César. Sin tiempo a decir nada más, la puerta se abrió y ambos cruzamos una mirada cómplice que me transmitió muy buen rollo de cara a trabajar allí. Después, mi jefe entró en mi campo de visión y fue cuando casi me da un ictus. No sé muy bien cómo rebotaron mis neuronas otra vez para comenzar a decir algo mínimamente

coherente, pero estuve a un pelo de echarlo todo a perder.

A pesar de su hastío inicial, Axel pareció realmente impresionado cuando mostré la actitud que estaba deseando ver y terminó la entrevista preguntándome si al día siguiente me parecía demasiado pronto para empezar. Solté un gritito y sonrió de tal manera que mis bragas se volatilizaron. De repente, me imaginé haciendo todo tipo de cochinas con él, pero la ilusión me duró poco, una noche de sueños fantásticos muy satisfactoria, porque a la mañana siguiente, cuando las modelos me inundaron de información sobre *Los Tres Mosqueteros*, la noticia de que Axel estaba casado y tenía una niña, cayó como una jarra de agua helada sobre mi libido. Adiós a la fantasía. A partir de aquel instante, intenté pasar página fracasando estrepitosamente. Menuda era yo con la fuerza de voluntad, era más débil que un tiburón viendo una película de Tarantino. Cuanto más le conocía, más perdía el culo por él. Analizaba sus gestos, sus miradas, sus roces, sus sonrisas, cualquier cosa que pudiera indicarme que yo le gustaba, pero a la vez, iba en contra de mis principios liarme con un tío casado. Además, por su forma de ser, quería pensar que él también sería incapaz de hacer algo así. Me estaba volviendo loca y no tardé en hablarlo con Jorge y con mi mejor amiga Isa. Ambos coincidían en que en cuanto se me cruzara otro jamelgo que hiciera palpar mi pepitilla, me olvidaría de este. ¡Qué equivocados estaban!

Las primeras dos semanas en mi nuevo empleo fueron muy intensas. Habían decidido contratar mi ayuda justo siete días antes de la Fashion Week Madrid Primavera-Verano. Por lo visto, les faltaban manos y desde el principio depositaron en mí una gran responsabilidad, lo cual me hizo sentir orgullosa cuando logré sacarlo todo adelante. En poco tiempo hice amistad con la mayoría de las modelos y colaboradores de la agencia, ya se sabe, en situaciones límite de adrenalina, se crea un vínculo más rápido entre la gente, y yo había sido contratada precisamente para encargarme de ese detalle que en el último segundo hacía que el show pudiera continuar. Todo el mundo me adoraba, era como un hada madrina con su varita mágica. Mi móvil echaba humo en los eventos.

Pero hasta detrás de toda hada madrina hay una gran mujer, y esa era Zoe. Le apodé *D'Artagnan* porque era íntima amiga de mis jefes. Colaboraba con ellos a menudo y se pasaba por la agencia día sí, día también. Ella misma me contó que había ido al colegio con Axel y que le

consideraba un hermano. Esa aclaración llegó dos días después de que viera por primera vez cómo invadía su espacio vital de forma más que cariñosa y los imaginara a los dos restregándose el uno contra el otro entre gemidos y sudor. Eso me costó dos noches sin dormir, ya que Zoe se había convertido en alguien indispensable para mí. Era como un pepito grillo que me murmuraba al oído donde no pisar fuera de tiesto en mi nuevo puesto. Recuerdo la primera vez que la vi, no dudé en pensar que era una de las modelos. Era guapa hasta decir basta y con su metro setenta y cinco nadie podía culparme de ello, pero cuando se lo pregunté, se echó a reír de una forma tan irreverente que me cayó bien al instante. Era muy auténtica, y me ayudaba en todo lo que podía sin pedir nada a cambio. Encontrarme gente así después del déficit de amor paterno filial que sufrí en mi niñez, me golpeó como un tsunami. Poco más pude hacer que dar las gracias a un ente invisible por haberla puesto en mi camino. Su “incestuosa” relación con Axel me hubiera perturbado si al poco tiempo no me hubiera dado cuenta de un detalle curioso. La única persona con la que Zoe chocaba abiertamente era con Leo. En sus encuentros con el Mister, o se ignoraban hasta rozar la falta de educación, o discutían airadamente de forma despectiva. Lo cual para mí, solo podía significar una cosa: ¡Habían hecho cochinas! Porque esa indignación solo se alcanza cuando tu oponente te ha sobado las tetas. El día que conseguí sonsacarle la historia a Zoe, casi me caigo de culo.

Cuando me contrataron, César vino a felicitar me muy ufano y comentó que en su opinión, hacía falta un poco de estrógeno dentro de la empresa. Y como siempre, qué razón tenía, porque hay cosas que una mujer solo le contaría a otra mujer.

Un buen día, cuando llevaba un par de meses trabajando allí, se me acercó Marta García y saltó la liebre. Me dijo que necesitaba coger la baja un par de días, y tras entregarme un papel firmado por su médico, no hice más preguntas. El lunes siguiente vino una amiga suya a renovar la baja por otros cinco días y me extrañó. Le pregunté si Marta se encontraba bien, y sus pocas ganas de darme detalles me alertaron e intenté ponerme en contacto con ella. No me cogió el teléfono ni me contestó a los WhatsApp, así que llamé al fijo que aparecía en su currículum porque estaba preocupada. Su adorable madre contestó y me dijo que Marta estaba de viaje con unas amigas. Una alarma nuclear se encendió en mi

cabeza. Esperé con impaciencia a que volviera por la agencia y en cuanto apareció, le apliqué un tercer grado. Normalmente, no suelo meterme en la vida de la gente tan brutalmente, pero tenía un mal presentimiento con ella. Su mala cara, su tristeza y sus ojeras me decían que no estaba bien. Puso poca resistencia confesando enseguida que se había sometido a un aborto y la cosa se le había complicado un poco. Le pregunté si la había acompañado su novio y contestó cabizbaja que no tenía. Unos segundos después, con la boca pequeña, me dijo que no recordaba quién era el padre. No pregunté nada más, la animé como pude y le dije que le podía haber pasado a cualquiera, que una noche loca podía salir cara y había que tener cabeza. También le dije que era muy joven y que su vida continuaba. Ella asintió de forma ausente sumida en una tristeza inquietante. Quince días después dejó la agencia sin dar explicaciones.

No podía quitarme esa historia de la cabeza, y una noche lluviosa de abril, se la conté a mi compañero de piso. Los domingos después de cenar, solíamos salir al sofá de la terraza y mientras nos zampábamos un helado o un chocolate caliente (depende de la época del año), procedíamos con las confesiones de la semana. Con un gay encubierto como compañero de piso, las historias solían ser de lo más sórdidas. Sí, compartía piso con Jorge, el Inspector de policía, y le conté que el aborto de Marta y su repentina desaparición del mapa, me habían dejado mal cuerpo. Meses después, debieron llegar a sus manos más informes de casos parecidos en el mismo ambiente y ató cabos. Cuando lo vi atravesar la puerta aquella mañana y fingir que no me conocía, supe que se me acababa de complicar la vida, pero todavía no sabía hasta qué punto.

INFILTRADOS

La noticia de las violaciones cayó como un torpedo japonés en aguas del Pacífico Sur, es decir, de lo más inesperado. Los tres se pusieron a hacer preguntas atropelladamente y Jorge, tomando el control de la situación, les indicó que tomaran asiento en tono autoritario. Yo me senté también en un lateral, esperando la guillotina que caería sobre mi cabeza por ocultación de información.

—Respondiendo a su pregunta señor Torres —dijo Jorge mirando a Axel—. CXL está relacionada con el caso por una modelo llamada Marta García. Ella no denunció su violación, pero al descubrir que había más casos idénticos, una amiga suya que trabaja en otra agencia nos contó lo

que le había sucedido a ella meses antes. Los síntomas de la agresión coincidían. Tenemos que marcar un cerco si queremos detener al culpable, comprobar las coincidencias en las fiestas donde trabajaron las tres agencias, y sobre todo, estoy aquí por si salen más casos que lleven a nuevas pistas. Las chicas deben estar informadas. Marta en concreto se practicó un aborto, y si lo hubiéramos sabido antes de la intervención, podríamos haber obtenido el ADN del asaltante con un simple análisis de sangre.

Un silencio barrió la sala. Asimilar que Marta había abortado tras sufrir una violación y que nadie lo supiera, les pareció muy preocupante. Yo no quise ni parpadear. La culpabilidad me carcomía. Realmente yo tampoco sabía ese detalle, pero sí había notado algo extraño.

—Lo entiendo —comenzó Leo—, pero esto va a causar miedo entre nuestra plantilla. Puede haber una estampida general a menos de cinco días de una de las semanas más importantes del año para nosotros. La mayoría de estas chicas estudian carreras o tienen otros trabajos, si se enteran de esto, podrían dejarnos y vernos en serios problemas con contratos que ya tenemos firmados.

—Por si no se ha dado cuenta, esto es un asunto serio —replicó Jorge con frialdad—. Usted me habla de contratos, yo de personas.

Leo apretó la mandíbula.

—¿Me está diciendo que no me importan mis chicas? ¡Mi propia hermana es modelo!

—Le estoy diciendo que, hoy por hoy, todo el mundo es sospechoso hasta que se demuestre lo contrario. Y su comentario no le ayuda señor Ibáñez.

—¡Esto es el colmo! —exclamó Leo—. ¿Ha venido a encontrar al culpable o a señalar a un hombre al azar? Porque no es usted muy observador que digamos. Yo no necesito drogar a nadie para que caiga en mi cama, creo que salta a la vista... —César y Axel pusieron los ojos en blanco y yo disimulé una sonrisa porque, por una vez, tenía razón.

—Como bien ha indicado, en unos días es la semana de la moda Otoño-Invierno —dijo Jorge con determinación—. Las diez agresiones tuvieron lugar en una Fashion Week, cuatro de ellas el septiembre pasado y otras seis en febrero. No estoy dispuesto a que la semana que viene aparezcan otras tantas chicas en situación similar. Tengo que alertarlo.

—Inspector —interrumpió César. Jorge le miró cauteloso, pero sin que me pasara desapercibido que le estaba analizando concienzudamente ahora que tenía oportunidad—. Entiendo la gravedad del asunto, en serio, pero si el violador es una persona del entorno de las chicas, ¿no cree que armando este revuelo entre ellas desaparecerá sin dejar rastro? Si le ahuyenta, disminuirán las posibilidades de atraparlo. Sin embargo, si está confiado, la semana que viene podríamos pillarle cometiendo un error en su *modus operandi* si esto se mantiene en secreto. Ahora mismo cuenta con nuestra completa colaboración. Por favor, díganos cómo podemos ayudarle.

Hubo un silencio conciliador ante su brillantez por parte de todos. Leo y Axel se calmaron al ver que César tomaba cartas en el asunto, porque bien podría no haber dicho una palabra y no implicarse como en muchas otras ocasiones. En cuanto a Jorge, yo sabía que se había ablandado un poco, ya que su postura quedó clara al no replicar enseguida con una negativa.

—Estudiaré las pistas y decidiré —carraspeó—. Necesito toda la información que puedan darme de las dos últimas Fashion Weeks. Cualquier persona que estuviera en contacto con las chicas: montadores de material, electricistas, invitados a las fiestas, los del catering, amigos, los quiero a todos.

—Hecho —respondió César rápidamente—. Los números y el papeleo de la empresa son cosa mía. ¿Cómo te lo hago llegar? —preguntó observándole intensamente. Sus ojos se desviaron hasta un *piercing* que Jorge tenía en la ceja e hizo un gesto inapreciable que me resultó sorprendentemente tierno.

—Esta es mi tarjeta —dijo sacando un taco del bolsillo—. Llamadme a cualquier hora del día o de la noche, vamos a contra reloj.

Genial, intercambio de datos personales realizado. Esa noche en casa alguien iba a ser aniquilado. Cuando me llegó el turno, cogí su tarjeta con más agresividad de la necesaria, dándole a entender la que le esperaba. No pareció muy afectado, lo cual me pareció extraño, porque solía temer mis ataques de ira.

Cuando llegué al piso sobre las ocho de la tarde, di un portazo acusador. Jorge se acercó a mí mostrando las manos en todo momento, como quien se acerca a un perro rabioso. Y antes de que pudiera decirle

nada, lanzó el filete con una simple frase.

—Investigar a Axel forma parte del caso, y he descubierto que hace quince días hizo efectiva una demanda de divorcio. Es libre, Naia.

Di varios pasos atrás y me apoyé en la puerta. Mi espalda resbaló por ella y me tapé los ojos con las manos. Axel soltero. Todo lo demás acababa de pasar a un tercer plano.

Algo dentro de mí renació. Ya había asimilado que ese tío me había echado a perder para el resto de los hombres. Tenía claro que ninguno iba a poder igualarle, y de repente, volvía a estar disponible. No es que tuviera la más mínima posibilidad pudiendo elegir a cualquier modelo de la agencia o a la mismísima Zoe, pero la jodida estaba ahí... una microscópica esperanza arraigada en lo más hondo de mi ser.

Para saber lo lejos que quedaba la posibilidad de mi lengua en su boca, tendríamos que remontarnos a mi tierna edad de once años, cuando mis padres decidieron enviarme a un exclusivo internado inglés.

Estaba siendo víctima de la más común maldición de las familias con dinero: “te queremos hija” (pero cuanto más lejos mejor), y “te lo daremos todo cariño” (excepto lo único que deseas, nuestro amor incondicional). Cuando se separaron, decidieron que encerrarme allí sería lo más adecuado para mí, pero lo que en realidad querían decir, es que sería lo más conveniente para ellos.

En Ampleforth College se hablaba estrictamente en inglés o lo pagabas caro. Aunque había niños de todas las nacionalidades, el inglés era el idioma permitido. Descubrí que Isa era española cuando su maleta se abrió una mañana en medio del pasillo y empezó a soltar tacos al ver todas sus pertenencias esparcidas por el suelo. Me lancé a ayudarla y le pregunté de dónde era. Abrió mucho los ojos por mi osadía de hablar en castellano, pero luego sonrió dejando claro que estaba a favor de los anarquistas. A partir de aquel momento fuimos inseparables, lo que no estuvo mal ya que llevaba meses en la soledad más absoluta. Me confesó que básicamente estaba allí en calidad de obra benéfica. Su familia no era rica, un detalle inusual teniendo en cuenta la cuota mensual del lugar. Era la pequeña de cinco hermanos y tres de ellos le llevaban más de veinte años, lo cual era como tener cinco padres que aportaban dinero para que estudiara en uno de los mejores colegios del mundo. Casi nada de presión

para ella, vaya. Se veía a la legua el conflicto interno que sufría, pues tenía un alma pendenciera que encajaba a duras penas en la rigidez de un internado inglés.

A mitad del último curso, llegó la noticia de la muerte de mis padres. Qué hacían los dos juntos en Nueva York metidos en una limusina y sin el cinturón de seguridad abrochado, es algo que nunca llegué a saber. Lo único que sabía, era que ya no volvería a verlos jamás. Mi hermano no vino al entierro. No sé si por estar ilocalizable, o porque sencillamente no quiso. Cuando mis padres comenzaron a pelearse, él tenía diecisiete años, cogió la puerta y se fue para no volver.

Fue mi abuela la que me animó a terminar el curso. Decía que era vital para mí acabar esos estudios. Y sinceramente, aunque estaba afectada, hacía más de seis años que mis padres habían desaparecido de mi vida. Volvía a casa muy de vez en cuando en fechas señaladas, y apenas les veía entre la maraña de gente que acudía a sus interminables fiestas de sociedad. Así que continué igual.

Meses más tarde, me enteré de que mi hermano había heredado su parte, sin embargo, yo no lo haría de manera normal a los dieciocho años, sino que mi herencia estaba atada a cláusulas especiales, pudiendo heredar a partir de los veinticinco y solo en caso de que me uniera en matrimonio. Era una especie de dote más propia de la época de regencia inglesa cuando los matrimonios eran considerados una transacción comercial. Fue el modo imaginativo de mi padre de asegurarse de que alguien cuidara de su hija. Su mentalidad machista no me sorprendió en absoluto. En ningún momento pensó en el tipo de matrimonio que tendría al lado de un hombre que únicamente persiguiera mi patrimonio. En ese momento, le cogí mucho más asco al dinero del que ya le tenía, para mí era el culpable de que mi familia fuese como era. El bulo de la herencia corrió por todas partes, por si no era ya lo suficientemente marginal. Acabé el curso con dificultad y me fui a vivir a casa de mi abuela. Ella sería mi tutora legal los meses que me quedaban hasta la mayoría de edad, y me alegré muchísimo de que viviera en medio de la nada.

Era una casita de payés situada a unos cuarenta kilómetros del núcleo urbano más cercano. Gracias a Dios vivimos en la era de internet y allí, curiosamente, había buena cobertura. Si me daba el punto, podía tener una vista aérea de la casa de Brad Pitt mediante Google Earth, o comprobar a

través de una webcam en vivo cómo iba fundiéndose el glaciar Perito Moreno en Argentina. Allí me sentía bien, protegida, querida por una vez en mi vida. Seguía manteniendo contacto con Isa y me suplicaba que fuera con ella a vivir la experiencia de la universidad, pero yo me resistía. Sentía un sopor hogareño que no podía sacudirme de encima. Nunca lo había percibido en mi propia casa y necesitaba disfrutar más tiempo de ello.

Isa me animaba a estudiar, pero yo quería trabajar porque me gustaba la idea de ser económicamente independiente por méritos propios, aunque cobrara una miseria. La abuela se negó en rotundo. Dijo que no estaba en edad de trabajar, que tenía que formarme, y me confesó que mis padres le habían asignado una pequeña cantidad en el caso de tener que hacerse cargo de alguno de sus hijos en minoría de edad, o en mi caso, hasta los veinticinco. Esa mensualidad, llevando una vida normal, superaba con creces lo que podría necesitar nadie en muchísimos años. Me pagó lo que quise estudiar, me compró un coche cuando lo necesité y me mimó en ocasiones con pequeñas prendas que me recordaban vagamente a mi vida anterior. Reconocía que eran bonitas, pero sentía que no las necesitaba en absoluto. Vivían enterradas en el fondo de mi armario.

Cursé la carrera de Relaciones Laborales a distancia y varios másters mediante un ordenador desde la comodidad de mi sillón en medio del monte.

Pasaron los años y al cumplir los veinticuatro, Isabel apareció en mi casa con una maleta hecha con prisas. Huía de un hombre ¡nada menos! Uno que le había propuesto matrimonio a los seis meses de conocerse y al que no podía contestar que no. Resultó fascinante comprobar que era un caso extraño de chica no quiere comprometerse con chico. Isa, en cuanto pudo, se convirtió en una viva la vida. Es lo que ocurre cuando pasas una adolescencia tan estricta, que luego te desmadras. En la universidad salía jueves, viernes y sábado, dándolo todo y con todos. Era la reina de la fiesta. Su ensayada cara angelical encajada en un cuerpo de diablesa, le permitía conquistar a quien se propusiera. En ese momento, era una *carpe diem* que se ganaba bien la vida y no pensaba sentar la cabeza, según decía, hasta los 47, que fue cuando cierta famosa tuvo a sus gemelos. Tenía claro que quería tener hijos y que no le hacía falta un hombre para conseguirlos. Estaba la mar de feliz con la idea, hasta que conoció a

Fernando.

El principio fue caótico, un choque por detrás en un semáforo en ámbar. Ella se bajó de su Honda Civic negro como alma que lleva el diablo dispuesta a decirle cuatro cosas al desgraciado de turno, y se encontró con el gatito de Shrek poniendo ojitos de angustia, ¿a quién no se le cortaría de golpe la mala hostia? Según ella, él se hizo cargo de todo con una templanza hipnótica. Repartieron partes amistosamente, y así fue cómo él consiguió su teléfono, nombre completo y dirección, para agasajarla con flores de disculpa, vales regalo de masajes cervicales y por último, una cena en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. ¡Y parecía tonto cuando lo compramos! Isa, que no rechazaba comida ni estando caducada, aceptó la cena convencida de que sería refrescante para variar salir con un hombre con pinta responsable. Ella solía salir con tíos de abdominales de acero y encefalograma plano, y le pareció la mejor cita de su vida. Por lo visto, Fernando no solo era inteligente, sino divertido y bastante atrevido a pesar de su pinta de buenazo. Acto seguido no salieron de la cama en tres días. Lo peor que podía pasarle es que encima fuera una máquina sexual bien dotada, todo muy surrealista según me explicó. Hasta me contó cómo se dio cuenta de que le quería, al declinar una invitación de su follamigo favorito. La cuestión es, que parecían hechos el uno para el otro, y desde el principio, prácticamente convivieron juntos en alguno de sus respectivos pisos. No solían dormir separados. Y Fer, como chico listo que era, le pidió matrimonio de una forma tan especial que derretiría a la mismísima reina Elsa de Frozen. ¿Y qué hizo Isa? Hacer las maletas y huir hacia un caserío perdido en los bosques catalanes.

Y allí, durante un paseo rodeada de pinos más altos que la torre Picasso, descubrí que Isa tenía pánico a renunciar a su libertad. Yo le hice ver que solo tenía miedo, porque a lo que de verdad no podía renunciar era a él. Se rió en mi cara y me dijo que era una cursi de cuidado —muy propio de ella— sin embargo, al día siguiente mientras trotábamos por el campo subidas a un par de caballos, me empezó a gritar que le amaba y que no quería vivir sin él. Se puso a galopar como una loca dejando el miedo atrás y no se mató de milagro.

Un buen día, tres años después, me gritó entusiasmada a través del teléfono que estaba esperando su primer hijo con Fernando, y fue el empujón definitivo para mudarme a Madrid. Eran mi familia, la única que

sentía que tenía aparte de mi abuela y quería que estar presente en la incubación y nacimiento de su nuevo miembro. Además, esa terca viejecita llevaba un año insistiendo fervientemente para que me fuera una temporada a la capital, a ver si encontraba un maromo con el que vivir felices y comer perdices. Debía concederle ese deseo antes de morir, me dijo. ¡Menuda chantajista estaba hecha!

Tuve que ir de propio a comprar una maleta para la ocasión, así de viajera era yo. Supongo que después de todo, mi abuela tenía razón, era hora de volar del nido, pero me acojonaba darme un buen leñazo contra el mundo real. Y como esperaba, el primer año en Madrid fue duro. Cambié dos veces de piso porque no me adaptaba a nada, ni a nadie. Me sentía desprotegida. Saltaba de un trabajo eventual a otro, y por fin, casi con veintiocho años empecé a trabajar en un Lizarrán de forma más estable.

Allí, sentado en la barra, encontré en un cliente habitual al mejor amigo que tendría en la vida. Jorge aparecía cada día a una hora diferente, pero nunca fallaba. Me contó que vivía en el portal de al lado y prefería estar haciéndome compañía, que solo en casa. A veces, esperaba hasta el final de mi turno y me ayudaba a limpiar mientras hablábamos de mil cosas. Se nos pasaban las horas como minutos, tuvimos una conexión especial desde el primer momento y cada segundo que pasábamos juntos, se hacía más fuerte. Pero a pesar de todo, nunca tuve la sensación de que quisiera ligar conmigo.

Descubrir que era policía fue un shock, pero al fin comprendí porqué me sentía tan a salvo con él. Y no es que no haya policía corrupta a patadas, pero lo suyo era algo vocacional, de algún modo sentía que le gustaba cuidar de los demás. Pronto se convirtió en mi ancla, porque Isa por aquel entonces, estaba algo liada en casa con un homínido de proporciones diminutas que no hacía otra cosa que llorar sin parar. Mi ahijado era la semilla del mal, aunque resultara aparentemente adorable cuando iba a verle de visita.

Cuando Jorge me hablaba de sus parejas lo hacía sin género. Empecé a fijarme en que nunca decía “esa chica me decepcionó”, sino “esa persona me decepcionó”, y lo cierto es que no recuerdo haber aclarado nunca que le gustasen los hombres, hasta que un día sin darle importancia dijo: “Tú lo que necesitas es un buen mozo que te quite las telarañas... y yo otro”. Los dos nos reímos con complicidad.

Una noche, meses después, le comenté de pasada que quería cambiar de piso por tercera vez. No lo dudó ni un instante: “Ven a vivir conmigo”, propuso. Y sin poner mucha resistencia, acabé trasladándome con él, aunque al ver todas las cajas que traía, se asustó un poco. Era un compañero de piso fantástico. Ponía lavadoras, cocinaba, siempre me preguntaba si necesitaba algo por WhatsApp cuando iba al supermercado, y lo más importante de todo, me sentía supersegura con él. Y no solo porque fuera policía, sino por su forma de ser. Siempre estaba pendiente de mí, como si no tuviera otra cosa que hacer.

Esa noche pedimos comida china a domicilio y preparamos unos margaritas como pequeña celebración de mi aparente vía libre con Axel.

—Es tu oportunidad, nena —dijo él abriendo la nevera y cogiendo una bolsa de hielo triturado—. Procura no cagarla con tus chorraditas autodestructivas.

—Sé directo, no te cortes... —ironicé—. ¿No ves que estoy de los nervios?!, con amigos como tú...

—Solo digo que necesitas un cambio de chip si vas a ir a por él.

—¿Yo?! ¿A por él?! ¡Pero si soy una negada para eso!

—Pues si pretendes que él venga a ti, espera sentada —le miré con mala cara—. Lo digo porque los hombres también pasan un duelo cuando se divorcian, por mucho que haya sido él quién lo haya solicitado. Y a un tío como ese, se lo van a rifar en cuanto corra la voz. Cualquiera se te puede adelantar —señaló.

—Si hago algo, lo único que voy a conseguir es que me echen del trabajo de mi vida con una demanda por acoso debajo del brazo.

—No te subestimes pequeña Naia —sonrió pícaro—. Si quieres un consejo, solo tienes que dejarte asesorar por quién mejor le conoce.

—¿Quién? —pregunté confusa.

—La tal Zoe. ¿Quién va a ser?

—¡Si anda! Tardaría un minuto en ir corriendo a contárselo para partirse de risa juntos.

—¿No decías que erais amigas?

—Sí, pero no es inmune a los chistes buenos, y con este se va a descojonar.

—Mira que eres pesimista. ¿Ves?, esa es una de las cosas que tienes que cambiar, una persona positiva atrae muchísimo más.

—¿Ahora tengo que cambiar para gustarle? Esto no va a salir bien — dije apoyando los codos en la encimera y enterrando los dedos en mi pelo.

—Naia —dijo cogiéndome las manos y obligándome a mirar hacia arriba.— No es que tengas que cambiar, pero tienes que dejar de esconderte. Si él no se fija en ti ahora que puede, es que es tonto.

—Gracias. De verdad, pero lo veo imposible.

—Nada está perdido hasta que te rindes. No lo hagas antes de empezar.

—Coincidirás conmigo en que ahora mismo no es el mejor momento —dije tristemente—. Cuando te he visto aparecer esta mañana...

—Lo sé —dijo pensativo—. Hacía tiempo que seguía esos casos. Se están multiplicando a una velocidad de vértigo y al darme cuenta de que muchos coincidían en fechas, ambiente y personas, me acordé de la historia de Marta. Fui a hablar con ella y con el tiempo ha ido recordando más cosas. No fue una noche loca, la violaron. Tengo que pararlo. Por todas esas mujeres, y porque tú estás en medio del fuego cruzado. Si te pasara algo... —dijo aprensivo.

Esas muestras de cariño siempre me encogían el alma. Quería cambiar eso en mí. Quería poder creerme que alguien era capaz de quererme así, y con Jorge, estaba aprendiendo a gestionarlo. Puto trauma infantil.

Le acaricié los brazos y me llevé una mano suya a la boca para besarla, para adorarla.

—Te lo agradezco mucho, pero sé realista. Acabarán relacionándonos, y cuando lo hagan... no lo quiero ni pensar. A César no se le escapa una.

—A César déjame a mí.

—Esa es otra Jorge... no hagas nada. No le conoces, esto no es un juego —dije preocupada.

—Ya sé que no es un juego, pero confía en mí, por favor.

—Está bien, pero ten mucho cuidado.

—Lo tendré —dijo besándome en la cabeza.

Esa noche, al acostarme, lloré por Axel. Por pensar que lo estaría pasando mal durmiendo lejos de su hija. Por no ser lo suficientemente importante en su vida como para saber dónde estaba en ese instante si no era en casa con su familia, por sentirme tan lejos de él cuando yo quería estar tan cerca. Me sentía frustrada porque tarde o temprano, volvería a ser feliz con alguien que le mereciera, y no sería yo. No. Yo era tan

patética que me bloqueaba antes de empezar a mis veintinueve años. “¿Cómo me iban a querer los demás, si no me quería yo misma?”, repetí burlona mentalmente. Era el cuento de siempre... mis chorradas autodestructivas como decía Jorge, pero eran mi aplastante realidad.

4

TITANIC

Axel consultó el reloj, era la una menos cinco. A la una todo el mundo acudiría a la sala de juntas como hacían casi todos los días. Antes disfrutaba esas reuniones, eran todo pullas y mamoneo, pero desde que hace un mes se hizo pública la noticia, se había convertido en la hora de terapia para preguntarle al pobre Axel como llevaba su pequeño drama personal.

Por un momento, deseó volver a aquel día, cuando muy valientemente entró en el bar dispuesto a comunicar el bombazo. Cada jueves, al terminar la jornada, quedaban para tomar algo en un antro de nombre rebuscado llamado “Barullo y sin juicio”. Les gustaba comentar el balance semanal, aunque más bien, era una excusa para convertir el jueves en viernes y empezar ya el fin de semana. Lo mejor hubiera sido ahogar

sus penas en alcohol y aguantar un poco más, pero sentía que había llegado el momento de echarle huevos y confesarlo todo.

Se acercó a sus amigos temiendo que se le notara en la cara desde el minuto uno. Eran íntimos desde hacía años y sabía que siempre habían leído en él como en un libro abierto. Todavía ajenos a sus intenciones, Leo y César sonreían encantados mientras empinaban sus Heineken en una mesa redonda con sofá circular alrededor a la que habían denominado la zona Vip. Estaban relajados, riéndose de alguna idiotez que se le habría ocurrido a Leo. Le jodía bastante ser el aguafiestas porque realmente había mucho por lo que estar contentos. Venían eventos importantes que organizar. Era finales de julio y estaban cerrando multitud de fiestas para la Fashion Week Madrid de septiembre. Una época cojonuda, ya que aparte de organizarlas, las disfrutaban, hacían nuevos contactos y facturaban gran parte del año.

—Hola —dijo Axel intentando sonreír con normalidad.

—Hola tío, ¿te pasa algo? —preguntó Leo extrañado.

—No, nada, solo estoy cansado —recoló de repente sintiendo vértigo a la confrontación. Sus miradas le decían que no colaba.

—Llevas toda la semana más callado y serio de lo habitual —secundó César—. Para acabar de volver de las vacaciones se te ve agobiado. ¿Es que Naia no ha defendido bien el fuerte en tu ausencia?

—¡No, Naia es fantástica! Si no fuera por ella ... —dijo con la boca pequeña. Se desabrochó los dos primeros botones de la camisa porque le agobiaba acabar esa frase.

—¿Entonces, qué es? —preguntó Leo— En la agencia todo va bien, es más, ¡este año arrasaremos! —dijo emocionado—. Tenemos más contratos que nunca y hay que estar al cien por cien para captar muchos más. Tengo fichadas un par de personas clave que me tienen que presentar.

—¿Estás seguro de que no te pasa nada? —insistió César perspicaz.

—Nada que no se arregle con un masaje —respondió acobardado de nuevo. “¿Qué coño estoy haciendo?”, pensó irritado.

—Bien, ¡pues pide cita! —exclamó Leo zanjando el tema—. ¿Cómo se plantea el fin de semana? Mañana tengo una cita muy prometedora —dijo frotándose las manos. Lo dijo como si no tuviera citas casi todas las semanas. Era como ver a un niño con zapatos nuevos, pero eh, esta era

“prometedora”. Axel no quería saber lo que significaba eso, porque conociéndole, seguro que no era que le fuera a poner un anillo y hacerle un par de críos.

—No me mires así, follar es un deporte. Lo hace todo el mundo, incluso los casados —acusó Leo.

—Ah, ¿sí? ¿Pero no decías que el matrimonio es el principio del fin para eso?

—¡Cierto! Y la verdad es que no tienes pinta de haber follado hace poco... —sentenció burlón.

—Yo tengo cien cosas que repasar —informó César ignorando las bromas—. El sábado iré a la finca de mis padres, viene mi hermano de Londres a pasar el fin de semana. ¿Qué planes tienes tú, Axel?

Hubo un impasse. Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta y eso no era propio de él. De alguna manera, sabía que si lo decía en voz alta se haría real, chocaría contra el iceberg y ya no habría vuelta atrás. Cerró los ojos lentamente y apoyó las manos en la mesa donde descansaban las bebidas, al abrirlos sus amigos le miraban expectantes.

—Yo..., Dios... —se frotó los ojos con dos dedos de la mano para acabar apretándose el puente de la nariz—. Tengo que hablar con Bea..., yo... estoy pensando en divorciarme.

Las reacciones de ambos no se hicieron esperar. Leo abrió los ojos como platos y César los cerró apretándolos.

—¿Qué!? ¿Qué coño dices?! —Leo fue el primero en hablar.

—¿Qué ha pasado exactamente, Axel? —preguntó César mirándolo por primera vez, parecía más abatido que sorprendido.

—Todo y nada —se encogió de hombros angustiado—. Es complicado...

—Pero... —comenzó Leo—. ¿Por qué?! ¿Así, de repente?

—Estas cosas nunca pasan de repente...

—Pero... —Leo seguía sin dar crédito.

—Axel —preguntó César cauteloso—. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Estoy hecho un lío, pero creo que es lo mejor.

—Si llevas tiempo así, ¿por qué ahora? —insistió Leo.

No era la clase de tío que se callaba los detalles. Les solían decir que eran como chicas porque se lo contaban siempre todo con pelos y señales.

Sabía que si les contestaba echando balones fuera, indagarían, no lo dejarían pasar, y por algún motivo, necesitaba que entendieran sus razones porque cuanto antes le apoyaran, antes podría pasar página.

—Ella quiere... —dudó un segundo más saboreando el último momento antes de convertirse en un monstruo a sus ojos—. Ella cree que..., ha llegado el momento de tener otro hijo... —dijo sin mirar a nadie en concreto.

—Joder... —resopló César—. Y tú no quieres.

No era una pregunta.

—No es que no quiera tener más hijos, ¡me encantan los niños! Sabéis que Adriana es lo mejor de mi vida, haría cualquier cosa por ella, incluso seguir casado con su madre... De hecho, llevo el último año haciéndolo, pero tras darle muchas vueltas, creo que eso es precisamente lo peor que puedo hacer por ella. Que crezca entre dos padres desgraciados. Y desde luego, tengo claro que tener otro hijo no es la solución.

—¿Padres desgraciados? Pero si Bea está loca por ti... —dijo Leo incrédulo— ¡Sois la pareja perfecta!

—Sí, perfecta —sonrió Axel con ironía—. ¿Qué sabrás tú de la vida en pareja? ¡Eres un depredador de sábado noche! No me extraña que pases de tener novia si piensas que lo que yo tengo es la perfección —le espetó.

—Bea es buena tía, ¡¿cómo puedes decir eso?! —exclamó César pasándose una mano por el pelo.

Menudo montón de mierda.

¿Quién dijo miedo a ser sincero? Llevaba más de un año resistiéndose a todo eso. A sentirlo, a sacarlo a la luz, a hacerlo real. Sabía que tendría que justificarse mucho y delante de mucha gente, ellos los primeros. Un hombre abandonando a su familia para vivir la vida, así es como se vería desde fuera, pero algo dentro de él estaba podrido. Lo sentía avanzar como un cáncer y ya no podía más, estaba en su límite.

En ese momento, se sintió más solo que nunca. Sus amigos no le entendían y para él, eran un pilar fundamental. Leo tenía una visión totalmente desvirtuada de su vida en pareja, y César, parecía incluso enfadado con él, parecía decepcionado. Intentó ir por partes apagando fuegos y exponiendo sus razones, que no eran pocas para tomar esa decisión. También tenía ganas de coger la chaqueta y largarse de allí sin

más, pero hizo un esfuerzo titánico y se quedó. Necesitaba compartir la carga, aliviarla, y que alguien más, aparte de su alter ego, le dijera que era la decisión correcta.

—Vamos a ver —comenzó— No tengo nada en contra de Bea, es una buena madre, una persona trabajadora y una buena compañera, pero tengo treinta años, una hija de tres y me falta una persona con la que compartir mi vida. Bea no lo está haciendo, desde que nació la niña, no tiene tiempo para mí, para nosotros y ya tiene tres años. Todo es muy cuadrulado, ¡está automatizado!, incluso cuando vamos a cenar solos, o al cine. Intento ponerme romántico, pero nuestras conversaciones giran en torno a la niña, la casa, el coche, el trabajo, pero no en torno a nosotros, nuestros sueños, ilusiones, aficiones, ¡no hay magia!, ni siquiera complicidad, solo cordialidad. Y me niego a pensar que la vida es esto y ya está. No puedo quejarme, lo sé, pero también sé que hay más. Lo veo, lo noto. ¿Loca por mí, dices? —dijo mirando a Leo—. ¡Nuestra vida sexual es para todos los públicos!, eso cuando la hay. Suele ser a oscuras, con la parte de arriba puesta, en el momento que ella diga y totalmente desprovista de los sonidos necesarios. ¡Ni siquiera me suben las pulsaciones! que va... es simplemente algo mecánico y encima aburrido —remató apartando la vista.

Sabía que ambos le miraban con la boca abierta, y no era para menos. Era bastante vergonzoso airear todo eso, pero era la verdad, y la verdad te hará libre... ¿no? Eso esperaba, porque se sentía atado a una vida que le hacía infeliz. Les dio tiempo a que lo asimilaran, pero ninguno dijo nada. Y lo malo de cuando alguien se calla, es que inevitablemente da pie a que un pobre incauto siga hablando sin control. Así que, de perdidos al río.

—No os penséis que es el típico caso en el que yo me muero por follar más con ella... ¡Ojalá fuera eso! Pero no. Cuando tenemos relaciones lo hago por cumplir y... ¡eso es muy chungo!, además creo que ella siente lo mismo. Es penoso. Somos muy jóvenes para estar aprisionados de por vida en un matrimonio que no nos satisface. Tampoco es por la niña. Sé que la gente dice que tener hijos te cambia la vida, pero yo opino que no tiene por qué ser a peor, con Adri estoy encantado... El problema es que Bea y yo nos hemos convertido en dos extraños de hola y adiós. ¿Abrazos, arrumacos, besos en la boca? ¡¿Eso qué es?! y en cuanto tenemos algo de tiempo libre, huimos en direcciones opuestas —se pasó

la mano por el pelo con nerviosismo—. Si hacemos algo juntos es por y para la niña, actuamos como si no hubiera otra opción... ¡La aprecio mucho joder!, es la madre de mi hija, pero no somos una pareja. Siento que nunca he estado enamorado... Ya sabéis como ha sido nuestra historia desde el principio...

Claro que lo sabían. Habían pasado más de diez años y ellos habían sido testigos de todo, quizá por eso, se sentían con derecho a dramatizar como lo estaban haciendo.

Conoció a su mujer el segundo año de universidad. Era preciosa y una buena chica. ¿Qué les unió? Aunque suene friki, fue su reiterada coincidencia de acudir a la biblioteca a la misma hora. Los dos eran buenos estudiantes y empezaron a ocupar siempre los mismos asientos. Cuando eso no era posible, se sorprendía buscando su nueva posición por la sala, y el juego de miraditas estaba servido. Eso llevó a las sonrisas vergonzosas cuando se pillaban observándose mutuamente, luego siguieron los saludos y las despedidas gestuales, y acabaron con peticiones ridículas tipo: ¿me prestas el tipex? o ¿me dejas un subrayador?

El resto es historia, y decía historia porque la sucesión de acontecimientos que precedieron fueron de manual, todo muy correcto, sin sobresaltos. Primero fueron amigos. Comidas y cenas inocentes casi siempre acompañados, hasta que un viernes, le pidió una cita para ir al cine. Dijo que sí y la besó en el portal de su casa al despedirse. El noviazgo fue muy natural, aunque sin grandes pasiones, puesto que los dos tenían prioridades muy marcadas como los estudios, el deporte o la familia, y no perdían la cabeza fácilmente. Quizá debería haberse dado cuenta entonces, pero todo seguía un orden lógico establecido, y lo cierto es que estaban muy a gusto juntos, encajaban. Su primera vez tardó en llegar la friolera de seis meses, y no por falta de ganas por ambas partes, si no por falta de tiempo y lugar. Una excusa pobre, ahora lo sabía, porque a día de hoy, se imaginaba siendo alguien con prisa por llegar a casa con un calentón y que acabaría montandoselo contra la puerta porque no podría llegar a la cama, pero en aquella época, era algo que ni se le pasaba por la cabeza, ya que ambos vivían en residencias universitarias vigiladas. Al final, en la fiesta de Paso de Ecuador, alquiló una habitación de hotel y fue bonito y en confianza, aunque demasiado programado y con unas expectativas poco realistas para una primera vez de ambos.

Sin embargo, su relación fue viento en popa durante los años estudiantiles. Sin duda, su vínculo en los estudios era la clave, y la ilusión de ir superando los cursos con notas ejemplares les hacía felices. Apenas discutieron los tres siguientes años, cosa que a su mejor amiga Zoe le parecía inverosímil. ¡Y no le extrañaba! Porque ella era un torbellino de emociones con piernas.

El paso siguiente fue encontrar un trabajo, ahorrar lo suficiente en casa de sus padres e irse a vivir juntos. A partir de ahí, pasaron la prueba de fuego de convivencia mínima de un año y enseguida el tema “¿Para cuándo la boda?” salió a colación en cualquier reunión familiar o de amigos. No podía decir que se sintiera obligado, le pareció el siguiente paso lógico, además, a ella le hacía especial ilusión todo el montaje y tradición de la boda, así que se lanzó. La noche en la que se lo propuso, después de cenar en un restaurante caro, dieron un paseo por el parque e hincó la rodilla abriendo una cajita que sabía que contenía un anillo de su gusto. Respondió que sí, y algo más de un año después, se casaban.

Estuvieron otro año centrados en trabajar, ahorrar e intentar viajar, aunque al final, no fueron a ninguna parte juntos. Poco después, Bea quiso quedarse embarazada y él accedió, como lo había hecho con todo lo demás. Siempre le habían gustado los críos y estaba ilusionado con el tema, sin embargo, cuando nació su hija el cambio lógico de prioridades puso de manifiesto que la relación que mantenía con su mujer, no era tan buena y fuerte como parecía.

Cuando Adriana nació, algo dentro de él se desbordó. Como si hasta ese momento hubiera comido pan sin sal toda la vida y, de repente, el sabor del pan normal le pareciera alucinante. Notaba los sentimientos a flor de piel cada día. Fue triste comprobar hasta dónde era capaz de sentir y amar algo, y de lo poco que había utilizado esa parte de él hasta esa fecha. Ahora tenía mucho más que dar, que vivir, que desear, que aprovechar y Bea no estaba por la labor de hacerlo con él. Poco a poco, se fue entristeciendo al pensar que le esperaba una vida vacía, y un buen día, oyó a alguien describir algo similar a lo que estaba pasando.

Explicaba los motivos de su separación por la tele. ¿Por qué mantener una vida que nos hace más infelices a todos los integrantes de la familia? ¿Por qué o por quién aguantar en silencio un matrimonio que ya no tiene sentido? La respuesta de antaño habría sido: “Por el bien de los hijos”.

Dicen que cuando unos padres se separan, el niño fruto de su amor es el que más sufre, pero esa persona tenía otra forma de verlo. Se separó precisamente por su hijo, porque no quería que creciera en un hogar de frustración, de tristeza, de peleas... Prefería que tuviera dos hogares dichosos, con dos familias que le quisieran y que creciera viendo a sus padres alegres, no leyendo en sus caras que él era el culpable de su infelicidad.

Le convencieron sus argumentos. Los niños no son tontos, notan las cosas. ¿Por qué tienen que soportar eso? ¿Por qué tiene alguien que desperdiciar su vida solo por aparentar ante los demás que va perfectamente? En ese momento, a pesar de las dificultades que acarrearía en todos los ámbitos de su vida, vio claro lo que tenía que hacer.

La puerta de la sala de reuniones se abrió y apareció Zoe poniendo la cara de compasión que ya esperaba. Se acercó y se agachó para darle un abrazo desde atrás. Siempre era reconfortante tenerla cerca, le había ayudado tanto... Subió una mano hasta encontrar la suya. Con ella la conversación fue más fácil que con los chicos, era tan intuitiva y tolerante... y siempre supo que lo de Bea no cuajaba. Se lo dijo en dos o tres ocasiones cuando llevaban un par de años saliendo, pero cuando se fueron a vivir juntos, dejó de mencionarlo, aunque siempre lo vio en sus ojos. “Te mereces más pasión en tu vida”, le gritaban. Pero para él, lo importante es que le apoyaba para bien, o para mal. Amigos así no abundan.

—¿Cómo estamos, tigre? —preguntó ella de buen humor sentándose en la mesa junto a él.

—Como un tigre vegetariano, en tierra de nadie —respondió cansado. Ella se rió y le revolvió un poco el pelo.

—Creo que necesitas carnaza. ¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste con Bea?

—Este verano, el día de nuestro aniversario de boda, ya sabes, “hay que hacerlo” —dijo marcando las comillas con los dedos—. Al menos fue lo que ella me dijo.

—Uf, qué deprimente. Necesitas salir otra vez al mercado.

—¿Al mercado? —rió Axel—, no es tan sencillo como ir a comprar fruta, ya sabes que a mí me hace falta algo más. Necesito una mínima

conexión con la persona para ir más allá y que tenga sentido. Y la verdad es que ahora mismo no tengo ni tiempo ni ganas de conocer a nadie, así que lo veo complicado.

—Axel, la gente no chasquea los dedos y aparece su media naranja. La gente suele guiarse por la química sexual. Te gusta alguien, te lo calzas y fin del dilema. Ahora bien, de vez en cuando, se alinean las estrellas y la química, aparte de sexual, también es mental; entonces te enamoras. Y por último, solo hay que esperar a que sea recíproco y perdure un poco en el tiempo, entonces has triunfado. Pero no pienses en empezar la casa por el tejado, empieza pensando en divertirte.

—Tienes razón, como siempre.

—Buen chico —dijo palmeándole la cabeza—. Así que estás oficialmente de caza. En cuanto una gacela que te guste se ponga en tu punto de mira, el depredador que hay en ti sacará sus garras.

Zoe y su inexpugnable psicología.

Tenía claro que ese no era el momento de meterse en otra relación, pero quizá sí pudiera divertirse un poco de forma sana y consensuada... Sin dramas, solo afinidad y atracción, y el amor ya llegaría cuando tuviera que llegar.

Poco a poco fue apareciendo en la sala la gente que faltaba, y comenzó la reunión más difícil que habían tenido hasta la fecha. Una nube negra se había cernido sobre la agencia. Tener a un mierda violando a chicas mediante drogas, además de ser espeluznante, era algo que les podía afectar a muchos niveles. Leo tenía razón. Y él menos que nadie, entendía a ese pirado, porque si era penoso hacerlo con alguien que parecía un robot, no se imaginaba qué placer habría en hacerlo con un muñeco sin capacidad motriz. Supongo que eso indicaba que estaba mal de la cabeza, pero todos los locos tenían sus manías, solo había que ser más listos que él y pillarle en una.

MUJERCITAS

Aquella mañana llegué cinco minutos tarde al trabajo. Yo, que soy alérgica a la impuntualidad. Pero ese día, me había pasado demasiado tiempo delante del espejo intentando mejorar mi imagen, ya que sabía,

que ahora él podía legalmente fijarse en mí. Mi pérdida de tiempo solo dio para decidir aplicarme un poco de gloss en los labios. Muy patético.

Cuando llegué a las oficinas, busqué a Axel y no lo vi, pero de pronto, me di cuenta de que no es que él no estuviera, es que no había nadie. ¡Qué raro! El lugar sin gente todavía parecía más grande de lo que me pareció la primera vez que estuve allí. Lo que más impactaba era la altura inusual del techo. Llegaba fácilmente a los cuatro metros, se notaba que la estructura del edificio era antigua, todo era un espacio único, y distintas paredes de cristal marcaban los diversos compartimentos alrededor del vestíbulo abierto donde me hallaba. Se contaban dos despachos a cada lado, y en la parte frontal una zona opaca escondía discretamente un aseo. Al lado, había una sala de reuniones con una gran mesa ovalada para ocho personas. La combinación del acero y cristal con la madera en suelo y techo, le daban al lugar un aspecto moderno y masculino. Así mismo, la decoración se limitaba a tres cuadros grandes iluminados con pequeños focos. Dos en las paredes adyacentes al ascensor y otro en el acceso al aseo. Eran imitaciones de un Kandinski, un Jackson Pollock y un Monet, ¿quién dice que la televisión es la caja tonta? Sabía de cuadros famosos gracias a la serie *Ladrón de guante blanco*. Matt Bomer los había robado todos, era un experto, y yo era experta en él.

No se oía ni un ruido, ¿me había perdido algo? ¿Acaso era fiesta y no me había enterado? De repente, la puerta del descansillo del ascensor se abrió y apareció la chica más sofisticada del mundo. Hay personas que nada más verlas, ya las odias. Es inexplicable, te entran mal por el ojo y esa chica me dio ganas de ponerme la manta de invisibilidad de Frodo simplemente viendo los andares que traía.

—Hola —dijo sin esperar respuesta—. Estoy buscando a Axel, ¿me puedes indicar dónde está? Soy su mujer.

Me quedé tiesa. No me la imaginaba así para nada. La verdad es que parecía la típica repipi impertinente que no para de mandar el mensaje subliminal de “por favor, ¿puede atenderme alguien?, soy importante”, como si mereciera todo y más por llevar mechas de las caras y unos Louboutin en los pies, esos zapatos de suela roja que valen más que mi sueldo mensual. Además, ¿qué era aquello de “su mujer”? Querría decir exmujer, ¿no? Me mordí la lengua.

—¿Había quedado con él? Seguramente estará en una reunión. En este

momento, aquí no hay nadie.

—Le dije que me pasaría hoy a darle unos documentos —dijo extrañada alzando un sobre que tenía en la mano—. Se los dejaré en su mesa —resolvió y me esquivó sin decir nada más.

No moví ni un músculo, pero la seguí con la mirada. Se metió en su despacho y tardó medio minuto más del necesario, así que imaginé que le estaría escribiendo una nota.

Saqué el móvil y le escribí un WhatsApp a Axel. Nos escribíamos de vez en cuando, solo un mensaje corto y concreto de algo del trabajo. Normalmente, si necesitaba algo, me llamaba y yo podía poner mi voz más profesional a la vez que ponía cara de tonta. Se me daba de maravilla.

—*Buenos días Axel, tu mujer está en la oficina.*

—*Estoy en una reunión, que no me espere.*

Salió del despacho con un andar menos insolente que con el que había llegado y vino hacia mí, solo con la intención de volver a esquivarme como a un palo de slalom, estaba segura. A la gente así, le encanta hacer ese tipo de cosas.

—Le he escrito y me ha dicho que estaba en una reunión y que tardaría —dije ingenuamente.

—Vaya —se paró en seco a mi altura y dibujó una sonrisa tirante—. A mí no me contesta cuando está en las reuniones ¡qué afortunada eres! Hasta que se canse de ti claro, así es él —me miró una vez más y reanudó la marcha para volver a dejarme con la palabra en la boca.

—Adiós —murmuré mientras salía.

Vaya tela. ¿De verdad Axel estaba casado con un espécimen como aquel? No lo entendía. Seguro que en el fondo la esquiadora era buena chica, ¿verdad?

Fui a su despacho y me senté en su silla. ¡Válgame Dios! ¡Qué cómoda era! “¿Cómo podía concentrarse aquí sentado?”, pensé acariciando los posabrazos. La silla tenía ruedas y el respaldo muy alto, tipo conde Drácula, ¡era un flipe! Mi plan era esperarle mientras repasaba partidas de pedidos para la próxima fiesta, pero debería hacerlo en mi mesa, que quedaba al fondo de la habitación... Sin embargo, tal y como esperaba, ahí estaba. La pertinente notita pegada en un *post-it* sobre los documentos que había traído su ex.

Aquí tienes los documentos de la repartición de fincas,

*ven esta noche y los comentamos.
Danos otra oportunidad por favor,
no los hagas efectivos.
Te queremos, ByA.*

No quise darle vueltas a esa nota y me puse a trabajar sin volver a pensar en ella ni una vez. Mentira, y gorda. Me estuve rayando diez largos minutos hasta que hubo algún indicio de vida en el hall.

Oí sus voces antes de que se abriera la puerta, como para no oírlas, parecía que venían discutiendo.

—¿Cómo que la moqueta verde no está reservada?! ¡La necesitamos para el sábado! —exclamó Axel enfadado.

—Lo estaba, pero me llamaron ayer para decirme que han tenido una inundación en el almacén con no sé que líquido y se ha estropeado.

—¿Por qué están siempre dando por culo? Tenemos que cambiar de proveedores... ¡Estoy hartos!

—Tranquilo tío, ¿qué te pasa esta mañana? Estás muy gruñón —dijo Leo.

—Ya empezamos con los problemas, y ya sabes que nunca vienen solos, siempre de tres en tres.

—Ese es el Axel optimista que me gusta ver...

—Estoy un poco estresado, necesito relajarme y no me dejan —dijo entrando en el despacho.

—Necesitas echar un polvo —aseguró Leo.

—No me toques los cojones a estas horas.

No me habían visto. Al entrar, estaban enfrascados en su conversación y no miraron más que hacia el suelo que pisaban, claro que, hacerme la estatua no había ayudado mucho. Quise saludar, pero la palabra polvo me había dejado muda.

—No es coña, ¿cuánto hace? ¿Un mes ya que dejaste a Bea? —insistió Leo.

—¡No es eso, vale! Es este puto calor, no lo soporto —dijo Axel mientras me daba la espalda y abría un armario. Iba a decir un “¡Hola chicos!” cuando hizo un movimiento rápido que me pilló totalmente desprevenida. Con una mano se desabrochó un botón de la camisa que llevaba y con la otra se la sacó por la cabeza tirando suavemente de la

parte de atrás del cuello hacia arriba. La visión de su espalda musculosa y bronceada me dejó lobotomizada. ¡Era el puto Paul Walker en Inmersión Letal! Tenía que reaccionar, desde que habían entrado, me había quedado en estado catatónico y se me había olvidado hasta respirar, lo que explicaba que aún no se hubieran percatado de mi presencia. Quería hablar antes de que le diese por desnudarse entero, pero era tan tentador...

Axel sacó del armario una camisa de manga corta azul marino de Paul and Shark, conocía la marca porque la solía llevar mi padre, y se la empezó a abrochar girándose hacia mí. Era el momento de decir “¡Hola!”, pero en lugar de eso me quedé como una idiota mirando sus abdominales, ¡qué se le va a hacer... la carne es débil!

Noté, más que vi su reacción, como si de pronto recibiera un golpe contra algo invisible, y por fin hablé.

—¡Hola!

—¡Coño, Naia! ¡Qué susto! —exclamó Leo con una mano en el pecho.

—¡Perdón! Es que he llegado pronto y como no había nadie me he puesto a repasar unos pedidos que modificamos ayer en este ordenador... —dije cada vez más bajito.

—Necesito un café urgentemente, ¿queréis uno? —dijo Leo sin darle importancia.

—No —respondió Axel sin desviar la vista de mí.

—Yo tampoco.

Estaba nerviosa. Sentía que había violado alguna norma universal. No escuches conversaciones sexuales ajenas, no te sientes en la supersilla de tu jefe, no seas voyeur...

—Lo siento —me apresuré a decir en cuanto nos quedamos solos—. No quería escuchar, es que...

—Tranquila —me interrumpió—, no pasa nada, pero me debes un *streaptease* —dijo señalándose la camisa.

Solté una risa nerviosa y él sonrió. Parecía que su mal humor se había quedado pegado en la prenda anterior. Me levanté de la silla y avancé hacia él mientras cambiaba de tema.

—¿Por qué estás enfadado? ¿Qué ha pasado? —pregunté.

Pareció tomarse un momento para contestar. Al apartar la vista, vio la notita en la mesa y la cogió. Después de leerla, la arrugó en el puño.

—Esto es lo que pasa —dijo mostrándome la mano—. Supongo que la

has leído.

—Lo siento... no he podido resistirlo. Cuando me he sentado la he visto y no sabía si era tuya, como a veces me dejas alguna...

—Tranquila, te ibas a enterar tarde o temprano. Me he divorciado.

—Ya... aunque no hubiera dejado la notita algo me he olido por lo que me ha dicho... —dije con la boca pequeña.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó asustado.

—He cometido el error de decirle que me habías escrito para decirme que estabas en una reunión y que tardarías... Y ella me ha dado a entender que vaya suerte tenía de que me contestaras a los mensajes, que a ella nunca le respondías cuando estabas reunido, y después me ha advertido que...

—¿Qué?

—Que sería así hasta que te cansaras de mí, como le había sucedido a ella. No sé que habrá pensado... —dije avergonzada. Él resopló.

—No le hagas caso, cuando se siente herida ataca intentando hacer daño a los demás, es su forma de ser —dijo él apoyándose en la mesa.

—¿Contigo también es así? —le pregunté.

—Conmigo es peor —sonrió tristemente—, Si te fijas en la nota, hay una frase que me ha turbado especialmente: “Danos otra oportunidad” ¿Crees que se refiere a ella y a mí? ¡No! Se refiere a ella y a mi hija, como si yo la estuviera abandonando también a ella. Y después firma: “te queremos”, para que me quedé completamente claro, como si la súplica fuera también por parte de mi hija. Es muy inteligente, sabe manipular muy bien, por eso se gana tan bien la vida. Sé que es lo que puede parecer a simple vista, pero... lo nuestro ya no funciona, somos dos extraños. Ambos hemos cambiado, y francamente, el ambiente que se respiraba en mi casa desde hace más de un año no me parecía el mejor ni para la niña ni para nosotros.

—Cualquiera que te conozca sabrá que no es el típico caso de un hombre que abandona a su familia —dije sinceramente.

—Gracias por decir eso —me miró conmovido.

—De nada, es lo que pienso. Siempre me has parecido una persona íntegra y consecuente. Si has dejado a tu mujer, tus razones tendrás. Ella sin embargo, en los dos minutos que ha estado aquí, no ha hecho que sienta ganas de romper una lanza en su favor.

—Vaya —dijo asombrado—. Qué ojo, ¿has estudiado psicología?

—¡No! —me reí como si hubiera contado un chiste y adoré ver como le contagiaba mi sonrisa a pesar de su extrañeza—. Simplemente he analizado muchas relaciones y todos nos parecemos bastante. Mismos miedos, mismas reacciones, misma sugestión, misma culpabilidad...

—¿Entonces no te parezco un caso raro? —preguntó divertido.

—No, me pareces un caso valiente —dije mirándole intensamente. Nadie diría que era la reina del disimulo, estaba a un paso del acoso laboral.

Él me mantuvo la mirada durante lo que me pareció una eternidad.

—Gracias Naia, de verdad —dijo sinceramente dejando resbalar sus ojos de los míos a la mesa

—¿Qué estabas repasando ahí? ¿La fiesta Parisien?

Asentí con la cabeza. No podía dejar de pensar que algo habíamos avanzado en nuestra pequeña relación.

—Bien, pongámonos con ello —señaló.

No volvimos a hablar de temas personales en toda la mañana, pero había algo nuevo en el ambiente, supongo que eran los corazoncitos saliendo de mi cabeza. Me sentía más fuerte, más cerca de mi meta, por eso decidí hablar con Zoe del tema. Si alguien podía encarrilar esto, era ella. Sus consejos podrían ser muy acertados, tal y como me había indicado Jorge.

A la una acudimos juntos a la sala de reuniones. Leo y Zoe estaban dentro, manteniendo un extraño silencio sepulcral. Nos sentamos los cuatro y Zoe comenzó a hablar de cómo se había encontrado con una antigua amiga que trabajaba para Mac y había surgido un posible evento para lanzar un nuevo producto.

—Chicas —empezó Axel—, hablamos de maquillaje, creo que deberíais llevar la voz cantante en la reunión oficial con ellos. Será más fácil que se fíen de una mujer en estos temas.

Zoe asintió.

—No estoy de acuerdo —intervino Leo tajante—. Un buen comercial puede vender cualquier cosa. El sexo es irrelevante. Al fin y al cabo, el objetivo último del maquillaje es por y para los hombres —sonrió ufano.

—Que cada día te manchen el cuello de la camisa con pintalabios no te hace un experto en maquillaje —gruñó Zoe—. El fin último del

maquillaje no es el hombre, es para que una mujer se sienta guapa consigo misma.

—Y la vean más guapa, ¿quiénes? Los hombres —replicó este.

Ambos miraron a Axel que parecía ser el rey Salomón, el que tenía la última palabra.

—Lo que interesa en este caso es captar al público que va a comprarlo: las mujeres. Por lo que la mente de una mujer y sus impulsos para comprar una cosa en lugar de otra, la conoce mejor una mujer —expuso este. Zoe sonrió triunfal—. Sin embargo, en un momento dado, la alabanza de un hombre hacia cierto producto también puede ser clave —Leo le lanzó un beso a Zoe, que puso mala cara—. ¿Qué opinas tú, Naia? —dijo intentando integrarme en la conversación, cosa que agradecí.

—Creo que les dará un poco igual quien lleva la voz cantante, puesto que lo fundamental de esta reunión es aclarar con el cliente los puntos básicos del evento para ver que enfoque le damos: edad del público objetivo, qué se pretende con el evento, de qué presupuesto disponemos, quién o qué es la imagen del producto y ofrecerles una en caso de que no la tenga. Una vez tengamos esa información, podremos pensar el mejor modo de llevarlo a cabo.

—Muy bien —sonrió satisfecho—. Pero id pensando en ideas creativas para impresionar un poco en caso de que vengan reticentes a contratarnos. La reunión es a las cinco, nos vemos aquí a las cuatro y media.

—Nosotras, a las cuatro iremos al gabinete de maquillaje —dijo Zoe—. Esta gente en lo primero que se va a fijar es en cómo vamos maquilladas, tenemos que ir perfectas.

—Bien visto —repuso Axel acariciándole el hombro.

—Aunque la mona se vista de seda... —murmuró Leo.

—Imbécil, mejor dedícate a demostrar que tienes cerebro debajo de todo ese pelo de niña —le contestó ella mientras cogía mi mano y me arrastraba hacia fuera dando un portazo al salir.

Oí la carcajada de Leo al otro lado de la pared.

—¿Comemos juntas en Aros? —me preguntó.

—Hecho. ¿En diez minutos?, tengo que apuntar un par de cosas importantes antes de que se me olviden.

—Vale, yo también tengo que hacer una llamada, nos vemos allí —

dijo apretándome la mano con afecto y yéndose a paso ligero. Yo me fui en dirección contraria.

6

MUCHO MÁS QUE AMIGOS

Veinte minutos más tarde entré en el local convenido y la vi esperándome concentrada en su móvil. Había elegido una mesa junto a la ventana y un haz de luz la hacía resplandecer todavía más. Por si no me parecía ya lo suficientemente guapa con luz normal.

Llevaba el pelo marrón chocolate, un lado a la altura de la barbilla y el otro colgaba graciosamente más largo con el último mechón que le enmarcaba la cara degradado en tono fucsia, con una pequeña onda en la punta. Su aspecto resultaba moderno y atrevido, tenía los ojos de un profundo verde bosque y todo lo que necesitaba saber, estaba en esa sonrisa cercana y alegre. Me hacía gracia que casi siempre llevara los labios pintados de rosa.

La primera vez que fuimos a comer juntas, hace ya unos meses, me preguntó por mi vida.

—¿Por qué has pasado tantos años recluida en una casa en medio de la nada?

—No estaba recluida —sonreí—, estaba allí porque no quería estar en ningún otro sitio.

—Sin embargo, todos los masters y cursos *on line* que tienes indican lo contrario, te interesaba el mundo exterior.

En ese momento fui consciente de que curiosamente había leído mi currículum.

—Mis padres murieron mientras estudiaba en otro país, ¿sabes cómo me sentí? Abandonada. Mi hermano desapareció del mapa y me sentí más sola que nunca. No tenía a donde volver... Terminé el año como pude, y mientras mis amigos empezaban la universidad, encontré un hogar en casa de mi abuela. El bienestar que sentía en ese lugar me absorbió durante años, y cuando quise darme cuenta, me dio miedo salir de allí porque estaba totalmente desfasada. Así que empecé a estudiar a distancia. Además, tampoco quería dejar sola a mi abuela... No, no es cierto. De nuevo, no quería estar sola yo.

—Lo siento mucho —dijo comprensiva.

—No pasa nada, ahora estoy aquí, ¿no? —le guiñé un ojo.

—Sí. Te has saltado unos añitos importantes, pero sí —se rió ella mientras le daba un mordisco a su bocadillo.

—No me lo recuerdes. Me siento supertorpe con todo lo que respecta a las relaciones sociales. Está claro que la etapa que me he saltado era importante —dije poniendo los ojos en blanco.

Zoe se quedó pensativa mientras masticaba y tragaba despacio. Sabía lo que quería preguntarme antes de que lo hiciera. Y se lo iba a poner fácil, sobre todo, porque yo también quería que me contara cosas de ella.

—Nunca he tenido novio —le solté a bocajarro.

—¿Qué significa eso exactamente? —dijo cerrando los ojos—. ¿Me estás diciendo que no has catado varón? —abrió un ojo para oír la respuesta y me reí por lo payasa que era.

—No soy virgen, si es lo que te preocupa —aclaré.

—¡Uf! menos mal...

—Técnicamente no lo soy, pero como si lo fuera. Perdí mi virginidad

al “estilo Amelie”, con un chico empujando encima de mí mientras yo miraba a un punto fijo del techo riéndome de lo ridículo de la situación. Una noche, fui a las fiestas de un pueblo cercano a mi casa y me propuse probar qué era eso a lo que todo el mundo le daba tanto bombo. Veía a la gente besarse y acostarse en la televisión y necesitaba tirar de la manta y vivirlo en mi piel. Como suele pasar, me decepcionó y no sentí nada especialmente placentero. Al tiempo, probé de nuevo y me di por vencida. Supongo que el sexo sin amor no es lo mío.

—Qué fuerte —dijo alucinada—. ¿Hace cuánto de eso?

—Unos cuatro años.

—Dios mío —dijo horrorizada—. Este fin de semana saldremos de fiesta monísimas de la muerte. ¡Tienes que recuperar el tiempo perdido!

Me reí de la cara que ponía.

—No me preocupa mucho la verdad —aseguré—. Solo quiero ser normal.

—¿¿Normal?! ¡Esa palabra ya no existe! ¿Tú has visto cómo está el mundo? ¡Ya no hay normas! Solo tienes que descubrir lo que te gusta y para eso... ¡hay que probarlo todo! —se emocionó aplaudiendo.

—No tengo prisa. De momento aún estoy intentando adaptarme a un entorno en el que todo el mundo parece haber salido de un capítulo de Anatomía de Grey... Parecéis todos modelos, es para volverse loco.

Zoe soltó una carcajada y murmuró que era muy graciosa. Mi cara de circunstancia todavía le provocó más risas.

—No vas tan desencaminada, el caracono de Leo fue Míster España hace unos años —hizo una mueca de asco—. Y se volvió todavía más gilipollas, si eso es posible.

—¡Joder! ¡Lo sabía! —exclamé aliviada—. Al menos no estoy loca —dije balanceándome teatralmente—. Dime, ¿por qué Leo y tú os lleváis tan mal?

—Es una larga historia —dijo esquiva.

—Yo te he contado mi larga historia. Incluso cómo perdí mi virginidad, me lo debes. —Sonreí retándola.

Vi una duda cruzando sus ojos, pero también ganas de confiar en mí.

—Nadie sabe el porqué realmente, solo él y yo. Me consta que no se lo ha contado a Axel, o lo habría mencionado. Es algo que preferiría olvidar...

—¿Qué pasó? —pregunté intrigada con los ojos muy abiertos—. Ahora tienes que contármelo, o me volveré loca, juro que no diré nada —le rogué—. Lo de tu virginidad en otro momento, pero cuéntame lo de Leo.

—Mira por donde, ambas cosas están relacionadas —dijo enigmática.

—¿No me digas que la perdiste con él y luego paso de ti?

—No, es mucho peor.

—¿Peor? ¡Desembucha!

—¡Está bien! Pero que no salga de aquí, ¿vale?—hizo una pausa y me miró fijamente—. Teníamos 19 años, y un viernes fuimos a una fiesta en un piso de estudiantes. Yo conocía a Axel del colegio y me presentó a dos nuevos amigos de la universidad. Uno era Leo y al otro llamémosle “X” porque lo conocían poco y resultó ser un capullo. Ambos eran guapos y estuvieron coqueteando conmigo toda la noche. En aquella época, Axel acababa de empezar con la que acabó siendo su mujer y, en cierto momento de la noche, desaparecieron del mapa. Poco después, Leo y yo fuimos a la cocina a por bebida y acabamos comiéndonos la boca empotrados contra la encimera. A esas horas, el alcohol corría raudo por nuestras venas, pero curiosamente, me sentía muy consciente de todo. Me llevó a una habitación y empezamos a meternos mano a lo bestia, nunca había estado tan excitada. A él no paraba de sonarle el móvil, pero pasó olímpicamente de él durante un rato. Al ver que quien llamaba no se rendía, se lo sacó del bolsillo de atrás y lo miró brevemente dispuesto a tirarlo bien lejos, pero en vez de eso, maldijo en voz baja y se separó de mí diciendo: “Un momento, nena”. No hace falta que te diga que aquello me sentó como el culo, pero lo peor vino después. Tras dos frases escuetas con el interlocutor, empezó a abrocharse de nuevo el pantalón y dijo “Lo siento, tengo que irme”. Me quedé muerta. Estaba dispuesta a acostarme con él, ¡a perder mi virginidad con él!, me había fascinado como nadie y estaba pasando de mí. Me cabré como una mona y salí dando tumbos de la habitación gritándole que era un cabrón. Me siguió e intentó convencerme para llevarme a casa antes de irse, pero le dije que se largara y me dejara en paz. Estaba segura de que otra tía le había llamado, puede que su novia. Encontré al otro amigo jugando al fútbolín y me quedé con él. Leo le dijo que me acompañara a casa cuando quisiera irme, que no me dejara sola allí. El otro asintió y él se fue sin decirme nada

más, ni siquiera me miró... Me sentí humillada y despechada, así que, cuando “X” me acechó, me dejé querer... Nos liamos y cuando quise darme cuenta, entre la borrachera y el enfado, me tenía desnuda en la misma cama a punto de penetrarme. Tuve claro que no quería hacerlo, pero no dije nada. Aguanté el tipo pensando que eso era el castigo que me merecía por orgullosa y por gilipollas. Yo misma le había dado alas a ese tío para hacer lo que estaba haciendo. Fue horrible. Cuando me dejó en casa, me metí en la ducha y lloré como en mi vida lo había hecho. Me sentía asqueada, furiosa conmigo misma, y sobre todo, con Leo. Le culpaba a él. El domingo, Axel apareció en mi casa preocupado, contándome que el sábado había provocado una pelea en un bar cuando el mamarracho les contó cómo había triunfado conmigo el viernes. Pobre incauto, ¡eso era como fanfarronear de un polvo delante del hermano de la chica! Me interrogó a fondo y mi versión no cambió en ningún momento: “Lo hice porque me apetecía, no pasa nada” le dije, pero Axel no me creía porque me conocía, y porque le estaba gritando esas palabras con lágrimas en los ojos. Me abrazó mientras soltaba una sarta de tacos maldiciéndose, por lo visto, se sentía culpable de haberse ido. Rompieron su amistad con el otro tío y la siguiente vez que volví a ver a Leo, el desprecio en sus ojos hizo que me sintiera aún peor y se desencadenara mi furia eterna hacia él. Fin de la historia, hasta el día de hoy.

—Aluciflipo —dije atónita.

—Fue hace muchísimo tiempo. Tampoco nos llevamos tan mal, muchas veces enterramos el hacha de guerra, por Axel.

—¿Pero nunca habéis vuelto a hablar del tema?

—No, nunca. Y tampoco quiero. Está muerto y enterrado, en serio —zanjó ella.

Me ahorré el comentarle que no parecía agua pasada en absoluto, para ninguno de los dos.

—Tranquila, y gracias por contármelo. Y por favor, tú tampoco digas nada de mi patética vida... Odio dar pena y parecer extraterrestre —nos reímos juntas de nuestras miserias y a partir de aquel día, pasó a ser una amiga en vez de una compañera.

Todavía no me había visto. Por un momento, pensé en echarme atrás, porque iba a acercarme a ella con intención de decirle suavemente que su

mejor amigo me cortocircuitaba el cerebro, y no sabía cuál iba a ser su reacción.

—Hola... —murmuré con un quejido teatral.

—Hey, ¿quién se ha muerto?

—Mi sentido del ridículo —repuse sentándome en la mesa y haciendo una señal al chico de la barra. Él ya sabía lo que quería. Después de un par de semanas apareciendo por allí, le aclare que sí, que siempre bebía Coca Cola Zero debido a mi trastorno obsesivo compulsivo por ella.

—¿Qué te pasa? —me preguntó sonriendo.

—Quiero conquistar a un hombre y no tengo ni idea de cómo hacerlo. Ya sabes que he sido un ciborg durante años, necesito que me ayudes, acabo de saber que está disponible otra vez.

Su respuesta fue soltar una carcajada.

—No va a ser fácil —dijo cuando se recuperó.

—Lo sé, soy un puto desastre.

—¡No idiota! Lo digo porque “remedios vendo y para mí no tengo”. Conquistar a un hombre es fácil, conquistar realmente al que te gusta, no tanto.

—Yo lo tengo muy complicado, además es muy mal momento.

—El divorcio de Axel es algo que se lleva fraguando mucho tiempo —dijo tranquilamente. Me quedé con la boca abierta.

—¿Tan evidente es?! —chillé histérica.

Ella sonrió con ganas.

—No, pero es normal que te guste alguien del trabajo. Estás todo el día con él, es atractivo, compartís retos, tenéis subidones de adrenalina cuando las cosas salen bien y es un tío diez.

—Sí, pero no es solo eso. No es un caso de “el roce hace el cariño”. Desde el primer momento me sentí muy atraída por él, y eso es algo que nunca me había pasado, no pude evitarlo. ¿Crees que quería obsesionarme con mi jefe? ¡Es un problemón! Intenté quitármelo de la cabeza cuando supe que estaba casado, pero... ¡imposible!

—¡Qué guay! ¡Esos son los amores que me gustan a mí! —gritó Zoe tan emocionada que hasta me asusté—. ¿Estás en ese punto? ¡Qué mona! —aplaudí como una niña.

—Te suplico que no le digas nada. Tú le conoces muy bien, ¿qué puedo hacer Zoe? Esta mañana he visto a su mujer y es un bombón, estoy

a años luz de ella —dije lamentándome—. Luego estás tú, las modelos de la agencia... ¡Está rodeado de mujeres guapas! Y mírame a mí... Aunque me pusiera en plan *Pretty Woman* parecería una oveja disfrazada. Tengo claro, que si hay alguna posibilidad, por pequeña que sea, solo podré lograrlo con tu ayuda.

El rostro de Zoe pasó de la sorpresa, a la risa y después al enfado. En ese momento trajeron las bebidas y me miró fijamente con el ceño fruncido. Tragué saliva. Ella esperó a que se fuera el camarero tras murmurar un escalofriante “gracias”.

—Naia... ¿qué coño dices? Eres muy guapa, no tienes nada que envidiarle a nadie —dijo con determinación.

—Pues yo creo que necesito mejorar bastante. No me echo ningún potingue en el pelo para que esté más bonito, no uso tacones, faldas o vestidos, no llevo escotes y apenas me maquillo. Lo último que estoy pidiendo a gritos es que se fijen en mí.

—¿Crees que para ligar hay que ir en plan Scarlett Johansson? ¡Para nada! Es más, cómo bien dices, Axel está rodeado de gente así, ¡tu mejor baza es ser como eres!, diferente —se me quedó mirando pensativa—. Pero es cierto que necesitas un cambio. No por él, sino por ti. Un poco más de autoestima no te vendría mal, así que mañana por la tarde resérvala para un completo.

—¿Un completo? —pregunté sin comprender.

—Sí. Primero iremos de compras, necesitas un conjunto nuevo. Después iremos a Bruno’s a hacernos un PM al cubo.

—Eso suena doloroso...

—Peeling, masaje, peluquería, maquillaje, pedicura y manicura. Es como volver a nacer.

—De acuerdo —acepté—, me pongo en tus manos, pero qué me dices de Axel, ¿algún consejo?

—Sinceramente... No hay precedentes. Este es un nuevo Axel, nunca ha estado en esta tesitura ¡siempre ha tenido pareja! No tengo ni idea de cómo va a reaccionar al volver a estar en el mercado, quizá quiera explorarlo... O quizá Leo se lo lleve con alguna de sus amiguitas y hagan una de sus famosas orgías, no lo sé.

—¡No me digas eso! —dije tapándome los oídos—. Tengo claro que tarde o temprano volverá a estar con alguien. Cuando la gente se entere de

su nuevo estado civil, se le van a echar encima.

—Y antes de que eso pase, te quieres tirar tú en plancha, ¿no? — empezó a troncharse de risa.

—No es mi estilo, pero no tengo otra opción. Es luchar o morir.

—¿Tienes claro también lo arriesgado que es empezar una relación con tu jefe? Si te sale mal, puedes perder tu trabajo, o tener que dejarlo para no verle, o mil cosas más. Pensaba que te encantaba este curro —dijo preocupada.

—¡Sí, y me encanta! He aprendido muchísimo aquí, pero no puedo ser un mero espectador de lo que pase de ahora en adelante en su vida, me mataría por dentro.

—Vale nena, déjalo en mis manos —dijo Zoe con una sonrisa maquiavélica.

Aquel día al llegar a casa, le conté a Jorge las novedades, también llamé a Isa y estuvimos más de una hora al teléfono. Me tranquilizó con su relatividad sobre la vida y noté cómo se me abría el estómago por primera vez en veinticuatro horas. Después llamé a mi abuela, la cual insistió en saber si me estaba alimentando bien mientras yo lo confirmaba haciendo un pedido *on line* a Telepizza.

DOS POLICIAS REBELDES

Jorge entró el viernes de buena mañana en las oficinas de CXL convencido de que era un profesional de los pies a la cabeza. Tenía un caso urgente que resolver que además pillaba a Naia de por medio. Sería interesante tener a César cerca para tantearle, pero también tenía claro que debía estar concentrado.

La noche anterior, había recibido un email suyo citándole en su despacho. Insistía en que irían más rápido si él mismo le ayudaba a repasar los documentos, y teniendo en cuenta que el tiempo jugaba en su contra, no le pareció mala idea, sin embargo, intuía que con él, sería justo lo contrario. Qué un miserable email le hubiera afectado tanto le había puesto furioso. Tenía un sutil tono condescendiente que le había puesto muy cachondo, si había algo que le gustaba aún más que sacar a la gente del armario, era darle en el morro a personas que se creían muy listas. El reto era cada vez más grande. Resolver el caso era la prioridad de la misión, pero no estaba previsto que fuera a disfrutar tanto con ello.

Como el primer pulso dialéctico lo había ganado César en la reunión anterior, señalando que poner en aviso de que estaban buscando al culpable sería una torpe idea, había dado por hecho que lo tenía a su merced, pero pronto le frenaría los pies. Y cómo iba a deleitarse haciéndolo. Se quedó de pie en medio del hall. Sacó el móvil del bolsillo

y le escribió un mensaje a Naia, avisando de que estaba allí.

De repente, un grupo de chicas de veinte a veinticinco años apareció, se notaba que eran modelos. Atento a todo, vio salir a César de su despacho y dirigirse aparentemente hacia él, pero cuando estaba a punto de mantener contacto visual, le ignoró y se paró a hablar con las chicas.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudaros? —dijo amablemente.

—Venimos al casting de Desigual —dijo una de ellas ilusionada.

—Leo vendrá enseguida a por vosotras, mucha suerte a todas —les sonrió tomándose su tiempo. Después, desvió la mirada hacia él y murmuro: “Sígueme” y emprendió la marcha sin esperar respuesta. Jorge sonrió para sus adentros. ¡Menudo *showman*!

Cruzaron la puerta del despacho en fila india, y Jorge, que llevaba una carpeta abultada en la mano, la apoyó en la mesa. Había pilas de papeles encima de la misma, colocados sistemáticamente en montones, cada uno con un forro con distintos nombres escritos en permanente: Invitados, contratistas, modelos, salas... Todo estaba perfectamente ordenado y se dio cuenta de que el orden de las carpetas era alfabético. Aquello apestaba a matrícula de honor.

—Aquí tienes toda nuestra información para revisarla —comenzó César—. Como ves, la he ordenado por categorías, he visto que casi todos los servicios coinciden en las dos últimas semanas de la moda, excepto alguna cosa.

—Gracias, me has adelantado trabajo. Me interesa también cualquier persona que trabajara en septiembre y en febrero no, o viceversa, no solo las coincidentes. Lo quiero todo.

Ambos se quedaron callados. Jorge no sabía lo que esperar de ese encuentro. Él le había pedido los documentos para revisarlos y anotar coincidencias, pero era un trabajo de horas o días ¿Acaso se iba a quedar mirando? Su duda se resolvió enseguida.

—Me gustaría ayudar —dijo de repente César—. Así irá más rápida la investigación, cuatro ojos ven más que dos, y sí me dejas revisar las pistas que tienes hasta ahora, encontraré alguna coincidencia.

Jorge no se lo podía creer. ¿Le estaba diciendo que haría su trabajo más rápido que él? ¿Sin tener ningún tipo de experiencia? “Yo sí tengo mucho que enseñarte, chaval”, pensó Jorge indignado.

—Ah, ¡es verdad!... Me han dicho que eres un Einstein, pero que

tienes la sensibilidad en el culo.

César, lejos de molestarse, sonrió ligeramente y se quedó pensativo.

—¿Quién se habrá atrevido a decirte tan crudamente semejante verdad? —su tono era curioso y no podía dejarle atar cabos tan pronto. ¡Menudo peligro tenía el tío!

—¿Bromeas? ¿Has visto mi sonrisa? —dijo señalándose la cara—. No eres el único que sabe hacerse el tonto para sonsacar información, y te repito que estáis todos en el punto de mira, os estoy investigando.

—Yo que tú, dejaría de perder tiempo con nosotros. Si me dejas ojear tus notas, lo cogeremos más rápido. Hasta puede que en comisaría te den alguna medallita y todo —increpó César.

—Baja Modesto, que ya subes tú.

—Lo que hace el orgullo... —murmuró el aludido.

—No es orgullo. Es información clasificada y no voy a dejar que la lea un sospechoso.

—Ridículo —sentenció César.

—¿Yo? ¿O qué seas sospechoso?

—Que sea información clasificada. Repito, cuatro ojos ven más que dos y que sea sospechoso también lo es.

—Solo lo sería si fueras gay, ¿lo eres? —le picó.

—Cuatro ojos ven más que dos.

Jorge resopló. Era como un crío intentando meter una pieza cuadrada en un agujero redondo, pero que estuviera tan convencido de su lógica absoluta, le pareció entrañable.

—¿Por qué no quieres que te ayude? —preguntó César receloso.

—Trabajo solo.

—Úsame, soy bueno encontrando patrones.

“Eso suena muy tentador”, pensó Jorge.

—Tengo mi propio estilo, y no siempre es lícito. Muchos dicen que me implico demasiado. No puedo pedirte que hagas lo mismo.

—No me lo has pedido, me estoy ofreciendo —insistió César.

Jorge guardó silencio.

—Hagamos una cosa —dijo César—. Dime al menos el nombre de todas las chicas que han sido víctimas del delito, con eso ya tengo para empezar a buscar.

Pensándolo fríamente no le pareció mala idea. Puede que César viera

algo que a él se le pasara al desconocer el ambiente del negocio. En comisaría le habían dado manga ancha para investigar el caso por su cuenta, pero no obtendría apoyo de la base hasta que encontrara algo sólido. El objetivo de una investigación era hallar pistas, y era sabido que este tipo de violaciones no dejaban rastro de las sustancias utilizadas. Por eso sus superiores no querían perder tiempo con ello, aunque supieras quién es el culpable no podías retenerle sin pruebas, unas pruebas que se evaporaban del organismo de la víctima en apenas seis horas. Sin embargo, él no era un funcionario más. Su perfil solitario y peligroso le había acreditado para las misiones más turbias, con horarios imposibles e infiltraciones arriesgadas, y eso le daba cierta libertad para hacer lo que quisiera en épocas tranquilas. Este caso se había convertido en algo personal al estar ligado al entorno de Naia. Tenía una oportunidad en la fiesta dentro de seis días, y no estaba en disposición de rechazar ayuda extra.

—Está bien —aceptó Jorge—, yo seguiré buscando coincidencias en los servicios contratados en otras agencias —dijo pasándole la lista de las víctimas—. ¿Puedo sentarme aquí? —dijo señalando una mesa apoyada en la pared al otro lado del despacho. César asintió y ambos se sentaron en sus respectivos sitios para empezar a trabajar.

A la hora de comer, Naia llamó a la puerta de cristal.

—¡Hola! Se os ve muy concentrados. Voy abajo a por unos sandwiches. ¿Queréis algo?

—Yo sí —respondió César—. Tráeme un N°3 y una Coca Cola por favor, no pienso levantarme de aquí hasta sacar algo en claro.

Jorge puso cara de sorpresa. ¿Que no se iba a levantar hasta encontrar algo? ¡Él estaba hambriento!, y hacía diez minutos que necesitaba ir al servicio.

—Voy contigo y elijo uno, no sé cuáles hay —dijo Jorge—. Así estiro las piernas y voy al baño, algunos somos humanos...

A Jorge le pareció ver una mueca parecida a una sonrisa en la boca de César, pero desapareció al instante.

En cuanto las puertas del ascensor se cerraron, ambos hablaron a la vez.

—¿Qué tal con César?

—¿Qué tal con Axel?

—Tú primero —contestó Naia.

—Cerebrín es duro de pelar. ¿Contenta?

—Te lo dije, no es ningún tonto.

—Lo sé, pero le faltan un par de abuelas...

—Es un tío que mide mucho sus palabras.

—Pues conmigo está muy suelto.

—Si dice algo, será porque es cierto. Tiene alergia a mentir y no suele pillar las ironías.

—Ya... ¿Tú, qué tal?

—Hoy no le he visto. Los viernes suele ser un día complicado, casi nunca salgo a comer, me compro un sandwich y como rápidamente en mi mesa para terminar a tiempo, dudo que le vea. Por cierto, esta tarde me voy con Zoe a hacer mierdas de mujeres, le he dicho que me gusta Axel y quiere jugar conmigo al doctor Frankenstein. No me esperes despierto, sé que me va a liar.

—Me alegro de que quiera ayudarte. Mándame un mensaje en algún momento de la noche, para que sepa que estás bien.

—Sí, papá —dijo burlona sonriendo de medio lado.

De vuelta al despacho, Jorge depositó el pedido de César sobre su mesa.

—Gracias —respondió como un autómatas sin parar en ningún momento de leer lo que tenía entre manos.

No dejaría que sus rarezas le provocaran. Se sentó en su mesa y empezó a comer. César le imitó. Desenrolló el bocadillo y le dio un bocado. El hecho en sí, le llamó la atención sobre su boca, tenía una mandíbula muy follable. En ningún momento apartó los ojos de los papeles mientras masticaba, era inusual ver esa capacidad de concentración. Seguro que era de los que al cabo de un rato buscaba el bocadillo y caía en la cuenta de que ya se lo había comido.

En ese momento, Jorge se permitió relajar la mente pensando en las cosas de la vida de César que se le antojaban curiosas. ¿Con cuántas chicas se habría acostado? ¿Qué tipo de relación tenía con sus padres? ¿Cuales eran su hobbies? Lo iría descubriendo poco a poco, pues era información relevante para conseguir llevárselo al huerto y gozar de su inexperiencia. Ese pensamiento le hizo fijarse en su cuerpo. Era delgado pero fibroso, se notaba que hacía algún deporte, si tuviera que decir uno, a

bote pronto, diría que corría. En su nariz anidaban unas gafas transparentes con patillas de alambre fino, apenas reparabas en ellas cuando sus ojos grises fijaban la atención en ti con ganas de obtener información. Eran lo más atrayente de su cara y rebosaban inteligencia. Tenía el pelo corto, en conjunto le recordaba un poco al protagonista de Prison Break, Wentworth Miller. Su mirada fría y penetrante le envolvían en un aura introvertida muy interesante que daban ganas de traspasar.

Siguieron trabajando sin decir palabra hasta que empezó a anochecer.

—¿Esto a qué hora cierra? —preguntó Jorge rompiendo el silencio que habían mantenido durante horas.

—Esto no cierra. Cierro yo, que soy quién tiene las llaves.

—Muy audaz.

—Vete ya si quieres, normalmente la gente se va a las cinco. Yo no tengo prisa, no me espera nadie en casa, me quedaré hasta que me canse —dijo distraídamente con un tono más cordial. Jorge se quedó pensativo, su jornada de trabajo había terminado, pero había encontrado varias semejanzas y notaba que iba por el buen camino. La gran dedicación de César derrumbó sus ganas de establecer barreras en cuanto al secretismo del caso, quería poner en común con él lo que había descubierto hasta ahora.

—¿Qué tal vas? ¿Has encontrado algo interesante? —preguntó cauteloso.

—Estoy siguiendo varias teorías, y buscando pistas que las apoyen. Si tuviera más datos, sería más fácil —respondió secamente.

—Está bien, compartiré contigo un par de datos coincidentes en algunas de las chicas.

—Dispara —dijo César dejando al momento lo que estaba haciendo y clavándole esa mirada ansiosa de información, casi podía sentirla físicamente.

—El proveedor de bebidas de varios eventos de las noches de las violaciones coincide. Eso, sumado a que este tipo de drogas se suelen administrar en medio líquido, podría ser relevante.

—¿Qué proveedor es?

—Hijos de Antonio Ruiz.

—Los conozco. Son dueños también del Club Sputnik donde hacemos eventos habitualmente —explicó César.

Jorge mostró sorpresa, buscó rápidamente unos papeles y le miró alucinado.

—Dos de las chicas violadas trabajaron allí el año pasado, puede que tengamos algo —dijo ansioso.

—¿Qué chicas son?

—Paula Páez y Julia Rodríguez.

César volvió a revisar sus papeles. Parecía apuntar todas sus teorías en un folio doblado por la mitad y escrito a lápiz. Jorge intentó echar un vistazo rápido, pero no pudo ver nada de lo que tenía anotado. Mientras, él reorganizaba las pistas centrando su atención en la Sala Sputnik y cualquiera que tuviera que ver con ella.

—Esas chicas fueron drogadas en fiestas con seis meses de diferencia y ambas fuera de la sala donde trabajaban habitualmente —comunicó César.

—Sí, pero pudo ficharlas allí. Esas fiestas tenían el mismo proveedor, los de la sala donde trabajan.

—Esta claro que es alguien del entorno de eventos. ¿Tienes ya la lista de invitados comunes a todas las fiestas en las que sucedió algo?

Jorge le miró receloso. No quería hacer nada que normalmente no haría con cualquiera, y compartir la lista de sospechosos, no entraba en esa lista de cosas.

—Oye —dijo César adivinando sus pensamientos—. ¿Podrías dejar de resistirte? Hemos compartido un detalle y hemos avanzado en cinco minutos más que en cinco horas.

“¿Qué si podía dejar de resistirse?”, iba a volverse loco con esa clase de comentarios. ¿Cuántas salidas de tiesto había escuchado ya hoy? Quizá era su forma de hablar, sin tapujos ni hipocresías, pero hacía que el corazón le latiera rápido cuando su mente analizaba el doble sentido de las frases.

—Toma la jodida lista —dijo molesto lanzándole un papel encima de la mesa.

—Joder —dijo César poniendo los ojos en blanco—. No digo que tú solo no llegarás a las mismas conclusiones después de analizarlo, pero yo puedo decirte cosas al momento con un simple vistazo, ¿vale?

—Vale —respondió Jorge sin mirarle. Se la soplaba que pensara que lo que le jodía es que resolviera el caso antes que él, era peor que supiera

que estaba cabreado porque le era muy difícil controlar sus ganas de saltar sobre él y quitarle esa prepotencia a polvos.

La lista no era muy larga, pero solo eran los invitados. Todo el personal que se encargaba de sacar adelante el evento, casi igualaba ese número, y Jorge sospechaba que era un trabajador interno de la agencia.

—¿Damos por hecho que es un hombre?

—Sí. Algunas de las chicas dijeron que tenían restos de semen al despertar y hubo un embarazo, pero no descarto cooperación femenina para depositar la droga, nunca descarto nada ni a nadie —dijo mirándole a los ojos. César siguió estudiando la lista y un minuto después, se levantó y avanzó hacia su mesa depositando la hoja delante de él.

—Estos dos son socios minoritarios de la Sala Sputnik, aunque no son los encargados. La llevan un grupo de amigos, cada uno aportó lo que pudo, y se reparten los beneficios según participaciones, pero todos disfrutan de las fiestas cuando pueden y tienen acceso libre a todas partes.

—Podría ser fácilmente uno de ellos.

—Algunos son buenos amigos nuestros. Colaboradores —lamentó César.

—Donde más información obtendremos no será entre ellos, sino con los que trabajan para ellos, la gente habla.

—Ya lo he notado, no se quién te ha chivado que tengo la sensibilidad en el culo —murmuró—. ¿Quién ha sido?

El cabrón seguía dándole vueltas. Jorge quiso disimular que le había hecho gracia y reprimió una sonrisa ignorando la pregunta.

—Está noche me pasaré por la sala a ver qué averiguo.

—Voy contigo —dijo César impulsivo mirándole fijamente, aunque después, notó que sus ojos se fijaban en su *piercing* y se quedaba perdido en un pensamiento.

Jorge pensó en decirle que no, pero ¿a quién quería engañar? Se moría por que le acompañara. Al agacharse hacia él para mostrarle la lista, una ráfaga de su olor corporal había penetrado en su nariz, y joder, su efluvio le atraía como a un zombi la carne fresca. Quiso que corriera el aire antes de que hubiera un conflicto en ciernes en su bragueta.

—Está bien. Iremos luego, ahora tengo que cotejar algunas cosas más, si no te importa...

César volvió a su asiento con cara sorprendida. Supuso que por no

haber tenido que pelear el haberse sumado a la expedición al Club, quizá había accedido demasiado deprisa.

Estuvieron allí casi una hora más. Después, cada uno se fue a su casa para cenar, ducharse y cambiarse de ropa para ir al Sputnik. Esa noche, ambos descubrirían más de lo que esperaban en un principio.

8

CON FALDAS Y A LO LOCO

Zoe cerró la puerta del baño de una patada mientras depositaba a una Naia inerte en la tapa del retrete. Sujetándola con una mano, cogió su

bolso y como pudo, sacó el móvil. Eran las dos de la mañana, ¿a quién podía llamar a esas horas en busca de ayuda? Axel. Fue la primera persona que le pasó por la mente. Mientras apretaba la marcación rápida, echó un vistazo a su amiga. Estaba semiinconsciente, si no tenía cuidado, resbalaría de su amarre y terminaría en el suelo. La pobre estaba en otro mundo, hacía rato que había dejado de hablar. Puto Jägermeister, en buena hora habían aceptado esos últimos chupitos. A medida que oía los tonos, la desesperación asomaba su fea cara. “¿Cómo podía haberse torcido tanto el día para acabar allí encerradas pidiendo ayuda?”, pensó a punto de rendirse.

La tarde de compras había ido de fábula. Naia estaba dispuesta a aceptar todas sus sugerencias de outfit para conquistar a Axel. Compraron bastante ropa, y en un desvarío, también un vestido y unos zapatos de vértigo para salir aquella noche. En el salón de belleza, las carcajadas de Zoe se habían escuchado intercaladas con las quejas de Naia, que alegaba, que nadie merecía que le depilaran los pelos de los nudillos de las manos, pero su sonrisa de satisfacción final, mereció la pena. En Bruno's hicieron su magia y estaba guapísima. ¡Lo que hacía un buen estilista con unas tijeras! La chica era mona, eso era obvio, piel canela, sonrisa ingenua, pelo castaño claro, largo, con ondas bonitas, pecho lleno, culo generoso, y una cintura estrecha que acentuaba aún más las dos partes anteriores. Con el vestido nuevo y el toque de Bruno estaba espectacular. Tenía ganas de ver la cara que ponía Axel cuando la viera, pero no esperaba que fuera en esas circunstancias.

Al salir de la peluquería recién maquilladas, habían dejado todas las compras en el coche y se habían cambiado de ropa. Ahora se daba cuenta de que fue una mala idea cenar en un vegetariano si después pensaban beber, la próxima vez, buscaría un italiano que hiciera un poco más de base en su estómago. El problema fue, que cuando llegó la hora de bailar, los gintonics previos sentadas en una terracita del centro ya les habían pasado factura sin darse cuenta. Bailes locos, grupos de chicos, invitaciones a chupitos y la noche se había desmadrado. Había salido otras veces con Naia de fiesta, pero nunca de esa forma. ¡Estaba transformada! y no solo físicamente. Estaba como loca, nunca había querido probar el Jagger por miedo a los comentarios que había oído de que era una bomba, pero esa noche se animó, y la que era una bomba de relojería era ella. Zoe

cada vez se encontraba peor. Los últimos chicos con los que hablaron eran un poco sobones para su gusto, así que, cuando fue consciente del percal en el que estaban a punto de meterse, se asustó y se escondió con Naia en el baño. Estaban en un estado lamentable, si hubieran salido a la calle en busca de un taxi, cualquiera podía haberse acercado y..., sinceramente, dado el grado de alcoholismo que habían alcanzado, hacerles cualquier cosa. Tenía más presente que nunca el tema de las violaciones, y de repente, le había entrado miedo.

Los tonos parecían a punto de cortarse. Asustada, suplicó con todas sus fuerzas que contestara.

—¿Zoe? —respondió una voz al otro lado de la línea.

—¡Axel! ¡Gracias a Dios!

—¿Dónde estás? Te oigo fatal...

—¡Te necesito! La hemos liado muy parda.

—¿La habéis? ¿Quiénes?

—Naia y yo. ¡Hemos salido de fiesta y se nos ha ido de las manos! Estoy encerrada en el baño del Extra sin Filtro. La cosa se estaba desmadrando mucho con los tíos con los que estábamos bailando... vamos fatal... Naia está casi inconsciente.

—¡Joder, Zoe!

—Sí, lo sé —dijo ella arrepentida.

—¡No os mováis de ahí, llego en quince minutos!

—Date prisa, por favor... —colgó el teléfono y se puso a llorar. Más por la vergüenza y el pedo que llevaba que por otra cosa.

Fueron solo diez minutos, pero se le hicieron eternos. Al estar parada, notaba mucho más las vueltas que le daba todo. Tuvo un par de arcadas, y aunque sabía que le habría sentado bien vomitar, no podía con Naia bloqueando el inodoro.

—¡Zoe! —oyó la voz de Axel.

—¡Aquí! —gritó ella.

La puerta se abrió y vio su cara horrorizada.

—¡Joder! ¡¿Pero qué ha pasado?! —dijo cogiendo a Naia como un peso muerto y sacándola fuera del cubículo.

Ella se apoyó en la pared del mismo y respiró aliviada. Vio como Axel alzaba a Naia en sus brazos y esta, apoyaba la cabeza en su pecho.

Por un momento, se vio incapaz de echar a andar tras ellos, necesitaba

un minuto más. Cerró lo ojos y sintió unas manos fuertes cogiéndola de la cintura.

—¡No! —gritó asustada.

—¡Zoe! ¡Soy yo! —exclamó una voz a su lado.

Enfocó la vista y descubrió a Leo con aspecto preocupado. Lo que le faltaba. No tenía fuerzas para lidiar con él en ese momento. Se le quedó mirando con desconfianza.

—Déjame ayudarte —dijo él suavemente. Acercándose de nuevo, le cogió la mano y tambaleante, la sacó del baño. Axel ya había salido de allí con Naia, así que no tenía mucha alternativa.

Leo la apoyó en su cuerpo y depositó la otra mano al otro lado de su cintura para sujetarla, solo necesitaba salir de allí. Cuando el aire fresco de la calle le dio en la cara, se encontró algo mejor. Vio el coche de Leo aparcado frente a la puerta del local con los intermitentes puestos y a Axel colocando a Naia con dificultad en los asientos traseros. Leo se dirigió con ella a la puerta del acompañante delantero.

—Irás mejor delante, bajaré la ventanilla —le susurró en la oreja. Todo su cuerpo reaccionó a su voz. Esa voz que siempre le había golpeado con palabras hirientes, pero que esta vez, le había parecido la más considerada del mundo. En un instante fue consciente de sus músculos duros, del calor que desprendía su cuerpo, de su olor delirante y quiso huir. No quería sentir ninguna sensación agradable con él.

Leo abrió la puerta y le ayudó a sentarse. Cuando se inclinó sobre ella para abrocharle el cinturón, notó que chasqueaba la lengua. Hacía diez años que no lo tenía a esa distancia tan íntima y recordaba perfectamente su aroma. Mierda. Acaba ya. Leo se incorporó y se tomó su tiempo para cerrar la puerta del copiloto murmurando por lo bajo extrañas maldiciones.

El trayecto en coche fue un mal sueño. Axel intentando comunicarse con Naia en el asiento trasero sin conseguirlo, y ella desmayada con medio cuerpo saliendo por la ventanilla. El aire le sentaba bien.

—Me cago en la puta... ¿has visto cómo van vestidas? —oyó que decía Leo serio.

—Sí, y me imagino la cantidad de tíos que se habrán fijado también en eso esta noche —respondió Axel.

—Ha sido un milagro que no les pasara nada.

—¿Cómo está Zoe? —preguntó Axel.

—Tan borracha como para apoyarse en mí y dejar que le ayude a andar.

—Teniendo en cuenta que no te tocaría ni con un palo, eso es mucho —dijo Axel vacilón.

—Sí, rozando el coma etílico diría yo... —sonrió Leo, pero se puso serio al momento—. Con la que está cayendo en la agencia, y hacen esto...

—Creo que precisamente por eso Zoe se ha encerrado en el baño. Estaba muerta de miedo cuando me ha llamado.

—Lo importante es que las tenemos. Están a salvo —dijo pensativo—. ¿A dónde las llevamos?

—A casa de Zoe. No sé dónde vive Naia.

Al llegar a su calle, Zoe abrió la puerta del Audi Q5 y apoyó los pies en el suelo. Al ponerse de pie, comenzó a vomitar y se apoyó en la puerta abierta. Leo corrió a su encuentro y la sujetó mientras le apartaba el pelo de la cara.

—Eso es, échalo todo nena.

—No me llames nena —dijo ella cuando terminó. Parecía que se sentía algo mejor.

Leo cogió unas toallitas húmedas de la guantera y le ofreció una.

Mientras, Axel se las había ingeniado para sacar a Naia del coche. Zoe enfocó la vista en él.

—¿Cómo estás Superstar? —preguntó Axel con una sonrisa en los labios.

—Mejor, después de echar la pota.

—Me alegro. Dime, ¿no había un vestido más corto? —dijo señalando las piernas de Naia que estaban prácticamente al descubierto por la postura en que la tenía cogida. Zoe se rió.

—¡Joder, nos ponemos lo que nos da la gana!, a ver si ahora el problema va a ser “que las visten como putas” —dijo enfadada—. En la tienda nos pareció divertido...

—Es divertido —terció Leo—, pero cuando sales acompañada y tu novio puede beneficiarse de follarte en el ascensor al volver a casa sin necesidad de quitarte el vestido, sino...

—Pues es una pena que no tenga novio... —respondió ella

tambaleándose hacia el portal.

Leo se quedó pasmado. Cuando soltaba ese tipo de comentarios, solía ignorarle, o llamarle cerdo. A Axel le entró la risa floja.

—Anda tira para casa... —dijo siguiéndola cuando abrió la puerta.

Leo se quedó fuera. Nunca había sido invitado a casa de Zoe, y se asomó al portal como si no pudiera cruzar una línea invisible.

—Te espero aquí Axel, no tardes.

Zoe estaba apoyada contra el espejo del ascensor echando vaho contra el cristal.

—Sube Neanderthal —dijo ella—. Tardará un rato, ¿no ves que Naia está en coma? —se recostó sobre el espejo con los ojos cerrados, y le pareció un sitio ideal para dormirse. Estaba frío y daba gusto.

Leo entró en el ascensor sin hacer comentario alguno, la miró desconcertado mientras ella dormitaba contra el cristal. Después miró a Axel y este puso los ojos en blanco mientras se le escapaba una sonrisa.

—Está realmente borracha si te deja entrar en su casa.

—Lo sé... —murmuró Leo.

Estaba sorprendido por la actitud de Zoe. A su modo, estaba siendo amable con él. “¿Sería su forma de darle las gracias por rescatarlas?”, pensó.

Tras varios intentos fallidos de Zoe para abrir la puerta de su casa, Axel le cogió las llaves y la empujó a un lado, y aún con Naia en brazos, consiguió meter la llave y abrir la puerta sin problema.

Zoe entró en su casa y la vio desaparecer por un pasillo. Su borrachera estaba llegando a la parte de bajón con somnolencia aguda y sabía que en cuanto su cabeza tocara el colchón, se dormiría.

Mientras Axel depositaba a Naia en el sofá, Leo inspeccionó el salón con las manos en los bolsillos por miedo a dejar rastro de su presencia allí. Se sentía en tierra hostil, al fin y al cabo, era la guarida de su enemigo más antiguo.

—Voy a darle un poco de agua y una pastilla, sino por la mañana flipará con la resaca —dijo Axel levantándose y yendo hacia la cocina abierta que compartía espacio con el salón.

—Quítale los zapatos, eso si puede ser una tragedia griega mañana —recomendó Leo.

—Bien visto —agradeció Axel—. No se oye nada, ¿por qué no vas a asegurarte de que Zoe se ha metido en la cama y no está tirada por el suelo del pasillo?

—Ve tú, mejor —dijo incómodo.

—Yo estoy con mi subteniente. Ve tu a vigilar a tu enemiga acérrima.

Leo dudó un segundo, pero después una fuerza invisible le empujó a adentrarse en el pasillo. Tenía curiosidad y a la vez le daba reparo. Al fondo había un baño con una ducha moderna de esas con radio incorporada, y tuvo un flash de Zoe desnuda y mojada bailando sensualmente. Sacudió la cabeza, “no vayas por ahí”. A la izquierda, había una habitación vacía con un escritorio y algunas cajas amontonadas, así que dedujo que la tercera puerta entreabierta era su cuarto. Al entrar se paró de golpe. Ni en un millón de años habría imaginado encontrarse una imagen así. Zoe estaba tirada encima de la cama de manera transversal, en ropa interior y con los zapatos de tacón puestos. Se podría pensar que había sido una suerte encontrarla boca abajo si no fuera porque llevaba el tanga más sexy del mundo. Nunca había visto un culo de esa categoría. La lencería era de alta costura, parecía de seda verde brillante adornada con encaje negro. “Un gusto cojonudo”, pensó. No pudo evitar ponerse duro, pero lo ignoró. La escena parecía sacada de una porno de lujo. La muy borracha había caído en la cama tras deslizarse el vestido hasta los pies, pero no se había molestado en meterse dentro, más bien, había aterrizado sobre ella.

Quería intentar colocarle bien y teparle tocándole lo menos posible. Se subió a la cama y tiró a la vez del antebrazo y de su rodilla elevándola un poco y girando hasta conseguir apoyarle la cara en la almohada. Le dio la sensación de que no pesaba nada. Acto seguido, bajó de la cama y la bordeó, sin perder de vista unas torneadas piernas que coronaban un culo perfecto. “Hay que joderse”, notó que estaba salivando, ¡su cuerpo iba a su bola! Tragó con fuerza y le quitó los zapatos. “Muy bonitos”. Después, estudió cómo apartar las sábanas con la mínima molestia posible, el mínimo contacto y la mínima visión de ese cuerpo delicioso. Cerró los ojos y suspiró sonoramente. Cogió la sábana de un lado y de otro, y fue hundiendo el colchón allí donde ella la aplastaba. Cuando por fin lo consiguió, ella protestó un poco y se dio la vuelta. La sábana se le cayó de las manos cuando vio que en su ombligo brillaba un *piercing*. “¡Me cago

en mi puta vida!”, exclamó mentalmente bajando la vista hacia su marcado monte de Venus. Era lo más sexy que había visto nunca. También sabía que sus pechos estaban ahí, pero no quiso mirar hacia arriba. Cerró los ojos y fue peor, porque tuvo un recuerdo claro de haberlos lamido cierta noche hacía más de diez años. ¡Tenía que salir de esa habitación! Le echó rápidamente la sábana por encima y ella se removió.

—¿Es ahora cuando vas a follarme? —dijo en sueños a nadie en concreto. Él la miró de hito en hito—. Ah no, eso tendrías que haberlo hecho hace diez años —seguía murmurando enajenada.

Se puso de lado y se quedó tranquila. Leo salió de la habitación más rápido de lo que lo haría si hubiera un tigre dentro. Llegó al salón y vio a Axel sentado en el sofá junto a Naia.

—¿Nos vamos? —urgió corriéndole una gota de sudor por la espalda.

—Sí. ¿Por qué has tardado tanto?

—La he arropado un poco.

—Si al final os vais a hacer amigos y todo.

—Cómemela.

Ambos caminaron hacia la puerta y cerraron lentamente. Guardaron un extraño silencio hasta que Leo dejó a Axel en su casa, donde cruzaron un par de palabras parecidas a “te llamo mañana”, pero los dos estaban paralelamente pensando en sus cosas.

Cuando Leo llegó a casa, se sirvió un dedo de whisky y se espatarró en el sofá. Una imagen acudiendo a su mente. Una chica tumbada en una cama, piel morena, pelo de duende, ojos peligrosos y culo perfecto. Metió la mano en su bragueta y acarició su miembro. “Tenías que haberme follado hace diez años”. Esas palabras... Eran justo las que se repetían en su mente prácticamente cada vez que la veía, pero no pudo ser, aunque se muriera de ganas. Sin embargo, al día siguiente, la decepción al enterarse de que se había follado a otro esa misma noche, fue más de lo que su orgullo pudo soportar y no necesitó saber más para no volver a pensar en ella de esa forma, hasta esa noche.

“No me jodas”, se lamentó. Cuando su polla se obsesionaba por alguien era difícil hacerle cambiar de idea, tenía vida propia. Mierda. Era hora de llamar a Pilar y a Elena para que le hicieran una visita. Consultó la hora: Las tres de la mañana de un viernes. “El momento perfecto”,

pensó desbloqueando su móvil.

9

EL CLUB DE LA LUCHA

Esa misma noche, César atravesaba la puerta del Club Sputnik seguido de cerca por Jorge. Era una situación inusual, él no era el típico tío que entraba el primero por la puerta de un bar un viernes por la noche partiendo la pana. En cualquier caso, entraba el último, medio obligado y arrastrado por Leo, y recientemente por Axel. Pero con Jorge parecía que le gustaba jugar a ser uno de esos tíos, delante de él quería ser diferente a lo que era, quería innovar, experimentar, aunque no entendía bien por qué.

—¿Por dónde quieres empezar? —le preguntó.

Jorge no contestó enseguida, sino que echó un vistazo alrededor estudiando el lugar y sus distintos ambientes. Localizó la zona Vip y la señaló.

—Allí —dijo escuetamente.

—No te andas por las ramas.

Afortunadamente conocía a los dueños, porque de lo contrario, a esas horas no tendrían sitio allí ni de broma, y cualquiera le decía que no al

señorito. Aún no tenía claro si su determinación le sacaba de quicio, o le causaba admiración. Tampoco sabía si ese *piercing* que llevaba en la ceja le parecía lo más horrendo, o lo más molón que había visto en su vida.

Comenzó a andar hacia la zona elegida y habló con el chico que custodiaba el acceso. Lo conocía de otras veces, y César aprovechó para preguntar por Carlos, que era uno de los socios y el mejor amigo de su hermano pequeño. Había pasado la infancia merendando en su casa, mientras sus padres trabajaban hasta las ocho de la tarde en su propio negocio. El chico habló por el walkie y recibió órdenes de dejarles pasar y acomodarles en un reservado. Jorge no parecía muy impresionado.

—¿Y ahora qué? —dijo César cuando se sentaron e hicieron un gesto a la camarera.

—Calma —empezó Jorge que seguía con la vista a la mujer que se acercaba a ellos contoneando sus caderas exageradamente—. Tengo mi método, ya te lo dije e incluye algo de paciencia —respondió sonriendo a la persona que acababa de llegar junto a ellos.

—¿Qué os pongo chicos?

—Muy nerviosos con esas piernas perfectas —soltó Jorge bromeando. Ella sonrió ufana.

—¿Qué queréis beber? —dijo coqueta.

—Dos whiskys *on the Rocks* preciosa, Cardhú doce años.

Ella se fue sin decir nada, pero regalando una sonrisa lasciva que decía muchas cosas.

Después de eso estuvieron en silencio. Jorge observándolo todo, y César pensando que estaba más perdido allí que un pulpo en un garaje. Miraba alrededor y parecía que todo el mundo estaba al ataque, incluso Jorge había cambiado de actitud al llegar a ese antro busca-orgasmos. Las experiencias sexuales que había tenido hasta ahora, que no eran pocas, se habían presentado solas. Él no solía tener que mover un dedo, eran las chicas las que se le acercaban buscando una cosa muy concreta, conquistar a un chico que parecía desinteresado. Y cuando le apetecía, él se dejaba conquistar y disfrutaba del encuentro, pero nunca conectó con ninguna de ellas a un nivel especial. Cuando conoció a Leo y a Axel en el colegio mayor estaba en su tercer año, y todo el mundo había cardado ya la lana. Leo era un jodido imán para las chicas, Axel tenía fama de chico estable con novia y él, era un chico misterioso e interesante. Sabía que su

reservada forma de ser atraída a las mujeres al igual que sus enigmáticas y múltiples matrículas de honor. Era curioso hasta qué punto la indiferencia podía fascinar a algunas de ellas, pero nunca había tenido facilidad para relacionarse con nadie. Solo, estaba mucho más cómodo, a su aire, en su mundo. Un mundo que nadie parecía entender. Sus padres habían querido meterle en círculos de alto nivel intelectual, pero él se había negado. Su gran reto era llevar una vida normal, sus matemáticas, sus números, sus cuentas, sus dos amigos y su familia, no necesitaba más. Reconocía que era un círculo bastante cerrado, pero es donde se sentía cómodo. Solía huir de la gente nueva, por eso, conocer a Jorge le había trastocado un poco. Desde el principio se sintió cómodo con él, y eso era algo, que pocas veces experimentaba porque muy poca gente le entraba por los ojos. Primero, porque no solía mantener un contacto visual muy directo con nadie, y segundo, porque la mayoría de la gente le parecía demasiado predecible y normal. Pero de vez en cuando, alguien llamaba su atención por un “factor x”. Naia era otro ejemplo.

—Aquí tenéis —dijo la camarera con una sonrisa vanidosa cuando trajo las bebidas. Llevaba un atuendo extra sexy para agradar la vista de quien quisiera mirarla, y Jorge, se lo estaba tomando muy en serio dándole un repaso de lo más descarado.

—Gracias ricura —dijo el poli manteniendo un contacto visual tan abrasador que le puso cachondo hasta a él.

—¿Necesitáis algo más? —pestañeó ella dejando la pregunta abierta a interpretaciones.

—De momento no —contestó Jorge ladino—. Pero puede que más tarde te necesite —dijo mostrando su copa y dándole un sorbo. Después se lamió el labio y ella siguió su movimiento con interés, al igual que él.

—Será un placer —zanjó ella sonriente antes de darse media vuelta y dirigirse hasta su pequeña fortaleza detrás de la barra. Una vez allí, volvió a mirarles, y Jorge le correspondió con una sonrisa canalla.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó César desconcertado—. ¿Has venido a ligar?

—No, es parte del plan. Bebe.

—¿Qué vas a hacer, enseñarle la placa e interrogarla en medio de una mamada?

Jorge se atragantó y soltó una carcajada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque he visto esa mirada cien veces.

—No me digas Casanova —respondió vacilón.

—¿Qué pretendes? ¿Llevas la placa?

Jorge sonrió abiertamente y no entendió por qué. César no se consideraba especialmente gracioso, pero esa sonrisa se le antojaba arrebatadora incluso a él. Desde que habían entrado en el local, Jorge parecía haberse transformado. Provocaba mil cosas con los ojos, ese *piercing* hablaba por él otorgándole intenciones peligrosas y descaradas con cualquiera que se atreviera a mirarle. ¿Formaría todo parte de su método?

—Siempre llevo la placa, no te preocupes. Ahora relájate y bebe.

—Odio el whisky, gracias por preguntar.

—Pues ya es hora de que lo ames, bebe.

—Paso.

—Lo pillo. Estás de vuelta de todo, pero el whisky es una de esas grandes cosas de la vida que aún te quedan por descubrir. Bébetelo todo, saboréalo, el primer trago es el que menos gusta, es como el sexo o el sushi, cuanto más lo bebes, lo comes o lo haces, más te gusta.

—Me lo bebo, pero te ruego que no empieces a filosofar sobre la vida —dijo alzando su copa rápidamente—. Cuéntame el plan.

—Respóndeme antes a un par de preguntas. ¿Cuántos socios hay exactamente en este garito?

—Seis.

—Bien, ¿los conoces a todos?

—A unos más que a otros.

—Dime tres nombres. Qué tres creerías capaces de algo así.

—Buf, no lo sé, así de repente...

—Si, lo primero que te venga a la mente, dime tres, rápido.

—Iván, Víctor y Guille. Pero aún así, me sorprendería mucho.

—Te sorprenderías de las cosas que se ven siendo policía...

Una de las puertas de detrás de la barra se abrió y apareció Carlos, habló un instante con la camarera y ella señaló hacia donde estaban sentados.

—¡César, qué sorpresa! ¿Qué haces tú por estos lares?

—Hola —dijo César poniéndose de pie para darle un pequeño abrazo,

Jorge hizo amago de levantarse.

—Sentaos, sentaos, tomemos algo. Yo soy Carlos —dijo estrechándole la mano a Jorge.

—Jorge, un placer, soy un nuevo amigo de César. Quería enseñarme esto. Muy chulo —dijo refiriéndose al local.

Carlos pareció desconcertado por un instante, pero reaccionó sonriendo enseguida.

—¡Gracias! Ahora mismo son buenos tiempos —le explicó a Jorge— Sobre todo gracias a CXL, gracias a ellos muchas otras empresas del sector cuentan con nosotros para la distribución de alcohol en estas fechas —dijo palmeándole la espalda a César—. ¿Cómo le va a tu hermano? ¿Cuándo viene?

—La semana que viene —respondió César tranquilamente.

—¡No se pierde una! ¡Qué sinvergüenza! —sonrió Carlos. César mostró una sonrisa falsa y Jorge no perdió detalle—. Todo listo para el jueves que viene, estad tranquilos.

—Lo estamos —contestó César.

Tras hablar un rato sobre sus padres y una nueva bebida, Jorge lanzó una pregunta.

—¿Cuántos camareros tiene el Club? Es muy grande...

—Son nueve, dos en cada barra y otro para rotar turnos.

—¡Las chicas son muy atractivas!

—A la fuerza, la tendencia últimamente es contratar prácticamente a modelos para lucir detrás de las barras, es lo que los clientes quieren ver.

—Ya decía yo —dijo Jorge haciéndose el tonto—. ¿Y quién tiene tan buen gusto? ¡Debe ser el mejor trabajo del mundo! ¡Quién pudiera!

—Sí —se rió Carlos— Juan es un cabrón con suerte, suele encargarse él.

En ese momento, el móvil que Carlos había apoyado en la mesa se iluminó revelando un nombre: Olivia.

—Tengo que irme, me reclaman —sonrió—. Cuidaros, y pasadlo bien pareja, estáis invitados a las copas.

—Gracias Carlos, nos vemos —respondió César cuando reaccionó. Se había quedado parado cuando había oído el término “pareja”. Supuso que se refería a pareja de dos, un par de amigos ¿no? Se rió por ser un paranoico.

—Sabemos quién las contrata. Ese tío es el que más datos sabrá sobre ellas.

—Sí, pero Juan no me cuadra. Es el mayor, tiene mujer e hijos.

—¿Y?

César se quedó callado.

—Y nada.

—Bien, ahora vuelvo. Quédate aquí —Jorge se levantó y caminó hacia la barra donde estaba la camarera. Durante la visita de Carlos había notado las incesantes miradas de Jorge hacia ella. ¿A qué jugaba? No pudo evitar sentirse un poco decepcionado por ello, se suponía que estaban investigando, por eso le molestaba... Sí, era por eso. Le vio apoyarse en la barra mientras ella adquiría una pose digna de la llamada de apareamiento humano más ancestral. Mano en la cintura, pierna adelantada, hombros atrás, sacando pecho. “Vamos hombre... me aburro”, pensó César.

Al poco rato, ella fue hacia la misma puerta por la que había desaparecido Carlos, echándole una mirada poco sutil a su presa, Jorge la siguió segundos después. Sabía a donde daba esa puerta, a un pasillo por el que se accedía a los despachos, al almacén y a los servicios de los empleados. De repente, se fijó en que habían dejado la puerta entreabierta.

Era muy frustrante haberse quedado cazando moscas, pero un minuto después, tuvo una de sus epifanías: Cuando en una película, el protagonista le decía a alguien “espera aquí”, este último siempre desobedecía. No fallaba. Y algo le decía que esta vez, también debería ser así, si no qué coño pintaba él allí. Tomó el último trago de su copa y para su sorpresa, no le supo tan mal. Caminó hasta la puerta por la que habían desaparecido y continuó hasta el almacén. La imagen que vio le dejó congelado en el sitio.

Jorge sostenía a la camarera contra la pared, ella le rodeaba la cintura con las piernas y él se presionaba fuertemente contra ella. A pesar de la rudeza con la que la tenía arrinconada, depositó suaves besos en su cuello. Ese contraste le sorprendió, su cuerpo en tensión exudaba fuerza por los cuatro costados, sin embargo, de alguna manera inexplicable, lograba ser tierno a la vez. Ella metió una mano en su pelo mientras cerraba los ojos y asentía, por lo visto Jorge le estaba diciendo algo al oído, pero César, solo podía pensar en qué sentirían esos dedos transgresores, o si ese pelo era

tan suave como parecía. Ella coló la otra mano por la parte trasera de su camiseta llegando bastante al sur de su espalda y metiendo ligeramente los dedos en el límite de su pantalón. Fue vagamente consciente de que se estaba excitando, un sentimiento de anhelo centelleó en su interior, algo le atraía mucho. ¿Era ella? No, era que quería hacer lo mismo que ella. Esa idea le sacudió como un tornado de fuerza cinco. Salió corriendo como alma que lleva el diablo huyendo de la persona que había sido capaz de tener esos pensamientos, solo quería dejarla atrás.

Se dirigió como un loco hacia la salida de la zona Vip, y al cruzar el cordón, chocó contra un grupo de cuatro chicos. El mayor impacto se lo llevó el brazo de uno de ellos, e hizo que su copa resbalara de su mano estrellándose contra el suelo.

—¡Disculpa!

—¿Cómo que disculpa? ¡Me pagas otra, maricón de mierda!

Su cerebro se cortocircuitó y se apagó. Fue la palabra inapropiada en el momento inapropiado, y sintió algo que nunca había sentido, furia ciega. Lo que ocurrió acto seguido, terminó en una bola humana de brazos y piernas arreando puñetazos y patadas. Los amigos reaccionaron tras la sorpresa inicial e intentaron separarlos, cuando lo consiguieron, fueron contra él. Por un instante solo sintió dolor mientras se retorció contra el suelo. Y después de lo que le pareció una eternidad (aunque seguramente fueron quince segundos), empezó a oír golpes secos y quejidos guturales a su alrededor hasta que unas manos fuertes le levantaron como un peso pluma del suelo.

—¿Qué coño haces?! —le gritó Jorge. César le miró y en ese instante sintió odio hacia él. ¿Cómo era posible si apenas le conocía? Demasiadas emociones en tan poco tiempo. Dio media vuelta y se fue, no sin antes darse cuenta de que había cuatro personas retorciéndose en el suelo.

Cuando salieron a la calle, César empezó a andar en dirección a su casa. Le dolía un brazo, y notaba la cara ardiendo por los golpes, pero solo pensaba en estar solo.

—¡César! —gritó Jorge que empezó a correr tras él. Este guardó silencio y siguió caminando con la vista al frente.

—¿Qué coño te pasa?! ¡¿Qué ha pasado?!

—Nada, me voy a casa, estoy perdiendo el tiempo. Seguiré investigando por mi cuenta, así al menos, uno de nosotros lo hará —Jorge

se paró en seco mientras él continuaba andando.

—Joder..., no me extraña que hables poco —dijo Jorge detrás de él—. Eres un puto bocazas. He conseguido la pista que buscábamos.

César detuvo sus pasos, pero no se dio la vuelta enseguida.

—¿Cómo? —exigió más que preguntó.

—¿Qué importa cómo? La cuestión es que la tengo.

César se dio la vuelta y se acercó a él.

—¿Cómo? Os estabais dando el lote, os he visto —acusó.

—Te dije que no vinieras, que me gustaba hacer las cosas a mi manera, que tenía mis propios métodos más o menos lícitos, pero no confías en nadie, solo en ti mismo. Todos los demás te parecemos gilipollas, ¿verdad?

César guardó silencio. Le avergonzaba reconocer que la curiosidad y la adrenalina pesaban más que su enfado y era duro procesar que el cabreo fuera consigo mismo y no contra Jorge. Mirar estuvo mal... Desear estuvo peor. Cerró los ojos con fuerza y habló.

—¿Qué has averiguado?

—Ha sido mientras le decía a la camarera que la esperaba a la salida para ir a su casa, me ha contestado que no vivía sola, que mejor fuésemos a la mía. Y me he dado cuenta de una cosa. Todas las violaciones han sido en casa de la víctima. Él las lleva allí seminconscientes, se las folla en su cama y luego se va. Sabe donde viven y sabe que viven solas —sentenció Jorge.

—Joder... —dijo César pasándose las manos por el pelo.

—Y tengo algo más, al entrar al almacén me ha preguntado que de qué conocía a Carlos, y le he dicho que apenas le conocía, que sobre todo conocía a Iván, Víctor y Guillermo. Al oír sus nombres, he visto inseguridad en sus ojos, creo que vamos bien.

—¿Todo eso en un puto minuto? ¿Quién eres James Bond?

—No, soy el tío que te ha oído derrapando en el pasillo y te ha sacado de una pelea. ¿Qué ha pasado?

—Nada, ha sido todo muy rápido, les he tirado una copa y se me han echado encima —mintió.

—¿Sabes lo poco que me gusta partir caras llevando la placa encima? ¡Me quema en el bolsillo! No vuelvas a hacerlo, o no te dejaré volver a acompañarme —le riñó—. ¿Te duele mucho? —dijo acercándose más a él

y haciendo amago de tocarle el pómulo.

—Me duele la hostia, para qué te voy a mentir... Me han molido a palos, menos mal que has llegado. ¿Dónde aprendiste a pelear así? Parecías un puto ninja.

—Mis padres me apuntaron a los nueve años a Jiu-jitsu para canalizar mi ira.

—¿Y llevas practicándolo desde entonces?

—No. Lo dejé el día que descubrí que pegar tiros es diez veces más reconfortante que dar hostias —César abrió los ojos como platos y Jorge se ríó.

—Joder, estás loco —sonrió César y al momento hizo una mueca de dolor.

—Vámonos a casa, tienes que ponerte hielo... en todas partes.

“Ni que lo digas”, pensó César. No recordaba haberse excitado nunca tanto sin un estímulo manual.

—¿No has quedado con la camarera? —preguntó César.

—¿Qué? ¿Crees que quiero enrollarme con esa tía? Solo quería sacarle información, y me ha dado más de la que necesitaba en medio minuto. Si te hubieras quedado quietecito como te he pedido, quizá hubiera sacado más.

—Lo más seguro es que ella sí hubiera sacado más —ríó César malicioso.

Jorge se empezó a partir de risa y empezó a andar hacia una parada de taxis. La casa del poli estaba relativamente cerca y pillaba de paso hacia la de César. Cuando llegaron le vio bajar del coche y reclinarse sobre la puerta para despedirse.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes.

—El lunes a la una hablaremos con todos para tomar una decisión con respecto al caso.

—De acuerdo, nos vemos.

El taxi arrancó y Jorge desapareció en su portal. César estaba confuso, había sido una noche muy movida y tenía las emociones aún a flor de piel. De repente le sonó el móvil, era un WhatsApp de Jorge.

—*Una cosa más, ¿sigues odiando el whisky?*

No pudo evitar sonreír. Esa noche había descubierto que quizá no

estuviera condenado a vivir la vida aburrido de todo, aún podía sorprenderse y ser sorprendido.

—*Serás cabronazo... Te encanta darme lecciones.*

Leo abrió un ojo al oír unos golpes secos en la puerta de su apartamento. Cada vez eran más fuertes, así que se levantó maldiciendo del revoltijo de cuerpos suaves en el que se encontraba, y poniéndose los calzoncillos, fue hacia la puerta. Al abrirla se encontró a un César con la cara reventada.

—¡Dios...! ¡¿Qué te ha pasado?!

—Hola —dijo pasando por su lado y entrando al interior de su piso.

—¡¿Quién te ha hecho eso?! ¡¿Cuándo ha sido?! ¡¿Por qué no me llamaste?!

—Fue anoche —dijo dirigiéndose al minibar.

Leo miró la hora, eran las doce del mediodía.

—¡¿Por qué no me llamaste?! ¡¿Dónde fue?! ¡¿Quién fue?!

—Cálmate, estoy bien. No sé quién fue. Le tire la copa a un tío sin querer y se montó una pelea, estaba en el Sputnik.

—¿Por qué no me llamaste?

—Porque no estaba solo.

—¿Una chica? —preguntó Leo sorprendido.

—No, fui con el Inspector —dijo indiferente. Pero la cara de Leo superó la sorpresa inicial y César se vio obligado a explicarse.

—Estuvimos hasta tarde en la oficina buscando una pista que cercara el entorno del violador. Descubrimos que coincidía el mismo distribuidor de bebidas en todas las fiestas y que dos de las chicas agredidas trabajaban en el Sputnik, así que el poli dijo que iría y yo fui con él. En la lista de invitados común de las fiestas en las que drogaron a las chicas, había muchos socios del Sputnik.

—Joder... —dijo Leo incrédulo—. Entonces, ¿el poli detuvo a los que te hicieron eso en la cara?

—Mejor. Se puso en plan Karate Kid y los dejó a todos en el suelo —dijo sonriente.

—No me jodas...

—Sí... y eso no es todo. Se lío con una camarera para sonsacarle más pistas, y también hablando con Carlos supimos quién contrata a las camareras... El tío es un puto crack.

Leo vio que César se había servido un whisky y le pareció extraño. Eso, sumado al ojo morado, la mandíbula hinchada y su último comentario, le hicieron pensar que estaba en presencia de una persona totalmente nueva.

—Nunca te había oído decir eso de nadie que no fuera un matemático o un científico muerto.

A César le entró la risa. Si supiera que encima se puso cachondo al verle en plan porno, le daría un infarto. Saboreó el whisky y sintió un latigazo en la garganta que curiosamente le recordó a él. Ese cuerpo fuerte arrinconándola contra la pared, esos labios besando tan suavemente en contrapunto... su mente le estaba volviendo loco. Por eso había ido a casa de Leo, siempre conseguía distraerle con sus cosas.

En ese momento, como señalando lo obvio, aparecieron dos chicas con dos camisas de hombre mal abrochadas.

—Hola chicos —dijo una de ella estirándose y mostrando más de lo que esperaban ver.

—Vamos a darnos una ducha, por si os apetece —dijo la otra con una sonrisa tentadora. Después, desaparecieron como por arte de magia.

—La artillería pesada... ¿Qué te pasa? —preguntó César.

—Pfff, ya te contaré. ¿Te apetece? —dijo haciendo un gesto de cabeza en dirección a la propuesta de las chicas.

César lo meditó. Cualquiera otro día hubiera aceptado la oferta. Así era como sucedía, él no tenía que buscarlo, simplemente la oportunidad aparecía. Todo era mecánico y placentero, aunque vacío. No era la primera vez que compartía estancia y chicas con Leo. Mientras Axel era el perfecto novio, Leo y él tenían fama de liberales y experimentados en cuanto al sexo. Sin embargo, en lo referente a lazos afectivos ambos estaban en blanco. Zoe era la única chica (junto con su madre) a la que apreciaba de verdad, aunque nunca había podido intimar demasiado con ella por su enemistad con Leo. Bea, la mujer de Axel, siempre se había portado bien con él, pero no terminaba de gustarle cómo se comportaba con los demás. Y Naia era una joven promesa que le hacía sentir

extrañamente cómodo cuando estaba en su presencia.

—Tengo que declinar la invitación —dijo César, aunque recordó levemente la maravillosa ducha de dos por tres metros que tenía Leo con un banco de lo más práctico.

—Yo también paso, no sé ni por qué las llamé.

—Sí que lo sabes, y quiero que me lo cuentes.

—Las necesitaba.

—¿Por qué?

—Pareces un puto poli. ¡Ah, espera! Que ahora te vas de fiesta con uno. Todo esto es muy raro, ¿qué es lo que no me estás contando?

—Nada.

—Te conozco... ¿Por qué te estás implicando tanto en el caso? Acaso alguna de las víctimas...

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—No lo sé exactamente...

Y era cierto, aún no sabía lo que estaba sucediendo, pero algo había cambiado.

—¿Qué pasó anoche para tener que llamar a emergencias sexuales en vez de salir a por alguna otra? Me dijiste que no te apetecía hacer nada —continuó César.

—Y no me apetecía, estaba reventado, pero Axel apareció a eso de las doce y nos preparamos unos premium. Estuvimos haciendo el chorra hasta las dos o así, hasta que Zoe llamó por teléfono...

—No me digas más... —dijo César teatralmente.

—Te digo más... Estaba encerrada en el baño de un bar con Naia, las dos con un ciego que te cagas. Por lo visto se escondió allí cuando los tíos con los que estaban empezaron a propasarse con ellas...

—¿Qué?! ¿Están bien? —preguntó César preocupado.

—Sí, pero les pienso echar la bronca. Naia estaba inconsciente, tío. Y Zoe... —pensó un poco en como decirlo exactamente, pues no debía olvidar que estaba hablando con César—. Zoe estaba tan ciega que hasta me invitó a su casa.

—¿Cómo?! ¿Quería liarse contigo?

—¡No! Fuimos los cuatro y dejamos a Naia en el sofá... Después tuve que ir a asegurarme de que Zoe respiraba, se había ido a su cuarto y se

había dejado caer encima de la cama... Tuve que arroparla, se había quitado el vestido —dijo deprisa pasándose una mano por el pelo.

—Entiendo. La viste en pelotas y se te puso tan dura que te hicieron falta dos tías para bajártela.

Así era César, tan sutil como el disparo de un bazuca.

—Básicamente —afirmó Leo—. Fue chocante. Hacía mil años que no me pasaba, el pequeño Leo está bien amaestrado con respecto a ella, ya lo sabes, pero esa escenita fue demasiado. Encima va, y me suelta en sueños que tenía que habérmela tirado hace diez años. ¡Cómo si la culpa fuera mía!

César se ríe de forma condescendiente.

—De verdad que no entiendo vuestro rollo... menuda pérdida de tiempo —dijo acabando el vaso.

—No tenemos ningún rollo. Nos odiamos, punto.

—Punto y aparte. Os atraéis.

—Bien, pero me atrae mucha gente y no por eso me vuelvo loco. Lleva años superado, apenas lo noto, pero joder si se desnuda... no soy de piedra, tenía un culo... —se apretó los ojos con dos dedos y acabo presionándose la nariz—. Se me pasará, ¿vale? Es que me pilló desprevenido. Sabes que la odio.

—Vale, vale. Mmmh... Recuérdamelo, ¿por qué la odias?

—¡Joder! Ya lo sabes. Sabes lo que pasó, y encima es una bruja.

—Yo la adoro, es un amor —sonrió César.

—Cambiamos de tema... ¿Cómo te sientes? Pareces un Picasso... —se compadeció Leo.

—Me siento diferente. Todo es diferente...

—Tú eres diferente.

—Entonces, puede que esté consiguiendo hacer cosas normales y sentir cosas normales por una vez en mi vida...

Leo le miró fijamente, pero no quiso preguntarle más. Esos temas con César eran peliagudos. No estaba acostumbrado a verle tan confuso e inseguro, pero de alguna forma le entendía, porque él se sentía igual en esos momentos.

—Ponme uno de esos —dijo señalando su bebida.

César se agachó a por la botella en el mueble-bar, por eso Leo no pudo ver la sonrisa que se dibujó en su cara al comprender que el encuentro de

anoche con Zoe había despertado a un gigante dormido en su amigo.

Horas más tarde, Axel entraba en casa de Zoe con unas llaves que le había dado hacía años para regarle las plantas durante un viaje. A su vuelta, le propuso que se las quedara para emergencias, y esto lo era. Le había escrito mensajes preguntándole cómo estaba y no le habían ni llegado. A las dos de la tarde decidió que era hora de despertarla. Entró en el piso y no oyó ningún ruido. Dejó una bolsa de comida china en la isla de la cocina y se fijó en que el sofá estaba vacío, Naia se había ido. Puso rumbo a la habitación de Zoe y al entrar, notó que aquello olía peor que una destilería. La persiana no estaba del todo bajada y por las rendijas entraba luz suficiente para ver que estaba boca abajo con los brazos extendidos. Decidió que lo más urgente era dejar que entrara el aire.

—¡Noooo! —la voz de Zoe sonó amortiguada contra el colchón al oír la persiana—. Fuera. Seas quién seas.

—Buenas tardes para ti también —dijo Axel.

—Axel... no... vete.

—¡Levántate dormilona! Es mediodía, asume las consecuencias de tus actos.

—Pareces mi abuelo. Ni siquiera mi padre era tan ñu... Te recuerdo que estás en la treintena, ¿por qué anoche no te estabas divirtiendo por ahí?

—Porque estaba liado salvándote de ti misma.

—Ja, ja.

—Estaba en casa de Leo cuando me llamaste.

Zoe soltó una queja gutural escondiéndose en la sábana.

—¡Qué horror, ahora me acuerdo! ¿Ha estado aquí, verdad?

—Sí. Él quería esperar abajo, pero le dijiste que subiera.

Zoe volvió a lamentarse.

—Tendré que desinfectar el piso...

—No es una cucaracha.

—Pediré una segunda opinión.

—Pues me consta que te arropó.

—¿Qué?!

—Sí, eso me dijo —rió Axel.

—¿Estuvo en mi habitación?

—Un minuto, quizá dos —aclaró inocentemente—. Asegurándose de que no estabas durmiendo la mona en el suelo, porque casi te quedas dormida en el ascensor.

—Mierda.

—¿Qué?

—Nada, ve al salón. ¿Te quedas a comer? mira a ver que hay en el congelador —dijo Zoe.

—He traído comida china, tu antídoto contra la resaca —comunicó sonriente.

—¿Te he dicho que te quiero? Ve sacando platos y agua, mucha agua.

—Oído —dijo Axel abandonando la habitación—. Luego hablaremos de lo de anoche, señorita.

Ella puso los ojos en blanco.

Al rato, Zoe salió de la habitación, con el pelo mojado, un pantalón de pijama de Snoopy y una camiseta de tirantes, y sin mediar palabra, se puso a engullir como si llevara semanas sin comer. Hacía mucho tiempo que no veía una cara suya de resaca, pero juraría que estaba enfadada.

—¿Te pasa algo? —preguntó dejando en el aire unos tallarines con gambas que estaba a punto de degustar con sus palillos.

—¡Estaba en pelotas!

—¿Qué?

—Que me he levantado de la cama y estaba en pelotas, o sea que tu amiguito se lo pasó teta arropándome, nunca mejor dicho —masculló mientras su humor iba empeorando.

—Igual te la quitaste tú a media noche porque tenías calor. No me dijo nada, pero tardó muy poco en volver al salón.

—En buena hora le invité a subir...

—Hablando de eso... —dijo Axel poniendo cara de circunstancia—. La semana que viene es el cumpleaños de tu ahijada... y... es el primero que celebro desde que me separé de su madre. Preferiría hacerlo en un sitio con el que esté familiarizada, no en el nuevo piso que he alquilado, aún no se ha habituado mucho a él. ¿Podemos hacerlo aquí?

—¡Pues claro! Te ayudaré, cuenta con ello —contestó sonriente.

—Gracias. Y Leo tendrá que acudir... otra vez... aquí.

Zoe se quedó callada un momento. Después se abrió paso su cara de resignación, era muy expresiva, solía adivinar lo que iba a decir justo

antes de que lo hiciera, fue así desde la primera vez que la vio.

—Está bien —cedió ella—. Pero no le digas que sé que entró en mi habitación y que posiblemente me vio desnuda.

—De acuerdo —rió Axel—. Pero te metiste en ese lío tu solita, ¿qué era eso tan importante que estabais celebrando Naia y tú para pillaros semejante pedal?

Zoe permaneció en silencio una vez más. Había algo que no quería contarle, porque normalmente contestaba al momento y cuando se lo pensaba un poco, era porque quería ocultarle cierta información.

—¡Nada! Simplemente Naia acaba de terminar una relación tóxica y le apetecía quitar un clavo con otro clavo. Algo simple, rápido, sin ningún compromiso emocional, ya sabes, está en plan: “Solo quiero disfrutar a lo grande sin preocupaciones”. ¡Si incluso nos compramos un conjunto de ropa interior de La Perla para amortizarlo esa misma noche! ¿No te fijaste en su vestido? Lo que pasa es que cenamos hierba en un vegetariano y se nos fue la mano con el Jägermeister, así que no pudo ser.

La cara de Axel era un poema, no esperaba para nada una respuesta así. Tenía una imagen de Naia totalmente diferente, mucho más modosita, ¿era capaz de hacer algo así?. Disfrutar a lo grande había dicho, tuvo que tragar saliva.

Esa chica le gustó desde el primer día que la vio. Fue muy agradable ver a una mujer sana y normal frente a él. Poseía una belleza intrínseca sin acentuar con ningún tipo de ayuda superficial y se preguntó distraídamente si todavía existía gente así. Su cuerpo le mandó un mensaje claro: ¡Cuidado, curvas peligrosas! Buena delantera, buen culo... la mayoría de las modelos le resultaban muy rectas para su gusto. Fue un soplo de aire fresco, y con esa sonrisa abierta y esos ojos sin segundas intenciones, no pudo evitar que toda ella le llamara la atención, parecía tan pura... Aunque sin duda, lo más sorprendente fue que a su cabeza le diera por imaginar escenas salvajes subidas de tono con ella aunque siguiera casado, llevaba ya tiempo mal con Bea, pero hasta entonces nunca le había sucedido. Pero joder... Era como una Jessica Alba con una talla más de todo y por consiguiente el doble de apetecible. Gracias a Dios relativizó el tema internamente, porque Naia pronto demostró ser un activo demasiado bueno para la empresa como para perderla por un revolcón. Así que se dijo que su atracción solo era un indicativo claro de

que lo que tenía con su mujer no le satisfacía, y quedaba demostrado porque estaba algo más que receptivo a otras personas. Fue el empuje necesario para tomar la decisión de su divorcio, había una vida llena de sensaciones esperándole después de su mujer, eso era todo, no había vuelto a pensar en Naia. Casi.

Desde que decidió comunicarle a Bea cómo se sentía, no había habido espacio para nada más que para la tristeza y el dolor. La reacción de su mujer fue peor de lo que esperaba, pasó las cinco fases: negación, ira, negociación, depresión y aceptación como un Apocalipsis, y aunque parecía que ya estaba en fase de aceptación, aún había coletazos de ira, depresión e intentos de recuperación espontáneos. Había sufrido mucho, a pesar de ser el responsable de la disputa. Sea como sea, las dos partes sufren, y más si hay niños por medio.

Y ahora que las aguas volvían a su cauce, se enteraba de que Naia estaba buscando un rollito. Era muy tentador, sin embargo, tenían una norma muy rígida en cuanto a las relaciones en el trabajo. Tres tíos llevando una agencia de modelos... Fue imperativo crear una norma así, sino habría sido un desmadre. Leo era un golfo, y César, no era ningún santo aunque resultara mucho más discreto.

—Vaya... —dijo él respondiendo a su explicación— pues no hagáis cosas peligrosas, preséntale a alguien o algo así.

—¿Cómo quién? —pinchó ella.

—No lo sé... —respondió cortante y le entró un terrible malestar al imaginarse a un par de amigos en común beneficiándose.

Cuando Axel recibió la llamada de Zoe, se puso en modo hermano mayor. No quería ni pensar en que les pasara algo a ninguna de las dos. Cuando vio a Naia en el baño, lejos de apreciar su vestido y su nuevo corte de pelo solo sintió un enfado irracional, algo así como una traición. Fue extraño. Sin embargo, al llegar a casa de Zoe, sí tuvo tiempo de fijarse algo más. Mandó a Leo a cuidar de Zoe y él se quedó a solas con Naia viéndola por primera vez en un ambiente fuera del trabajo. Le pareció un ángel a pesar de ir vestida para matar. Le quitó los zapatos como si fuera una niña y le acercó un poco de agua a los labios con un analgésico. Ella pareció recobrar una especie de funcionamiento *stand-by* al beber y se quedó mirándole. Él le acarició ligeramente la cara y le preguntó cómo se encontraba. La respuesta de ella fue incorporarse y

lanzarse a sus labios. Fue un beso corto pero intenso que pilló a Axel totalmente por sorpresa, y antes de que pudiera formular un pensamiento coherente, ella se dejó caer de nuevo al sofá cerrando los ojos y diciendo con una sonrisa de borracha: ¡Prueba superada!

Ahora lo entendía, quedaba demostrado que su meta esa noche era liarse con alguien. Decidió que lo mejor era guardarse esa información. Naia estaba buscando algo sin compromiso, y él llevaba demasiado tiempo siguiendo las normas. Puede que no fuera tan mala idea saltarse alguna de vez en cuando.

11

LA SIRENITA

Creo firmemente que todo el mundo tiene un don. Dícese de aquello, que sin ningún esfuerzo se te da de puta madre. El de mi abuela por ejemplo, es sacarme de quicio. Pero a lo que iba, Zoe me había adjudicado la misión de hacer los personajes de Pepa Pig para adornar la tarta de cumpleaños de Adriana. Con apenas un par de indicaciones, me estaban quedando espectaculares. Miré hacia su sofá y me trajo un recuerdo bochornoso de la noche del viernes.

El sábado me desperté a las diez de la mañana con dolor de espalda reconociendo que estaba en el piso de Zoe. Tenía algún flash de que alguien me había llevado en brazos hasta allí. Comprobé que Zoe dormía profundamente y me fui a casa. Después de darme una ducha, me calenté unos restos de pizza y me metí en la cama. Desperté a eso de las cuatro de la tarde y vi que tenía Whasapps. Llamé a mi compi de borrachera y me contó nuestras desventuras. Lo único que saqué en claro, es que Axel me había visto la noche anterior de una guisa imperdonable. Fue él quien tuvo que cargar conmigo, pensaría que era una puta cría y con razón. Zoe también se estuvo quejando de que su máximo rival había pisado suelo vetado y entrado en su habitación para verla desnuda. No me creí ni media palabra, menuda dramaturga estaba hecha, pero la información explosiva vino después.

Según ella, decirle a Axel que yo estaba buscando un rabo en el que montarme iba a ser beneficioso para mí. Me puse histérica.

—¿Tú estás loca?! ¿Esa es la imagen que quieres que tenga de mí?

—¿Qué imagen? Bienvenida a 2016, una mujer puede perfectamente querer eso y nada más por estar en un momento determinado de su vida. ¿O es que tiene que conformarse con su consolador? —me tapé la cara con las manos.

—¡Joder! Estás fatal... Vale, seamos realistas. Es perfectamente lícito hoy en día buscar un rollito, pero ¡te has pasado tres pueblos tía! ¡Qué es mi jefe! ¡Me conoce! Y yo no soy así ¡y lo sabe! —le grité.

—Mira, acudiste a mí por algo. Sé que ahora mismo Axel no quiere complicarse con una relación al uso. La única forma de meterte en su cama es esta, confía en mí. Acaba de destrozar a su ex y se siente culpable, solo se juntará con alguien con el que piense que está a salvo de enamorarse de él, y te recuerdo, que hay una fila de arpías perfectas esperando para ese puesto. Él cree que es incapaz de enamorarse ahora mismo, pero Axel no es de los de usar y tirar, en cuanto te acaricie el pelo, mil ideas románticas anidaran en su cabeza, lo conozco.

—Pff, más te vale. ¿Y ahora qué hago? —respondí con ansiedad.

En ese instante no vi las mil posibilidades que había de que aquella farsa acabara mal. El sábado volví a salir de compras para completar las del día anterior y darle credibilidad a mi nuevo plan de vida, lo que se traducía según Zoe, en alguna prenda de escote generoso y otra faldita

más, pero me daba muchísima vergüenza. No estaba acostumbrada. Ella me recomendó que fuera sola y comprase algo que me pareciera sexy pero decente, tenía que encontrar mi propio estilo.

El domingo estuve hablando con Jorge y vegetando en el sofá gran parte del día. Él me contó su aventura del viernes por la noche con César, y debo admitir que la suya no se quedaba atrás.

El lunes llegué al trabajo escondida en un burka y unas gafas de sol gigantes, ¡como si así no fuera a reconocerme! Nada más llegar fui corriendo al piso de abajo para encontrarme con mi rescatador personal delante de testigos. Había muchos modelos probándose ropa, haciéndose fotos y el ambiente era distendido. Al verme, Axel me lanzó una sonrisa que no le había visto nunca, me temblaron las piernas. Y para cuando recordé que una actitud tímida no pegaba con el plan que seguíamos, ya me había lanzado un par de pullitas, pero aún así quise darle las gracias.

—¿Qué tal Naia? ¿No habrás venido en coche, no? Seguro que aún darías positivo...

—Calla, calla, cada vez que me acuerdo... Menos mal que vinisteis a por nosotras, muchas gracias, de verdad.

—¿Te acuerdas de algo? —preguntó con interés.

—No, me lo contó Zoe al día siguiente.

—Te quité los zapatos y te puse una manta por encima, no fue para tanto.

—Gracias otra vez, no era mi plan acabar así la noche, te lo aseguro.

Él se quedó quieto un instante y me atravesó con la mirada. Luego se rió de un chiste no tan privado y quise pegarme un tiro cuando me di cuenta de cómo se imaginaba él que quería acabar la noche después de lo que Zoe le había dicho. Se despidió de mí con una mirada de lo más inquietante, ¡qué puta vergüenza!

A la una nos vimos de nuevo en una reunión. Jorge nos había convocado para poner encima de la mesa las nuevas pistas que tenían del caso.

—Señores, esto es lo que hay —dijo Jorge tras su exposición mirando a todos y por último a César—. Creo que lo más sensato es que en la primera fiesta que haya pongamos un cebo.

—¿Un cebo? —preguntó Axel.

—Sabemos que tipo de chica busca: guapa, joven y que viva sola. Las

violaciones siempre han sido en casa de la víctima, ni en descampados, ni en parques, ni en coches —explicó Jorge— ¿Cómo sabe que viven solas? supongo que tiene acceso a los datos personales de las chicas y lo comprueba, o hace por enterarse. Solo hay que asegurarnos de que todos en el Sputnik se enteren de que Zoe vive sola y poner cámaras para vigilar los movimientos de los sospechosos en la fiesta.

—Rotundamente no. —Se plantó Axel.

—Es nuestra oportunidad —insistió Jorge.

—Me niego a exponerla así, ¿qué pasa si algo sale mal? —prosiguió Axel.

—A mí me parece bien —dijo Zoe—. Si voy a estar vigilada, ¿qué problema hay?

—Solo tú podrías estar de acuerdo con eso —murmuró Leo.

—Ya sé que piensas que soy muy puta, nos queda claro, pero quiero ayudar y no creo que entrañe peligro —dijo Zoe enfadada.

—Yo no he dicho eso —se defendió Leo—. Lo digo por tu bien.

—Se cuidar de mí misma, gracias —alegó ella sin mirarle.

—Sí, ya lo vi el viernes —atacó Leo, pero vi que se arrepentía al momento, y más cuando ella se quedó callada.

—Tengo un plan B —intervino Jorge—. Un guardaespaldas para Zoe. Alguien que no se separe de ella, pero que no se note mucho que está a su alrededor a propósito.

—Aún así... —dijo Axel inseguro.

—Axel —comencé— si no queremos que esto salga de aquí tenemos que apanarnos con los que somos. Lo del cebo es buena idea, confiemos en el Inspector.

Axel frunció el ceño, pero pareció ceder.

—Quién más sentido tiene que sea el guardaespaldas de Zoe soy yo —dijo Leo de repente sorprendiendo a todos—. Nadie sospechará, los dos somos comerciales, estamos en los mismos círculos, hablamos con la misma gente y no le ahuyentaré porque todos saben que no nos llevamos muy bien.

Se hizo un silencio, varias miradas se cruzaron en el aire y Jorge tomó el control.

—Perfecto. Lo único que tienes que hacer es no perderla de vista —Leo asintió con la cabeza—. Los demás, aseguraos de que la noticia de

que Zoe vive sola les llegue a todos.

—Erick podría ayudarnos con eso —propuso Axel.

—¿Quién es Erick? —preguntó Jorge confuso.

—El hermano de César, es amigo de los del Sputnik. Llega mañana, ¿no? —preguntó Axel mirando a César. Este le devolvió una mirada indescifrable mientras respondía:

—Sí, llega mañana. Yo mismo iré con él a tomar algo allí, podemos hacer correr la voz de que Zoe vive sola.

Jorge frunció el ceño y se quedó pensativo. Acto seguido revisó unos papeles y al encontrar lo que buscaba, me miró directamente. Vi un enfado profundo en sus ojos, algo pasaba. De alguna forma, debí mandarle una súplica silenciosa para que se tranquilizara, porque suspiró y relajándose visiblemente se dirigió hacia todos.

—Voy a comprobar unas cuantas cosas. Mañana a la una quedamos otra vez todos aquí. De momento, que nadie diga nada a nadie —dijo mirando a César. Éste dio un respingo por la advertencia velada que mostraba sus ojos.

—De acuerdo —contestó Axel—. Todos a trabajar, hay mucho que hacer para la fiesta del jueves. ¡Por cierto! —recordó de pronto—. Mañana es el cumpleaños de Adriana, os agradecería a todos que os pasarais un rato por el piso de Zoe a partir de las 18h.

Todos asintieron encantados, pero vi en la cara de Axel que había algo más.

—Y... —continuó pidiendo perdón con la mirada—. Si puede ser, la cumpleañera quiere que vengáis disfrazados de personajes Disney.

—¡Genial! —dijo Leo, que fue el único al que le pareció una buena noticia. En ese momento noté en la boca de Zoe una insinuación de sonrisa. Mira por donde le hacía gracia...

Todos empezamos a levantarnos y vi como Jorge le decía a César que se quedara un momento. Los demás, salimos por la puerta y más tarde en casa, Jorge me contó el pequeño y hostil cruce de palabras que había tenido con César una vez se quedaron a solas.

—Qué callado te lo tenías —comenzó Jorge molesto.

—¿El qué?

—Que tu hermano Erick es socio del Club. “No se pierde una” —dijo imitando lo que dijo Carlos el viernes por la noche.

—Mi hermano no es el tío que buscas.

—Eso no lo sabes. Me lo has ocultado, y eso para mí significa muchas cosas, entre ellas, que ya no puedo fiarme de ti —sentenció e hizo amago de irse, pero César le agarró del brazo. Jorge le miró y no tuvo que articular palabra para comunicarle que le convenía que le soltara.

—Espera un momento. Por favor.

—Deberías habérmelo dicho, si no lo has hecho es porque piensas que hay posibilidades de que tu hermano sea el culpable.

—No. No lo he hecho porque lo he descartado. Mi hermano estudia en Londres, y en algunas de las fiestas en las que violaron a las chicas no estaba en la ciudad.

—No estaba en casa, pero puede que estuviera en la ciudad, no lo sabes. Un buen policía nunca da nada por hecho, ni descarta a nadie por premisas relativas.

César se quedó callado. No quería que Jorge se enfadara con él, quería seguir ayudándolo, había surgido una camaradería que no podía dejar ir porque hacía doce años que no le sucedía y menos tan rápido.

—Lo siento —admitió—. Déjame seguir ayudándote, dame algo para seguir buscando pistas, por favor... —suplicó César.

—Puedes ayudar no diciendo nada a nadie que no sea de este círculo de personas. Nos jugamos mucho. —contestó Jorge severo ignorando su petición. César contraatacó.

—¿Y tú, has descartado ya a todos los de este supercírculo? ¿Por qué? No nos conoces —replicó queriendo aleccionar al maestro.

Jorge tuvo que pensar rápido. Casi todos los motivos de sus descartes eran por información que había obtenido de Naia.

—Muy sencillo —dijo de repente muy seguro de sí mismo—. Leo no tiene que drogar a nadie para que caiga en su cama, ¿verdad? “Salta a la vista”, no tiene sentido si ninguna se le resiste, bueno, una sí —se mofó—. De Axel corre el goloso rumor por la agencia de que solo ha estado con una mujer en toda su vida..., en mi opinión, el que está en peligro de que lo violen, es él. Y tú... —sonrió— sinceramente, si supieras quién es el culpable, no tendrías esa avidez por intentar resolver el caso. No tienes pinta de ser alguien que suplica para que le den una pista para desarrollar hipótesis de las que ya sabe la respuesta. —Concluyó satisfecho.

Cesar se quedó mirándole muy quieto. Tenía un desafío en los ojos, el

de aceptar una frase inaudita abriéndose paso en su boca.

—Tienes razón. —Se rindió—. Yo no suplico. Nunca... pero... ahora, te suplico que no me apartes del caso. Perdona mi torpeza por descartar a mi hermano, dame algo más... —mendigó.

Jorge miró su maltrecha cara y se ablandó un poco.

—Luego te envió un email. Mañana nos vemos, hoy tengo cosas que hacer —se despidió todavía tirante.

Lo que César no supo, es que Jorge se pasó toda la noche en el ordenador pidiendo favores a diversos departamentos de policía mientras se torturaba por haber desnudado esa vulnerabilidad en sus ojos. Sin saberlo, presintió que el comportamiento de César con él era algo fuera de lo normal, algo que solo unos pocos tenían el privilegio de ver, y le asustó la dinámica que estaba adquiriendo su extraña relación.

El martes a la hora de comer, Zoe vino a buscarme a la oficina y me arrastró hasta un supermercado y un par de chinos a comprar todas las cosas necesarias para el cumpleaños de Adriana. Me dijo que Axel le había dado permiso para que me tomara el resto del día libre porque iba a ayudarla con la fiesta, sería la primera vez oficialmente sobria que me vería fuera del trabajo. Después de comer, nos pusimos a arreglar la casa, adornándola con globos y guirnaldas. Nos quedó preciosa. Y ahí estaba yo, pringada de azúcar fondant, pero orgullosa de mi obra. Cuando quedaban diez minutos para que llegara la gente, Zoe vino a buscarme a la cocina.

—Deja ya eso, la gente está a punto de llegar, ¡tenemos que disfrazarnos!

—No pienso ponerme el disfraz que has sugerido en el chino, tengo mi dignidad —dije.

—Hala venga, ¡si es perfecto! Además, es una de las películas favoritas de Adriana.

—No puedo, en serio.

—Pruébatelo, por favor.

—Me lo pruebo. Pero solo para demostrarte que es demasiado.

—¡Vale! —contestó victoriosa.

El disfraz era fácil de poner. Unos *leggings* verdes con escamas dibujadas y una parte de arriba de bikini con un dibujo de dos conchas. Me miré en el espejo de cuerpo entero y negué con la cabeza.

—Es una fiesta infantil, y tú pretendes que vaya medio en pelotas.

—Es una fiesta Disney y la sirenita es una de las mejores princesas. Aún falta el toque final —explicó como si me hubiera vuelto loca por estar escandalizada. Se puso detrás de mí, me soltó el pelo que me había atado con una goma para hacer la tarta y me echó un poco de espuma para rizarme más las puntas.

—Oigas lo que oigas, no te muevas —dijo desde atrás. Sacó un bote de spray de colores para el pelo y empezó a rociarme pintura roja. Solté un chillido. Quería asesinarla, pero el daño ya estaba hecho. Un par de minutos después abrí los ojos, el resultado era espectacular. ¡Realmente parecía la sirenita! Era cierto que el toque del pelo le quitaba dramatismo al desnudo. Me lo colocó por delante tapándome parte del pecho, por suerte lo tenía bastante largo.

—¿Qué te parece? —me dijo con una sonrisa triunfante.

—No está mal —asentí—. Pero me muero de vergüenza —dije tapándome el ombligo.

—Estás muy bien Naia, hay que ir despertando a la bestia de Axel y con esto, le vamos a llevar al límite. Hazme caso, una vez me confesó que cuando tenía doce años se había masturbado viendo cromos de la Sirenita.

Solté una sonora carcajada.

—¿No fastidies?!

—¡Sí, tía! y no le culpo, es bastante sexy.

Las dos nos reímos con ganas. En ese momento sonó el timbre y un escalofrío subió por mi espalda. Joder.

Zoe corrió hacia su armario y sacó un vestido rojo de lentejuelas, unos guantes largos morados y unos zapatos de tacón rojos. Me suplicó que fuera a abrir la puerta de abajo, y una vez en la entrada, pulsé el botón correspondiente. Cuando volví a la habitación estaba terminando de calzarse, le vi ponerse los guantes y empezar a rociarse el pelo ella también de rojo brillante.

—Pero... ¿de qué vas?

—¿No lo sabes?

—No.

—Pues espera a verme después —sonrió. Axel tenía razón, Leo y ella eran muy parecidos, por ejemplo los dos disfrutaban como enanos con los disfraces.

El timbre sonó esta vez en la puerta del apartamento, fui a abrirla y respiré hondo antes de hacerlo.

—¡Guau! —exclamó Leo al verme—. Estás genial, Ariel —dijo depositando dos besos en mi cara.

—Tú también estás guapo, Peter pan.

Entró en el piso y se quedó paralizado.

—¿Soy el primero?

—Sí, estarán a punto de llegar.

—¿Quién es?! —se oyó gritar a Zoe desde la habitación.

—¡Es Leo! —contesté enseguida.

Un silencio se apoderó de la estancia. Me dio un poco de pena, parecía tan contento al entrar... y en esos momentos, parecía que fueran a extirparle un testículo. Leo sacó su móvil y rápidamente escribió un mensaje mientras aceptaba la cerveza que le ofrecía.

—Llegan en dos minutos —comunicó aliviado cuando le llegó la respuesta. Le mostré la tarta de Peppa pig y me felicitó sinceramente. Por fin Zoe apareció en el salón y la vista de Leo fue *increscendo*: zapatos, rodilla, cintura, pecho, cuello, labios, ojos y pelo sin ser capaz de articular palabra.

—¡Qué fuerte! ¡Jessica Rabbit! —exclamé impresionada cuando se colocó el pelo delante de un ojo y sonrió apretando los dientes con una mueca de asco. Zoe hizo una reverencia y después se ríe. Leo permaneció callado, y solo cuando Zoe se acercó a nosotros, murmuró un débil “hola”.

—Hola, Peter pan —respondió Zoe burlona— Muy apropiado.

—Tú estás increíble —murmuró Leo aún pasmado. Zoe cambió su cara de guasa por una sorprendida de haber recibido un cumplido en vez de una crítica. La tensión se podía cortar con un cuchillo, y la que estaba cohibida ahora, era la pequeña Jessica Rabbit. Leo reaccionó al momento raro hablando de trabajo.

—Luego, o mañana tenemos que hablar de Alejandro Olivar —comenzó Leo.

—Es un imbécil —dijo Zoe.

—Sí, nos está poniendo muchos problemas para la fiesta del viernes. Hay que hablar con alguien de su equipo que no tenga un palo metido por el culo.

—Está difícil, veré si puedo contactar con su hija.

—Bien —respondió Leo mientras se quedaba mirando fijamente la parte delantera de su vestido. La verdad es que no dejaba lugar a la imaginación... Le vi morderse el labio y mirar la hora, casi me entra la risa cuando sonó el timbre por la cara de alivio que pusieron los dos. Leo fue raudo y veloz a abrir la puerta, y esperó junto a la entrada a que subiera quien quiera que fuese. Al abrirla apareció un hadita de tres años con alas transparentes y un gorro con una estrella en la punta de la que salía un tul rosa.

—¡Princesa! —gritó Léo.

—¡Tío Leo! —contestó la niña saltando a sus brazos—. No soy una princesa, soy un hada. El hada madrina de la Cenicienta —explicó Adriana mostrando su varita. Leo la levantó del suelo y la hizo volar mientras fingía estar muy impresionado con su disfraz.

—¿Te traigo un babero? —le susurré a Zoe al pillarla con ojitos tiernos observándoles. Me miró fingiendo furia y me reí.

—¡Tía Zoe! —gritó la niña desde los brazos de Leo. Él la depositó en el suelo y la pequeña hada corrió hacia ella—. ¿De qué vas disfrazada?

—Eres muy pequeña para saberlo, pero Jessica Rabbit es una de las grandes figuras femeninas de Disney. La pobre no tiene la culpa de que la hayan dibujado así... —dijo Zoe y la sonrisa que mostró Leo en ese momento me dejó eclipsada hasta a mí. Madre del amor hermoso...

—¡La Sirenita! —gritó de pronto la niña al verme — ¡Qué guay! ¡Mira papi! ¡Es la sirenita!

Axel se acercó a donde estábamos después de colocar unos regalos encima de una mesita cercana al sofá. Llevaba una casaca de romano con un pantalón corto beige, laureles en el pelo, un escudo y una espada. Me dieron ganas de entrar en guerra.

—Hola a todos —saludó Axel algo cortado. Era extraño verle así vestido, hasta el momento, solo le había visto con camisas básicamente.

—¿De qué vas exactamente? —preguntó Zoe divertida.

—De Hércules. ¿Y tú, otra vez de Jessica Rabbit? ¿Cuántas veces has usado ese disfraz?

—Nunca pasa de moda —adujo ella.

Axel me miró y sonrió ampliamente.

—¡Ariel! Qué bueno, me encantaba cuando era un crío.

—Sí, sobretodo en la intimidad de tu habitación —dijo Leo, lo que provocó una carcajada general. Me puse roja, necesitábamos urgentemente más invitados. Zoe y yo nos centramos en la niña y Axel y Leo bromeaban sobre lo cómodos y calentitos que eran en verdad los leotardos verdes del disfraz de Peter Pan.

Pronto comenzó a llegar más gente. Escuché a César riéndose mientras hablaba con Leo, la risotada fue precedida por la frase “Lo que me faltaba”. Las miradas que nos lanzábamos Axel y yo me pusieron nerviosa, se habían vuelto más ardientes desde la última hora. Puede que Zoe tuviera razón, no podía ignorar el hecho de que me miraba diferente, claro que, disfrazada de su fantasía sexual más antigua, quizá no contara.

En un momento dado, fui a buscar algo de beber a la cocina y noté que Axel me seguía.

—No queda hielo —me lamenté cuando vi la cubitera vacía.

—Con el calor que hace, no me extraña —repuso él—. Quizá haya aquí.

Abrió el cajón del congelador y saco una cubitera de silicona con forma de corazón, me lo mostró y sonreí como una idiota. Se acercó a mí y comenzó a sacar los hielos uno a uno de su molde depositándolos en mi vaso.

—Me han dicho que has hecho los muñecos de la tarta.

—Sí, era mi primera vez.

—Te han quedado genial, gracias por ayudar en la fiesta —dijo sonriéndome con los ojos. Yo por supuesto, me derretí.

—Tu hija es adorable, se nos cae la baba a todos con ella. ¡Es tremenda! —dije sonriente.

—Sí, es la bomba. No tengo palabras... —se quedó callado, pero parecía querer decir algo más, así que permanecí en silencio y esperé.

—Tengo que compensarte por hacer semejante obra de arte —dijo refiriéndose a la tarta.

—Unos días de vacaciones no me vendrían mal.

Él se ríe.

—Yo estaba pensando más bien en una cena. ¿Te gusta la comida india?

Me quedé petrificada. ¿Me estaba proponiendo una cita? Joder, ¡Dios existe! Respiré hondo antes de saltar a su cuello y vi sus ojos posarse en

mi pecho al hincharse de aire.

—No lo sé... ¡quiero decir! Nunca la he probado.

—Pues ya es hora —me sonrió.

—Vale, estoy disponible.

¿Disponible? ¡Ja!, mejor di dispuesta a todo.

—¿Qué tal mañana? —preguntó inseguro— Esta semana es complicada, tenemos eventos jueves, viernes y sábado, y no quiero dejarlo para la próxima.

—Me parece bien —dije aguantando la respiración.

—Perfecto —sonrió triunfante—. ¿Qué te pongo de beber? —dijo señalando los vasos.

Nos servimos las bebidas y volvimos junto a los demás. Yo miraba a Zoe con miedo, emoción y desespero, y no tardó ni diez minutos en arrastrarme hasta el baño para cotillear sobre el asunto. Estaba casi más contenta que yo, pensé que ella se merecía ser igual de feliz y al momento me vino un nombre a la cabeza, Leo. ¿Podría hacer yo hacer algo al respecto después de ver las chispas que últimamente saltaban entre ellos? Eran detalles minúsculos, sutiles gestos que antes no estaban ahí, y que merecían la pena acercarlos hojarasca por si alguna de esas chispas prendía la mecha.

50 PRIMERAS CITAS

Oí el timbre y el corazón me dio un vuelco. Hacía media hora que Jorge se había ido, esa noche tenía guardia en la comisaría y me advirtió que no hiciéramos guarrerías en el sofá. Al darme cuenta de lo que suponían sus palabras, me quedé en shock unos cinco minutos. Mi experiencia con hombres era de chiste, y Axel había tenido pareja desde los diecinueve años. Iba a hacer el ridículo más espantoso, hasta me

planteé ver una porno para tomar notas. ¡Estaba histérica!

Una hora antes del encuentro ya estaba lista, así de patética era, y eso que me había cambiado tres veces de ropa y dado un baño con burbujas relajantes. Al final, el conjunto ganador había sido unos vaqueros pitillo que me compré con Zoe la semana anterior, de un azul oscuro precioso con destellos en tonos más claros de Guess y una camiseta de seda marrón oscuro que se ataba al cuello dejando media espalda al aire. Los zapatos también eran una nueva adquisición, imitaban la piel de serpiente en marrones claros y oscuros, y tenían el tacón fino. Me arreglé el pelo como me habían enseñado en la peluquería y me maquille los ojos en tonos tierra. Zoe me había traído al trabajo un pintalabios de su reserva, era de Chanel y su tono era fucsia pasión, muy ella, pero no me atreví a ponérmelo. Lo difuminé un poco por mis labios dándole un aspecto más natural.

La última media hora estuve al teléfono con mi amiga Isa, contándole lo bochornosa que había sido la jornada laboral de aquel día después de que mi jefe me invitara a cenar.

Aparecí en la oficina en ayunas, puesto que mi estómago estaba en plan bicho bola desde que me había despertado esa mañana en mi cama. Fui a la sala de reuniones a por una CocaCola Zero que sabía que había en la nevera del staff, y al entrar encontré a Axel junto a la máquina de Nesspreso. Perfecto...

—Buenos días —dijo tranquilamente. A mí sin embargo, empezaron a latirme los oídos y parecía que me acabaran de flashear los de Men in Black.

—Hola —reaccioné— Necesito cafeína urgentemente —dije acercándome a la nevera como si fuera una yonki. Me había puesto un vestido blanco con botas altas de cuero marrón, sin medias, y una chaqueta corta porque a esas horas hacía algo de frío para ir en tirantes. Me siguió con la vista como si fuera un halcón. ¿Desde cuándo me miraba tan fijamente?

—No seré yo quien te lo impida —dijo dejando de bloquear la puerta de la nevera.

Podía haberme hecho algún comentario sobre esa noche, pero no lo hizo, Axel era muy profesional y cuando atravesaba las puertas de la oficina, solo le importaba una cosa. Y más estos días, cuando la semana

de la moda estaba a punto de empezar y había varios eventos contratados muy seguidos. Me fijé en que llevaba la misma camisa blanca que la primera vez que le vi, le quedaba de miedo. Los pantalones elegidos eran marrones y por un momento, pensé que habíamos elegido los mismos colores para vestir esa mañana. ¿Misma actitud ante una misma circunstancia? Si era así, debería querer estar chupándose el dedo balanceándose en un rincón igual que yo, y no era el caso.

—En cuanto den las diez llama a los de los Roll Up, a ver dónde se han metido —me recordó de repente. Lo que yo decía, concentrado a tope en el trabajo. Le hice un gesto de pulgar arriba mientras bebía un sorbo de mi adorado líquido, el mejor trago siempre era el de primera hora de la mañana. Antes de ponerme en movimiento y abandonar la estancia, vi que miraba hacia mi boca y en un acto reflejo se humedecía los labios. Todo imaginaciones mías, seguro, pero una chispa de electricidad se disparó hacia el centro de mis piernas y decidí huir de allí antes de que se acabara todo el aire de la habitación.

El resto de la mañana fue un torbellino de cosas por hacer, un non-stop. Axel se pasó el día haciendo viajes con la furgoneta de la empresa al local de la fiesta. Le escribí un par de WhatsApp haciendo preguntas muy concretas: “¿Dónde están las facturas de las flores?”, “¿Cuál es el teléfono del encargado de las luces?”. Sobre las cuatro y media me llegó un mensaje suyo mucho más interesante.

—*¿Te recojo a las 20.45 en tu casa?*

Creo que nunca un WhatsApp me había estresado tanto. Cuando terminé de arreglarme, esperaba que la conversación con Isa me relajara, pero cuando le conté los últimos acontecimientos y lo que Zoe le había dicho a Axel, me asustaron sus palabras.

—¡Madre mía nena, entonces está claro! ¡El tío va a saco! Se ha enterado de que quieres echar un polvo y no ha perdido el tiempo.

—¿Tú crees? Creo que me va a dar algo...

—¡Sin duda! Ten cuidado, si acaba de quedarse soltero, igual va a lo que va y solo eres la primera de su lista.

—Si le conocieras no pensarías eso. Zoe no cree que le pegue hacer eso...

—Dime una cosa... ¿Crees que si Zoe no le hubiera dicho que estás buscando un rollito de primavera, te hubiera invitado a salir?

—No lo sé... —dije incómoda— Yo le hice una tarta a su hija...

—Naia, siempre has sido una ingenua cariño. Quizá a una chica normal no le haría eso, pero si sabe que la chica es justo lo que quiere, puede que él piense que no sea malo que después pase de ti. ¿Me entiendes?

—Sí. Dios mío... ¿Y ahora qué hago?

—Pues zumbártelo a lo bestia.

Me reí por no llorar. ¡Ya no sabía ni lo que quería! Isa pareció leerme el pensamiento.

—Te aconsejo que sea como sea, estés relajada. Te mereces una cita con él. Disfruta y después, haz lo que te salga del coño, nunca mejor dicho, o sea haz lo que el instinto te dicte en ese momento. Es la única forma de sentirte bien contigo misma, que al final, es lo más importante.

—Gracias, necesitaba oír eso. Si pasa algo va a flipar con mis artes amatorias —ambas nos partimos de risa.

—Eso es algo innato nena, cuéntame mañana cómo ha ido todo, quiero detalles sucios y si no ¡te los inventas! Ya sabes lo que me está haciendo este embarazo ¡parezco una perra en celo! Es horroroso... ¿Te he contado lo de mis sueños húmedos?

—Sí Isa, y te agradecería que no me lo repitieras.

Mientras bajaba por el ascensor decidí que mi amiga tenía razón. Al margen de lo que había provocado la cita y de las intenciones de él, iba a disfrutarla como si fuera lo más inocente del mundo. Aunque la sombra de que fuera mi jefe planeaba por mi cabeza como una abeja en un picnic.

En cuanto le vi en el portal, me lanzó una sonrisa que acabó al momento con cualquier atisbo de miedo. ¡Vestido de sport aparentaba diez años menos! Llevaba unos vaqueros con un discreto deshilachado en un lado, un polo azul oscuro de La Martina y unas zapatillas Diesel del mismo tono. Tenía un montón de pulseras de cuero en su brazo que siempre me habían llamado la atención y que cobraban ahora un sentido pleno, eran el remate final para terminar de fundir mis bragas de quinceañera. Cuando se acercó para darme dos besos, me puso una mano en la cintura, y yo no tuve tiempo de hacer nada más porque una fragancia hechizante se metió en mi pituitaria y me nubló el cerebro. Noté cómo mi estómago hacía una pirueta.

—Estás guapísima —dijo mientras deshacía el contacto físico de mi

cintura con una pequeña caricia.

—Tú pareces otro... —sonreí cogiéndole el brazo—. Esto es lo único que me es familiar —dije llevando la otra mano a las pulseras y metiendo los dedos entre ellas y su piel. El gesto fue inocente, pero él dejó de andar y noté una ligera tensión. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo lo solté al momento como si quemara, nunca le había tocado más allá de... No. ¡Nunca le había tocado! Él se rió del nuevo tamaño de mis ojos.

—Las tengo desde hace muchos años, cada una es de un lugar del mundo donde he estado con los chicos y que me ha marcado especialmente —dijo observándolas—. Nepal, Vietnam, Japón, Tanzania...

—Vaya, cuanto has viajado... Tendrás mil y una historias que contar.

—La verdad es que sí, ir con Leo es como irte con los de Resacón en las Vegas... —se mofó.

De repente me paré en seco.

—¿Y tu coche?

—Actualmente no tengo —dijo como si fuera un chiste— Se lo ha quedado mi exmujer. Yo vivo cerca del trabajo y de momento, no lo necesito —miró hacia mis pies dándose cuenta del problema—. El sitio al que vamos está cerca de aquí, si no, hubiera llamado a un taxi. Está a cinco minutos.

—Vale —dije retomando la marcha.

—Esta zona me encanta para vivir.

—Sí, está muy bien, el piso es del chico con el que vivo —dije dándome cuenta de que había hablado de más. Por nada del mundo quería que supiera que vivía con el Inspector que llevaba el caso en la agencia.

—¿Vives con un hombre? —preguntó sorprendido.

—Sí, bueno, es un amigo que me ofreció alquilarme una habitación cuando le mencioné que estaba buscando piso.

—Ah —respondió con una ligera decepción en la voz, así que seguí buscándome problemas.

—Es gay y trabaja por las noches —solté sin anestesia. Después me llamé imbécil mentalmente en todos los idiomas que conocía, en los tres. ¿Qué le estaba aclarando? ¿Qué no tenía nada con él y que la casa estaba libre para llevar a cabo nuestra noche X? Por Dios...

Axel pareció algo sorprendido, pero no escondió que le hizo gracia esa

urgente aclaración. La cara que puse también ayudaría. ¿Por qué no me bajaba las bragas directamente? Sería igual de sutil.

—El piso que he alquilado está bien —comenzó él—, es pequeño, pero da sensación de amplitud, está nuevo y me salió bien de precio a pesar de estar en zona céntrica. Pero todavía lo encuentro muy aséptico, aún no lo he decorado mucho.

Hablamos de decoración el resto del trayecto hasta el restaurante. Le pregunté qué le gustaría comprar para su piso y descubrí que acababa de adquirir lo que describió como el mueble más importante de la casa: el sofá. Una idea en la que coincidía totalmente, porque un sofá sirve para todo: para comer, para trabajar, para ver la tele, para dormir, para... mi imaginación era básica, pero daba para desobedecer los deseos de Jorge de mantenerlo limpio de sustancias corporales.

El restaurante me sorprendió para bien. Estaba ambientado con colores llamativos y música étnica. Y lo más curioso, no había mesas. Bueno, mesas había, lo que no había eran sillas. Las mesas medían 30cm de alto y te sentabas en una alfombra entre cojines de todos los colores, era muy original.

Nos dieron las cartas y ojeé un poco por encima los dibujos porque no entendía nada.

—Pide lo que te guste, me fío de ti —dije sin querer complicarme demasiado.

—Hay dos cosas que tienes que probar sí o sí.

—Adjudicadas —dije cerrando la carta.

—¿Te gusta el picante? —preguntó.

—No especialmente, pero puedo con él.

—Aquí casi todo tiene un leve toque picante, aunque unas cosas más que otras.

—Perfecto, vamos a pedir tres litros de agua.

Axel se ríe.

—Podemos pedir agua, pero hacen una sangría brutal —dijo persuasivo.

—Hace cinco días tuviste que cargar conmigo inconsciente hasta un sofá... ¿Es tan buena como para arriesgarte a ello de nuevo?

—Merece la pena. Ambas cosas —sonrió lobuno.

—Tú te lo has buscado, pidamos sangría.

Cerró la carta satisfecho y me estudió detenidamente. En el fondo, ya le conocía bastante bien, no estaba en una cita con alguien nuevo, sino con una persona que llevaba los últimos seis meses observando como si estuviera en una urna de cristal. Mi pequeño hobby de estudiar las más mínimas expresiones corporales y faciales me solía dar bastante ventaja en este tipo de momentos tan comprometidos. Sé que estaba a punto de decir algo que le costaba, pero que necesitaba soltar. En realidad, era más impulsivo de lo que aparentaba, solo que lo disfrazaba con templanza y palabras educadas. Me sorprendía que hubiera aguantado un año entero sin decirle a su mujer que quería el divorcio.

—¿Puedo preguntarte algo? —me anticipé.

—Claro —respondió accesible.

—¿Esto es una cita? —pregunté cautelosa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque trabajamos juntos. No, perdón, porque eres mi jefe.

—Ahora mismo no soy tu jefe, yo diría que somos dos amigos.

—Yo no diría que somos amigos —sonreí—. Para ser amigos necesito saber datos concretos de ti que aún no sé.

—¿Por ejemplo?

—Cuáles son tus películas favoritas según género, qué tal te llevas con

tus padres, si tienes hermanos y qué posición ocupas entre ellos, cuál es tu mayor frikismo, cuántas veces has estado enamorado, quién es tu mejor amigo y amiga y a quién votaste en las últimas elecciones.

Axel se echó a reír como un niño. Creo que nunca le había visto reírse así, y fue precioso escucharlo, ni siquiera sabía que tenía tantos dientes. De golpe entendí que le había conocido en una época más bien triste de su vida. Y saber lo que podía llegar a ser, me perturbó aún más.

—¿Sabes Naia? —dijo mirándome con una sonrisa soñadora— Consigues sorprenderme... y eso no es fácil, por eso estamos aquí. ¿Querías saber qué es esto? Es la respuesta a que desde que te conocí, me parece que tienes dos caras opuestas, no sé cómo lo haces, ni cuál de las dos me gusta más, pero eres un misterio para mí. Quiero conocerte... No puedo esperar más a ser tu amigo —dijo guasón—. Responderé a todas las preguntas ahora mismo.

Me quedé loca con eso de que veía en mí dos caras. No tenía ni idea de a qué se refería, pero lo dejaría para más tarde, solo porque había dicho que ambas le gustaban y porque yo también quería ser su amiga lo antes posible.

—Puedes empezar a contestar —dije haciendo un gesto teatral con la mano dándole paso.

—Voy a empezar contándote que soy hijo único, lo que va a facilitar mucho que entiendas la relación que tengo con mis padres. Mi madre me adora, para ella siempre tendré doce años. Mi padre es otra historia, somos bastante diferentes, básicamente me quiere porque quería un varón que perpetuara su apellido y lo soy. Es demasiado machista para mi gusto porque aunque le encantan las mujeres, cree que solo sirven para un par de cosas muy concretas. Actualmente viven en Miami, y solemos vernos un par de veces al año. Mis mejores amigos sabes quiénes son: Zoe y Leo, los eternos rivales.

—Me sorprende que se lleven tan mal —dije haciéndome la tonta—. Es extraño, ¿no crees?

—Yo lo viví desde el primer día, y tras darle muchas vueltas, creo que son demasiado iguales mentalmente. Sus cargas químicas son idénticas y se repelen como dos imanes del mismo polo.

—No hablas en serio...

—No veo otra explicación, yo he intentado unirles por todos los medios.

Al comprobar que Axel realmente no sabía nada del motivo del odio mutuo, pasé al plan B: hablar con Leo. Lo difícil sería encontrar el momento adecuado.

Un camarero indio vino a tomar nota de nuestro pedido. Axel eligió varios platos, estaba en su salsa, y yo en la mía viéndole tan relajado y sonriente.

—Continúa, por favor —le pedí cuando nos quedamos a solas de nuevo.

—¿Por dónde iba? —se quedó pensativo— ¡ah, sí!, ¿cuántas veces he

estado enamorado? A día de hoy diría que ninguna. Creo que enamorarse es una cosa muy diferente a lo que yo viví, pero ahora mismo prefiero no hablar de eso. Soy un Friki de las películas, me sé los diálogos de muchas de memoria, he visto La Roca veintidós veces, en serio, por lo tanto que me hayas dicho que necesitas saber mis películas favoritas según género para conocerme mejor, hace que vuelvas a sorprenderme una vez más para bien. Y eso me pone nervioso... —dijo vergonzoso.

Esa última frase me derritió el cerebro. ¿Qué yo le ponía nervioso? Madre de Dios...

—¿Veintidós veces? y pensaba que la friki de las películas era yo... Me encanta el cine, desde siempre.

—Te toca contestar a las preguntas —me dijo empezando a servir en los vasos aprovechando que habían traído la sangría.

—Lo mío es algo más complicado —dije de manera lineal. Le hice un resumen muy abreviado de mi vida en el internado, de mi hermano desaparecido, de la muerte de mis padres, de la casa de mi abuela, de mis amigos Isa y Jorge y de que nunca había estado realmente enamorada.

Axel debió ver que me había puesto algo triste porque no me hizo un montón de preguntas que leí en sus ojos mientras hablaba, en vez de eso, fue directo a lo que me sacaría una sonrisa.

—¿A que adivino tu película de Disney favorita? ¡La Sirenita!

—¡Eso no vale! —me reí con él—. Además, esa es la tuya pervertido, no la mía.

—*Touché* —respondió canalla.

En ese momento trajeron tres platos de comida llenos de colorido y aromas suculentos, cortando el posible tonteo con el tema.

—Ponen tenedores, pero esto cómo se disfruta de verdad es comiendo con las manos, mira a tu alrededor —dijo juguetón. Lo hice y había de todo, la gente comía con los dedos y los chupaba a continuación. Él cogió una bolita de un plato y mordió la mitad.

—Están buenísimas —dijo ofreciéndome la otra mitad. Era una prueba. ¿Quería ver si era tan lanzada como para comer directamente de su mano? Parecía querer llevarme al límite para probar alguna teoría, y decidí que era hora de frenar un poco.

—Si están tan buenas la quiero entera —dije con una sonrisa rechazando su media bolita y cogiendo otra con la mano. Me la metí en la

boca y una explosión de verduras, especias y carne en salsa me pilló desprevenida.

—¡Joder! ¡Está increíble! —dije abriendo los ojos como platos y masticando encantada.

—Te lo dije. —Sonrió petulante.

—Explicame una cosa listillo...

—Tú dirás.

—¿Por qué has dicho antes que desde que me conoces crees que tengo dos caras opuestas? —pregunté metiéndome otra bolita en la boca sin poder evitar cerrar los ojos al saborearla. Cuando los abrí me estaba observando embobado. Mientras la tragaba bajó la vista hacia mi cuello, mi hombro, mi pecho y volvió a mis ojos con una mirada hueca que le hacía estar en otra parte a la vez que allí. Quizá en sus fantasías más oscuras dado lo dilatadas que tenía las pupilas.

—Eres dos mundos al mismo tiempo —comenzó a decir—. La primera vez que te vi me pareciste un cachorrito dulce, frágil y suave. Tu mirada era pura e ingenua, pero abriste la boca y resultaste ser justo lo que necesitaba, un doberman con determinación y malas pulgas cuando hacen falta. Luego conseguiste que gente que vive obsesionada con las últimas tendencias en moda y belleza cayera rendida a tus pies sin usar tacones, ni maquillaje, ni hacerte cosas raras en el pelo, sin embargo, fuera del trabajo, veo que vas con vestidos de Dolce&Gabbana y más maqueada que una puerta. Creo que el viernes pasado vi más piel tuya de la que te he visto en todo el verano. Y por último... —dijo pensando bien su próxima frase y decidiendo finalmente que no sería buena idea decirla—. pensaba que eras una persona más bien tímida en tu vida privada... ¡Y apareces en la fiesta disfrazada de La Sirenita! Sabes perfectamente que a eso no hay quien se resista, ¿verdad? —dijo lanzándome la sonrisa torcida más sexy que había visto en mi vida.

Me reí sintiéndome bien conmigo misma ante el piropo.

—Sí, fue jugar sucio —le seguí la broma.

—Solo te faltaban sus ojos verdes, pero habría sido una pena que cubrieras ese color ámbar que tienes, es puro fuego...

La última frase sonó tan sensual en sus labios que apreté las piernas. La tensión sexual estaba servida. En aquel momento no parecía haber marcha atrás, sobre todo por el análisis que acababa de hacer. Era

totalmente cierto, tanto una cara como otra le servían, le gustaban, y aunque no tenía claro quién era yo realmente, ahora sabía cual de las dos quería ser. El ambiente se había caldeado, necesitábamos relajarnos, ambos lo sabíamos, lo notábamos, había que destensar el ambiente.

—No me has dicho qué películas son tus favoritas —dijo rompiendo el hielo—. Me interesa.

—No te lo he dicho porque esa es la pregunta trampa —sonreí sagaz—. Yo sería incapaz de elegir entre todas las películas que hay, ni siquiera diferenciándolas por género. Hay demasiadas muy buenas como para elegir solo una. Cada una de ellas es única e increíble a su manera. En el único género que puedo mojarme un poco es en el de terror, solo ha habido una película que me haya dado miedo auténtico. Dicen que cuando eso ocurre se te humedecen los ojos como si estuvieras llorando sin llorar, igual que dicen que cuando estás en el límite de tu excitación tu cuerpo tiembla exageradamente. Siempre me ha atraído cómo responde el cuerpo a las emociones humanas. He leído mucho sobre el tema, desde tics faciales cuando mientes, ves algo que te gusta, o te enfadas, a la reacción física de ciertos estados de ánimo, como la urticaria por estrés, o lo del miedo y la excitación. Me parece muy interesante.

—Tú sí que eres interesante —dijo demasiado serio como para ser una frase hecha.—. ¿Qué película de miedo es?

—Paranormal Activity, la uno y la dos. ¿Las has visto?

—No, pero las tengo pendientes.

—Uff... me cagué viva. —Axel se ríe ante mi escatológico resumen. Y ahí estaba otra vez, esa mirada que me derretía entera.

—Tendré que verla —aseguró.

—Cuando lo hagas, sé paciente, lo bueno empieza tras los primeros veinte minutos —informé.

La cena en el restaurante indio resultó un éxito, aunque comer con las manos fue demasiado excitante para una primera cita, casi se me va la olla y le chupo los dedos un par de veces. Creo que el primer arrepentido fue él, sus tics me lo chivaban, sus miradas me lo contaban, sus suspiros me lo confirmaba.

Muy cerca de allí, había un bar de copas ambientado en un jardín. Había un montón de hojas gigantes iluminadas con focos de colores y un sonido ambiental selvático de fondo. Nos tomamos un gintonic mientras

Axel me contaba anécdotas de sus años universitarios con Leo y César. Él quiso vivir en un colegio mayor cercano a la universidad a pesar de que sus padres aún vivían en Madrid en aquella época, para disfrutar la experiencia universitaria en todo su esplendor, me dijo.

Decidimos irnos, puesto que nos esperaban tres días de eventos duros por delante, y a mitad de camino entre el bar y mi portal, se desató tal huracán que El Niño a su lado parecía un bebé. Yo apenas podía correr con los tacones, pero Axel se mantuvo a mi lado en todo momento. Aunque al cabo de un minuto ya estábamos en el portal, terminamos completamente empapados. En ese momento me sentí como si viviera en la película de El Show de Truman, y alguien desde arriba hubiera apretado el botón de tempestad porque era lo más conveniente para los amantes. Nos miramos y nos entró la risa.

—¡Pareces un gato mojado! —dijo divertido.

—¡Tú, otro! Anda sube a coger un paraguas, no puedes irte así. Te daré una camiseta seca.

—Gracias, con el paraguas será suficiente —dijo mientras caminábamos hacia el ascensor. Al verme en el espejo pegué un grito, no parecía ni humana. Intenté arreglarme un poco, pero lo di por imposible. Axel maulló por lo bajo y le aticé un puñetazo en el brazo mientras seguía riéndose.

Entramos directamente al salón y encendí las luces. Oí un grito a mi lado.

—¡Joder!... ¿He muerto y estoy en el cielo? —dijo mirando fijamente hacia la pared del fondo.

Prácticamente una estantería blanca la abarcaba entera. En un estratégico hueco central descansaba una televisión Led de sesenta pulgadas, y alrededor de ella, todos los huecos existentes contenían películas en dvd.

—¡Parece un videoclub!

—Es mi colección de pelis, como buena friki. Hay cuatrocientos dieciocho Dvd's.

—Madre mía... —dijo maravillado acercándose a acariciarlas mientras leía algunos títulos.

—Están por orden alfabético —expliqué.

—Eso es ser friki y lo demás son tonterías —le empujé en broma

como castigo por lo que acababa de decir y noté que su camiseta estaba muy mojada.

—Quítatela —dije tirando de ella.

—¿Cómo? —puso cara de pánico. Tuve que reírme.

—Tengo secadora, en veinte minutos estará seca y podrás irte con ella calentita y con el paraguas —dije con la misma determinación que usaba en el trabajo. Más que dudas, había vergüenza en sus ojos.

—Ya te he visto sin camiseta, ¿recuerdas? El otro día tuviste la amabilidad de mostrarme tus abdominales, muy bonitos, por cierto.

Su cara cambió a guasa, se quitó la camiseta y me la dio. Me fui a la cocina como una buena chica sin mirarle ni una sola vez. Puse la secadora, cogí una de las camisetas de estar por casa de Jorge y una toalla de manos limpia. Me asomé al salón y las lancé hacia el sofá gritándole que se secara un poco y se pusiera esa mientras tanto. Yo también necesitaba cambiarme urgentemente de ropa, o lo lamentaría. Me puse unas mallas negras y una camiseta elástica de tirantes rosa, también cambié los zapatos por unas amorosas zapatillas de andar por casa y me dirigí al salón mientras me secaba el pelo con una toalla. Axel seguía viendo títulos.

—¿Has visto algo interesante? —le pregunté.

—Sí —dijo sacando una película de la estantería y mostrándomela.

—¿Paranormal Activity? —me reí—. Ni de coña te recomiendo verla una noche lluviosa como esta tú solo —dije señalando por la ventana.

—Bien visto, aunque en realidad, hace la noche perfecta para verla acompañado —dijo suspicaz.

No pude, ni supe reaccionar. ¿Quería quedarse a ver una película? ¿Juntos? ¿En el sofá prohibido?

—Solo dura 99 minutos, ¿si le restamos los primeros veinte en los que no pasa nada? —dijo con tono suplicante ante mi anterior silencio.

—Bueno, solo son las once y media —señalé.

—¿Te viene bien? ¿O a las doce te conviertes en calabaza? —preguntó divertido.

—No, me convierto en sirena.

—Eso tengo que verlo.

—Ya te gustaría... ¿Qué quieres beber? Yo igual me pongo un Baileys con hielos.

—Suenan bien, otro para mí.

—Puedes ir poniendo la peli, si te atreves —dije con aire fantasmagórico. Oí su preciosa risa mientras huía con rapidez hacia la cocina en busca de algo de cordura. ¿Iba a pasar algo? ¡Me estaba volviendo loca! Por un lado, era lo que siempre había deseado, pero por otro, ahora me parecía demasiado *hardcore* liarme con mi jefe. Al día siguiente, entraría por la puerta de nuestro despacho ¡y él estaría ahí! No podía dejar de pensar en eso.

Cuando llegué al salón deposité su copa en la mesita, y cogiendo la mía me senté en una esquina del sofá con las piernas cruzadas. Él se sentó en el módulo central, cada uno de los sitios estaban perfectamente diferenciados. Le dije que yo veía las películas a oscuras, como en el cine, porque te metes mucho más, y contestó con un “Amén a eso” que hizo que me colara un poquito más por él, si eso era posible. Comenzamos a verla y avancé la peli hasta que comenzaron las secuencias de las grabaciones nocturnas. Simplemente la atmósfera de realidad que se respiraba en la película te ponía los pelos de punta, y para cuando la protagonista se levantó de la cama para quedarse de pie una hora de reloj sin hacer nada para acto seguido ponerse a deambular sola por la habitación mientras su marido seguía dormido en la cama, ya estaba viéndola a través de las rendijas entre mis dedos. Al rato noté que me había acercado a Axel inconscientemente, di un respingo cuando la protagonista tiene una pesadilla y se oye un ruido atronador en el piso de abajo. Axel se rió del saltó que pegué y luchó conmigo para apartarme las manos de la cara, lo cual hizo que nos juntáramos todavía un poco más.

—Si la estás viendo, mírala, no te escondas detrás de las manos —se burló sujetándomelas en mi regazo para que no las subiera. En el siguiente sonido infernal escondí mi cara en su brazo para no verlo, puesto que tenía las manos aprisionadas con las suyas. Se río de mí, pero noté que él también estaba alterado por la película. Cuando tocó la escena de las pisadas que aparecen en la sal que dejan en el suelo, prácticamente estaba subida encima de él.

—Es la bomba —dijo al verlo, y al mirarme, se fijó en mis ojos.

—Tienes los ojos vidriosos.

Conseguí soltarme de sus manos y me los froté.

—No sé qué me pasa con esta película, me muero de miedo. ¡¿Has

visto eso?! —dije señalado la tele y volví a taparme los ojos. Él intentó agarrarme las manos otra vez, pero fui más rápida y las escondí detrás de mi espalda. Él se lanzó a buscarlas y cayó sobre mí quedando sus brazos totalmente atrapados por el peso de mi cuerpo. El juego había terminado, nuestras caras estaban a escasos diez centímetros, vi un deseo primario en su mirada que resbaló sin poder evitarlo hasta mi boca, y sin pensarlo un segundo más, atrapó mis labios con los suyos.

Supongo que el primer beso que recibes de alguien que te lleva gustando bastante tiempo siempre es alucinante, pero cuando el sabor de Axel se extendió por mi organismo, solo podía pensar en una palabra: perfección.

Sus labios eran mullidos, su cuerpo: duro, su olor corporal: de locura. Sus besos no eran ni lentos ni rápidos, sino un movimiento estudiado que haría perder la cabeza a cualquiera. Al movernos, pudo sacar las manos de mi espalda y hacer palanca con un antebrazo contra el sofá para no aplastarme demasiado. Su otra mano fue a posarse en mi mejilla, su pulgar rozó ligeramente la comisura mi boca y los otros cuatro dedos fueron hacia mi nuca atrayéndome más hacia él mientras me devoraba. Yo puse las manos en su cuello y el beso se volvió más profundo, nuestros cuerpos buscaron inconscientemente encajarse. Metió una pierna entre las mías y encontró la posición exacta en la que acomodarse rozando mi punto clave con su dureza. Un gemido escapó de mi boca al notar claramente su erección a través de mis finas mallas, rompimos el contacto y pude sentir su respiración agitada en mi boca. Juntó un instante su frente con la mía, y gruñendo bajo, disfrutó de la fricción entre nosotros antes de volver a besarme intensificando el ritmo. Nos pusimos como locos, el beso se volvió desesperado, era como si en cualquier momento todo pudiera acabarse, toda yo comencé a temblar. Miles de rayos iban de nuestras bocas a la unión entre mis piernas, me notaba muy mojada, necesitaba algo y no sabía qué, más roce, más fuerza, y empecé a moverme con impaciencia contra él. Al darse cuenta, Axel dejó de besarme, y con una mirada fiera en sus ojos arrastró el borde de la camiseta hacia abajo llevándose con él el sujetador y liberando mi pecho izquierdo que se erguía deseoso hacia el techo. Antes de atacarlo ferozmente lanzó un apreciativo quejido, y cuando su boca hizo contacto con mi pezón, grité impresionada por la sensación que me produjo en

todas partes. Sus movimientos reiterativos y sus tenaces lametazos hicieron que un hormigueo se concentrara en mi núcleo, fue cogiendo fuerza hasta explotar como lo haría una presa que no soporta la fuerza del agua. “¡Dios...!” exclamé al caer en un abismo incontrolable. El tiempo se detuvo y solo sentí oleadas de un placer infinito mientras Axel no paraba de chupar y adorar mi seno como un animal hambriento. Frenó sus acometidas poco a poco para terminar besándome el cuello.

—Lo siento —dije sobrepasada todavía con él encima.

—¿Por qué dices eso? —contestó mientras me besaba la clavícula.

—Porque se nos ha ido la pinza —dije tapándome e intentando incorporarme. Axel giró su cuerpo y me dejó escapar de sus garras, aunque eso era lo último que quería. Pero una alarma dentro de mí había empezado a sonar muy fuerte. Le miré, y en sus ojos no parecía haber arrepentimiento, pero sí confusión.

—Me gustas mucho —le aclaré—. Pero eres mi jefe... Esto es una locura, no podemos fastidiarlo todo.

Axel bajó la mirada y pareció pensarlo bien. A medida que su mente tomaba conciencia de la situación, su cuerpo cambiaba de postura. Bajó los hombros y relajó las manos en un signo evidente de rendición. Se incorporó para sentarse, y finalmente, se pasó una mano por el pelo.

—Joder, he perdido la cabeza por un momento.

—Creo que es mejor que te vayas... —dije en tono conciliador—. Mañana será un día duro.

—Sí... —dijo levantándose del sofá.

Fui a la cocina y cogí su camiseta de la secadora. Le oí resoplar, no quería pensar qué significaba ese sonido, solo quería que se marchara o que se quedara para siempre. Se la di y le comuniqué que iba a coger el paraguas para darle tiempo a que se cambiara de prenda.

Nos encontramos en el recibidor y su sola imagen me dañó la vista. Estaba ahí, de pie, con la mirada de un perro a punto de ser abandonado, y me dieron ganas de saltar sobre él con las piernas abiertas y abrazarle, pero no podía. Al día siguiente en la oficina, al verle enfundado en uno de sus trajes, me quedaría helada. Le tendí el paraguas puesto que seguía lloviendo.

—Gracias por la cena, me ha encantado, de verdad —dije en tono de disculpa.

—No ha sido nada. Y gracias por... bueno, lo que nos podríamos haber complicado da mucho más miedo que la película.

—Sí —dije intentando sonreír ante el símil.

—Hasta mañana —dijo abatido.

—Hasta mañana, Axel —cerré la puerta y apoyé la frente en ella. ¿Qué coño me había pasado? Maldije porque a pesar de haber parado, el daño ya estaba hecho. ¡Joder! Todavía olía a él y no quería ducharme nunca más. Notaba su sabor en mi boca. Encima había parado habiendo disfrutado yo y quedándose él con las ganas. Mierda, ¿eso no era ilegal o algo así? Empecé a lamentarlo de verdad, no solo la tostada había caído por el lado de la mermelada, sino que el bote de mermelada se había estampado contra el suelo, se había roto en mil pedazos y algunos se me habían clavado en un pie.

CARA A CARA

Jorge entró esa mañana en el despacho de César con prisa, tras recibir un WhatsApp donde dejaba entrever que la noche anterior había descubierto algo. Él, por su parte, había estado hablando con un amigo de la academia de policía que vivía en Barcelona y trabajaba en el área de estupefacientes. A la fuerza, se había convertido en un especialista en drogas que facilitan el abuso sexual, puesto que esa ciudad tenía el ranking más alto de toda España en delitos de ese tipo, y según le dijo, el aumento en el último año y medio había sido escalofriante.

Se habían establecido nuevos protocolos de actuación frente a personas que acudían a urgencias habiendo despertado desorientadas, sin recordar nada y con signos evidentes de haber mantenido relaciones sexuales. Se habían recogido los primeros informes confirmados de un problema que la mayoría de la población española o desconocía, o aún no había asumido. Había un interés creciente por parte de sus jefes cada vez que les pasaba los informes que redactaba puntualmente cada día, pero necesitaban más evidencias para declararla investigación oficial.

También había rastreado a través del DNI del hermano de César, cuántas veces había visitado España desde agosto del año pasado. Su mente le pedía confiar en César, pero no podía dejarse llevar por nada. No cuando estaba en juego la vida de otras personas.

—¿Qué tienes? —preguntó Jorge nada más entrar por la puerta.

—Buenos días —dijo César tranquilamente.

—Buenos días ¿Qué tal? ¿Todo bien? ¿Y la familia? ¿Qué has averiguado? —dijo de carrerilla.

César le miró perplejo, pero un segundo después, sonrió divertido.

—Anoche fui al Club con mi hermano.

—¿Y?

—¿Siempre eres tan borde cuando quieres obtener información?

—¿Tú te has visto la cara cuando quieres obtener información? Pareces un puto psicópata. ¡Ni siquiera parpadeas! —respondió Jorge intentando mantenerse serio sin lograrlo.

—Lo que tú digas —sonrió César—. Mi hermano me llevó anoche hasta el almacén, tu centro de perversión, y en un momento dado, estaban casi todos los socios allí. Hablaban de la organización del evento de hoy, pero luego un par de ellos empezaron a hablar de drogas, de hacer un pedido especial para la noche de hoy.

—¿De qué sustancias hablaban exactamente?

—Tranquilo, te lo contaré todo, pero hay algo más —dijo enigmático.

—¿Qué?

—Marta García, la chica de nuestra agencia. La única que se quedó embarazada.

—¿Qué pasa? —preguntó Jorge perdido.

—¿Es casualidad? Estuve pensando sobre ello a raíz de la conexión con el Club. Sabía que era muy amiga de Elena, una de las camareras asaltadas y recordé que tuvo un lío con alguien del Sputnik. Ayer me enteré de que no solo había estado liada con Víctor, sino también con Guillermo. Al final hubo movida, lo que le hicieron podría ser una venganza, el cerco se estrecha cada vez más.

—Pfff —dijo Jorge—. Sí, estamos cerca, casi puedo oler el sudor de ese tío —se acercó y le apoyó una mano en el hombro presionándoselo—. Menudo poli se ha perdido el mundo.

César se quedó quieto. Esa cercanía no estaba permitida casi ni a sus mejores amigos. Ellos sabían que no era una persona de mucho contacto. Así que no pudo procesar por qué en vez de aprensión a aquel gesto, había sentido... otras cosas, y no quería que le gustaran "esas cosas". Se alejó de él casi de un salto con la excusa de coger una hoja de encima de la mesa.

—Toma.

—¿Qué es esto? —preguntó Jorge sorprendido.

—La relación de los viajes que ha hecho mi hermano en avión de Heathrow a Barajas, por las fechas, podrás comprobar que en algunos asaltos no estaba en Madrid.

—Gracias —dijo disimulando que ya tenía esa lista, pero sintió una

agradable paz al ver que se la facilitaba. Tampoco pensaba decirle que eso ni mucho menos lo descartaba como sospechoso, pues comenzaba a pensar que los autores de los ataques podrían ser varios—. Cuéntame lo de las drogas, ¿de cuáles hablaron?

—De Ketamina y de Éxtasis. Es lo que suelen consumir, pero de repente, uno de ellos dijo: “¿alguien quiere poppers o L?” y todos dijeron que sí. No sé lo que es, pero dije que yo también quería, así si pasa algo, podremos compararlas y demostrar que han sido ellos.

—¡Dios, menos mal! —respiró aliviado pasándose las manos por el pelo— ¿Por qué no te haces poli? ¡te lo digo en serio! No has tenido ningún tipo de instrucción y aún así piensas como uno.

César se ríe.

—Es simple sentido común.

—El sentido común es el menos común de todos los sentidos.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué son esas sustancias?

—Se llama L al Éxtasis líquido, que es en realidad GHB. Mucha gente entra en coma al confundirlo con Éxtasis normal, pues su efecto es el contrario, en vez de acelerarte, te relaja y pensando que no les hace efecto, caen en una sobredosis. Los poppers son... sustancias que hacen que tu cuerpo esté muy receptivo para las relaciones sexuales... ayuda a relajar los músculos de zonas concretas... a dilatarlos, es bastante común en la comunidad gay... —musitó algo vergonzoso.

César se le quedó mirando y se sintió prisionero de sus ojos, pero por suerte, deslizó la mirada hacia su piercing y pudo escapar de ellos para reaccionar.

—Vamos a convocar una reunión a la una. El caso es más complicado de lo que parece.

—Voy a avisar a todos —respondió César sacando el teléfono de su bolsillo.

En otro despacho, en las mismas oficinas, yo estaba al teléfono cuando Zoe entró sigilosamente por la puerta. Cuando nos miramos, ella sonrió cotilla y yo saqué la lengua y crucé los ojos.

—Mátame —dije al terminar la llamada.

—¿Por qué?

—¿Por dónde empiezo? ¿Por el estrés de día que estoy teniendo, o por

la cagada de anoche? —dije masajeando mis sienes en círculos.

—¿Pasó algo anoche en la cena con Axel?

—Sí, nos liamos.

—¿Cómo?!

—¿Por qué te extrañas tanto? Era el plan...

—Sí, ¡pero no daba un puto duro por el mariquita de Axel! ¡Cuéntamelo todo! —dijo acomodándose en la mesa como un niño esperando a que le contara una historia mágica.

—No hay mucho que contar, nos liamos, me arrepentí y le dije que se fuera de mi casa.

—¿Qué fuisteis a tu casa?! —chilló—, ¿dónde había superficies horizontales blandas? Madre mía, empieza a rajarse, ¿hasta dónde llegó la cosa?

—Esa no es la cuestión, el tema es que me arrepentí. Era todo ideal... dos jóvenes teniendo una cita: él con sus vaqueros y sus zapatillas, yo con mis vaqueros y mis taconcitos, pero después de tener un orgasmo bestial sin apenas tocarme, no pude soportar la imagen de él siendo mi jefe. ¡¿A quién se le ocurre?! ¡Parezco nueva! Ah no, espera, ¡es que soy nueva! —grité enfadada. Zoe me miró pensativa.

—¿Y qué hay de lo de “no puedo ser una mera espectadora cuando siga con su vida”? —dijo haciendo comillas con los dedos.

—Tendré que soportarlo, al menos en el trabajo le veré todos los días.

—¿Te estás oyendo? ¿Al menos? ¡Tienes miedo!

—No, simplemente no me parece buena idea.

—No te engañes. Cuando sientes algo maravilloso automáticamente te invade el miedo a perderlo. ¿Que te conformas con verlo todos los días en el trabajo? ¿En lugar de qué? De vivir una historia de amor demasiado increíble y luego perderle y quedarte sin nada.... ¡Está clarísimo! Estás reculando porque cuanto más alto se sube, mayor es la hostia al caer.

—Me corrí como una quinceañera —dije presionando la frente contra la mesa. Zoe soltó una carcajada—. Y yo a él no le toqué ni un pelo de la cabeza.

—¡Me parto! —se carcajeó Zoe— Pobre Axel.

—Sí, para morirse de risa... Me alegro de que al menos alguien se divierta con esto.

—¡Es que es de coña! —se tapó la boca con la mano para ocultar su

diversión.

—Pues es muy real. ¿Ahora qué se supone que tengo que hacer, fingir que no ha pasado nada?

—Has abierto la caja de Pandora, esto no tiene marcha atrás, no podréis hacer como si nada, te lo digo por experiencia...

—Sí, veo que tienes la situación muy bien aprendida. ¿Es lo que hiciste tú? ¿Recular porque te gustaba demasiado Leo?

—Lo mío es un poco más complicado. He pasado por un montón de fases con él, sobre todo de enfado, ira, rencor, la atracción es una constante que va mezclándose ocasionalmente, pero la diferencia es que yo no siento nada por él. Es solo una espinita clavada que se irrita porque, lo quiera o no, le tengo en mi vida a través de Axel, pero nada más.

—Entiendo —dije sin creermelo ni media palabra—. Si eso es cierto, ¿por qué no te acuestas con él? Así se cerraría el círculo.

—Lo he pensado alguna vez... pero odiaría ver su cara de creído tipo: “Te he poseído, nena”.

—No te pega nada decir eso Zoe. El control lo puedes tener tú, opinando que el polvo con Mister España no ha sido gran cosa. ¡Le daría un ataque!, y tú te quitarías esa molesta espinita.

—Puede ser —sonrió—. Pero no puedo acostarme con él, le odio demasiado —resolvió. En mis oídos la entonación de ese “le odio” sonó sospechosamente parecido a “le quiero”.

En ese momento a las dos nos sonó el móvil y Zoe lo revisó.

—Reunión a la una, nos vemos luego.

—Discreción Zoe —advertí mientras la susodicha hacía un saludo militar con una sonrisa que entrañaba peligro a raudales. Cambié el chip y me puse a trabajar en cuanto salió por la puerta.

Axel llegó a la oficina sobre las doce y media para terminar unos asuntos antes de la reunión. Se había pasado la mañana en el Club ultimando detalles para la fiesta de inauguración de la Fashion Week que comenzaría en horas. Miles de flashes de la noche anterior le habían torturado desde que se despertó. De algún modo, algo durante la cena, o al entrar en su casa, o al verla en un pseudo-pijama finito y suave, le había afectado a niveles desconocidos. De repente, había una intimidad entre ellos que le resultaba adictiva. Y no quería pensar en la lujuria que le

invadió al ver su pecho perfecto, o sentir cómo se corría contra él, tres segundos más, y habría manchado sus pantalones. Ni haciéndose pajas tardaba tan poco en llegar a ese punto. Ni siquiera en las dos pajas que se había hecho pensando en ella desde que se habían separado, vale joder, habían sido tres. Tampoco se esperaba esa reacción de su cuerpo. Ni su suavidad, ni su sabor, ni lo que le hizo sentir. Un latigazo le atravesaba los huevos si se atrevía siquiera a recordarlo, así que procuraba no hacerlo.

No había sabido nada de ella en toda la mañana. Era inusual no escribirse o llamarse en días tan importantes como esos, pero en su cobardía, había pasado por la oficina media hora antes de lo habitual a dejarle por escrito indicaciones de lo que tenía que hacer, solventando cualquier duda de antemano. ¿Quién dijo pánico a ver a su subalterna en el trabajo?

Ella tenía razón. Por un calentón había metido la pata con la mejor ayudante que había tenido, y ni loco se planteaba deshacerse de ella. Sin embargo, si fueran a más, quizá cuando la aventura terminara, ella se marcharía o algo peor. Tenía que quitársela de la cabeza y actuar con normalidad. ¡Era Naia, joder!

Al abrir la puerta de su despacho vio que no estaba dentro, pero el alivio le duro poco, cinco minutos más tarde apareció con Leo partiéndose de risa. Automáticamente se sintió molesto y no entendió por qué, siempre le había gustado que se llevaran bien.

—¡No me lo creo! —decía Naia.

—¡Te lo juro! ¡y lo peor es que luego tuve que comprarle otro! —respondió Leo y ambos se troncharon de risa.

—Hola —saludó Axel cortante.

—Ho-hola —dijo Naia cambiando la cara alegre por otra de susto.

—Hey ¿qué tal todo por el Club? —preguntó Leo relajado.

—Bien, todo en marcha. ¿De qué os reíais tanto? —preguntó Axel interesado.

—Nada, historias de comerciales, ya sabes —le lanzó a Naia una sonrisa complice y ella le correspondió. Eso le irritó.

—¿Qué tal todo? —preguntó Axel mirando a Naia — Te veo bien —dijo con tono desafiante.

—Sí, todo bien. ¿Y tú? —respondió ella.

—Todo perfecto. ¿Has tenido algún problema esta mañana?

Leo puso cara extraña por el tono forzado que usaban.

—No. Todo en orden, venía a buscar un papel para acabar con lo último antes de la reunión —contestó Naia acercándose a su mesa. Lo buscó en una carpeta y se giró para dirigirse a la puerta.

—Hasta luego —dijo en general.

—Hasta luego —contestó Leo mirando a Axel, que no dijo nada.

—No lo estropees —comenzó Leo— Es fantástica.

—¿Qué?

—Pues eso, que las manos quietas. No podemos perder a Naia por un par de polvos.

—Pero... ¿Qué dices?

—Cuando alguien se va de mi despacho, no suelo quedarme mirándole el culo, me pongo a lo mío.

—Estaba pensando.

—No quiero saber en qué, pero olvídale.

—Joder. Vete tú también, no tengo tiempo para esto.

—No te saltes la primera norma Axel, nada de líos en el trabajo, ni con amigas de amigos.

—¿A qué viene eso? Yo esperaba que me presentaras a alguien ahora que estoy soltero —dijo disimulando con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Pues mira por donde, ¿sabes a quién fui a buscar anoche al aeropuerto? A mi hermana. Siempre ha estado loca por ti, y como ya es mayorcita, no puedo prohibirle que se te acerque, así que prepárate, ya sabes cómo es...

—¿Jessica ha venido?

—Sí, tiene un pase para la Fashion Week, esta noche la verás. Espero que sea suficiente para distraerte de Naia.

—Vete.

—Solo si me miras el culo mientras lo hago —dijo Leo ya en la puerta meneando el trasero.

Axel no pudo evitar sonreír, le tenía calado.

La reunión empezó puntual. Todos asistieron a pesar de ser un día complicado.

—Iré al grano —empezó Jorge—. Ayer hablé con un amigo

especialista en estos casos y me dijo que estamos buscando una aguja en un pajar. Es muy difícil pillar a una persona que utilice este tipo de drogas para violar a mujeres porque no dejan rastro. Para cuando una mujer denuncia, muchas veces ya se ha duchado, y han pasado más de ocho horas desde que la drogaron haciendo que los exámenes rutinarios de orina y sangre den negativos. La gente no está concienciada de que cada vez hay más casos de este tipo, y muchas chicas se quedan en la cama sintiéndose extrañas sin recordar lo que ha ocurrido y aguantando una resaca desmesurada a pesar de haber bebido poco. La mayoría prefiere olvidar sea lo que sea lo que pasara, pero yo no pienso rendirme —dijo con convicción—. Siguiendo las pistas podemos cogerle en el acto. Cualquiera podría fabricar GHB en su casa, y las sustancias más frecuentes para este tipo de abusos son, aparte del alcohol, las benzodiacepinas y sus análogos. Lo que llamamos medicamentos hipnóticos, es decir, con una simple pastilla de orfidal o Lorazepam para dormir sería suficiente para conseguir dichos efectos.

—Entonces ¿cuál es el plan? —preguntó Leo.

—Si ocurre algo, seguramente no tendremos manera de probarlo. Hay que cazarle en pleno acto, echando algo en la bebida, grabarle o pillarle llevándose a la chica, si no, está difícil.

—¿Y si no va a por Zoe? —preguntó Axel con ansiedad.

—Zoe, ¿qué tal te fue ayer? —preguntó Jorge.

—Bien. Hice lo que me dijiste.

—¿El qué? —preguntó Leo mosqueado.

—Ayer fui con Cristina al Sputnik, sabía que César estaba allí con su hermano. El plan era provocar un poco, y que César confirmara que era una fiera en la cama asegurando que la noche que pasó conmigo había sido alucinante. También dejamos caer que vivía sola, espero que todo esto funcione porque menudo teatro montamos —dijo Zoe. Leo parecía enfadado, y cuando miró a César, este le hizo imperceptible gesto apaciguador.

—Zoe estará vigilada, pero ¿y si va a por otra? —preguntó Naia con miedo. Axel se mordió los labios con fruición.

—Jorge —interrumpió Leo—. Lo siento mucho, pero pienso decirle a mi hermana que no beba nada que no abran delante de sus narices esta noche, también es modelo —dijo Leo preocupado.

—Está bien, pero dile que no se lo diga a nadie —inquirió Jorge—. Necesitamos tres pinganillos e instalar una cámara que enfoque las salidas del local, ¿es posible?

—Sí, no hay problema —contestó César—. Lo que será más complicado es colocarlas sin que se den cuenta los socios.

—Confío en ti —le dijo Jorge con una mirada intensa— ¡Estamos listos! Esperemos que muerda el cebo y cuando lo haga, recibiremos apoyo inmediato de la base.

Todo el mundo asintió confiado. Cuando la reunión finalizó, Zoe siguió a Axel hasta su despacho.

—¿Cómo estás? —preguntó ella— Pareces estresado.

—Esto es una pesadilla.

—Ya. ¿Y aparte, te pasa algo más?

—Sí, que soy gilipollas.

—¿Por qué?

—Paso de decírtelo, me vas a echar la bronca y no tengo el día.

—Axel, me conoces... Suéltalo, o te haré la vida imposible —sonrió como una loca.

El resopló.

—Me gusta una chica, bueno, me atrae —aclaró—, y no está buscando nada serio, pensé que era perfecto para dejarme llevar, pero es una mala idea, no puede ser.

—¿Es Naia? —preguntó inocentemente.

—¿Cómo lo sabes? ¡Joder! ¿Por qué Leo también lo ha intuido? ¿Qué sois? ¿Los jodidos Mortadelo y Filemón? —dijo desabrochándose un botón de la camisa.

Zoe odiaba encontrar pruebas de que Leo no solo era un tío bueno, sino que también podía ser bastante perspicaz, aunque ella tenía su propio plan.

—Naia es intocable, Axel. Por favor, hay muchas más chicas por ahí. Naia es guapa, inteligente, divertida, ¡todos la adoramos! No te la juegues porque te pique la entrepierna, ¡podríamos perderla! Además, recuerda que ella está buscando algo fácil, no te costaría mucho convencerla.

—Te equivocas —dijo cabreado—. Ayer nos besamos y fue ella la que paró. Yo no lo hubiera hecho, por una vez estaba pensando con la polla, que es lo que nunca en mi vida he podido hacer y ha resultado ser una

cagada.

—¡Qué fuerte! —dijo falsamente—. ¿Pero por qué paró?

—Porque soy su jefe. Joder, ¡soy su jefe!

—Una razón muy buena. Sé que es irresistible, pero deja que se lo vaya a montar con otro, ¿vale?, no con quien tiene que trabajar todos los días codo con codo.

—Vale —dijo Axel a regañadientes con la mirada en un punto fijo.

—Nos vemos luego —se despidió Zoe.

Desde que eran niños, bastaba con que le dijera que no podía hacer una cosa, para que se empeñara en llevarla a cabo. El Axel que ella conocía, no se ceñía a las reglas cuando quería algo. Al contrario, las desafiaba todas. Su rebeldía quedó anulada cuando conoció a Bea, por eso siempre sospechó que no era para él.

EL GRAN GATSBY

—Una fiesta digna del Gran Gatsby —dijo Isa al entrar en el Club.

—¿Qué esperabas? Intenta no acercarte a ningún famoso, por favor — bromeé.

—¿Se me nota mucho que estoy preñada? —dijo poniéndose de medio lado. Su tripita de seis meses no era tan evidente como en otras personas, pero si te fijabas un poco se adivinaba fácilmente.

—No, solo parece que estás gorda —le vacilé, y al instante recibí una colleja de castigo.

Fernando se acercó a nosotras después de dejar los abrigos en el guardarropa.

—¿Vamos a tomar algo? —preguntó.

Les recordé brevemente que no descuidaran sus bebidas en ningún momento. No es que fueran el perfil, pero quería limitar riesgos. Miré alrededor buscando la supuesta cámara que había enfocando la entrada, pero no la encontré. Dejé a mis amigos en la barra y me adentré en la zona

del backstage.

—¡Hola chicas! —saludé a las modelos que estaban en peluquería y maquillaje terminando de arreglarse.

—¡Hola Naia! —saludaron.

—¡Estás guapísima! —exclamó una de ellas—. ¡Espectacular!

Me había puesto un vestido de Sherry Hill. Era negro y tenía los lados al descubierto. Solo se unían dos puntos en su tronco, uno en el ombligo y otro en la parte más baja de la espalda. La parte de arriba estaba decorada con bisutería dorada, la de abajo era lisa y solo llevaba un cinturón dorado. Me gustaban esos vestidos, se adaptaban bien a mi cuerpo y la piel que se mostraba era únicamente la de la cintura por los lados. Quería ir sin escote, porque era una zona que no quería recordarle a alguien que había visto en todo su esplendor hacía menos de veinticuatro horas. El pelo me caía en ondas algo más marcadas de lo que las llevaba habitualmente y me había puesto maquillaje únicamente en los ojos.

Leo, que era quien normalmente estaba con las chicas en esa zona, me vio aparecer.

—¡Naia! Dios... me he quedado ciego de tanta belleza —dijo acercándose a mí fingiendo no ver nada y palpándome me dio un beso en la cabeza.

—No seas payaso —me reí contagiada—. ¡Y no sonrías! que tú sí que me ciegas.

En ese momento, entraron Jorge y Zoe por un lateral. Ella llevaba un vestido aparentemente normal, aunque en un cuerpo como el suyo, hasta una bolsa de basura le quedaba cuca. Tenía un escote redondo y cerrado cercano al cuello que no dejaba ver nada en absoluto, y una manga francesa negra transparente compensando que fuera especialmente corto. Lo que lo hacía hipnótico es que le quedaba como si lo llevara pintado en la piel. Unos zapatos plateados hacían juego con sus pendientes y su sombra de ojos.

—Hola, ¿todo listo por aquí? —preguntó Jorge a Leo.

—Todo en orden.

—Se supone que si ocurre algo será después del desfile, cuando el personal pueda relajarse y pasarlo bien, nadie puede desaparecer antes.

—Correcto —respondió Leo nervioso.

—Aunque desde este momento pegaos el uno al otro y no os separéis

más —dijo observándolos a ambos—. Si uno tiene que hacer algo, el otro le acompaña, eso sí, marcando las distancias, pero no perdáis el contacto visual excepto para ir al servicio. ¿De acuerdo?

—Vale —dijo Zoe despistada girándose ligeramente buscando a alguien.

—¡Dios bendito! —dijo Leo al ver la inexistente parte de atrás de su vestido. La cogió del brazo y la giró para que lo viera yo también.

Ese cuello redondo cerrado se unía en la nuca con un minúsculo botoncito y el resto de la espalda era un desierto de piel por el que cruzaba únicamente un lazo creado a través de cintas que salían del lateral del pecho. La piel continuaba hasta el límite del culo en un gran óvalo revelando dos hoyuelos de lo más sinuosos en esa zona. Una frase podía leerse alineada a su columna vertebral. “Solo hay que echarse atrás para coger impulso”. El efecto era mortal.

—¿Tiene que ir así?! —gritó Leo.

—Un cebo es un cebo —explicó Jorge.

—Es un vestido precioso —defendí yo— Lo que pasa que su cuerpo lo pervierte totalmente —dije riéndome. Leo estaba indignado.

—¿Vamos a atrapar a un violador, o a crearlos?

—¡No seas tonto! —saltó Zoe—. Solo llevo la espalda al descubierto, ¿sabes algo de moda?

—Sé algo de hombres.

—Estás siendo irracional, y sinceramente, no entiendo porqué. Tus amiguitas van peor y no les dices nada.

—Exacto. Directamente me las follo. Verás cuando te vea Axel... —amenazó Leo.

—Eso si me ve. ¡Estas increíble Naia! —dijo con ríntintín mirándome como quién mira un escudo humano. Yo resoplé y Leo escondió una sonrisa al entender la broma.

—Yo estaré fuera en la furgoneta, vigilando —dijo Jorge—, es donde tengo los monitores y el material audiovisual. En cualquier caso, si alguien sospechoso sale por cualquier puerta con una chica en dudosas condiciones, lo interceptaré. Estamos en contacto —dijo señalándole el pinganillo a Leo.

Este asintió y nos dispersamos. Leo se quedó quieto hasta que nos gritó.

—¡Ey! ¿A dónde vais? ¡No podemos separarnos, Zoe!

—Vamos al baño papi, ahora venimos —respondió juguetona—. *Keep calm and shut up.*

Leo maldijo por lo bajo y vi en su cara la incómoda lucha entre sus bajos instintos por ella que habían vuelto a revivir con fuerza y su viejo odio. El resultado, una cara de frustración imposible de disimular.

De camino hacia el baño, vi a Axel en la barra con una chica increíble, parecía sacada de una revista. Llevaba un vestido dorado palabra de honor de lentejuelas. y una coleta alta con un adorno también dorado. Me paré en seco sin darme cuenta.

—¿Quién es esa?!

—Mierda —dijo Zoe preocupada.— Es Jessica, la hermana de Leo. Es modelo internacional, vive en Nueva York.

—¿Qué?! —dije poniéndome una mano en el pecho al ver cómo ese pibón le acariciaba un hombro a Axel. — Me ahogo.

—Vamos a saludarles.

—¿Qué dices loca?! ¡Te acabo de decir que no puedo respirar! —dije agarrándola del brazo.

—Naia, relájate. Jessica es bastante enrollada.

—¡Qué! ¡Mi última esperanza era que fuera una arpía! —le grité fuera de mí.

—Necesitamos ver en primera línea qué se está cociendo ahí, luego nos va a ser imposible —dijo arrastrándome hacia ellos.

En ese momento Axel nos divisó, y como un muñeco que se arregla de pronto, comencé a andar hacia ellos de un modo casual. Me merecía un puto Oscar si lograba salir de esa situación con la dignidad intacta.

—¡Hola Jessica! —saludó Zoe con alegría— ¡Has venido!

—Sí, la semana que viene tengo un *shooting* en Milán, así que me pillaba de paso saludar a la familia —dijo colocándole una mano a Axel en el costado mientras se apretaba contra él.

Mensaje recibido. Alto y claro.

Nos presentaron y respondí amablemente, pero Axel, que no me había quitado los ojos de encima, me estaba poniendo de los nervios. No le había visto en todo el día y en ese momento no parecía ni él, su gesto era indescifrable, no podía leerlo, estaba perdida. Su mirada se paseó por mi cuerpo solo para volver a mis ojos con más descaro mientras se acercaba

la bebida a la boca. Odiaba ese tratamiento de silencio, le hacía insoportablemente interesante.

Zoe seguía su conversación con Jessica, mientras Axel y yo permanecíamos sin decir nada, la situación entre nosotros se había vuelto extraña.

—¿Qué tal todo? Te veo bien —le dije imitando sus palabras de esa misma mañana.

—Todo perfecto. ¿Y tú?

Parecía que nunca más íbamos a tener una conversación más allá de esas dos frases. Ni hola, ni qué guapa estás, ni qué quieres tomar. Nada. De repente sentí una mano en mi espalda baja. Las yemas de unos dedos me rozaron fugazmente la piel.

—¡Víctor! —exclamé al ver a uno de los socios del local con el que había coincidido otras veces y me había ayudado gentilmente—. ¿Qué tal?

—Muy bien, me alegro de verte. ¡Estás guapísima! ¿Te has hecho algo en el pelo?

—Si, pero no sé muy bien qué —me reí.

—¡Pues estás de miedo! —dijo encantado. Se dispuso a saludar al resto de la gente y yo volví a mirar a Axel. Su cara había cambiado a otra más dura, dando la sensación de que estaba masticando piedras. ¡Que se fastidie! Él tenía a Miss America colgada del brazo. Zoe había querido acercarse a ver qué se cocía entre ellos, pero tras la primera frase, a mí no me hacía falta ver ni oír más. Cuando dos personas están tomando algo y se acerca competencia, si una de ellas tiene un interés real, tiende a agarrar inconscientemente a su presa, dejando claro que le pertenece. Y esa chica no solo había hecho eso, sino que seguía en contacto con él.

Captado, bonita.

Me acerqué a la barra y pedí una CocaCola Zero. Zoe aprovechó el momento para decirme al oído que iba al baño y que no dejara mi bebida sola cuando me la sirvieran, lo que me obligó a quedarme mirando cómo me la preparaban. Víctor, que era un mujeriego, había empezado a engatusar a Jessica consiguiendo que esta soltara a su víctima. Axel se acercó a mí como quién no quiere la cosa, y apoyó la espalda en la barra. Al momento supe que, dijera lo que dijera, sería en tono belicoso, porque cuando miras hacia otro lado para hablar con alguien, lo más seguro es

que no sea para decir algo en son de paz.

—Ten cuidado con Víctor, parece majó, pero nunca me ha gustado los comentarios que hace sobre las mujeres. Claro que, si solo buscas quien te caliente la cama, es perfecto.

¡Cuidado con el perro, que muerde!

—Gracias por el aviso, tengo varias alternativas a él. Tú sin embargo, parece que lo tienes muy claro. ¿Para que buscar más? ¡Una modelo internacional! Eso es estrenar soltería por todo lo alto... —asesté en respuesta.

—Yo no busco nada, pero desde anoche creo que voy a reventar, así que quizá no me venga mal del todo liarme con ella.

Le miré estupefacta. Vi cómo se arrepentía de haberme echado en cara ese hecho y sin decir nada, me alejé de él furiosa por primera vez desde que le conocía.

—Naia, espera... —escuché su voz a mis espaldas, pero seguí andando hasta los servicios con la CocaCola en la mano. Le conté a Zoe el encontronazo, y resolvió que estaba celoso, pero muy a su pesar, también me reconoció que desde siempre, Jessica había estado interesada en él, pero cuando se conocieron, Axel ya tenía novia. Me hundí un poquito en la miseria. Ya estaba sucediendo. ¿Qué pintaba yo con él? Axel no se merecía menos que una modelo en su cama.

Volvimos al backstage y me concentré en hacer mi trabajo: ayudar a las modelos, ir a vestidores, encontrar peluqueros fumando en las puertas de salida para arreglar emergencias y ese tipo de cosas. Leo me mandó un WhatsApp diciendo que no volviera a coger mi bebida tras haberla visto apoyada sin vigilancia. Pude comprobar que todos estaban controlando el tema y eso me relajó. De vez en cuando iba a ver a Isa y Fernando que habían cogido buen sitio para disfrutar del pequeño desfile inaugural que ofrecía CXL para ambientar la fiesta de la moda.

A las once en punto comenzó el show. Todo parecía ir correctamente, Axel estaba por la sala accesible a cualquier invitado o trabajador, también le vi hablando con varios socios del Sputnik aparentemente de muy buen rollo. La siguiente vez que me asomé a la sala, le encontré mirándome fijamente, y retrocedí de un salto. Al menos estaba solo, porque Jessica se había animado a participar en el desfile a última hora. El pase de modelos estaba a punto de acabar y tendría que hacerle frente,

pero pensaba servir fría la venganza.

—Naia —me llamó Leo—, ¿puedes ir a por un botellín de agua para Zoe? Para quitarle la sed y que sea lo que sea lo que tome después, beba lo menos posible.

—Claro —dije sonriente—. Si que te tomas en serio tus labores de guardaespaldas —él respondió con una mueca.

Me fui a la barra y pedí el agua para Zoe. En mi camino de vuelta, vi a Axel de espaldas y casi entro en combustión al ver lo bien que le quedaba la ropa. Iba todo de negro, corbata incluida, parecía el mismísimo Lucifer, listo para pecar.

—Bebe bicho —ordené cuando encontré a Zoe.

—El agua es para lavarse —dijo echándole un vistazo a lo que le estaba ofreciendo.

—Bebe. No queremos que te deshidrates.

—Está bien, pero mi gintonic de después no me lo quita nadie.

Cuando el desfile terminó, todas las modelos y colaboradores pudimos salir libremente por la sala. Era hora de estar atentos a todo. Yo sin embargo, estaba demasiado ocupada analizando la escena que se estaba desarrollando en los sofás de la zona Vip entre Axel y Jessica. ¿Se estaban besando?! Desde mi perspectiva daba esa impresión, pero al acercarme, vi que ella le estaba enseñando algo en su móvil. Aún así, estaban demasiado juntitos para mi gusto. Axel reparó en mí y no cambió de postura. Sin embargo ella, al verme, le reclamó poniéndole una mano en la pierna. Él, aunque visiblemente más incómodo por ese gesto, aguantó el envite. En ese momento tomé una decisión. Sabía que estaba siendo inmadura, si le había dicho que no podía haber nada entre nosotros, él tenía derecho a buscarse la vida, pero ¿tan pronto y tan claramente delante de mis narices? No es que quisiera que me guardara un luto, (aunque el pedazo de orgasmo bien lo valía), pero sentía como si me estuviera provocando e iba a responder con fuerza porque dolía.

Como salido de la nada apareció Erick. Había conocido al hermano de César en febrero y apenas había podido estar con él, yo acababa de empezar a trabajar allí y no tenía tiempo de socializar con nadie, pero me había causado muy buena impresión.

—¿Cómo va la noche, Naia? —me preguntó sonriente.

—Muy bien, ha sido un éxito. Ahora ya, ¡a disfrutar! —dije contenta.

—¡Sí! En Londres tengo muchísimo trabajo, y cuando vengo quiero pasármelo en grande. ¿Quieres tomar algo?

—¡Claro!

Me llevó a la barra de la zona Vip, y comenzó la guerra de miradas. Reconozco que tonteeé lo máximo posible con Erick. Lo cierto es que era un chico encantador, si no fuera porque me gustaba otro... Otro que debía desaparecer de mi organismo lo antes posible, pero era demasiado pronto, ayer a esas horas tenía su lengua en mi boca. Nuestras miradas se cruzaron y su cara transmitía tirantez ahora que Erick se había acercado a mí más de la cuenta.

—¿Qué te has hecho, Naia? Estás guapísima —dijo él con ojitos golosos.

—Depilarme los pelos de las manos.

Su carcajada resonó en la estancia y Axel y yo volvimos a cruzar miradas. Una mano de Erick desapareció en la piel de mi cintura, mientras suprimía el espacio entre nosotros al acercarse a mi oído.

—Estás caliente... ¿tienes calor? —preguntó seductor.

—No, estoy bien.

—Pues yo estoy ardiendo... La primera vez que te vi me gustaste mucho, pero hoy me has terminado de volver loco... —susurró sensualmente en mi oído y se quedó pegado a mi pelo. La situación era insostenible, me estaba metiendo en un lío gigantesco. En ese instante observé a Axel y vi como sus labios desaparecían en los de Jessica. Fue un choque de trenes. Oí la voz de Zoe en mi cabeza diciendo “Donde las dan, las toman”. Me aparté de Erick y le dije “Perdona, tengo que irme”. Eché a correr todo lo rápido que me permitieron los tacones, cogí mi bolso del backstage y salí por la puerta de atrás. Le mandé un mensaje a Jorge diciendo que me iba a casa y que no se preocupara por mí y muy a mi pesar, me fui sin decirle nada a Zoe. Confiaba en que Leo cuidara de ella y Jorge la tuviera vigilada, en teoría, la misión no era arriesgada, pero todo el tema me daba mala espina. El problema es que estaba furiosa. Furiosa y envidiosa, porque esa chica, estaba ahora mismo degustando el sabor de sus labios y no podía soportar que lo hiciera en mi presencia.

¿A qué jugaba exactamente? Había tenido mi oportunidad y ahora esos dos parecían claramente predestinados. Volví a recordar una vez más sus suaves labios, y me juré que sería la última vez que me lo permitía.

Para Leo no era fácil estar vigilando constantemente a Zoe. Llevaba diez años haciendo precisamente lo contrario, pasar olímpicamente de ella, y la mayoría de las veces, lo conseguía. A los veinte minutos, ya se había arrepentido de haberse ofrecido a ser su guardaespaldas, porque sus sonrisas, sus posturas y sobre todo ese maldito vestido, le estaban perturbando demasiado.

Mucha gente se había acercado a hablar con ella, pero no había notado nada extraño. Solo un pequeño gesto repetitivo le había llamado la atención en ella. Levantaba la mano y hacía el amago de quitarse el sudor de la frente. ¿Acaso tenía calor? ¡Si iba medio desnuda!

Ella no había hecho contacto visual en ningún momento con él en la hora que llevaban allí, pero de repente, le miró. En sus ojos vio una súplica y un sufrimiento que le revolvió por dentro, y sus pies fueron solos hacia ella. No era el plan, pero no pudo evitar ir en su ayuda presintiendo que algo malo sucedía.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupado cogiéndola del brazo para llevársela un poco aparte. Al hacerlo sintió que su temperatura corporal era elevada, como si tuviera fiebre—. ¡Estás ardiendo!

—Tengo muchísimo calor —dijo ella apurada—, y tengo taquicardia. Al principio pensaba que era de los nervios de la misión, pero viene y va cada pocos minutos —explicó algo alterada.

—Vámonos de aquí echando hostias —dijo Leo tajante mirando alrededor—. ¿Has visto algo raro?

—No, nada. Nadie me ha echado nada en la copa, estoy segura, pero estoy a punto de explotar. Tengo una sensación rarísima en todo el cuerpo, me palpita todo.

Leo la tenía cogida de la muñeca y puso el pulgar en el punto exacto para sentir sus pulsaciones.

—Voy a avisar a Jorge, ve a por tus cosas, te espero en la salida de la

parte de atrás. No te pares con nadie, no hables con nadie y date prisa —le dijo seriamente. Ella obedeció sin cuestionarlo marchándose a toda velocidad.

Leo tocó su pinganillo disimuladamente.

—Jorge, voy a sacar a Zoe de aquí, no sé qué le pasa, pero no está bien, tiene taquicardia y está sudando.

—Recibido. Sácala. Ya.

—He quedado con ella en la puerta de atrás, no la pierdas de vista por favor, tengo que hacer una cosa —dijo buscando algo a su alrededor. Encontró a su hermana y fue hacia ella con paso ligero.

—Jessica, vete a casa ahora mismo —le ordenó tajante—. ¿Recuerdas lo que te he contado antes? Está pasando. Vete por favor, no quiero que estés aquí. Ve a por tus cosas y coge un taxi. Cuando estés en él, mándame un mensaje.

—Joder... vale, de todos modos Axel se acaba de ir. Nos habíamos empezado a enrollar y de repente, se ha ido corriendo. Y luego decís que las mujeres somos raras...

—Bien, me alegro. No me hacía mucha gracia lo vuestro como comprenderás.

—¿Lo dice el que vino conmigo a un antro de perversión en Nueva York donde acabamos la noche peor que Sodorra y Gomorra?

—Precisamente. Axel es demasiado inocente para ti, sentiría que lo estás pervirtiendo demasiado. En este caso, es como si él fuera mi hermanita pequeña, y tú, un cerdo salido.

—¡Ah! ya lo pillo. De todos modos, puedes estar tranquilo, ha sido como besar a la abuela.

Leo no pudo evitar sonreír, pero pronto recordó el estado de Zoe y se fue corriendo hacia la salida recordándole a su hermana que le mandara un mensaje cuanto antes.

Cuando llegó a la salida, le extrañó que no hubiera nadie.

—Leo —escuchó por el pinganillo—. Zoe está en la puerta principal. ¡Corre!

—¿Cómo? ¡Le he dicho en la trasera! —gruñó.

Emprendió una carrera y torció la esquina buscándola por todas partes hasta que la vio. Estaba apoyada en una señal de prohibido aparcar. Corrió hacia ella y cuando se fijó en su mirada, supo que algo iba muy mal.

—¡Zoe! —dijo él cogiéndola cuando se iba ligeramente hacia un lado. Ella no dijo nada, parecía aturdida.

—¿Qué te pasa? ¡Dime algo!

—Nada —contestó como un robot—. Estoy cansada, quiero irme a casa. Estoy mareada.

Leo se preocupó porque no le miraba cuando hablaba. Le cogió la cara e intentó fijar su vista, pero apenas se la mantuvo. Sus movimientos eran dóciles y lentos.

—Vámonos a urgencias —rogó Leo augurando una negativa.

—No —intentó gritar ella, aunque le salió un tono bajo y a cámara lenta—. Quiero irme a casa —repitió asustada.

Leo dudó. Sabía que Zoe le tenía pánico a los hospitales desde lo de su hermano. Nunca pisaba uno, ni para visitar a un recién nacido. No sabía qué hacer, si la habían drogado para adormecerla y abusar de ella ¿no sería nada grave, no? Casi sería peor el remedio que la enfermedad... Se subió al coche sin pensarlo más y puso rumbo a casa de ella. Por el camino llamó a Jorge explicándole la situación y este le ordenó que la llevara a un hospital para que le sacaran sangre, pues era de vital importancia analizarla. Leo colgó con una respuesta afirmativa. Si quería su sangre, él mismo se la sacaría. Sabía que en el botiquín del coche había una jeringuilla y hacía años que de vez en cuando le administraba a su abuela diabética su insulina. Pero sacar sangre era otra cuestión. Seguiría los mismos pasos que había observado miles de veces en sus análisis trimestrales. Se pasó una mano por la cara, ¿cómo habían drogado a Zoe? ¿Cuándo? Se sentía culpable. Si encontraba al valiente hijo de puta que le había hecho eso, sería mejor que rezara.

Llegaron a su casa y notó que ella había perdido algo de coordinación en piernas y brazos, pero aún podía andar. Él la sujetaba por los brazos y su respuesta era intentar frotárselos como si le picaran. Una vez en el ascensor, hubo un pequeño forcejeo por evitar que acabara estampada contra el espejo. Al final, ella aterrizó sobre él y este la sujetó abrazándola contra él para que no se cayera. En ese momento, ella empezó a respirar aceleradamente y la observó preocupado. Ya se estaba imaginando teniendo que hacerle un RCP. Por un instante, le invadió un miedo real al imaginársela teniendo un infarto.

Al llegar al piso, ella abrió la puerta del apartamento y fue directa a su

habitación. A medida que él avanzaba despacio por el pasillo tuvo un *déjà vu*. La última vez que se internó en aquel lugar, acabó lamentándolo, porque algo dentro de él había cambiado. No sabía qué era mejor: si marcharse, si asegurarse de que estaba bien, o si llamar a alguien para que acudiera. De repente, Zoe apareció cruzando el pasillo de su habitación al baño como Dios la trajo al mundo. Por lo visto, se había quitado toda la ropa y estaba decidida a darse una ducha. Aquello era demasiado, era evidente que no era ella misma. Sacó el móvil del bolsillo apretando los ojos, intentando olvidar la imagen que acababa de ver. “¿De verdad estaba completamente depilada? Dios santo...”.

Marcó el número de Naia, porque era la única persona que se le ocurría. Los tonos se intercalaron con el sonido del agua de la ducha. “Responde Naia, por mi bien y por el de ella”, pero Naia no contestó. En ese momento le entró un WhatsApp de su hermana diciendo que ya estaba metida en la cama. Pensó en llamarla, pero al contestarle un “OK” vio que no le llegaba. Automáticamente supo que había apagado el móvil por su extraña teoría de las ondas atravesando su cuerpo mientras dormía por la noche, ¿como si las que le atravesaban de día fueran menos perjudiciales! Aún así, intentó llamarla y le salió apagado o fuera de cobertura. El agua de la ducha se cortó y oyó la voz de Zoe, baja y distorsionada, pronunciando su nombre. Entró en el baño siendo consciente de lo que iba a ver, un cuerpo glorioso y mojado requiriéndole, pero se encontró algo muy distinto. Zoe estaba en el suelo de la ducha y no sentada, sino echa un ovillo y temblorosa. Cualquier pensamiento sexual abandonó al momento su cabeza y se lanzó a ayudarla como lo haría con una anciana, o una enferma que se hubiera caído.

—Tranquila —susurró Leo incorporándola para sentarla con las rodillas en el pecho. —Déjame ayudarte, ¿qué necesitas?

—Tengo... mucho calor... agua fría, me siento... —dijo con un tono de voz escalofriante.

Él cogió el mando de la ducha que estaba abandonado por el suelo y puso el agua a una temperatura razonable, ni fría ni caliente. Empezó a rociarle el cuerpo, y por sus expresiones, parecía que sentía alivio. Ella hizo amago de coger el jabón, pero lo tiró en el intento. Lo que quería hacer no se coordinaba con los movimientos que le salían. Él le echó jabón en la mano y ella comenzó a frotarse la pierna muy lentamente,

demasiado lentamente. Ambos cruzaron una mirada. La de Leo preocupada, la de ella, humillada y vulnerable. En ese momento se hizo cargo de lo mal que lo estaría pasando Zoe. La única persona que podía ayudarla era él, y eso, después de cómo la había tratado durante años, no debía ser fácil. A pesar del agua, Leo vio caer una lágrima por su mejilla mientras cerraba lentamente los ojos resignada y sintió una opresión en el pecho que le hizo reaccionar como un resorte. ¡Se acabaron las tonterías! Le quitó la esponja y comenzó a enjabonarla de manera mecánica y enérgica, sin mirar hacia ninguna parte en particular y con una expresión seria e indiferente. Sabía que ella no soportaría que la tratara con dulzura, y menos en ese momento. Ellos estaban más cómodos en la furia y así es cómo se sentía, furioso contra el que le había hecho eso. La limpió por todos lados excepto en puntos muy concretos, y luego la aclaró con abundante agua, seguía sin haber contacto visual de ningún tipo. Al terminar, cogió una toalla de las que había dobladas en una balda y la envolvió, cargándola a continuación hasta depositarla en la cama. La secó mediante friegas fuertes y después la tapó a la vez que retiraba la toalla y la dejaba en una silla. Al darse la vuelta, nunca hubiera imaginado que podría sorprenderse más en esa habitación que la última vez, pero se equivocaba. Se dio cuenta de que tenía la boca abierta cuando se le empezó a secar. Zoe había retirado la sábana y estaba tocándose. Con una mano hurgaba desesperada entre sus piernas, y con la otra intentaba presionarse ambos pechos a la vez mientras se retorció. Leo se llevó las manos a la cabeza. ¿Qué coño...?

—¿Zoe? —se atrevió a decir. Porque de alguna manera, necesitaba una explicación para todo lo que estaba sucediendo.

—Leo... —respondió ella como desde el fondo de un pozo. Su voz era desesperada, como si hubiera estado gritando varias horas y ya no tuviera fuerzas para más—. No puedo... soportarlo —logró articular.

Leo se fijó en sus ojos agonizantes y se acercó a ella como si esos ojos pidiendo ayuda fueran un canto de sirena. Estaba completamente duro, e intentó tapparla con la sábana. Quería ayudarla, pero no sabía cómo, o no quería saberlo.

—¿Qué puedo hacer?

—Me quema... el cuerpo... —dijo ella cerrando los ojos con fuerza sin detener el movimiento extraño de sus manos— Con la ducha ha

empeorado, tengo la piel hipersensibilizada. Noto... mucha tensión... ahí abajo, y estoy... no puedo... creo que me han echado algo para que... esté... así... Yo no puedo... no puedo hacerlo... necesito... por favor.

Aquello era la pesadilla más cruel en la que había estado y necesitaba despertar urgentemente de ella. La miró con los ojos muy abiertos. No quería aceptar lo que le estaba pidiendo, lo que en realidad necesitaba de él. ¡No podía hacerlo! Aunque en el fondo lo deseara, no podía. No así. Él se había sentado a su lado para preguntarle qué podía hacer, y ella le había contestado a su manera. Una vez más, lo humillante de la situación sería insostenible si tuviera que pronunciar las palabras exactas. Por un lado, se negaba a hacerlo, pero por otro era incapaz de irse y dejarla allí sufriendo. Antes de que pudiera continuar con su debate interno, ella logró cogerle la mano y la condujo hacia sus pliegues. Él no la apartó, pero tampoco la movió. Ella se frotó contra ella con fruición, y él comenzó a hacer movimientos circulares con el dedo pulgar en su punto más sensible. Ella apartó su mano y soltó un gemido cuando él deslizó uno de sus dedos en su interior sin poder refrenarse.

—Más rápido —suplicó ella. Su respiración era agitada y sus ojos estaban cerrados mientras miraba hacia otro lado. Leo obedeció y quiso meter un segundo dedo, pero notó que era muy estrecha, ¡parecía una jodida semivirgen! Eso le sorprendió porque siempre había pensado que era una chica muy experimentada. Su polla soltó un quejido doloroso y tuvo que recolocársela con su mano libre antes de que se le gangrenara. Después, comenzó una caricia desde el cuello, pasando por el centro de sus pechos hasta el ombligo, donde descansaba ese increíble brillantito rosa que lo volvió loco el otro día. Fue deleitándose en cada centímetro y notando que Zoe cada vez estaba más cerca de la liberación. Una liberación que necesitaba desesperadamente.

Le pasó la punta de los dedos por ambos pechos, estaban como piedras y los apretó con cuidado. Ella soltó un sonido gutural a la vez que se mordía el labio inferior. Leo aumentó el ritmo de la mano que tenía entre sus piernas cambiando el juego de sus dedos, y le sujetó un pecho con fuerza con la otra. En ese momento, se agachó y succionó un pezón ansioso con sus mullidos labios, lo que hizo que Zoe se arqueara gritando. Se sorprendió por la fuerza con que le llegó el orgasmo y lo que le duró. Una serie de contracciones apretaron sus dedos con una tensión que

prometía ser la gloria si alguna vez lograba estar dentro de ella.

—Gracias... —musitó ella al terminar sin llegar a abrir los ojos. Las lágrimas no habían cesado. Leo se había quedado sin palabras. Había sido increíble, solo esperaba que ella no recordara nada por la mañana, porque ni él mismo podría explicárselo.

Le quitó las manos de encima e intentó tajarla. Ella se dejó, pero en cuanto Leo se levantó de la cama, comenzó otra queja angustiada. Vio que se retorció contra el colchón y que volvía a poner la mano en su centro, como si tuviera una irritación insoportable.

La angustia que vio en la cara de Zoe a pesar de tener los ojos cerrados, le hizo sentir que fuera quien fuese el que le había hecho eso, lo pagaría. Subió a la cama cabreado y se puso a cuatro patas encima de ella. Continuaba vestido, y así se quedaría por el bien de su cordura. Le apartó las manos casi enfadado, y empezó a besarla con fuerza por los hombros, por los pechos, por las costillas, por el ombligo y a la vez, acariciaba con sus manos todas las superficies que podía. Había notado que las caricias suaves la ponían peor. Ella necesitaba un tipo de caricia más violenta para saciar ese picor intenso. Cuando estaba a punto de perder el norte en ese ombligo perforado que hace unas noches casi le manda al manicomio, ella le cogió del pelo y dirigió su cabeza hacia su entrepierna. Él se lanzó al ataque sin ningún tipo de preámbulo, y el grito que ella respondió en agradecimiento le dio fuerzas para continuar con aquella locura.

Cuando se deshizo en su boca, ella todavía le sostenía con los dedos ligeramente hundidos en su pelo. “¡Sí...!” había gritado, y para entonces, el que no podía más, era él. Estaba desquiciado. Tenía una erección de caballo. Se la notaba más dura que nunca, tanto, que cuando ella hizo ademán de que necesitaba más, él no dudó en meterse entre sus piernas y comenzar a frotar su miembro salvajemente contra su pelvis. Ella pareció volverse loca. Él embestía con fuerza mientras escondía la cara entre su pelo y el colchón. Olía deliciosamente bien. Un minuto después, ambos se corrieron con fuerza entre jadeos y sudor. Él no se movió enseguida, se quedó encima de ella sin cambiar de postura. Treinta segundos después, se dio cuenta de que su respiración era lenta, y al minuto, supo que Zoe dormía plácidamente.

Se levantó con cuidado y la tapó por tercera vez apartando la vista. Quería ir al baño para apañarse un poco. No quería pensar siquiera en lo

surrealista que había sido todo, solo pensaba en desaparecer de allí y enfrentarse mañana al veredicto. En ese momento, mil sensaciones contradictorias bombardeaban su sistema emocional llevándole a una inestabilidad mental demoledora.

Antes de irse, recordó que tenía que sacarle sangre. Sin pensar demasiado en lo que hacía, siguió los pasos que recordaba. Presionó ligeramente su brazo y la vena apareció. Pinchó lo más horizontalmente que pudo y tiró del émbolo para extraer la muestra. Cuando le pareció suficiente, presionó un algodón en la incisión y retiró la aguja. Tan mal no lo habría hecho, porque Zoe ni se inmutó.

Decidió dejar una nota, por si acaso se despertaba sintiéndose como las demás chicas. Presintiendo algo, pero sin tener idea de cómo había llegado hasta allí. En la nota le puso que decidieron irse a casa cuando ella empezó a encontrarse mal, que se duchó al llegar y se metió en la cama desnuda. Por si acaso, le aclaró, que no se habían acostado, pero le pidió que le llamara lo antes posible al día siguiente para hablar de lo que había sucedido.

Abandonó su casa y se fue directamente a la suya. Solo era la una de la madrugada, pero a él le parecían las siete. El bofetón emocional había sido grande. No sabía si había obrado correctamente, si acabaría en la cárcel, o si ella no recordaría nada. En ese caso, ¿sería capaz de contárselo? y finalmente, ¿ella le creería? Lo que estaba claro, es que estaba de mierda hasta el cuello, sobre todo, porque nunca había probado algo tan bestial. “Era exactamente su marca de heroína...”.

Se dio un puntapié mental por recurrir a una frase de película de vampiros adolescentes y virginales, pero resultaba que muy a su pesar, expresaba exactamente lo que sentía. Esa droga dura se había colado en su organismo, y por desgracia, sabía que pronto necesitaría más.

BUENAS NOCHES Y BUENA SUERTE

Cerré la puerta de casa con un gran estruendo. Estaba enfadada conmigo misma. ¿Qué me había pensado? ¿Qué iba a marear la perdiz unos días y él intentaría volver a conquistarme pudiendo así caer sin remedio en sus brazos como realmente quería? ¡Madura un poco! Me grité a mí misma en voz alta. Axel era un tío soltero, guapo y con una larga lista de chicas esperando a entrar en su cama. La primera de todas, una modelo internacional ¡Manda huevos!

Me quité los zapatos y fui al baño. Cuando salí, unos golpes en la puerta me asustaron. ¿Quién sería a esas horas? Me acerqué a la mirilla sigilosamente y al ver que era Axel, casi se me sale el corazón por la boca.

Iba a vomitar. ¿Qué hacía detrás de mi puerta? Mi estómago estaba

haciendo pirotecnia digestiva. Los golpes volvieron a sonar y decidí abrir como quién se arranca una tirita.

—¿Qué haces aquí? —pregunté confusa.

—¿Puedo entrar? —respondió algo cabreado.

—¿Para qué?

—Para hablar contigo.

—Creo que lo hemos dejado todo muy claro esta noche —dije haciendo ademán de cerrar la puerta, él la bloqueó con un pie.

—Yo creo que no. ¿Puedo entrar? —insistió.

Estaba cansada. Cansada de cagarla con él, de quedar como una niña inmadura, de equivocarme en todo lo que hacía. Así que dejé la puerta abierta y me dirigí a la cocina. Oí cómo me seguía y empujaba la puerta para que se cerrara sola.

No sabía qué hacer, ni cómo comportarme, así que seguí andando, cuanto más lejos mejor, hasta que choqué con la encimera de la cocina, no había más escapatoria. Me quedé quieta dándole la espalda. Él se acercó a donde estaba y se pegó a mí de forma que noté su aliento en mi oreja. Empecé a temblar de deseo, de esperanza.

Y sin más, sucedió. Noté la punta de sus dedos en la piel desnuda de mi cintura, aventurándose por debajo de la tela y acariciando mi tripa. Yo estaba bloqueada mientras él aspiraba el olor de mi pelo.

—Lo siento... —musitó con un ronroneo. En ese momento, sentí ligeramente su erección clavándose en la parte superior de mis nalgas—. Llevo veinticuatro horas volviéndome loco, no puedo más —dijo rozando sus labios en mi cuello.

Me apoyé un poco en él poniendo los ojos en blanco de puro placer. Yo también le necesitaba, lo deseaba demasiado como para negármelo a mí misma, y siendo sinceros, la situación ya estaba del todo condenada con la actuación de las últimas horas.

Él bajó la mano y deslizó los dedos jugando con el borde de mis braguitas. Ambos jadeamos cuando lo traspasó y pudo comprobar que iba casi completamente depilada. Suspiró en mi cuello y se rozó como un gato mimoso.

—Joder, necesito comerte entera —susurró enajenado con un tono de voz ronco y sexy que me dejó a punto de caramelo.

En el momento en que su mano se hundió en mi interior la otra me

giró la cara y atrapó mis labios en un beso profundo. Solo por eso, ya había merecido la pena todo el sufrimiento de la noche. Comenzó a besarme con maestría acariciando mi lengua con la suya y volviéndome completamente loca con su sabor. A la vez, su mano se movía en círculos sobre mi clítoris haciendo que mis piernas fallaran y tuviera que sujetarme para no acabar en el suelo.

Poco después, dejó de besarme para estudiar el modo más rápido de deshacerse de mi vestido. Me bajó la cremallera de la espalda y lo deslizó por mis hombros. El sonido que hicieron los adornos metálicos al chocar contra el suelo fue de lo más erótico. Cogió mi mano y me ayudó a salir de él.

—Eres una visión —dijo sin perder detalle de mi conjunto de ropa interior, que por suerte, era uno de los nuevos que compré la semana anterior con Zoe.

Nos fundimos en un abrazo y nuestros labios se buscaron. De repente, me cogió del culo aupándome y subí las piernas para envolverlas en su cintura. Sin dejar de besarme, inició la marcha hacia mi habitación mientras me perdía en sus labios y cuando quise darme cuenta, noté un colchón bajo mi espalda. Seguimos enrollándonos hasta que nuestras respiraciones se aceleraron y ya no fue suficiente. Comenzó a besarme la clavícula y fue bajando poco a poco hasta encontrar el sujetador, esta vez, separándolo un poco, tiró hacia arriba con fuerza dejándome totalmente expuesta. Me dolían los pezones de lo duros que estaban, se abalanzó sobre ellos y los succionó, mordió y chupó con obsesión. Yo iba camino de acabar como el otro día, perdida en mi propio placer en cualquier momento. Bajó hasta mi ombligo y no se entretuvo mucho en él, porque se incorporó y empezó a quitarme la ropa interior de un modo dolorosamente lento. Me lanzó una mirada que prometía cosas con las que no me atrevía ni a soñar. Estaba temblando de deseo y me moría por hacerlo, por sentirle metiéndose muy dentro de mí. La necesidad me cegaba, no era capaz de pensar en nada más. Me acarició las piernas, la espera se me hizo insostenible y cuando pensé que ya no podría aguantar ni un segundo más, las abrió y fue directo a lamer mi sexo. El grito que pegué debió de oírse hasta en la luna. Una sensación indescriptible me atravesó el cuerpo, mis manos volaron solas hacia su pelo y le presioné contra mí. No hubiera podido parar ni aunque hubiera empezado un

terremoto. No sé qué hizo exactamente, pero notaba su lengua en todas partes. Dentro, fuera, dando golpecitos rápidos, tenía la sensación de que iba a explotar.

—Estoy a punto... —dije fascinada.

Él intensificó el ritmo y metió dos dedos en mi interior, estaba tan cerca que mis gritos se habían vuelto sordos y simplemente permanecía con la boca abierta. De repente, aspiró con fuerza en el punto clave y exploté en mil pedazos. No sabía dónde estaba el cielo y dónde la tierra, después me sentí de gelatina. Noté que Axel rozaba sus labios contra la parte interna de mi muslo acabando con un beso y acudió a tumbarse encima de mí juntando nuestras frentes.

—Ha sido increíble —le dije resollando.

—Ha sido eso y más. Mi sabor favorito acaba de cambiar —dijo en tono obsceno.

Me lancé a besarle sin pensarlo. Nuestras lenguas se acariciaron y un gemido escapó de mi garganta al descubrir mi sabor en él. Volví a calentarme al momento. Necesitaba más, quería sentirle muy dentro de mí. Bajé las manos rápidamente hacia su pantalón y lo desabroché mientras nos besábamos como animales, todo labios, lengua y saliva.

—Quítatelos por favor, ¡Quítatelo todo! —dije con la voz más porno que tenía. Él no perdió el tiempo y lo hizo sin apenas romper el contacto entre nosotros. Lo logró a base de patadas que lo único que consiguieron es hacer que perdiéramos el poco control que nos quedaba. Empecé a desabrocharle un botón de la camisa pero me pareció tan lento, que tiré con fuerza de ambos lados para que el resto de ellos saltaran por los aires. Bruto, pero efectivo. No pareció importarle en absoluto, al contrario, tensó la mandíbula cuando fui directamente a morder sus pectorales. Y menudos pectorales, parecían de acero. ¿Cuándo hacía este hombre deporte?

Habíamos tardado muy poco tiempo en estar completamente desnudos, y recordé que alguien dijo una vez que los preliminares están sobrevalorados. Era un desmadre, pero sentía que ambos lo deseábamos mucho. Su polla se deslizó por la parte exterior de mi abertura y ambos gemimos al momento.

—¡Mierda! —exclamó Axel—, no tengo condones.

—Madre mía, yo ni siquiera había pensado en ello.

—No tenía planeado esto... —se excusó— ¡Joder!

—Yo sé que estoy sana —señalé.

—Yo solo he estado con una mujer, y no creo que mi ex haya estado con nadie, es demasiado cuadrículada para eso.

Nos miramos un momento, él escondió la cabeza en mi pelo sin decir nada más y siguió moviéndose por pura necesidad. Yo estaba igual, no quería separarme de él por nada del mundo.

—Es una locura, pero necesito entrar en ti —musitó en mi oído.

—Yo también necesito sentirte, no puedo esperar, de verdad...

Nos miramos y empezamos a besarnos a la vez con fuerza. Nuestro cuerpo se adaptó como un puzzle y sentí la punta de su polla en mi entrada. Dejé de besarme y respiró en mi boca.

—¿Estás segura?

—No he estado más segura en mi vida —dije subiendo la pelvis y atrayéndolo hacia mí. Estaba tan mojada que entró con una fluidez, mis paredes oponiendo una resistencia demencial por la novedad de la intrusión. Un placer extraordinario se propagó por todas partes. Ambos gritamos cuando llegó hasta el fondo, y estuve a punto de correrme otra vez, era demasiado para mí sentir tanto placer.

—¡Dios! Espera un segundo..., no te muevas por favor —dijo apretando los dientes.

Me mantuve quieta hasta que él empezó con movimientos rítmicos y lentos. Era una pasada, quería vivir ese momento en bucle el resto de mi vida.

—Puf... si acelero no te voy a durar nada —dijo cerrando los ojos con fuerza.

—No importa, necesito que aceleres, estoy a punto...

Resopló y comenzó a empujar con fuerza. El roce me volvió loca, le oí gemir y supe que me quedaban segundos contados. En ese momento metió las manos por debajo de mi culo y me apretó contra él alzándome un poco. El contacto era total, pensaba que me moría y empezó a formarse un delicioso orgasmo en lo más profundo de mi ser.

— ¡No pares! —grité poseída—. ¡Me corro!

Él mantuvo el ritmo de las embestidas apretando los dientes, podía sentir su sufrimiento al refrenarse.

—¡Diossss...! —grité perdiendo el control.

Él salió de mí con rapidez poco después y con un sonido fiero se corrió sobre mi estómago. Después cayó de medio lado jadeando y tardó un minuto en tranquilizarse. Minuto que yo utilicé para recrearme en mi *pequeña muerte*, no es coña, no podía moverme y sabía que pronto tendría que levantarme para lavarme.

Cuando logré llegar al baño, me miré al espejo y no me reconocí. Lo cierto es que no sabía como era mi look de recién follada, estaba sonrojada y radiante. Todavía no me creía lo que había pasado, se nos había ido mucho la olla. ¡Con nuestra edad! Aunque era incapaz de arrepentirme de nada en ese momento. Salí del baño más feliz que una perdiz y la imagen que encontré me enfrió de golpe. Axel tenía el pantalón puesto y se estaba poniendo la camisa. Mi mirada lo dijo todo.

—Naia... —dijo al verme la cara dándose cuenta de lo que parecía.

—¿Te vas ya?... —pregunté con la voz temblorosa. No quería llorar, pero no estaba segura de poder controlarlo.

—Tengo que volver al Club, no puedo irme de allí sin más... ¿Lo entiendes, verdad?

—Sí... —dije mirando al suelo.

—Me gustaría quedarme un poco más... pero primero tengo que ir a casa a por otra camisa —dijo señalando la que llevaba abierta sin botones—. Si no me voy ya, llegaré tardísimo —dijo bajando la vista hacia mi cuerpo distrayéndose.

—Vale —dije secamente y sentí la necesidad de taparme rápidamente. Lo mejor que se me ocurrió fue meterme en la cama por dentro. Me quedé sentada con la sábana sobre el pecho.

Axel se sentó en la cama y se acercó a mí.

—Ha estado genial —dijo agachando la cabeza en busca de mis ojos.

Asentí con la cabeza porque no podía hablar o lloraría.

—Nos vemos mañana —dijo dándome un beso en los labios que no me supo a nada. Eran los mismos, pero con más prisa, más ásperos, más fríos, totalmente distintos.

—Ya sabes donde está la puerta —dije resurgiendo furiosa.

Él se había levantado y se giró para mirarme extrañado.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Perfectamente. —Fingí indiferencia.

Durante un momento no se movió, supongo que estaba decidiendo si

creerme o no, pero finalmente reanudó la marcha.

—Buenas noches, Naia.

—Adiós, Axel —susurré y esperé a oír el ruido de la puerta.

Fue escucharlo y mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. La palabra decepción se quedaba muy corta para ese momento. Después de la mejor experiencia de mi vida, me encontraba con esto. Sabía que tenía que volver al Club, pero ¿no podía perder cinco putos minutos en estar algo más conmigo, en besarme con ganas, en sonreírme un poco, en abrazarme y jurarme que vendería su alma por poder quedarse diez minutos más?

No. Yo no lo merecía. Por un segundo imaginé cómo hubiera sido si se hubiera quedado. Volver a hacerlo, despertarnos juntos, ducharnos juntos, es lo que yo quería..., pero a mí no me pasaban esas cosas, me pasaban estas, y por alguna razón, sentí que me había puesto en mi lugar.

Me tumbé en la cama y de pronto recordé que Jorge aparecería en algún momento de la noche, cabreado y con razón, pero bajo ningún concepto quería que se cruzasen, a pesar de eso, no me dormí hasta que conseguí que las lágrimas dejaran de caer por mis mejillas.

DOBLE TRAICIÓN

Jorge llegó a las oficinas de CXL dispuesto a pedir muchas explicaciones a todas y cada una de las personas implicadas en el caso.

Leo le había respondido a sus múltiples WhatsApp a primera hora de la mañana, pero no antes, y él se había pasado toda la noche preocupado por Zoe. Había sido al primero al que le había apretado las tuercas al saber que finalmente no la llevó a urgencias, sino que él mismo le había extraído sangre. El muy imbécil no sabía que de ese modo no tenía ninguna validez legal. Aún así, tuvo que pasar a buscar la muestra para conocer los resultados a lo largo de la mañana.

Con Naia también había hablado en el desayuno antes de salir airado del piso al mencionarle que no le parecía nada profesional desaparecer del Club en medio de una misión. A Axel le guardaría la reprimenda para cuando jodiera a Naia, en sentido figurado además de en el literal. Tenía

una vena de hermano mayor muy desarrollada, y las ganas de cogerle del cuello habían aumentado al ver el estado de ánimo de su amiga aquella mañana.

Con César la cuestión sería diferente, sabía que a lo largo del día iban a tener una discusión seria. No porque hubiera hecho nada malo, sino porque aunque su misión la noche anterior había sido procurar no separarse de su hermano, tenía la corazonada de que estaba involucrado en todo aquello, igual que le había indicado el psicólogo que estaba haciendo el seguimiento de sus informes.

Entró en la sala de juntas con el portátil en una mano y una carpeta en la otra. Se sentó en la cabecera de la mesa ovalada y mandó un WhatsApp de reunión a las diez de la mañana no urgente ni importante, sino por orden policial. A esa hora, ya tendría los resultados del cóctel de drogas que le suministraron a Zoe, y su intención era dilucidar cómo había podido ocurrir.

A la hora señalada empezaron a acudir todos, sin embargo, se fijó en que Leo y Zoe se quedaron fuera un instante porque Leo la retuvo. Se acercó a la puerta silencioso y solo pudo oír la última frase que él le decía, pero fue más que suficiente.

—Pero necesito contarte lo que pasó anoche en tu casa —insistió Leo.

—Chicos, entrad dentro. Ahora —ordenó tajante.

Ellos obedecieron sin rechistar.

Al volver a la sala, vio miradas volando por el aire cargadas de mensajes ocultos, de Axel a Naia, de Zoe a Leo, de Leo a César, era para volverse loco, peor que estar viviendo en medio del jodido Beberly Hills 90210.

—Cuando hay una misión, espero un informe al final de la noche —comenzó Jorge contundente—. No lo tuve Leo. —El aludido bajó los ojos—. Lo que no espero es que los colaboradores abandonen la escena por asuntos personales —dijo mirando a Naia y a Axel—. Y tampoco espero que ocurran cosas delante de nuestras narices estando todos sobre aviso. Mis jefes están cabreados, se preguntan si esto es serio o estamos jugando al corro de la patata.

Todos permanecieron en silencio.

—Zoe, esperaba que me llamaras a primera hora, hay que poner una denuncia. Anoche tendrías que haber ido a urgencias, pero Leo dijo que

no quisiste ir. ¿Es cierto?

—¡Claro que es cierto! ¿Qué insinúas? —dijo Leo furioso.

—Apenas recuerdo nada —comenzó Zoe—, pero todos saben que yo no piso hospitales por nada del mundo.

—¿Ni siquiera si corres peligro de muerte?

—¿De qué estas hablando? —contestó Leo incrédulo.

—De la combinación de sustancias que tenía en sangre esta señorita. Podía haber tenido un fallo cardíaco, o haber entrado en coma muy fácilmente.

—¿Cómo?! —gritó Axel, y todos ahogaron gritos similares de sorpresa.

—Zoe tenía restos de GHB, MDMA, Ketamina y una sustancia llamada yumbina, que es un vasodilatador para favorecer las relaciones sexuales entre animales de gran tonelaje —explicó Jorge.

Todos estaban atónitos, pero notó a Leo especialmente afectado. Unió las manos en posición de rezar y se tapó con ellas la nariz y la boca—. El MDMA, conocido coloquialmente como Éxtasis, no se debe mezclar nunca con un vasodilatador, y mucho menos con este que es potentísimo, pues puede haber riesgo de colapso cardíaco. Eso lo sabe hasta un niño, por eso me extraña mucho todo esto.

—¿Cómo ocurrió? ¿Cuándo? —preguntó Axel afectado—, ¿Por qué no me avisaste? —dijo mirando a Leo enfadado.

—¡Porque no estabas! ¡Cuando sucedió ya te habías ido! Me lo dijo mi hermana ¿A dónde coño fuiste? —le acusó este fuera de sí.

Axel se quedó callado. Todo el mundo se quedó en silencio esperando una respuesta hasta que una voz se abrió paso.

—Estaba conmigo, en mi casa —dijo Naia.

—Joder... Cojonudo tío —musitó Leo enfadado sin mirarle. César y Zoe también se sorprendieron, pero más positivamente. Jorge disimuló que lo sabía con cierta indiferencia.

—Zoe —comenzó de nuevo— piensa en todo lo que bebiste hasta el momento de encontrarte mal. Todo. —dijo mirándola fijamente.

—¡No bebí casi nada! ¡Un gin-tonic!

—¿Nada más? ¿Y al llegar? —insistió él.

—Bebí un poco de la CocaCola Zero de Naia cuando la pidió.

—Y la botella de agua —apuntó Leo.

—¿Qué botella? ¿De dónde salió? —se interesó Jorge.

—Yo misma fui a pedirla a la barra —expuso Naia— era nueva, estaba cerrada.

—Me la bebí casi toda del tirón al abrirla —explicó Zoe—. Después la abandoné y no volví a beber de ella.

—Eso explica muchas cosas —dijo Jorge serio.

—Oh, Dios mío... —dijo César dándose cuenta de lo que ocurría y mirando a Jorge alucinado.

—¿Qué pasa? —preguntó Axel, aunque era la pregunta que estaba en los ojos de todos.

—Un segundo —dijo Jorge levantando un dedo para todos— Zoe, ¿qué más? ¿Cuándo empezaste a encontrarte mal? ¿Fue bebiendo el gintonic?

—Sí, tenía mucho calor y taquicardia, empezó ahí.

—¿Qué pasó después?

—Leo me dijo que fuera a por mis cosas

—¿Y fuiste?

—Sí.

—¿Y luego?

—Luego... está confuso...

—De acuerdo, suficiente. Para mí está muy claro —resolvió Jorge con determinación mirando caras deseosas de recibir una explicación—. Naia fue a pedir una botella de agua. Lo más seguro es que en la barra tuvieran una especialmente preparada para ella mezclada con un potente afrodisíaco sexual aderezado con algo de Éxtasis. Es fácil volver a cerrar una botella para que parezca nueva —le explicó a Naia— Con tan mala suerte que fuiste a dársela a Zoe. Cuando empezó a hacerle efecto la Yumbina fue a por su bolso, donde sin duda, estaba preparada la trampa con GHB y Ketamina. Dependiendo de la pureza inhalada puede actuar al momento provocando alteraciones de conciencia, falta de coordinación, mala pronunciación, incremento de la presión arterial y ritmo cardíaco... El culpable la siguió hasta fuera, se ve en los videos. Alguien sale por la puerta principal y cuando ve que Leo está con Zoe, frena en seco y echa marcha atrás volviendo a meterse en el Club. No se le ve la cara, está de espaldas, pero estaba controlando el momento exacto en que Zoe abandonaba la fiesta desorientada. Y me apuesto lo que quieras a que si

reviso el bolso con luz ultravioleta aparecerán restos de esa sustancia, que puesta en un punto estratégico, por ejemplo en la cremallera habiendo dejado el bolso abierto para que obligatoriamente tengas que tocarla para cerrarla, sería suficiente. Después, al tocarte la cara, alguna mucosa, el ojo, o simplemente inhalarla en los dedos para intentar averiguar qué es, haría el efecto deseado.

—Madre mía... —dijo Zoe estupefacta.

—Sí —respondió Jorge— y podía haber sido fatal. Ya no por la Ketamina o el GHB que con la dosis que percibirías lo único que quería el asaltante era que no tuvieras demasiada fuerza para resistirte a nada, sino por la mezcla con lo que había en la botella de agua. Juntarlo todo es muy arriesgado, te puede reventar el corazón cual olla a presión si no se da salida a la tensión acumulada, la gente inconsciente hace esas mezclas para no dejar de bailar en festivales que duran cuarenta y ocho horas... Y eso explica lo que te ocurrió: la sensibilidad aumentada al tacto del Éxtasis, con la vasodilatación del afrodisíaco y la poca coordinación de la Ketamina... Es una tortura.

—Bueno, lo importante es que está bien, ¿no? —atajó Leo nervioso— Pero Jorge, ¿quién ha sido? ¿No se le ve la cara en el video?

—No, solo que tiene el pelo oscuro.

—Eso descarta a dos personas, a mi hermano y a Juan —afirmó César aliviado.

—Nadie está descartado —dijo Jorge tajante— Es más de una persona. Por un lado el del afrodisíaco con MDMA y por otro el de la Ketamina y GHB. El de la Keta iba a por Zoe, ese es moreno. El otro iba a por Naia, y no sabemos qué aspecto tiene.

—Vale —contestó César chafado.

—Naia, ¿con qué hombres hablaste anoche?, aparte de Axel... —preguntó obviando el tema.

Naia le lanzó una mirada que le aseguraba un rodillazo en los huevos en cuanto llegara a casa.

—Pues aparte de con Axel, —dijo haciéndole una mueca—, con Leo, contigo, con Víctor, con César, con el camarero, y con Erick. En ese orden.

—¿De qué hablaste con Erick? —preguntó, y notó cómo Naia se ponía tensa. También César.

—Pues... estuvimos charlando, se alegraba de verme otra vez, y... me tiró un poco los tejos —dijo con la boca pequeña. Axel entrecerró los ojos.

—¡Hostia! —exclamó Naia de repente mirándole como si le viera a él realmente y no a un Inspector de policía—. Acaba de venirme un flash de que me preguntó: “¿Tienes calor?”, y me pareció una pregunta rara.

Todos se quedaron en silencio y miraron a César. A Jorge le dio un poco de pena por la acusación velada.

—No saquemos conclusiones todavía —intervino el poli—. Hablemos de la fiesta de mañana, quiero la lista oficial de invitados.

—Te la paso ahora, pero los socios del Sputnik no volverán a coincidir con nosotros hasta el martes en la fiesta de clausura de la Fashion Week —dijo César con un deje amargado.

—Ellos tienen más fiestas reservadas, ¿qué pasa con esas pobres chicas a las que seguro atacarán? —dijo Leo con el estómago revuelto.

—Es un tema muy difícil de demostrar —respondió Jorge— tenemos unos sospechosos y un cebo que sabemos que quieren. Tenemos una oportunidad porque aún no saben que los estamos vigilando, pero el resto es aire...

—Podemos seguir vigilándoles si sabemos que son ellos, las cámaras siguen ahí. Deberíamos hacerlo —apoyó Axel—. Seis chicas el pasado febrero... de aquí al martes habrá más, estoy seguro, hay que pararles.

—De acuerdo —accedió Jorge—. Pero vosotros tenéis que atender vuestros propios eventos, ¿no es así?

—Sí, pero son sencillos, quizá repartiéndonos podríamos hacerlo —dijo Axel—. Esto es más importante.

Jorge consultó el reloj, había que organizarse rápido.

—Lo voy a pensar. César me ayudará, lo más seguro es que quedemos todos a comer para organizarnos. Solo los chicos, vosotras mejor quedaos al margen hasta el martes —dijo mirando a Zoe y a Naia.

Dando por terminada la reunión la gente se levantó de sus asientos en silencio. Parecía que nadie tenía nada que hablar con nadie, al menos en público.

Jorge se acercó a Leo por detrás, el pobre estaba distraído mirando a una Zoe que rehuía sus miradas.

—Quédate un momento —le dijo discretamente.

Este hizo el amago de salir el último de la sala, pero finalmente dio un paso atrás y cerró la puerta. Al darse la vuelta, Jorge vio en su cara la respuesta que necesitaba saber sin tener que decir una palabra.

—¿Qué pasa? —preguntó Leo serio.

—No lo sé. Dímelo tú.

Leo resopló.

—¿Sabes? —comenzó Jorge sereno— A menudo los policías tienen complejo de curas. Solo quieren oír la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad... Puede que Zoe no recuerde nada, aunque déjame decirte que creo que recuerda más de lo que nos ha hecho pensar. ¿A la media hora parecía un muñeco, o tenía algún tipo de movilidad?

—Sí, tenía movilidad, pero poca coordinación—respondió nervioso.

—Me lo imaginaba, al no tragar el GHB, al solo inhalarlo, tiene un efecto menos brutal del que puede llegar a tener. Hay personas que se quedan como muñecos y aún así tienen flashes de memoria, otras que no recuerdan nada, y otras, que en realidad son bastante conscientes de todo aunque su cuerpo no obedezca muy bien ni oponga resistencia. Si su movilidad era esa, seguro que algo recuerda. ¿Qué pasó Leo? Cuando la llevaste a casa... Tengo que preguntártelo.

—¿Que qué paso? —preguntó dolido— Pues que era un despojo humano, ¿vale? Fue muy humillante para ella, se lo veía en la cara. Si quiere decir que no se acuerda dejémoslo así, será lo mejor para todos.

—Entiendo..., pero yo no puedo consentir ciertas actitudes tuyas. Me desobedeciste, y te quedaste a solas con una chica drogada y totalmente excitada —continuó—, ¿entiendes la gravedad del asunto? ¿Qué paso?

—Podría mentirte si quisiera, no puedes probar nada —dijo Leo con un reto en los ojos— Pero no es mi estilo. Llegamos a su casa y se desnudó, quería ducharse y le importaba tres cojones que yo estuviera allí, no podía soportar la sensación de calor, la vergüenza no te frena si te estás quemando —relató con los ojos algo rojos.

—Sigue.

—Me llamó y la encontré tirada en la ducha, no era capaz de hacer nada —respiró profundamente antes de seguir— la duché mecánicamente y la metí en la cama. La tapé... pero ella empezó a... —buscó una palabra que no le violentara— aliviarse sin poder lograrlo. Necesitaba ayuda, ¿qué iba a hacer? ¿Marcharme y dejarla allí? Intenté llamar a Naia antes de

nada, también a mi hermana, puedes comprobarlo, pero solo estaba yo... Solo yo podía ayudarla, prácticamente me lo suplicó...

—Me lo puedo imaginar... —dijo Jorge comprensivo.

—Te digo que me cogió la mano y me la llevó hasta su...

—Está bien, te creo. No obstante, hablaré con ella de esto. Le preguntaré a fondo y me aseguraré de que no quiere emprender acciones legales, está en su derecho.

—De acuerdo —dijo Leo abatido—, pero quiero que quede claro que todo lo que hice, lo hice por ella. Para ayudarla, no por mí.

Jorge avanzó hasta él y le mantuvo la mirada.

—Vale, pongamos que eso es cierto, pero déjame hacerte una pregunta más, ya que lo hiciste todo para ayudarla. ¿Tú también te corriste?

Al momento de decirlo se arrepintió, porque en realidad, sabía que nadie con intenciones poco honorables tendría esa cara tan desolada antes incluso de mantener esa conversación. Pero al decir aquello y dejar en evidencia el conflicto ético de todo el asunto, vio como algo dentro de Leo se rompía llenándolo todo de culpabilidad. Una que no se cura fácilmente, ya que la explicación que la justifica es mucho más chocante de lo que pueda parecer. No era su intención machacarlo tanto, lo único que quería que viera, es que esa chica le gustaba y le importaba bastante más de lo que quería reconocerse a sí mismo.

—Oye, nadie es de piedra —dijo indulgente—, y menos con la chica que te vuelve loco. Para mí, lo importante es que si no hubieras hecho lo que hiciste, ahora mismo podría estar muerta, dejémoslo así —le dijo apretándole el hombro.

Leo tenía la mirada perdida en el suelo y al tocarle parpadeó cayéndole una lágrima que al momento se seco de un manotazo. La impotencia, la injusticia, la culpabilidad y sobre todo la cruel verdad de que esa chica que le odiaba muy a su pesar le importaba, se concentraron en aquella gota, y supo que aquel grupo de amigos le acabaría afectando más de lo que le gustaría.

—Nos vemos luego —susurró Jorge cerrando la puerta tras él.

Axel entró en su despacho y cerró la puerta. No quería ver a nadie. No había hecho acto de presencia a primera hora en la oficina, sino que había acudido directamente a la reunión obligatoria de las diez con Jorge.

Después de tantos años, tenía que ser ahora cuando empezara a conocerse a sí mismo. Se había dado cuenta de que cuando salía de su zona de confort, tendía a comportarse como un cobarde.

Necesitaba hablar con alguien, ¿pero con quién? No era el mejor momento para nadie. César estaba hundido, porque lo más probable es que su hermano pequeño estuviera implicado en el caso. Imaginaba lo mal que podía sentirse puesto que Erick era su ojito derecho. Zoe acababa de pasar un episodio para olvidar, y Leo... bueno, no sabía exactamente lo que le pasaba a Leo, pero era el que peor cara tenía de todos, y al que menos gracia le había hecho que se hubiera liado con su ayudante.

Desde que invitó a cenar a Naia, su vida estaba del revés. Su cabeza no funcionaba, sin embargo, otras partes de su cuerpo tenían vida propia y le desobedecían en todo.

La gente teme lo que no entiende. Era una frase que cobraba ahora el máximo sentido para él. Axel no entendía lo que le sucedía cuando estaba con ella, ¡se transformaba! La noche anterior era un gran ejemplo, irrumpió en su casa y en menos de cinco minutos estaba enterrado en ella. Y joder, le había parecido el puto paraíso... “¿tan mala había sido su vida sexual?”, se preguntó.

Aún así, fue todo muy precipitado si lo comparaba con lo que estaba acostumbrado, y eso no era lo peor. Estaba muy avergonzado. No solo había durado menos que un chaval de quince años en su primera vez, sino que encima lo habían hecho sin protección. “¿En qué coño estaba pensando?”, murmuró malhumorado en voz alta. Por eso había huido de allí a la velocidad de la luz, se sentía descontrolado. Quería haberse quedado un rato más, pero ¿se hacía eso hoy en día con una persona que solo busca sexo? Sospechaba que no. No quería meter la pata. No con

Naia. Bajo ningún concepto quería agobiarla con la pequeña obsesión que estaba percibiendo que empezaba a tener por ella. Las pistas no eran muchas, pero eran claras. En cuanto la vio con Leo esa misma mañana fue como si algo diabólico despertara en él, algo que nunca había sentido: celos. Celos después de que ella le echara de su casa el día anterior diciendo que había sido un error, cuando para él, había sido todo menos eso. Pero lo peor fue después, cuando la vio aparecer con Zoe en la fiesta de inauguración, estuvo a punto de correr hacia ella, se le antojó irresistible a pesar de tener a Jessica pretendiéndole al lado, y cuando Víctor apareció, de repente, se le cruzaron los cables. A él, a don correcto. El colmo fue comenzar el juego en la zona Vip de ver quién llegaba más lejos en su seducción, y en cuanto sus labios tocaron los de Jessica, supo que estaba haciendo el gilipollas de una forma lamentable. Él no quería besar a Jessica, quería besar a Naia, y tenía la intuición de que ella sentía lo mismo. La noche anterior había dicho que le gustaba mucho, esas palabras llevaban todo el día rebotando en su cabeza. Por eso fue a su casa. Cuando la buscó y la vio irse corriendo, se levantó de un salto y la siguió, no podía dejar las cosas así. Pero al atravesar el umbral de la puerta de su casa, le sobraron las palabras. No soportaba un segundo más sin tocarla y cuando quiso darse cuenta, estaba desnudo en su cama esperando a que ella saliera del baño. Le faltó el aire cuando sintió unas ganas atroces de quedarse a dormir con ella, de volver a hacerle el amor, ¿el amor? ¡Aquello era sexo! ¡Solo sexo!, y haría bien en recordarlo. Decidió vestirse antes de empezar a soltar sonetos. Cuando ella salió del baño, se quedó paralizado al contemplar su cuerpo de diosa. Le faltó el canto de un duro para caer de rodillas y rendirse a su belleza, así que tuvo que ser rápido, directo, y comunicarle que se iba. Al marcharse le pareció que estaba algo decepcionada, quizá le apeteciera un poco más de sexo, ya que el acto en sí había dejado bastante que desear por su parte. Le aterrorizaba que pensase que era eyaculador precoz o algo parecido. “Por Dios...”, se torturó frotándose la cara.

No se podía permitir volver a tocarla esa noche, por el bien de su cordura y de su empleo. Era cierto que debía volver al Club, ya había sido muy irresponsable yéndose. Él era el director ejecutivo, y no se fiaba de sí mismo si volvía a rozarla siquiera más allá del pico seco y ridículo que le había dado al despedirse.

—Axel —le llamó una voz melodiosa desde atrás. Una voz que hacía horas le había dicho “necesito sentirte, no puedo esperar más”, con la voz más ávida del mundo.

—Naia... —respondió sin saber qué decir. Sin embargo, quería decirle tantas cosas.

—¿Me preguntan los del hotel a qué hora llegarán los del catering?

—Sobre las doce —respondió de manera automática.

—Vale.

Ella hizo ademán de marcharse y él la llamó.

—Naia..., quería disculparme por irme ayer tan rápido —dijo con voz arrepentida.

—No te preocupes, tenías que irte, lo sé. Además, te rompí la camisa, lo siento mucho —dijo abochornada.

—No pasa nada. No lo cambiaría por nada del mundo —dijo intenso.

Ella le miró sorprendida, y una sonrisa tímida asomó a sus labios.

—Formó parte de la locura supongo... una cosa más que añadir a la lista.

—Sí... —sonrió Axel con timidez—, pero me parecía más locura no hacerlo.

La dinámica en la habitación cambió. Volvían a sobrarle las palabras, pero acababa de ver una salida a su bloqueo, la sinceridad pura, dura y brutal. Nunca fallaba, y no había motivos para no serlo, al menos en algunos aspectos.

—¿Puedo serte sincero?

—Eso me gustaría —respondió ella expectante.

—Me gustaste al primer golpe de vista. Estaba casado, vale, pero no soy ciego. Es más, he visto muchas mujeres guapas, en mi trabajo estoy rodeado, pero nunca nadie me había impactado tanto como tú...

—¿Qué yo te impacté? —dijo alucinada.

—Sí. Tienes algo especial —respondió dubitativo—. Hoy en día el físico es muy engañoso, hay de todo para hacer más atractiva cualquier parte del cuerpo, pero tú... llegaste pura, limpia, como salida de una dimensión en la que todas esas cosas no existían y tu belleza natural me torturó más de lo que me gustaría admitir. Para colmo resultaste ser un encanto...

Naia permaneció en silencio, estaba perpleja. Supongo que para

alguien que buscaba solo diversión era demasiado.

—Lo siento, solo trato de decirte que me gustas.

—Tú también a mí —dijo concisa.

—Podríamos dejarlo aquí, relajarnos un poco y conseguir estar cómodos trabajando juntos...

—¡Sí! —dijo ella rápidamente—. Eso sería perfecto.

—O... —dijo él casi a la vez.

—¿O qué?

—O volver a salir a cenar conmigo... —dijo intrigante—. Hay un montón de platos que tienes que probar, esta vez con tenedores —bromeó para quitarle hierro al hecho de que le acababa de pedir una segunda cita a alguien que no quería nada serio.

—¿Tenedores? Es muy tentador —le siguió la broma, pero no contestó a la pregunta implícita. Después de un impasse, ella se dirigió hacia su mesa—. Voy a mandarles un email a los del hotel —explicó sentándose al borde de su silla. Mientras apretaba un par de clics, Axel se acercó por su espalda y esperó el momento justo en que le dio a la tecla de enviar.

—Déjame enseñarte una cosa —dijo cerniéndose sobre ella. Puso un brazo a cada lado de su cuerpo aprisionándola para llegar al teclado del ordenador y olió el perfume de su pelo que evocó mil recuerdos de la noche anterior. Su amiguito dio una sacudida como queja formal.

—¿Esto no roza el acoso laboral? —dijo ella con sorna.

—No. Solo lo sería si hiciera esto —dijo acariciándole el cuello con la nariz y besando la unión con su hombro—. La noche del domingo... ¿qué me dices?

Sintió su excitación y le gustó comprobar que a ella también le afectaba su presencia.

—Sí —le respondió con una mirada intensa. Él desvió la vista hacia sus labios y estuvo a punto de lanzarse a la locura, así de miserable era, ya no podía controlarse ni en el trabajo. Con un esfuerzo sobrehumano consiguió alejarse de ella, no podía de repente seguir todos sus instintos al pie de la letra como si fuera un niño.

—Me gustaría poder ir despacio contigo, pero me cuesta mucho, es algo nuevo para mí.

—Sería buena idea —apoyó ella—, ayer se nos fue mucho la pinza... La responsabilidad es algo importante para mí, tanto en el trabajo, como

en la cama...

—Estoy totalmente de acuerdo. Tengamos cabeza. Cita formal, el domingo por la noche.

—Vale —sonrió ella más tranquila.

—Tengo que ir a buscar a Leo, llámame si necesitas algo —le dijo guiñándole un ojo al salir. Ella por su parte le ofreció una sonrisa llena de anticipación que fue recibida por otra queja aún más efusiva de cierto apéndice al sur de su cerebro. “¡Pero qué te acabo de decir! ¡Sit!”.

Puso rumbo al despacho de Leo y le vio desgastando el suelo de un lado para otro como un tigre enjaulado. Frunció el ceño, tenía que averiguar qué le pasaba. Cuando estaba a unos diez metros de la puerta, Zoe apareció de la nada cruzándose de manera ortogonal coincidiendo con él en destino y trayectoria. Se paró en seco, no le había visto, ¿desde cuándo Zoe tenía nada que hablar con Leo? Un presentimiento cruzó su cerebro y le dijo que no debía perderse esa conversación. Cambió de rumbo y cuando estuvo fuera de su vista, se acercó sigilosamente por un lateral.

Zoe acababa de cerrar la puerta.

—¿Qué quieres? ¿Para qué me has hecho venir? —dijo Zoe como si fuera una molestia.

—Tenemos que hablar... —murmuró Leo.

—¿De qué exactamente?

—De lo de anoche.

—Ya te he dicho que no recuerdo nada.

—No me lo creo.

—Me da igual —dijo dirigiéndose a la puerta. Axel hizo amago de esconderse en el despacho de César pensando que iba a salir.

—¡Espera! —exclamó Leo alterado cogiéndola del brazo. Ella se paró, la vio cerrar los ojos y supo que algo grave pasaba entre ellos.

—¿Por qué no quieres saber lo que pasó cuando te llevé a casa? —preguntó Leo confuso y enfadado.

—¿Qué más da? No cambia nada...

—¿Recuerdas algo, no? —dijo soltándola y bloqueando él mismo la puerta—. Jorge me ha dicho que al ser inhalado seguramente recuerdas bastantes cosas.

—¿Qué quieres? ¿Expiar tus pecados? ¿Qué te dé las gracias? ¡¿Qué te

importa a ti?! —dijo ella huyendo hacia el lado opuesto del despacho. Se quedó de espaldas en silencio y Leo no dijo ni una palabra. Chico listo, se notaba que algo la conocía, porque Zoe no soportaba el silencio.

—¡Me acuerdo de casi todo! ¡¿vale?! —exclamó girándose hacia él—. Pero el cuerpo no me respondía. Yo sé lo que quería hacer y lo que no.

—¿Qué insinúas? ¿Qué no querías que te tocará? —preguntó Leo alarmado. Axel contuvo la respiración. “¿La había tocado? ¿Estando drogada?”.

—¡Sí quería! —chilló ella— ¡Bueno, no quería, pero lo necesitaba! En ese momento quería que lo hicieras, no podía soportarlo.

—Y yo no podía dejarte así, tuve que hacerlo.

—Y te lo agradezco, pero eso no nos convierte en amigos —escupió ella.

Se miraron fijamente mientras el ambiente se iba transformando en el típico caldo de cultivo para una discusión a base de gritos de la que había sido testigo miles de veces.

—¿Sabes? —dijo Leo tranquilamente consiguiendo sorprender a ambos lados del cristal—. En todos estos años me has parecido muchas cosas, pero nunca una mentirosa.

—Yo no miento.

—Mientes, ya lo creo... pero tu cuerpo no miente tan bien como tu boca —dijo él—. ¿Con quién tonteaste el miércoles exactamente, Zoe? Porque ahí está la clave de todo el caso. Sea quién sea, pensó que te irías con él ayer de buena gana, te lo aseguro. Simplemente quería que estuvieras algo más lenta de reflejos para poder hacer contigo lo que quisiera, pero no tenía intención de que lo olvidaras. Lo han hecho muchas veces, no son tontos, saben cómo funciona la droga.

—No entiendo, ¿qué quieres decir?

—Que piensan que eres una chica fácil, liberal, experta y dispuesta a todo. Y las chicas así no están tan...

—¿Tan qué? —preguntó enfadada.

—Mira..., yo sí he estado con muchas chicas, y sé perfectamente notar la diferencia. Si follarás a menudo, estarías mucho más dilatada, ¿vale? Ya lo he dicho —dijo apartando la mirada de ella.

Axel no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Ah, entonces es eso.

—Pues sí.

—¿Y ahora que no soy esa clase de chica, quieres que nos llevemos bien? —preguntó con cierta malicia—. Perdona, pero tú ya me juzgaste una vez hace diez años, y nunca te has molestado en saber la verdad sobre mí. Ahora que, por casualidad, te has enterado empíricamente de que no soy como tú pensabas, la que no quiere nada contigo soy yo.

—¡Estoy hasta los cojones de que pongas frases en mi boca que yo no he dicho! —gritó Leo—. Y tampoco he dicho que quiera que nos llevemos bien. Lo que he dicho es que eras una mentirosa, lo que todavía no sé es por qué. ¡Yo lo único que he hecho es ayudarte!

—Sí, lo único. ¡Y lo pasaste terriblemente mal corriéndote en los pantalones! —dijo ella irritada—. Muchas gracias, de verdad. ¡Ya te llamaré cuando me vuelva a picar el asunto!

—¡Hazlo! ¡Porque el día que nos conocimos estuvimos a punto de caramelo y llevo desde entonces aguantándome las ganas! —replicó Leo sarcástico.

—¡Antes me hago lesbiana!

—Pues ayer te quedaste más que satisfecha, ¡y eso que todavía no has visto nada!

—Eso es lo que más detesto de ti, lo fantasma que eres.

—Fantasma es cuando lo que cuentas es humo. ¡Cuando quieras te lo demuestro!

—Bien, espera mi llamada... ¡Cuándo el infierno se congele! —dijo ella saliendo del despacho.

Axel estaba tan estupefacto por lo que acababa de oír que no pudo mover ni un músculo para esconderse cuando Zoe salió por la puerta. Se miraron un instante comprendiendo qué había oído exactamente, y a Axel se le hizo un nudo en la garganta. Los ojos de Zoe empezaron a brillar sospechosamente, y después de lo que le pareció una eternidad, pasó por su lado esquivándole sin que pudiera evitarlo. Miró hacia Leo y le vio derrumbarse en su silla en plan “adiós, mundo cruel” y ni se planteó importunarle. Y por último, miró hacia su despacho y sintió un latigazo en sus partes que le hizo poner rumbo hacia la salida más cercana de CXL. Lo mejor era huir de allí y esperar el mensaje de Jorge avisando dónde sería el almuerzo de chicos para organizar el conato de caza al sospechoso de esa noche.

Sabía lo que necesitaba. Llevaba tres días muy intensos sin ver a Adriana, y nada le haría relativizar mejor las cosas que el cariño de su hija. Avisaría a su madre para recogerla a la salida del colegio, necesitaba abrazar a su pequeña, porque solo en sus brazos, ese mundo de locos cobraba algún sentido.

20

LO QUE LA VERDAD ESCONDE

César salió de la reunión de las diez y fue directo a coger el MacBook

que descansaba en su despacho. Necesitaba hacer sus propias investigaciones con las nuevas pistas, si alguien podía salvar a su hermano del punto de mira era él. Se ocultó en la sala de fotografía que había en la parte inferior de las oficinas y comenzó un hipotético análisis de las diversas posibilidades. Era el sitio en el que más cómodo se encontraba de todas las instalaciones, el porqué, seguía siendo un misterio para él.

Sobre las doce, recibió un WhatsApp de Jorge citándole en su despacho, y sin demorarse, subió las escaleras y se personó en su cubículo donde el poli ya le esperaba apoyado en una mesa.

—Ya estoy aquí —dijo entrando en la estancia—. ¿Qué pasa?

—Novedades —contestó Jorge escueto.

—Dispara.

—Será mejor que te sientes...

—Prefiero estar de pie —apuntó. El augurio de malas noticias era inequívoco.

—Como quieras. He creído que era mejor decirte lo que va suceder según el protocolo —empezó Jorge procurando tener tacto—. Tengo en la sala de interrogatorios esperándome al camarero que anoche le sirvió la botella de agua a Naia. Le interrogaré para saber qué órdenes recibió exactamente y de quién. No va a ser bonito, pero puedes venir si quieres y verlo. Después seguramente, tendré que ir a hablar con tu hermano.

—Voy contigo —dijo con determinación yendo de nuevo hacia la puerta.

—¿Estás seguro?

—Sí. Vámonos —contestó serio.

Realmente sabía que Jorge se había saltado todas las normas al ofrecerle eso, se preguntó por qué lo habría hecho. Desde luego, sería infinitamente mejor verlo todo en primera persona. Tenía la esperanza, de que quizá al ver a Erick, leyera en sus ojos que era completamente inocente. Si lo era, lo sabría. Prácticamente era la única prueba que necesitaba, ver su reacción, lo difícil sería demostrarlo porque todo apuntaba a él.

Cuando llegaron a comisaría, pasaron varios controles y oyó un par de veces decir a Jorge “colabora conmigo”, para que nadie hiciera preguntas.

Al llegar, le esperó en un rincón mientras mantenía una conversación con otro agente, y después le acompañó a una sala contigua al espacio

principal.

—Quédate aquí. Escucha, mira, pero no hables con nadie. Si alguien te pregunta quién eres, respóndele con un “No. ¿Quién eres tú?” Insinuando que cómo tienen la desfachatez de no saber quién eres —intentó hacerle sonreír Jorge. Lo más curioso es que lo consiguió.

Cuando se quedó solo, centró su atención en el chico que había sentado en una silla al otro lado del cristal con efecto espejo. Era joven, quizá unos veinte o veintidós años. Se frotaba las manos nervioso y en sus ojos se adivinaban unas ganas de salir corriendo de aquella sala que pondrían frenético a cualquiera. Jorge entró en la estancia y el chico se quedó paralizado. Viendo la diferencia de tamaño, lo comprendió perfectamente. Jorge imponía bastante, se notaba que era un animal de gimnasio, no el típico cruasán, sino la clase de tío que más bien se entrenada reventando sacos a patadas. Era alto, si la vista no le fallaba estimaba que unos 1,88 metros. Y corpulento, no lo compararía con alguien fino como *David Beckam*, sino más bien como una especie de *Lobezno*. Sus ojos color miel te hacían confiarte pensando que era Winnie the Pooh, pero ese pendiente atravesado en su ceja tenía un aura peligrosa, de tipo duro, de los que estaban por encima del bien y del mal. Se había cambiado de ropa, ahora llevaba un polo azul marino de tejido técnico con el emblema de la policía que le quedaba holgado aunque le marcaba la figura en ciertas zonas como brazos y pectorales.

—¿Te llamas Edgar? —comenzó Jorge.

—Sí.

—¿Trabajaste ayer por la noche en el Club Sputnik?

—Sí.

—Sabemos que cierta chica se acercó a ti a pedirte un botellín de agua y le diste uno que contenía sustancias ilegales.

—Yo no sé nada de eso —respondió con rapidez.

—¿Quién te dio la orden?

—Le digo que yo no sé nada de eso. Ni me suena.

—De acuerdo... —Jorge se puso de pie y sacó una foto de Naia del bolsillo trasero de su pantalón—. Es esta... ¿Te suena ahora de algo?

—No. No la he visto en mi vida —respondió el joven casi tratándolo de loco.

Jorge resopló.

—Pues más vale que vayas haciendo memoria chaval, porque ha aparecido muerta hace unas horas en un descampado, y tenemos una cámara que grabó cómo le serviste una botella de un arcón que no es el usual dónde suelen meter las botellas de agua —dijo Jorge indiferente—. Te pueden caer quince años, yo que tú, volvería a pensarlo otra vez.

El chico se puso pálido. Todo color desapareció de su cara, parecía a punto de desmayarse. César vio en su cara el segundo exacto en el que iba a desmoronarse.

—Yo no he sido... —susurró apenas sin voz.

—¿Entonces quién? —preguntó Jorge con tono incrédulo apoyándose en la mesa e inclinándose hacia él. Asediando, atosigando, intimidándole. Era un maldito genio del control mental.

—¡No lo sé! ¡Lo juro! —gritó el chaval nervioso. Se sujetó la cabeza con las dos manos intentando evadirse y comenzó a respirar entrecortadamente.

—¿Qué sabes? —ordenó Jorge, porque esa frase no era una pregunta. César estaba impresionado con su táctica.

—Solo sé que había una nota en la barra... —confesó con voz temblorosa—. Todos los camareros la vimos. Había una foto de esa chica, y decía que vendría a pedir agua en algún momento. Había que darle esa botella y no otra.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Usted qué cree?! No puedo perder mi empleo.

—¿Si te dicen que dispires a la cabeza de alguien, también lo harías?

—¡Claro que no!

—¿Te parece diferente lo que has hecho?

El chico se quedó callado y comenzó a sollozar.

—No pensé que le iba a pasar nada malo. ¡Lo juro! Sino no lo habría hecho. ¡Pensaba que era droga! En el Club corren algunos envíos, pensaba que llevaría Ketamina o Éxtasis para su uso personal, que era una manera de traspasar la droga sin que se notara.

—Pues era para que la bebiera, perdiera el sentido, la violaran salvajemente y después matarla —dijo Jorge sin atisbo de duda.

El chico gritó negaciones y se puso a llorar.

—¡Yo no he sido! —dijo hipando—, ¡¿qué va a pasarme?! ¡No lo sabía!

—¿Sabes dónde está esa nota? Es lo único que podría salvarte...

—¡No lo sé! —chilló— Acabaría en la basura, supongo.

—¿Y la letra? ¿No la reconociste, o alguien? —insistió Jorge.

—Que yo sepa no —gimoteó.

—¿Y la foto? ¿Cómo era?

—La foto era de esa misma noche, reconocí que iba vestida igual, era una foto de la entrada, del photocall —dijo ansioso.

—Vale. ¿A cuál de tus jefes viste dentro de la barra aquella noche? Nómbralos —ordenó Jorge.

—Yo solo vi a Juan y a Víctor, pero no estuve en todo momento en la barra. Fui al almacén a por más tónicas y CocaColas al principio de la noche, y también fui al baño un par de veces.

—Gracias, has sido de gran ayuda —dijo Jorge yendo hacia la puerta—. Y por cierto, la chica está bien, pero podría haber sido una realidad. Piensa bien las cosas antes de hacerlas chaval, puedes joderte la vida en un momento. Al final todo se sabe, y si estás relacionado, darán contigo en menos horas de las que crees, como puedes comprobar. Si hubieras guardado ese papel en tu poder, ya que te tocó a ti dar la botella de agua, te hubieras ahorrado muchos problemas.

Tras decir eso, cerró la puerta tras de sí y el chaval suspiró algo más aliviado, pero aún así, hundido por el desasosiego de quien ha obrado mal.

Jorge apareció por la puerta y no supo qué decirle, aún estaba impresionado por lo que acababa de ver.

—Bueno, ¿qué te ha parecido? —preguntó Jorge—. Tenemos nuevos datos. Tengo que localizar al fotógrafo del photocall, sin duda alguien fue a pedirle la tarjeta gráfica para obtener esa fotografía. Estamos cerca —explicó.

—Me ha parecido acojonante, sinceramente —respondió César con admiración.

Jorge pareció un poco sorprendido por dicha valoración, y no pudo evitar mantenerle la mirada y observar que se ponía nervioso. En el instante en que dejó de mirarle y se puso a teclear en su teléfono, vio un fugacísimo vistazo a su boca que cualquier otra persona no habría captado. Fue un “no sé lo que he visto, pero lo he visto”, pensaba que estaba empezando tener alucinaciones.

—Creo que tenemos que ir a hablar con mi hermano. Sabré ver en sus

ojos si es culpable. Siempre he sabido ver cuando mentía. Te lo diré.

—¿Por qué ibas a hacer eso? Es tu hermano...

—Porque me parece que hacerle eso a una chica está mal.

—Ya, pero es tu hermano...

—La intuición no suele fallarme. Y pondría la mano en el fuego diciendo que no ha sido él, quiero llegar al fondo de esto —insistió César.

—Me gustaría hablar primero con el fotógrafo.

—De acuerdo. Aunque ya sé qué nombre nos va a dar —dijo César muy seguro.

—¿Cuál?

—Víctor.

Se mantuvieron la mirada. Realmente no tenía pruebas que señalaran a Víctor más que a cualquier otro. Excepto que lo habían visto en la barra esa noche, pero lo demás no cuadraba con sus análisis.

—El miércoles por la noche ¿viste a Víctor hablando con Zoe? —preguntó Jorge.

—Sí, seguro. Habla con todas las chicas, es un Don Juan. Y Zoe fue la “it girl” de esa noche.

—Está bien, vamos a hablar con tu hermano.

Jorge salió de la habitación y se dirigió hacia una sala con taquillas, César le siguió. Abrió un candado metiendo una combinación de cuatro números y sin perder tiempo se quitó el polo de la policía. César se quedó mirando su cuerpo desconcertado. Tenía un tatuaje enorme en el costado que subía ocupando parte del pectoral derecho. Era un dragón con cuernos de mirada fiera, azul y negro.

—Me pongo el uniforme solo para impresionar a niñitos a los que interrogo —explicó Jorge.

—Pues parece que funciona —respondió disimulando que no podía dejar de mirar su tatuaje.

—Podría escribir un libro sobre el poder de los símbolos. Normalmente, voy vestido de paisano cuando investigo.

—Ajá —respondió mientras Jorge se enfundaba una camiseta negra de pico que le quedaba demasiado bien.

—¿Qué? —preguntó Jorge al ver que no desviaba la mirada.

—Tengo que ir al gimnasio tío... —dijo mirándose a sí mismo.

—¿Haces algo de deporte?

—Me gusta correr, pero no hago musculación.

Jorge sonrió para sí mismo mientras cerraba la taquilla.

—Pues con tu cuerpo, se te notaría enseguida, no tienes ni pizca de grasa.

—¿A qué gimnasio vas tú?

—A uno que hay al lado de mi casa, se llama Dream Fit.

—Tenía pensado apuntarme a uno...

—Yo suelo ir cuatro días a la semana —dijo Jorge dirigiéndose a la puerta sin concretar nada más.

Una vez en la calle, se subieron al coche. Era un Citroen C4 plateado último modelo.

—¿Este coche es tuyo? —preguntó.

—No. Es de la policía. Yo tengo un Golf TDI negro, ¿y tú?

—Yo suelo moverme en moto.

—¿Y cuando llueve?

—Me mojo.

Jorge se le quedó mirando y luego soltó una carcajada.

—Lo tuyo es de traca... —dijo negando con la cabeza todavía sonriente.

—¿Qué es lo mío? —preguntó César confundido.

—Nada, olvídale. ¿Dónde está tu hermano?

—Seguro que durmiendo en mi casa, ayer se acostaría a las mil.

Le dio la dirección y Jorge condujo hasta allí. Al abrir la puerta de su casa, todo era calma y quietud, a pesar de ser casi la una del mediodía. Fue hacia el cuarto que ocupaba su hermano bajo la atenta mirada de Jorge, y decidió que era mejor gritarle y que él solito saliera para que no quedara duda de que le había dicho nada a sus espaldas.

—¡Erick! —llamó varias veces.

Cuando un murmullo extraño salió de la habitación, le pidió que acudiera al salón. Tras mandarle un par de veces a la mierda, César usó su tono de hermano mayor y eso obligó a Erick a abandonar la cama y arrastrarse hasta allí.

—Qué coño quieres... —dijo medio dormido sentándose en el sofá.

—Espabila, esto es serio.

—¿Qué pasa?

—Es Naia, anoche le dio un infarto. ¿Tú sabes si alguien le metió algo

en la bebida? Es alérgica a muchas sustancias y tuvo un fallo cardíaco.

—¿Qué?! —gritó Erick con la cara desencajada— ¿Qué dices?! ¿Fue en el Club?! ¿Quién ha sido?! —exclamó poniéndose de pie y tropezándose con los muebles que pillaba por el medio.

Jorge soltó una carcajada y comenzó a aplaudir.

—¡Muy bueno! ¡Te has salido! —dijo acercándose a César y alzando una mano para chocar los cinco.

—Aprendo del mejor —sonrió César chocando en su palma. Una sensación de plenitud anidó en su pecho, y también de alivio. No tenía ninguna duda de que su hermano no sabía nada. La reacción había sido auténtica, su preocupación y desconcierto sinceros. Cualquiera que le conociera, sabía que era un actor pésimo.

Erick abrió aún más los ojos ante lo que veía.

—¿Qué coño está pasando aquí?

—Soy Jorge —dijo el mismo dándole la mano—. Soy Policía —A Erick le dio el cerebro para alzar la mano, pero no para apretársela—. Y esto no es ninguna broma. Naia está bien, pero sí que alguien puso algo en su bebida y sabemos que ha sido alguien del Club porque un camarero recibió órdenes por escrito desde dentro de la barra.

—Joder... ¿Quién ha sido? —preguntó Erick

—No lo sabemos, dínoslo tú.

Erick se quedó pensativo y después les miró. Una duda cruzó por su cara.

—Dinos lo que sabes Erick, será lo mejor —dijo César poniéndole una mano en el hombro.

—No sé nada. Lo que estaba pensando es que en el Club todos saben que yo anoche iba a por ella a muerte. Todos me animaban, no creo que nadie quisiera entrometerse...

—Pero quizá sí ayudarte... —añadió Jorge.

—Puede ser. Naia tiene fama de recatada, quizá a alguien le pareció buena idea meterle algo de éxtasis... —dijo Erick pensativo.

—Qué desgraciados... —agregó Jorge.

—Quiero que quede claro que yo no he tenido nada que ver —dijo Erick con determinación mirando a uno y a otro. Jorge y César cruzaron miradas. César le hizo un gesto afirmativo.

—¿Quién podría querer ayudarte? —preguntó Jorge.

—Cualquiera de ellos —dijo Erick pasándose una mano por el pelo—. ¿Entonces Naia está bien? —insistió.

—Sí, pero no solo le metieron Extasis, también le metieron un potente afrodisíaco que se usa en animales de gran tonelaje, una sola pastilla de esas puede matar a una persona, con humanos hasta un cuarto de pastilla es aceptable, pero no se debe mezclar un vasodilatador con éxtasis, eso lo sabe todo el mundo que controle un poco de drogas, y en cualquier caso, la chica no lo pasa precisamente bien bajo los efectos de la misma, es más bien tirando a agónico.

—Madre mía... —murmuró Erick.

—¿Por qué le preguntaste a Naia si tenía calor cuando hablaste con ella? —continuó Jorge.

—¿Cómo?

—Si, le dijiste eso.

—La toqué y estaba caliente... además no paraba de resoplar, y es lo que hago yo cuando tengo calor. Yo en ese momento ya me había tomado algo de éxtasis y sí notaba calor, y más teniéndola tan cerca, pero cuando la cosa se puso interesante se fue corriendo —dijo lamentándose—. No sé quién ha sido. ¿Qué va a pasar? ¿Es muy grave? Me siento culpable... —expuso Erick.

—Lo podía haber sido —dijo Jorge—. ¿Podemos confiar en él? —preguntó mirando a César.

—Por supuesto que sí —respondió—, podía haber jurado que no era cosa suya. Le conozco.

—Lo que vamos a contarte —prosiguió Jorge volviendo la vista hacia Erick— No puede salir de aquí.

Narrarle a su hermano desde el principio todo lo que sabían hasta la fecha del caso, fue positivo. No solo Erick pudo ver la envergadura del asunto, sino que aportó información importante que los acercaría un poco más al culpable.

—Bajo mi punto de vista —comenzó Erick—. Los que más saben de drogas con diferencia son Iván y Guille, de eso no hay duda, los demás tonteamos cuando hay alguna fiesta importante, pero son consumos sin importancia. Eso los descarta en el tema de Naia, también descartaría directamente a Carlos y Juan, no harían daño ni a una mosca. Lo cual deja a Víctor como posible culpable del afrodisíaco. Además como buen

mujeriego ha tanteado a Naia y sabe cómo es, los demás apenas la conocen de vista. Puede que esté cegado por las mujeres, pero no es un asesino, ni un violador.

—No, solo un inconsciente —repuso César.

—Después está la pista de Marta García, esa chica era un sol —dijo afectado—, pero era la típica que atrae a los lobos. Le gustaban los tíos peligrosos, hasta que se dio cuenta de que jugando con fuego, podía quemarse.

—¿Cómo fue la historia exactamente?— se interesó Jorge.

—Marta salió una temporada con Guillermo, coincidía con Iván muchas veces y se encaprichó de él, y él de ella. Eso sucedió porque a Guille ya se le había caído la máscara, estaba con varias chicas a la vez y además, manifestaba que estaba en su derecho, que nunca se juraron fidelidad. Ella le dejó y comenzó a liarse con Iván, a escondidas primero y en público después. Guille decía que era un coñito más, que no le importaba, pero yo presentía que no era cierto. Cuando iban pasados, siempre acababan discutiendo por ella. Hasta que al final, a Iván no le compensó su relación y cortó con ella, primero porque ya había pasado la emoción inicial y estaba harto de triscársela, y segundo porque no le apetecían más gresecas con Guille. Las camareras se cabrearon bastante con él porque eran todas amigas. Poco más sé...

—Es suficiente —dijo Jorge—. ¿Cuándo fue todo esto exactamente?

—Durante la Navidad del año pasado, me enteré porque estaba aquí de visita.

—A Marta la violaron en febrero. Cuadra perfectamente —apuntó Jorge.

—¿Se te ocurre alguna cosa más que puedas contarnos? —preguntó César a su hermano.

Jorge le miró y sus ojos parecieron felicitarle por formular esa pregunta. No disimuló que le agradaba lo profesional que técnicamente había sonado, y fue la primera vez en su vida que se enorgulleció por algo que había hecho.

Erick se cubrió la boca con las manos para terminar acariciándose la cara. Un gesto que hacía normalmente cuando estaba pensando si decir algo era buena idea.

—Suéltalo... —pidió César.

—Puede que sea una idiotez.

—Las idioteces suelen ser determinantes en un caso —dijo Jorge.

—Una noche entre risas, hablando de mujeres, empezamos a hablar de sexo anal... —dijo algo avergonzado—. Recuerdo perfectamente que Guille dijo que solo se le había resistido una gatita por ese camino... ¿Adivináis quién? Sé que en este tipo de violaciones algunas no pueden sentarse en una semana por la poca delicadeza... —Erick no supo como continuar.

—Está bien, captado —dijo Jorge palmeándole la espalda—. Gracias por todo —se levantó del sofá donde estaban sentados y le hizo un gesto en silencio a César. El aludido se despidió de su hermano prometiendo estar en casa a primera hora de la tarde.

Una vez en la calle, César se sintió pletórico. Estaba emocionado por lo que estaban descubriendo, eran un buen equipo.

—Joder, los tenemos cogidos por los huevos...

—Bueno, bueno... No empezemos a chuparnos las pollas todavía... —bromeó Jorge.

César se sorprendió tanto que se quedó clavado en el sitio con los ojos como platos. Jorge retrocedió sobre sus pasos.

—La película... ¿No has visto Pulp Fiction?

—Creo que no.

—Es una frase muy famosa que dice un tío cuando empiezan a tener esperanzas de resolver un caso... Esa película es... Creo que te gustaría.

—¿El qué?! —dijo César atónito.

—¡La película! Tienes que verla... Aunque la mitad de las cosas no las vas a pillar porque tu sentido del humor es terrible —rió Jorge.

—Eso no es cierto.

—Cuéntame un chiste —propuso el poli de buen humor.

—¿Dónde va un ángulo cuando está enfermo?

—¿A dónde?

—¡Al vector! —exclamó César y comenzó a reírse como un loco.

—Joder —dijo Jorge con una sonrisa en la cara—. Es lo peor que he oído... en serio...

—¡Si es buenísimo! —se carcajeó César.

—Si tú lo dices... Avisa a los chicos, vamos a comer.

—¿A qué hora les digo? —preguntó aún con la sonrisa en los labios.

Jorge miró el reloj de su muñeca.

—En media hora, en el italiano de la calle de vuestra oficina.

César avisó a todos por WhatsApp mientras se subían al coche y sonrió al abrocharse el cinturón de seguridad. Le gustaba la naturalidad de Jorge. Había sido una mañana increíble, nada le había parecido tan interesante en su vida. De repente sintió miedo, ¿y si resolvían el caso más rápido de lo que pensaban? No quería perder esa conexión que había nacido entre ellos.

Miré el móvil y vi que eran las cinco de la tarde, ¡hora de irse a casa! No tenía para nada la sensación de que fuera viernes, más bien me parecía lunes, porque desde el martes la semana había sido de lo más festiva. ¿O debería decir erótico-festiva?

No había vuelto a ver a Axel en todo el día, aunque nos habíamos escrito unos cuantos WhatsApp sobre algunos flecos de la fiesta de aquella noche. Quién sí había pasado a verme por el despacho era Zoe, y por su aspecto, diría que iba a hacer un casting para la nueva temporada de Walking Dead. Me había contado brevemente su discusión con Leo, y el hecho de que Axel lo había oído todo. Estaba tan de capa caída, que le propuse un plan de chicas para esa noche. Uno que incluyera: McDonalds, chocolate, margaritas y unas cuantas pelis moñas. La pobrecita casi se echa a llorar, se fue hacia la puerta con los ojos húmedos y únicamente dijo “Gracias” antes de irse.

Quería pasar por casa y descansar una horita tirada en la cama, porque dormir lo que se dice dormir, sería imposible. Durante la noche no había sido fácil pegar ojo con tantas emociones, me la había pasado analizando los hechos desde que Axel apareció en mi puerta. Lo que dijo, lo que hizo, cómo me besó y cómo se marchó, toda la puta situación había sido surrealista. Tenía el presentimiento de que me estaba metiendo en un embrollo del que no saldría viva, o al menos entera. Por eso había ido a trabajar esa mañana con la intención de hacer borrón y cuenta nueva, porque estaba claro por la estampida de Axel que él no quería nada serio. ¡Al menos había estado una vez con él! Y menuda vez... Había sido como tocar el cielo con los dedos, y me quedaría con ese recuerdo para siempre, además, había averiguado que no era una frígida en la cama como me temía, aunque sabía que había sido muy especial por ser con él.

Al entrar en casa oí ruidos y me alegré, porque no sabía qué horarios

llevaba Jorge y tenía la esperanza de encontrarme con él para contarnos novedades mutuamente.

—¡Bicho, estoy en casa! —grité.

—¡Ven a mi cuarto!

Me puse ropa cómoda y fui en su búsqueda.

—¿Qué tal ha ido esta mañana? —pregunté al verle.

—Bien —respondió mientras acababa de vestirse. Llevaba un pantalón corto de deporte y se estaba poniendo una camiseta técnica—. El camarero nos ha dado una pista y ahora sabemos que Erick no ha tenido nada que ver.

—¿No? —pregunté aliviada— Menos mal, ese chico me daba buena impresión.

—Sí, él no ha sido. Pero quiero que sepas que lo de la botella de agua fue para hacerle un favor contigo. Iba a por ti a saco.

—Pues no sé qué amigo habrá tenido la brillante idea, porque te puedo asegurar que no le hacía ninguna falta. Si no estuviera Axel...

—Sí, está bueno el chaval, pero claro Axel es Axel... ¿no?

—Sí —sonreí como una tonta. Él puso los ojos en blanco.

—¿Qué tal hoy con él? Esta mañana no estabas muy contenta...

—Bien, se ha disculpado por irse tan rápido y me ha invitado a cenar el domingo.

—Mira que desaparecer así para ponerlos a follar, sois como críos... —dijo en modo regañina On.

—¿Qué quieres que te diga? No lo pensé... lo que sabía es que no podía quedarme mirando cómo se liaba con otra veinticuatro horas después de haberse liado conmigo.

—Sois lo peor —sentenció.

—Somos inexpertos. ¿Tú qué tal con César?

—Bien, pero...

—¿Qué?

—Nada, que ya no me parece tan buena idea intentar sacarle del armario.

—¿Por qué?! —exclamé sorprendida.

—No sé, es mejor no forzarlo, que se dé cuenta por sí mismo.

—¿Perdona? —dije incrédula—. ¿Quién eres, y qué has hecho con el perverso de mi mejor amigo?

Jorge sonrió chulesco, pero permaneció callado.

—Espera, espera, espera, ¿es que le estás cogiendo cariño? ¿Es eso?

—Puede ser. Nos estamos haciendo amigos, ya no es un objetivo. Es muy listo, se dará cuenta por sí mismo muy pronto.

—Ya te dije que era listo, hay algo más... ¿Acaso te gusta?

—¿Qué? ¡No! —dijo tratándome de loca.

—¿Quién es el crío ahora?

—Vale. Simplemente no quiero complicarme la vida, y con él, eso sería muy fácil. Congeniamos bien, es difícil encontrar a alguien así, prefiero tenerle como amigo en vez de perderle después de quince días de buenos polvos, eso es todo.

—Ajá. Por esa regla de tres... ¿Crees que estoy haciendo mal con Axel? Porque yo me estoy arriesgando a perderle...

—No es lo mismo. Vosotros habéis cruzado la raya, en cuanto la cruzas, se acabó. Tu cerebro no puede volver a la fase de la amistad, no piensa en otra cosa. La tensión sexual se hace insoportable.

—Eso mismo me dijo Zoe.

—Esa chica es lista, excepto cuando se trata de sí misma.

—Suele pasar... ¿Has comido con los chicos? ¿Cuál es el plan esta noche? —pregunté cambiando de tema.

—Sí, hemos ido a ese italiano que me dijiste que tenía que probar. Todas las pistas apuntan a Guillermo. Solo hay que pillarle. Leo y Axel se encargarán de supervisar la fiesta en el hotel, César parecerá que se toma la noche libre y acude con su hermano a su local. Ellos vigilarán desde dentro y yo estaré fuera pendiente de las salidas desde la furgoneta. Nos fijaremos en su ropa, y en si se va con alguna chica. También comprobaremos las salidas de cualquier chica sola en estado sospechoso.

—Parece que está todo controlado.

—Eso pensaba el otro día y se nos fue de las manos. No estaré tranquilo hasta que lo cojamos.

—Tranquilo, le cogeréis. Yo esta noche iré a casa de Zoe, necesita animarse.

—Avísame si por lo que sea no vuelves a casa.

—Sí, papi —dije poniendo los ojos en blanco.

Descansé media hora tirada en la cama y decidí prepararme un baño con burbujas, bolas de aceite y música relajante. Los adoraba. A las ocho

salí del agua más arrugada que una pasa, pero más suave que un bebé. Me vestí de forma cómoda, vaqueros, camiseta básica de tirantes blanca y unas deportivas con cuña de Calvin Klein que me había regalado Isa las navidades pasadas. Me dejé secar el pelo al aire, sin olvidar echarle mi acondicionador habitual sin aclarado. No es que tuviera un pelo especialmente rebelde para peinar, pero me encantaba como olía ese líquido azul, y me parecía una gozada pasar instantáneamente el cepillo sin tener que luchar contra ningún nudo.

Ni siquiera me maquillé de forma básica. Fui directa al supermercado, y después hice una paradita en el McDonalds antes de llegar a casa de Zoe.

—¿Cómo estamos? —dije entrando en su cocina y dejando las bolsas en la encimera más cercana.

Ella tenía una pinta parecida a la mía. Cambiando los vaqueros por unos pantalones de pijama con los personajes de la película Buscando a Nemo y una camiseta de tirantes azul eléctrico.

—Mucho mejor, aunque no tan bien como tú —dijo pícara hurgando en las bolsas—. ¿Qué se siente cuando tus sueños se hacen realidad?

—Pues es algo así como convertirte en gladiador.

—¿Cómo?

—Sí, estás muy contento por haber salido con vida del último enfrentamiento a muerte, hay mucha adrenalina, pero sabes que un día llegará tu hora. Eres esclavo de tu propio destino.

—¿Te han dicho alguna vez que eres el alma de la fiesta? —dijo escandalizada por mi metáfora. Tuve que reírme.

—Ahora estamos bien. Hemos quedado el domingo —sonreí como una idiota, aunque después me puse seria—. Aunque ayer se fue de mi casa muy rápido, sé que tenía que volver al Club, pero fue todo muy frío en cuanto terminó.

—Qué raro, Axel es muy cariñoso —dijo pensativa.

—Quizá como piensa que yo solo quiero sexo puro y duro... —dije agobiada— ¿Qué voy a decirle si me pregunta por mis relaciones pasadas? ¿Por ese supuesto chico que acabo de dejar y por el que quiero vivir la soltería en este momento?

—Uy... el plan tiene cabos sueltos...

—¿Cabos sueltos? más bien no hay ninguno atado.

—Dile que era extranjero y que se ha ido del país para no volver. Cuando se habla de las ex parejas es para averiguar que fue mal, y diciendo eso, el motivo no te implica directamente, sino empiezan a surgir prejuicios y te juzgan por... —Zoe cortó su explicación abruptamente negando con la cabeza. Se puso seria, muy seria. Demasiado seria para ser ella. Y por un momento, pensé que se iba a echar a llorar.

—¿Zoe, qué te pasa? aparte de que ayer te drogaron claro... ¿Por qué has discutido con Leo? ¿Qué sabe Axel exactamente de la noche que os conocisteis? —dije preocupada. Ella me miró y se apretó el puente de la nariz en silencio. Me acerqué a ella.

—Odio llorar..., es tan propio de las chicas —dijo sollozando. No pude evitar media sonrisa.

—Cariño, eres una chica, por mucho que te pese —sonreí con ternura mientras le acariciaba la espalda—. No tienes por qué ser siempre tan dura. ¿Qué ha pasado exactamente?

Zoe me contó todo lo acontecido en su casa cuando Leo la acompañó la noche anterior. Me quedé con la boca abierta y entendí que Axel no solo sabía hasta qué punto habían intimado hace diez años, sino la noche anterior.

—Aún no he hablado con Axel, pero habrá flipado en colores. Creo que se va a enfadar por no habérselo contado nunca.

—No creo que se enfade.

—No me dijo nada al verme.

—Yo tampoco sabría qué decir. Es muy fuerte enterarte de golpe de todo.

—Supongo... —musitó ella.

—¿Por qué estás tan cabreada con Leo? Hoy tenía muy mala cara... No le veo jactándose de lo que ha pasado.

—Quizá ese sea el problema.

—¡¿Qué?! ¿Por qué?

—Si supieras lo amable y bueno que fue conmigo cuando me vio en ese estado... Parecía muy preocupado por mí, como si... como si le importara. Fue horrible.

—¿Por qué dices eso?

—Porque él y yo no podemos llevarnos bien.

—¿Por qué no?

—Porque no lo soportaría... —dijo manteniéndome la mirada y suplicando que la entendiera sin tener que decir nada más.

—Las hamburguesas se están enfriando —dije después de unos segundos de silencio—. ¿Atacamos?

—¡Si! —gritó ella feliz de cambiar de tema—. ¿Qué pelis has traído para subirme la moral?

—Tres a elegir que nunca fallan —dije con seguridad. Ella rebuscó en mi mochila.

—¡Dirty Dancing!, ¡Leyendas de pasión!, y... ¿Amor con preaviso? —dijo con cara estupefacta—. ¿Esto qué es? ¿Sandra Bullock y Hugh Grant? ¿Es una broma, no? ¡Ya lo pilló! ¡Muy buena! —dijo empezando a reírse.

—La verdad es que no, no es broma —dije contagiada de su risa—. Me parto el culo con esa película, no me preguntes porqué. Siempre me pone de buen humor.

—¡Ah! ¡¿Qué es en serio?! ¡No me jodas! —dijo alucinada— solo con ver la carátula ya me he descojonado así que ponla hija ponla, que no la he visto.

Hice lo que me pedía y nos pusimos a devorar esa sustancia que fabrica la eme amarilla más famosa del mundo y de la que soy enfermizamente adicta.

Las onomatopeyas que salían de nuestras bocas al degustarlas daban fe de que Zoe también estaba altamente enganchada a la comida del payaso.

—Pensaba que no había nada mejor que un mordisco de un Big Mac recién hecho hasta que me acosté con Axel... —dije carcajeándome.

—Le diré que has dicho eso. ¡Le encanta el McDonalds! —respondió con la boca llena.

—Ni se te ocurra.

—Yo tampoco pensaba que había nada mejor que una McRoyal hasta que Leo me comió el... —las risas fueron monumentales por parte de las dos—. Claro que, estaba bajo el efecto de una droga, quizá no fuera todo mérito suyo.

Nos mondamos de risa hasta que se quedó seria y pensativa.

—Lo que me jode, es que vaya de víctima... —comenzó—. Entiendo su dilema moral, pero ¿tan malo y molesto fue para él? Menudo careto tenía... —dijo algo dolida.

—Sinceramente, si alguien tiene que hacer eso contra su voluntad usa un miserable dedo... ¿o había necesidad de que te hiciera llegar al orgasmo con un cunilingus? —dije perspicaz—. Eso es que se moría de ganas, no era obligatorio ser creativo.

—Eso es cierto... —sonrió un poco—. Pero entonces... ¿Por qué está así?

—Yo que sé... Igual no es él... Es su rabo que le ha poseído y está deprimido porque no llegó a donde quería.

Explotamos de risa.

—¿Qué coño llevan estos Margaritas?! —pregunté mirándolo a trasluz.

—Tequila. Mucho tequila.

—Ahora en serio, puede que Leo esté así porque se haya dado cuenta de que siente algo por ti...

—Eso ni de coña —dijo con seguridad, pero al final de ese gesto, algo cruzó por sus ojos. Duró un segundo. ¿Era una duda? ¿Una esperanza? ¿Un deseo? No lo sabía, pero fuese lo que fuese, cerró los ojos e inconscientemente hizo un movimiento negativo con la cabeza.

Continuamos viendo la película y nos reímos bastante regando la comedia con un par de margaritas más. Cuando terminó criticamos a los actores de hollywood, y finalmente, Zoe acabó contándome por qué Leo le había llamado mentirosa. Eso dio paso a preguntarle por su vida amorosa. Zoe siempre había dado a entender que era un alma libre y no le gustaba tener nada formal, sino picotear por ahí, al menos era la reputación que tenía. A una chica extrovertida, moderna y atrevida, le pegaba mucho llevar esa clase de vida, por eso, al contarme lo que Leo le había echado en cara, yo también me pregunté qué experiencias había tenido realmente.

—¿Nunca has tenido novio?

—A ver, si entiendes por novio alguien con el que has estado años, vivir juntos etc, la respuesta es no —comenzó ella—. Eso no quita para que haya tenido mis cosillas, solo que no me duran demasiado tiempo. Tengo la maldición de los gilipollas, ¡me tocan todos! y resulta que soy poco tolerante a la idiotez. Pero Leo se equivoca, lo que hace a una chica estar dilatada es el número de veces que lo hace. Yo puedo haber estado con diez tíos en 5 años, y otra chica que en los últimos seis meses ha

follado todos los días estará por fuerza más dilatada que yo... que lo uso más esporádicamente.

—Entiendo.

—Pero yo no he mentado diciendo que voy de flor en flor todo el día, ha sido él el que ha sacado sus propias conclusiones desde que nos conocimos —dijo indignada.

Unos golpes en la puerta cortaron mi contestación. Zoe pareció sorprendida. Se levantó para abrir la puerta y al comprobar la mirilla, se giró y vocalizó: Es Axel.

Un ejército de nervios anidaron en mi estómago. Mi cuerpo había conseguido relajarse creyendo que le vería no antes de cuarenta y ocho horas, y ahora estaba aplicando un DEFCON2 a nivel celular que me estaba dejando bloqueada hasta nueva orden.

—Axel... —dijo Zoe cohibida al abrir la puerta.

—Hola..., quería saber cómo estabas, me tenías preocupado.

—Estoy bien. Naia ha estado cuidando de mí —dijo girándose para que pudiera verme.

—¡Naia! Hola... No sabía que estarías aquí —respondió algo vergonzoso.

Y no entendí por qué. Estaba guapérrimo con una camisa negra, pantalones grises y corbata a juego. Yo sin embargo, quería esconderme debajo de la piedra más cercana, o derretirme cual vampiro al sol. ¡Iba vestida de campo y playa! Estoy segura de que al instante parecí Heidi con sus coloretos exagerados en las mejillas. Me acordé de Jorge, “sois como críos”. Sí, pero críos crecidos con pollas duras y tetas grandes. Tragué saliva mientras le daba otro repaso.

—Hola... —saludé.

—Pasa —reaccionó Zoe—. No te quedes ahí.

Ambos estábamos allí para que ella se sintiera mejor, y parecía que en aquel momento estaba disfrutando de lo lindo imaginándonos desnudos y gimiendo, podía leerlo en su cara y en su sonrisa traviesa. ¡Qué cabrona!

—Hemos cenado McDonalds —dijo sonriendo como el Grinch—. A Naia le gusta mucho, aunque le gustan más otras cosas —se empezó a reír como una loca y puse cara de circunstancia cuando Axel me miró sin comprender.

—¿Qué tal ha ido la fiesta? —pregunté para disimular.

—Bien, todo controlado. La de hoy era la más sencilla, ya sabes, empieza pronto y acaba pronto. El cóctel ha salido bien, y después del espectáculo y la degustación de gin-tonics, Leo me ha dicho que se quedaba a recoger él —dijo mirando a Zoe de reojo—. Yo no daba pie con bolo, estaba un poco preocupado por lo de esta mañana, pero veo que has cuidado muy bien de ella —sentenció señalando los margaritas y lanzándome una sonrisa que hubiera derretido los polos.

—¿Has cenado algo? —dije mirando la hora, eran casi las doce de la

noche.

—No, y me están entrando unas ganas de McDonalds viendo la caja del BigMac... —dijo relamiéndose los labios—. Igual paso ahora a por uno. Podemos dejar la charla para mañana Zoe, no quiero interrumpiros más.

—¡No interrumpes! —exclamó ella—. Si Naia ya se iba, lleva aquí metida toda la tarde, te ha hecho el trabajo sucio —le pinchó. Miré a Zoe con los ojos como platos.

¿Qué ya me iba? La madre que la parió...

—Si quieres te acompaño, no son horas de que vayas sola por ahí. ¿Compartimos taxi?

—Sí mejor, porque se ha tomado tres margaritas. Y déjala en casa, no se te ocurra aprovecharte de ella —dijo Zoe intentando permanecer seria.

Yo me reí, era eso, o explotaba de vergüenza. A pesar de que no me sentía borracha en absoluto, preparé la trampa.

—He venido en coche.

—¿Tienes coche? —preguntó Zoe extrañada.

—Sí, pero no lo uso demasiado.

—Entonces te llevo. Si te paran un viernes por la noche con tres margaritas sale a pagar —dijo Axel con una expresión macarra que me hizo apretar las piernas. Parecía que ya estaba pensando con detalle cómo se aprovecharía de mí en los asientos traseros. Y yo estaba haciendo lo mismo. Me mordí el labio y él desvió la vista hacia ellos.

—¡Iros! Voy a echarme a dormir —ordenó Zoe sonriendo al ver el percal. Mentía de pena para mi desgracia.

—¿Vamos? —preguntó Axel.

—Sí.

Volvió a mirarme haciendo hincapié en las zonas que más le gustaban de mi cuerpo, pero desvió sus ojos rápidamente. Ese estrés no podía ser bueno.

Zoe se acercó a él por detrás y le abrazó.

—Gracias por venir. ¿Comemos mañana? A mediodía estaré por tu zona.

—Claro —dijo girando la cabeza—. ¿Seguro que estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí —sonrió ella agradecida—. Mañana hablamos tranquilamente —

le revolvió el pelo y le empujó hacia la puerta donde yo ya le esperaba.

Nos despedimos de la sutileza en persona mientras cerraba la puerta de su casa entre risitas.

—Gracias por venir a verla —dijo Axel mientras llamaba al ascensor—. Creo que lo necesitaba.

—Sí, después de lo que pasó ayer, le he propuesto el plan esta mañana en la oficina.

—Eres un cielo.

—Es mi amiga, lo hago encantada. Además con Zoe nunca te aburres.

—Eso es imposible —dijo sonriendo—, está para que la encierren.

En ese momento el ascensor hizo acto de presencia y Axel abrió la puerta dejándome pasar. Entramos en el espacio reducido y la distancia entre nuestros cuerpos disminuyó. Mi respiración comenzó a cambiar, me faltaba el aire, me sudaban las manos. Él pulsó un botón y se quedó mirándome fijamente. Yo, que siempre había creído en la expresión “si no puedes con ellos, únete a ellos”, me acerqué a él como si la fuerza de los Margaritas me acompañara. Empecé a subir las manos lentamente por su pecho. Me sentía sexy y mareada, pero a él seguramente le parecí una de esas personas que flipa con la textura de las cosas cuando va colocada.

—Qué bonita... —susurré sensualmente.

—Es nueva —dijo con la voz ronca. Parecía deseoso de que se la arrancara pero me controlé. Su expresión luchaba por ser indiferente, no movió ni un músculo y se dejó hacer. Cuando llegué a su cuello, le acerqué a mí a la vez que me ponía de puntillas y estrellé mi boca contra la suya. Nuestras lenguas se encontraron y se acariciaron. Fue lento, suave, un beso cadencioso que reflejó el descanso que sentimos en cuanto nos tocamos. Él puso las manos en mi cintura y me perdí en su sabor. Los ojos me pesaban cuando la puerta del ascensor volvió a abrirse en la planta baja, y ninguno hizo amago de moverse. No teníamos prisa por ir a ninguna parte. Subió las manos por mi cuerpo y me cogió la cara girándola mientras profundizaba más en mi boca. Nos besamos con una languidez que me hizo entender cómo la gente podía estar horas y horas enrollándose sin parar, sin aburrirse, ahora me cuadraba. Quería quedarme allí toda la noche besándonos de esa manera tan placentera, tan íntima. Era como un abrazo en una manta, un sitio del que no quería salir. ¿La gente se besaba así en la segunda cita? Rompí el beso con lentitud

dejando nuestras frentes juntas.

—Me gustaría quedarme en este ascensor toda la noche —dije con los ojos cerrados— ¿Es mucho pedir?

—Yo preferiría llevarte a mi casa... —objetó.

—¿Para qué?

—Para hacértelo muy fuerte —musitó volviendo a besarme con devoción. Gemí contra sus labios y el beso se volvió más intenso.

—Pensaba que íbamos a ir despacio...

—Tienes razón —dijo soltándome a regañadientes con una lentitud pasmosa. Vi arrepentimiento en sus ojos y algo de frustración—. Lo siento mucho, ¡empecemos de nuevo! —dijo recobrándose de pronto y cambiando su voz de registro— ¿Me acompañas al McDonalds? ¡Te invito a un McFlurry!

Me entró la risa, ¡de repente parecía un niño pensando en su *Happy meal!*

—Claro —respondí saliendo del ascensor. Él me siguió y me cogió de la mano. Me pareció tan tierno que casi le salto encima para terminar lo que habíamos empezado. Es verdad que quería ir más despacio, pero era difícil. No éramos dos desconocidos que necesitaban crear un vínculo, conocerse, confiar. Nosotros ya teníamos todo eso. Es cierto que necesitábamos saber más cosas personales el uno del otro, pero todo lo demás: las bases, la forma de ser, el humor, la confianza, la complicidad, ya lo teníamos. Y girando alrededor a toda velocidad una pasión que parecía poseernos cuando cruzábamos la línea de lo físico. Pero quería hacerlo bien, si nos dedicábamos a saciar una cosa sin alimentar la otra, el sueño duraría poco.

Salimos a la calle y tiré de él indicando que me siguiera. Ese día había tenido suerte y a la vuelta de la esquina había encontrado un hueco para aparcar. Si antes de mudarme a Madrid alguien hubiera tratado de explicarme el subidón que se siente cuando buscas aparcamiento y de repente lo encuentras, le habría tratado de loco.

Cuando saqué las llaves y presioné el mando, las luces de mi coche parpadearon. Axel se paró en seco mientras yo le tendía las llaves.

—¿Este es tu coche? —dijo mirando mi pequeño Range Rover Evoque blanco.

—Sí... ¿Qué pasa?

—Nada —dijo pensativo cogiendo las llaves y dirigiéndose a la puerta del conductor. Ambos nos subimos y nos encontramos dentro. Estaba muy raro. Se quedó callado mirándolo todo. Le di un par de instrucciones iniciales y se incorporó a la circulación sin vacilar. Había algo extraño en la forma en que cogía el volante, casi acariciándolo.

—¿Vamos al McDonalds de Gran Vía? —dije por llenar el silencio.

—Vale.

—¿Te pasa algo?

—No.

—Vale —dije molesta. A otro perro con ese hueso. Algo le pasaba, estaba en plan *stand-by* pensando en otra cosa.

Al llegar se bajó del coche y se asomó a la ventanilla. Me convenció para coger la comida para llevar, puesto que no podíamos aparcar allí y me preguntó qué helado quería. Cuando volvió, se subió al coche y supe que iba a decirme algo a lo que le había estado dando vueltas.

—Sé que lo que voy a pedirte es demasiado, de verdad, me hago cargo —dijo vacilante. Tragué saliva, no sabía por donde iban los tiros.

—Dime.

Él cerró los ojos y pareció coger fuerzas, aunque también vi un atisbo de sonrisa.

—Me encantaría comerme este BigMac, en mi nuevo sofá, después de una ducha y contigo al lado. ¿Es mucho pedir? —imitó la frase que dije en el ascensor.

Me quedé en silencio sin saber qué decir. Esa era yo, mi don de palabra era apabullante cuando se trataba del tío que me gustaba.

—Prometo que seré bueno, simplemente me apetece estar contigo —explicó.

Un montón de animales alados revolotearon en mi estómago. ¿Se podía ser más adorable? Algo así era justo lo que quería con él. Él podía presentarse en casa de Zoe sin problemas para pasar un rato con ella, porque eran amigos. Yo también quería eso.

—Vale, suena bien, pero con una condición —dije tranquilamente.

—Lo que quieras.

—Que me digas por qué has reaccionado raro cuando has visto mi coche.

Él cerró los ojos a la vez que sonreía en plan: ¡pillado!

—No es nada, pero preferiría callármelo por el bien de nuestra amistad.

—¿Por qué?! —me reí—. Dímelo.

—¿Desde cuándo tienes este coche? —preguntó misterioso.

—Desde hace tres años.

—Yo me compré el mismo modelo, en el mismo color, hace dos. Por eso me ha chocado, es igual que mi ex-coche.

—¡Qué fuerte! —exclamé—. ¿En serio?

—Sí, y podría decirte que es una mera casualidad, pero no creo en ellas, y menos en un tema así. Para uno tío, un coche es como elegir un vestido de novia. Me parece muy personal y pudiendo elegir entre cientos... —dijo pasándose las manos por el pelo—. No quiero saber por qué lo escogiste, ya tengo suficiente con lidiar con el hecho de que vayas así vestida —dijo como si fuera con un bikini brasileño.

—¡Si voy hecha un Cristo! —me reí.

—¿Perdona?! Estás tan apetecible que roza la crueldad...

—¿Qué? —dije totalmente desconcertada.

—¡Vaqueros y camiseta blanca! —dijo en tono acusador señalando mi atuendo, pero haciendo lo posible por no mirarlo directamente, como si fuera un soplete.

—¿Y?

—¿No conoces el fetichismo de ese look? —preguntó incrédulo—. Fue el top sport casual durante todos los noventa. En los concursos de belleza hay tres pases donde apreciar a una concursante: en bañador, en traje de noche y ¡sí!, en vaqueros y camiseta blanca —dijo chasqueando los dedos—. Bon Jovi confesó estar obsesionado con esta combinación y en la mayoría de sus videoclips aparece así vestido. Cuando te he visto, te aseguro que ha sido muy doloroso para mí, encima con la cara lavada, estoy seguro de que quieres matarme —sonrió avergonzado.

Me reí a carcajadas. ¿Qué iba a hacer? La otra opción era pedirle que me hiciera un hijo.

—Anda, vamos a tu casa, que se te enfría la cena.

Me miró una última vez y pensó en si decir algo más, pero terminó arrancando el coche.

—El piso venía con una plaza de garaje, así que podemos aparcar en ella.

—¿En serio?! ¡Qué bien! No sabes lo que me estresa buscar aparcamiento... ¿Vas a comprarte otro coche? —pregunté curiosa.

—¿Para qué? Tú apenas lo usas... cuando necesite uno, me lo prestas —me vaciló.

—Claro, lo que necesites, no tienes más que pedirlo.

—Te tomo la palabra —dijo él con una sonrisa canalla—. Pero luego no te quejes.

23

OJALA FUERA CIERTO

En poco tiempo llegamos a su casa y aparcamos en su magnífica plaza reservada.

Al subir en el ascensor se puso a comprobar todo lo que había comprado. Me resultó muy gracioso que lo hiciera para no tener que recordar el momento beso en el ascensor de Zoe, aunque los dos estuviéramos pensando justamente en eso. Me dio mi postre y vi que los M&M's y la nata se habían medio derretido, ¡yuju! El sirope de caramelo se mezclaba sinuosamente con ellos. Saqué la cuchara y la lamí con deleite. Al verme, pareció darse más prisa en sacar las llaves y abrir la

puerta de su casa.

Se adentró en el piso y procedió a encender las luces. Un recibidor quedaba abierto al salón con cocina americana. Al otro lado había tres puertas, la visita guiada terminaría rápido.

—Es pequeño, pero espacioso como te dije. Esas dos puertas son habitaciones —dijo señalando las de los lados—, la del medio es el baño y el resto de la casa es un espacio abierto —dijo caminando hacia la cocina que estaba separada del salón por una pequeña barra. Un vez allí comenzó a sacar la comida.

—¿Es esta la joya de la corona? —dije acercándome al sofá. Era bastante grande y ancho, de un negro precioso parecido al terciopelo.

—¡Sí! —dijo contento—. Aún no me he sentado en él prácticamente, me lo trajeron ayer por la tarde mientras no estaba, le dejé las llaves al conserje.

—Qué honor. ¿Puedo? —dije con intención de sentarme.

—Sí, pero como caiga una sola gota de McFlurry, te someteré a trabajos forzados —dijo muy serio. Me quedé paralizada, luego le vi sonreír de una manera un tanto pervertida y le lancé un cojín con un dibujo de Nueva York que tenía a mano.

Tras cogerlo al vuelo se rió todavía más.

—Me gustaría ducharme, ¿me esperas? Tardo un minuto —dijo viniendo hasta el sofá y cogiendo un mando—. Espera, te pongo la tele.

—Tranquilo, no tengas prisa. Estaré concentrada tratando de no manchar tu sofá —dije socarrona.

—Guárdame un poco de eso, quiero probar tu combinación diabólica de caramelo y KitKat —dijo guiñándome un ojo.

Cuando desapareció en la zona de las habitaciones me sentí feliz. Después de meses suspirando por él, no podía creerme que estuviera allí, parecía una realidad paralela. Estaba adentrándome en un terreno completamente desconocido para mí, y no podía evitar preocuparme un poco por sentirme demasiado bien. En ese momento estaba viviendo el sueño, pero llegaría el día en que estaría un viernes por la noche sola en casa sabiendo que el estaría haciendo feliz a otra chica en ese mismo sofá. Era una locura, pero mi miedo al abandono, a sentirme sola otra vez, era el que me hacía ser una realista a la fuerza.

No tardó más de tres minutos en aparecer, enfundado en unos

vaqueros lavados mil veces y una camiseta blanca. Tenía el pelo aún mojado e iba descalzo. ¡Joder! Ni el jodido Cristian Grey. Y tenía toda la razón, ¿por qué ese look en concreto te hacía sentir más sexy que estando desnuda con una corbata en el cuello tomando una copa de vino? Se me cerró el estómago al momento, el muy cabrón parecía que se negara a comer cualquier cosa que no fuera a él. Traidor...

—¡Listo! —exclamó yendo a por la bolsa de comida y acercándose al sofá después de coger una cerveza de la nevera.

Se sentó exudando bienestar y cogió el mando de la tele.

—¿Ponemos música?

Se metió en una configuración que desconocía y la tele se transformó en un ordenador. Al momento, una canción comenzó a sonar en youtube.

—¿Qué es esto? —pregunté al oírla.

—Thirty Seconds of Mars, ¿no los conoces?

—No.

—¡Me encantan! —dijo como un crío. Seguía sorprendiéndome mucho esa faceta de él, parecía otra persona fuera de la oficina. Se deleitaba en las cosas de una manera especial, te contagiaba con su ilusión. Verle disfrutar era algo que me hacía feliz, ¡estaba pillada hasta las trancas! dicho mal y pronto.

Sacó el BigMac de la caja, y tras ponerle Ketchup, comenzó a dar buena cuenta de él. Me quedé mirando como quién ve un documental de animales, parecía un tigre saboreando su presa.

—Mmmh... —dijo únicamente. Yo sonreí. Era un lujo verle así. Era oficial, era una adicta.

Cuando terminó, comenzó con las patatas.

—Me flipan las deluxe, ¿a ti no?

“A mí me flipas tú”, fantaseé que le decía.

—Sí, son un vicio —respondí.

—La salsa que traen está bien, pero yo prefiero mojarlas en la agridulce de los nuggets, aunque tenga que pagarla aparte, ¡está de muerte! —dijo feliciano. Yo le sonreí. Estaba adorable.

—Me encanta esta canción, ¿cómo se llama? —pregunté interesada.

—Do or Die.

—Hazlo o muere, qué buen título...

—Ya lo creo... —dijo dándole un trago a su bebida—. ¿Qué tipo de

música te gusta? —preguntó para destensar el ambiente.

—Me gusta mucha música, una vez más, me parecería imposible hacer una lista favorita de artistas. Me gustan demasiados, soy muy ecléctica. Tengo canciones que me obsesionan, pero no puedo elegir entre los Beatles, Aretha Franklin, Bob Marley, Aerosmith, Pink... ¿me entiendes? para mí la música es toda fundamental. Completamente terapéutica. ¿Quieres estar triste, alegre, activo, cachondo...? Hay una para cada tipo.

—Dime un ejemplo de canción para ponerte cachondo por favor... —dijo con guasa.

—Pues, por ejemplo... de este verano, la de Blurred lines.

—No sé cuál es..., a ver...

Se agachó a coger un teclado que había en la parte posterior de la mesita y la buscó en youtube. Cuando comenzó a sonar la reconoció.

—¡Ah, sí! Ya sé. Mejor la quitamos no vaya a ser... —los dos no reímos de la broma, pero de pronto nos callamos, porque entre broma y broma, la verdad asoma.

Axel recurrió a su salvavidas: la comida. Ya se había pulido las patatas, así que sacó su McFlurry dispuesto a comérselo.

—Déjame probar ese primero —pidió cogiendo lo que había sobrado de mi helado.

—Todo tuyo.

Lo probó y se recreó chupando la cuchara.

—¿Por qué no me sorprende que me encante? —preguntó resignado —. Toma, prueba el mío —dijo acercándose más a mí y sujetando la cuchara en su mano.

Tuve un *flashback* de nuestra primera cita, cuando quiso darme de comer una bolita india con la mano y esquivé las balas. Esta vez no lo haría, porque decidí que para dejar de ser una cría tenía que enfrentarme al miedo e ir a por lo que claramente quería, así que me acerqué a él y chupé su cuchara lentamente mientras mantenía el contacto visual. Noté que empezaba a ponerse nervioso y continué al ataque.

—Mmmh está buenísimo... —dije arrastrando las palabras con voz sensual. Él se quedó quieto con la cuchara en el aire y los ojos muy abiertos. Me quité las zapatillas y me puse de rodillas sentada sobre mis pies —. Quiero más... —dije coqueta.

—Joder Naia... No me hagas esto. Aunque no lo parezca estoy

intentando ser bueno, lo he prometido... —dijo con sufrimiento.

—Y espero que sea así, pero yo no he hecho tal promesa —dije pícaro avanzando hacia él y subiéndome a horcajadas. Soltó un jadeo cuando me acomodé sobre una zona sensible—. Dame más —ordené.

Él llenó otra cucharada y me la acercó a la boca. La degusté con placer y se la quité de la mano. Volví a llenarla y le di a probar a él. Lo tuvo en la boca, pero en su mirada pude ver que ya no era lo que más le apetecía saborear en ese momento. Parecía que me prefería a mí en vez de al sirope de chocolate y Oreo, y para comprobarlo le pregunté si quería más y me respondió que no. Sin embargo, mientras lo decía, sus manos acariciaban mis muslos lentamente de arriba a abajo. Dejé la tarrina en una zona fuera de peligro y volví a pegarme a él. Ese movimiento sirvió para acomodarnos en el sitio indicado con un roce de vaqueros muy prometedor, mi corazón a mil.

—¿Y ahora? —preguntó expectante.

—Ahora..., hazlo o muere... —susurré acercándome a él.

Sin perder un segundo atrapó mi boca. Sus labios eran suaves y sabían completamente dulces. Me mordió el labio, su lengua lo curó, y sentí caricias en mi espalda baja por debajo de la camiseta. El beso se volvió incendiario. Mis manos subieron hasta sus pectorales duros como piedras, me recreé en ellos, tenía la sensación de que si les daba golpecitos sonarían a metal. Continué subiéndolas arrastrando la camiseta hacia arriba obligándonos a interrumpir el beso para sacársela. Él aprovechó para quitarme la mía a lo bruto y se hundió entre mis pechos rozando su nariz para memorizar mi olor. Dejó resbalar la parte exterior de sus labios con reverencia y yo me arqueé dándole permiso para saquearlo. Con mano hábil desabrochó el sujetador y comenzó a acariciarlos. Ni siquiera sé cómo se deshizo de él, estaba enajenada. Se metió un pezón en la boca y solté un grito, le sentía en todas partes. Sus manos grandes presionaron mis pechos y mi respiración se aceleró, comencé un pequeño balanceo que nos hizo jadear a los dos.

—Eres increíble... siempre me sorprendes.

Yo no podía hablar, me veía incapaz, mi estado no era racional. Volvió a besarme y juntó más nuestros cuerpos, mis pezones duros rozaron la piel de su pecho y me apretó fuertemente contra él. En ese momento, bajé las manos y empecé a desabrochar el botón de su pantalón, cuando lo

conseguí, ni corta ni perezosa metí la mano y encontré lo que buscaba. Él se tensó y abrió un poco las piernas. Tenía muchas ganas de ver un primer plano del asunto, y mayor curiosidad por probarlo. Aproveché su desconcierto para retroceder y arrodillarme entre sus piernas, lo que le obligó a abrirlas más. Le empujé para que apoyara la espalda en el sofá y comencé a bajarle un poco los vaqueros. Ese simple gesto le hizo soltar un gemido al imaginarse lo que le esperaba. Llevaba unos calzoncillos Calvin Klein preciosos, pero los agarré y los deslicé hacia abajo. Lo que vi me dejó sin aliento. Era la hostiaputamaravillosa, no se me ocurría otra palabra que le hiciera justicia, me acerqué y la cogí. Él tembló. Empecé un movimiento lento con la mano mientras le miraba a los ojos desafiante.

—Naia, joder... esto es...

Me la metí en la boca.

—¡Ah! —gritó Axel.

Empecé a acariciarla con los labios y me gustó la sensación. Era suave y dura a la vez, sabía a una mezcla de jabón y él mismo, era increíble. Emitía sonidos indescifrables de placer y me miraba fijamente hasta que dejó caer la cabeza hacia atrás en el sofá respirando copiosamente. Me pareció demencial que estuviera disfrutando tanto con mi boca y comencé a hacerlo más rápido. Lamía, succionaba, deslizaba mis dientes, quería verle perder el control.

—Espera... ¡Madre mía...! si sigues así, me corro...

—Hazlo o muere. —Le reté.

Volví a lamerla de arriba abajo y me ayudé con la mano incrementando el ritmo. Axel levantó las caderas ligeramente mientras agarraba con fuerza los cojines del sofá. Resopló un par de veces y siguió gimiendo cada vez más fuerte.

—Joder... ¡no puedo más! —advirtió Axel.

Note una humedad diferente que auguraba el final, se puso muy dura y el grito de Axel partió el silencio. Sujetó fuertemente mi pelo mientras se corría y continué el movimiento mientras tragaba hasta que me instó a parar. Se relajó y resopló dejando caer la cabeza en el sofá de nuevo.

—Lo que yo decía, quieres matarme —dijo cerrando los ojos. Me cogió una mano y entrecruzó sus dedos con los míos. Después tiró de mí y me tumbó en el sofá. Se puso a mi lado y me besó el cuello, su mano libre comenzó una caricia en mi pecho y fue bajando deliciosamente

inspeccionando mi ombligo. Su mejilla rozó la mía obligándome a girar la cara hacia él. Nuestros ojos se encontraron y pude ver mil sentimientos en ellos: lujuria, miedo, cariño, incredulidad, confianza. Sus labios me besaron inicialmente en lo que parecía una pacífica rendición, pero a los tres segundos, cambió la cadencia y se impuso la lujuria. El movimiento de su mano me lo confirmó resbalando por dentro de mi pantalón, incluso de mis braguitas.

—Estás empapada... —musitó encantado rozando mi centro—. ¿Es por mí? Dime, ¿yo te pongo así?

—Sí, solo tú... —dije empezando a jadear.

Escuchar eso hizo que despertara del letargo en el que se había sumido tras su orgasmo. Su mano se volvió experta en saber qué necesitaba y cómo, obligándome a concentrarme en lo que sucedía en mi entrepierna y no en besarle.

—Normalmente necesito cinco minutos, pero joder ya estoy listo, ¿qué estás haciendo conmigo? —dijo llevando mi mano a su erección. Era enorme y estaba preparada, la acaricié y deseé sentirla dentro de mí.

—¿Tienes condones?

—Sí, en la habitación —dijo parando sus movimientos. Se incorporó y se acabó de quitar el pantalón y los calzoncillos.

Le vi irse completamente desnudo, tenía un cuerpo para el pecado. Se me cruzó el cable y le seguí mientras me deshacía de los pantalones en mitad del salón entrando en su cuarto solo con un tanga. Él venía hacia mí, y cuando me vio, me aprisionó contra la puerta sin mediar palabra. Subió mis brazos y me sujetó las dos manos con una suya, mientras la otra se aprovechaba de ello. Comenzó a besarme con renovada convicción y me clavó su erección con descaro.

—Iba a decirte que vinieras, que estaríamos más cómodos aquí. Y vas, y apareces... —dijo sin dejar de besarme. No le contesté, solo sonreí.

—A ti lo que te pasa es que no quieres que se manche el sofá —dije juguetona intentando escapar de él.

Pero en el último momento, no lo conseguí y tiró de mí para hacernos caer en la cama juntos. Logró cogerme las muñecas y posicionarse encima de mí. El roce de su miembro entre mis piernas nos tensó de deseo.

—Lo que no quiero es romperlo ya el primer día... —dijo con aire chulesco. Me abrió las piernas con las suyas y su polla tuvo contacto

directo con mi ropa interior—. Iba en serio lo que te he dicho antes en el ascensor.

—Sí... —gemí recordando sus palabras. La anticipación era insoportable, solo quería que abriera el paquetito que tenía en la mano, se lo colocara y se hundiera en mí. Tenía una necesidad urgente y primaria en mi zona pélvica—. Fóllame fuerte —supliqué ansiosa.

Sus ojos se oscurecieron y se incorporó para ponerse el condón con determinación. Y antes de dejarse caer sobre mí de nuevo, me quitó el tanga rápidamente. Coló una mano y comprobó si estaba lista. Su respuesta fue soltar un gruñido, estaba tan húmeda y caliente que parecía que me había puesto vaselina. Tanteó mi entrada con la punta de su polla, y se introdujo en mí con una facilidad pasmosa.

—Joder, pequeña... —gruñó al llegar hasta el fondo. Subí las rodillas un poco y eso le permitió llegar más hondo todavía. Nuestras miradas se encontraron y vi un deseo ardiente en sus ojos, mis músculos internos lo apretaron en respuesta al brillo que destilaban. Salió de mí y volvió a impulsarse lentamente en mi interior. La rigidez de su mandíbula me hizo comprender que le estaba costando controlarse.

Empezó a moverse sin prisa pero con fuerza, disfrutando de cada roce. El empuje de su cuerpo era impecable, en cada embestida sentía una maravillosa chispa que reverberaba en todo mi cuerpo. Necesitaba acelerar, y comencé a darle la réplica a sus movimientos.

—Más rápido... —dije con la voz entrecortada.

Sus ojos me devoraron cuando comencé a jadear debajo de él. Empezó a embestir con un ritmo castigador, nos besamos un instante como dos locos, llevándonos al borde del abismo.

De repente, Axel rodó sobre el colchón y yo quedé encima de él, apoyé las rodillas a los lados y me incorporé, al bajar sentí su miembro completamente empalado en mí. La sensación era abrumadora.

—Cabálgame con fuerza —dijo acariciando mis caderas e imprimiéndoles un movimiento ascendente. Obedecí y empecé a impulsarme sobre él insegura: Arriba y abajo, arriba y abajo, y pronto el gusto que sentí se volvió desquiciante. Él subió las manos a mis pechos y me los pellizcó. Yo perdí el norte, no podía parar ese ritmo frenético y de repente, lo sentí. Un placer desconocido apoderándose de todo, hasta del aire que respiraba. Me corrí intensamente echando la cabeza hacia atrás y

al terminar, me dejé caer sobre él, estaba agotada. Él me abrazó y comenzó a moverse lentamente. Seguía llenándome y me gustaba. Me abandoné a su ritmo mientras descansaba totalmente expuesta a él hasta que noté, como por arte de magia, que volvía a estar en el punto en el que con poco más, me volvería a correr. Comencé a moverme con él y a besarle el hombro, y de repente, se incorporó llevándome con él sujetando mi peso con la mano en mi espalda. Se quedó sentado y yo encajada con él con las piernas a los lados sin dejar de besarnos como dos adolescentes. En un momento dado, juntamos las frentes y respiramos el uno en la boca del otro sin dejar de movernos. Sentí una conexión brutal, los sonidos que emitíamos eran música para mis oídos. Un hormigueo ya conocido se abrió paso, y sorprendiéndome a mí misma me sobrevino otro orgasmo.

Axel se tensó y dio varias sacudidas con un sonido sordo.

—Joder, Naia... —dijo resoplando en mi oído cuando nos invadió la calma— No te muevas todavía, por favor.

No dije nada, porque no había nada que decir todavía, pero entender que quería alargar ese momento un poco más, me llegó al corazón.

Un minuto después, se despegó de mí a regañadientes sujetando el preservativo y me dejé caer a la cama. Me había convertido en *Blandiblue*. Permanecí con los ojos cerrados y noté cómo se levantaba de la cama. Apagó todas las luces que encontró encendidas y el piso se quedó a oscuras, cuando volvió a tumbarse a mi lado, le sonreí con los ojos cerrados.

—Tengo que irme —dije sin convicción, porque para empezar no podía ni moverme.

—Ni lo sueñes.

—No puedo quedarme —murmuré.

—Sí puedes, todavía no he terminado contigo —dijo rozándome el cuello con los labios mientras se acomodaba en mi espalda hasta quedarse encajado y quieto—. Ahora, descansa.

No repliqué más. ¿Para qué? Me quedé dormida casi en el instante que su voz lo ordenó.

Sobre esa misma hora, Leo entraba en el Sputnik tras dejar más o menos recogido el evento acontecido en el hotel. Sin buscar mucho, encontró a César, a Erick y a Jorge en la barra.

—¿Qué hacéis todos aquí? —preguntó confuso—. ¿Tú no tendrías que estar fuera? —dijo mirando a Jorge.

—El sospechoso acaba de irse acompañado de buena gana por una señorita muy dispuesta.

—¿Estáis seguros? ¿Era modelo?

—No —respondió César—. Erick ha preguntado quién era la chica y por lo visto llevan juntos dos semanas.

—¿Eso lo descarta como sospechoso?

—No, ni mucho menos —dijo Jorge—. Pero hoy no vamos a cogerle, esperaremos al martes, al menos sabemos que hoy no va a atacar a nadie.

—¿Y los demás?

—Nos centramos en Guillermo, Iván y Víctor. Víctor hoy no sale, e Iván no ha aparecido. Nos han dicho que le habían invitado a otra fiesta.

—¿Entonces, estamos oficialmente fuera de servicio? —preguntó Leo.

—Eso parece.

—Genial, porque me merezco un copazo —dijo acercándose a la barra—. Ponme un gin-tonic de London por favor, ¿queréis algo? —preguntó mirando al grupo en general.

Se dio cuenta de que todos tenían una copa en la mano, excepto el poli, que tenía una duda en los ojos. Le tocaba elegir, o irse a casa dando por finalizada su labor, o quedarse a tomar algo considerándolos amigos.

—Quédate —le animó palmeándole el hombro—, ¿qué tomas?

—Whisky Cola.

Leo se fijó objetivamente en Jorge por primera vez. Tenía pinta de ser un tío que triunfaba con las chicas. Cuerpo trabajado, cara de niño bueno y señales de neón que indicaban peligro inminente. Vaya, lo que suele llamarse un auténtico mojabragas. Sería un buen imán para las tías, y Leo

esa noche necesitaba atraer más miradas que las de costumbre. Quería hacer algo diferente y cuanto más sonado mejor. Porque la noche anterior con Zoe había supuesto un desequilibrio demasiado aterrador para siquiera analizarlo. Necesitaba volver a la normalidad con un golpe seco, y por supuesto, que su polla se olvidara de sumergirse en cierta chica haciéndolo en otras.

—Voy dentro a ver si necesitan algo —se despidió Erick.

—¿Qué tal ha ido en el hotel? —preguntó César.

—Bien. Sin fallos —respondió distraído.

—Uy, esa mirada... ¿Qué buscas?

—¿Tu qué crees? Necesito sacudirme algo de encima. Podemos hacer triplete esta noche ¿Os apuntáis? —propuso Leo desafiante. César se ríe.

—¿Qué es eso de triplete? —preguntó Jorge.

—¿De verdad vas a ir de inocente conmigo? —resopló Leo—. Porque sé reconocer a quién ha nacido en el infierno y ha probado de todo...

Jorge sonrió perversamente.

—Soy poli, me sale natural fingir ser un santo.

—Pues no cuela, y aquí nuestro amigo —dijo rodeando a César con el brazo—, tampoco es ningún santo...

Jorge y César compartieron una mirada que prefirió no analizar. César estaba serio, puede que se estuviera planteando por fin compartir una chica con alguien más que no fuera él. Él había tenido sexo en grupo muchas veces con otras personas, pero sabía que César tenía un problema de intimidad inusual. Nunca le había visto perder la cabeza por una chica, las disfrutaba a cierta distancia emocional, sin embargo, durante el sexo, podía apreciar mediante gestos la confianza que le tenía a él. Para César, lo importante no es qué compartía, sino con quién y en base a eso, sabía que estaría incómodo compartiendo a una chica con un extraño. Pensó que esa era una buena oportunidad, porque se notaba que de algún modo, entre el poli y él había una buena conexión.

—¿Soléis hacer esto? —preguntó Jorge tranquilo mientras daba un trago.

—A veces —respondió Leo—. Buscamos un perfil de chicas determinado, suelen ser amigas, pero no siempre cuadra bien... en cualquier caso, después de un poco de troteo y algún indicio de algo, les ofrecemos seguir la fiesta en mi piso para jugar al Strep-Poker, a veces ni

eso hace falta. Cuando dejas caer que es un Loft a doble altura en el barrio Salamanca, no suelen poner objeciones.

—La gente es una inconsciente —opinó Jorge.

—Ni que lo digas. Además, César suele soltar en algún momento que fui Míster España y eso les da seguridad. Cómo si yo llevara una vida pública y estuviera controlado, o algo parecido.

—Madre mía.

—También menciono que tiene una gran ducha de tres por dos metros dónde cabemos todos —terció César—, saben a lo que van... No me gusta perder el tiempo.

—Sí, no vaya a ser que te enamores —se burló Leo—. Señores, busquemos candidatas.

Dieron una vuelta por el local valorando posibilidades. Encontraron a un par de chicas que se adaptaban perfectamente a lo que necesitaban y parecían encantadas con la idea.

A los diez minutos, ya le había robado un par de besos a una, pero dando a entender a la otra que también le interesaba. César parecía menos accesible, pero calculaba la dosis adecuada de sonrisas y tocamientos para que estuvieran contentas y el resto del tiempo hablaba con Jorge. Era insólito verle hablar tanto con alguien que no fuera uno de ellos. Leo se fijó en que Jorge no estaba prestando mucha atención a la chicas, sin embargo, tenía algo entre manos, un juego de miradas que no podía descifrar por tener que estar pendiente de su propia estrategia. Tras veinte minutos, le lanzó un ultimátum.

—En breve nos iremos, ¿Busco yo la tercera en discordia, o tienes a alguien en el punto de mira?...

—Aún no sé si es buena idea unirme a vuestro plan —dijo Jorge vacilante—. La investigación aún no ha terminado, no sería ético.

—No tienes pinta de ser muy ético.

Jorge se ríe. Empezaba a pensar que podían caerse bien.

—¡Venga, ánimo! Lo que pasa fuera de la jornada laboral, se queda fuera poli —le insistió.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Puedo llevar a quién yo quiera?

—Claro... —respondió extrañado.

—Vale, ahora vuelvo.

Leo se quedó paralizado cuando vio a Jorge cruzar el espacio directo a un grupo de chicos que estaban en la barra.

—Madre de Dios... —murmuró.

—¿A dónde ha ido? —preguntó César.

—A por su acompañante para venir a mi casa.

Se fijó en que Jorge había cogido aparte a uno de ellos y le estaba hablando al oído. Trago saliva.

—Hostias...

—¿Qué pasa? —preguntó César al no ver a Jorge.

Leo no le contestó, en lugar de eso, fue a decirle a las chicas que estaban bailando entre ellas que se prepararan para irse. Tuvo un pálpito y prefirió no estar presente cuando su amigo descubriera que la presa del poli era un hombre.

Cuando César vio a Jorge avanzar hacia ellos y fue consciente de lo que significaba, se quedó sin palabras. Su cara tenía una expresión indescifrable.

—Estoy listo, ¿vamos? —les preguntó Jorge.

—Sí, andando —respondió Leo cogiendo a una de las chicas de la mano.

César miró a Jorge y parecieron tener una conversación silenciosa, pero ambos acabaron apartando la mirada con fingida indiferencia. Salieron del bar en grupos de dos. El acompañante de Jorge era un chico alto y moreno, con unos ojos verdes que quitaban la respiración, no tendría más de veinticinco años.

Se repartieron en dos coches. Leo arrancó y Jorge le siguió. Antes de subirse, había tenido un pequeño cruce de palabras con César por encima del capó cuando las chicas ya estaban dentro del vehículo.

—¿Estás bien? —preguntó Leo.

—Joder, tío... Cómo le dices que venga con nosotros a tu casa, ¿te has vuelto loco?

—¿Por qué? Pensaba que erais amigos.

—Sí, ¡tan amigos que no sabía que era gay!

—Puede que no sea gay, puede que le guste todo, ¿no me dijiste que se había liado con una camarera?

—Sí, lo hizo, ¡pero a la vista está que le gustan también los tíos! ¿Y

ahora qué hacemos? —preguntó alterado.

—Lo de siempre. ¿Por qué te pones así?

—Yo no creo que pueda verlo...

—¿Por qué? Yo lo he visto cien veces, es sexo, piensa que va a encolar a una preciosa jovencita de ojos verdes —se mofó.

César puso mala cara.

—No prometo nada... esto no me gusta—dijo César serio subiendo al coche.

—¡No te cabrees tío! Va a ser la bomba —rió Leo, pero César ya no podía oírle.

Sin embargo, tras analizarlo bien, ya no le hacía tanta gracia. Sabía que César era especial, pero nunca había tenido aprensión a los homosexuales, y con Jorge parecía llevarse bien. La otra opción... no. Imposible.

Leo y César se quedaron con sus parejas delante de la puerta del garaje esperando a que llegara Jorge con su nuevo amigo. Leo había visto a César enrollándose con su chica en la parte de atrás en modo cabreo On. Vislumbró una rabia contenida que solo nace de la frustración con uno mismo. Lo reconoció a la perfección porque era justo cómo se sentía él. Le dio conversación a su acompañante durante el trayecto en coche y mientras hacían tiempo en el portal, comenzó a besarla para dejar de pensar con la cabeza y empezar a pensar con la polla.

Poco después, apareció Jorge con el chico en cuestión, presentándolo como Jaime, ellos parecían en contrapunto bastante relajados. Vio que Jorge buscaba la mirada de César y cómo este la esquivaba. En ese instante tuvo la sensación de que aquello iba a acabar mal.

Entraron a la casa y el poli soltó un largo silbido.

—Vaya choza tienes...

—Sí, muy bonita —completó su acompañante.

—Gracias, poneos cómodos —respondió Leo yendo hacia el minibar y sacando seis copas de balón.

Hacía cinco años que había comprado ese espectacular loft en pleno barrio de Salamanca, y cada vez que entraba por la puerta se enamoraba más de él. Techos de siete metros de altura, amplio salón con patio lateral abierto y cocina con isla. Lo completaban dos habitaciones y dos baños. Era de segunda mano, pero lo remodeló entero, incluido el minibar que ya

era un clásico cuando alguien iba a su casa. Abrió un congelador pequeño y sacó una cubitera. En todo el piso solo se oía el tintineo del hielo contra el cristal.

—¿Qué queréis? Hay de todo... —preguntó Leo.

Las chicas pidieron un Larios rosa y preparó a mayores un whisky, un ron y otro par de gintonics London. En ocasiones, su pareja de esa noche le ayudaba y en otras, las manos de ella subían y bajaban juguetonas por su cuerpo. De vez en cuando se pegaban algún correo premonitorio.

César se acercó a la cocina a por un posavasos. Si había algo que le ponía de los nervios era que la mayoría de la gente hiciera como si no existieran, y no necesitaba nada más para seguir amontonando mala hostia esa noche. No entendía por qué, pero no le gustaba que Jorge estuviera allí, y menos con un tío. ¡Menuda sorpresa se había llevado! No recordaba haberse sorprendido así nunca, ni siquiera cuando Axel les dijo que quería divorciarse. Eso se lo olía hacía meses, por la cara de amargado que tenía, aunque sí le sorprendió que tuviera el valor de hacerlo finalmente. Vio que su compañera asignada le había seguido y se le ponía a tiro sin mucha sutileza. Él no dudó en atacarla por detrás y besarle el cuello mientras le acariciaba las piernas de forma ascendente subiéndole un poco el vestido. Se lo había pedido sin palabras y él había obedecido. De refilón, vio que Jorge se fijaba en ellos, pero le ignoró.

—Aquí están las copas —dijo Leo.

Todos se acercaron a coger la suya. Jorge cogió también la de su acompañante y al dársela, vio como el tío le tocaba el culo discretamente.

—Vamos al baño —anunciaron las chicas entre risitas y desaparecieron por una puerta siguiendo las indicaciones de Leo.

Los chicos se quedaron en los sofás dispuestos en cruz en el espacio abierto, y César comprobó que en el centro de la mesa baja estaba la consabida cestita de madera que custodiaba un mar de paquetitos cuadrados destinados al control de la natalidad y a evitar enfermedades venéreas.

—¿A qué os dedicáis? —preguntó Jaime cuando se acomodaron.

—Tenemos una funeraria, somos socios —dijo Jorge tranquilamente—. Por eso nos gusta disfrutar la vida a tope en nuestro tiempo libre.

A Leo le entró la risa floja. Parecía que Jorge y Leo encajaban bien en

ciertos temas, como por ejemplo, en el humor, y eso era algo con lo que él no podía competir. No entendía por qué a su amigo la situación no le parecía surrealista. ¿Cómo habían acabado montando ese circo?

Las chicas volvieron del baño y sin columpiarse mucho, podría apostar a que se habían metido unos tiritos. Venían en ropa interior, los conjuntos eran muy bonitos y suponía que su finalidad era lucirlos en situaciones así. Cada una subió a horcajadas de su respectiva pareja de la noche y comenzaron a ponerse de lo más cariñosas. Leo correspondió a la suya con mucho más énfasis que él, parecía desesperado por curarse de su reciente enfermedad llamada “sentir algo por Zoe”. Quería quitar un clavo con otro clavo, pero él sabía que sería como intentar quitar una viga de acero con un simple clavo, un fracaso absoluto.

Su acompañante empezó a desabrocharle la camisa besando allí donde los botones desaparecían mostrando piel. Él aprovechó para desviar la vista hacia Jorge y lo que vio le dejó pasmado. Si le había impresionado ver al poli con la camarera, cuando lo vio con un hombre su mundo dejó de girar. Estaba reclinado hacia atrás en el sofá con un brazo extendido por encima del respaldo y el otro sujetando la copa. Jaime estaba a su lado cogiéndole la cara que tenía girada hacia él mientras se besaban, la otra mano la tenía enterrada en un hueco de la camisa desabrochada de Jorge y viajaba hacia abajo sobrepasando la frontera de la cinturilla. Jaime siguió besándole y después de haber tocado todo lo que quería, empezó a desabrocharle el pantalón. Jorge recostó la cabeza hacia atrás en el sofá y se dejó hacer, parecía el puto amo.

César miró a Leo desconcertado, y vio que estaba concentrado en el pecho de su chica que ya estaba sin sujetador. Cuando sus ojos volvieron a Jorge descubrió que le estaba clavando la mirada. Su actitud era desafiante y seductora, soltó un gemido cuando su polla fue engullida por Jaime, pero no dejó de mantener el contacto visual con él. César estaba conmocionado y excitado como nunca. Su pareja de la noche le había quitado la camisa sin darse apenas cuenta, y ahora estaba de rodillas en el suelo en proceso de bajarle los pantalones. Vio como una mano de Jorge viajaba a la cabeza de Jaime y le guiaba en el ritmo. El cuerpo del chico ocultaba cualquier cosa que pudiera querer ver, pero no podía dejar de mirarle. Notó que su chica le ponía un preservativo y comenzaba a chupársela. La sensación fue de vértigo, estaba muy duro. Cerró los ojos y

se concentró en los sonidos de jadeos y gemidos que flotaban en el ambiente. Poco después, notó movimiento y acertó a ver cómo Leo cogía un preservativo de la cesta. Su chica estaba de rodillas en el sofá apoyando los antebrazos en el respaldo y con el culo en pompa, todo se estaba descontrolado a pasos agigantados. Había noches de sexo rápido, urgente, y otras en las que todo era lento y apacible. Estaba claro que esa no era una de esas noches. Cada uno tenía sus razones y ninguna era desdeñable. Leo comenzó el proceso y la chica se puso a gemir fuerte mientras se agarraba al sofá. Le imprimió desde el principio un ritmo rápido, como si estuviera enfadado con alguien. En ese momento, el móvil de Leo empezó a sonar, sabía que era el suyo porque sonaba su inconfundible canción favorita de Coldplay, *Swallowed in the sea*.

—¡Me cago en Dios...! —exclamó Leo sin dejar de moverse—. ¡Puto móvil!

Supongo que nadie más que él fue capaz de asociar que al decir eso, Leo estaba recreando un corte de rollo de hace diez años con su objeto de deseo guión chica a la que olvidar esa noche. La acompañante de César se apartó la ropa interior hacia un lado y ella misma introdujo su polla en su cavidad.

—¡Ah! —exclamó ella—. Joder, estás bien dotado...

Jorge levantó la vista y sus ojos volvieron a encontrarse. Giró la cabeza hacia un lado como haciendo una pregunta y César contestó cerrando los ojos y jadeando ligeramente mientras sus manos apretaban el culo de la chica. Intentó concentrarse en lo que estaba haciendo, porque la verdad, era vergonzoso estar teniendo relaciones sin apenas ser consciente. Parecía que le interesaba más lo que estaba haciendo el vecino, tenía que relajarse un poco. Solo estaban follando, como bien había dicho Leo, pero su cabeza no podía olvidar el otro lado del sofá. Esos pensamientos le asustaron, pero se convenció de que era sana curiosidad y excitación por lo desconocido. La chica se estaba esforzando, eso había que concedérselo, botaba rápido encima de sus piernas, pero él lo que quería era volver a mirar hacia donde estaba Jorge. Había oído un cambio de postura, gruñidos, jadeos, gemidos que salían de la boca de ellos dos. No quiso evitarlo más y miró. “Mala idea”. Jaime estaba boca abajo aplastado contra el sofá con el culo hacia arriba y Jorge le cogía por los hombros mientras se clavaba en él con fuerza. Se había quitado la

camisa y tenían el pantalón y los calzoncillos colgando de la pierna que tenía apoyada en el suelo, mientras en el sofá apoyaba una rodilla. El cabrón tenía la pierna bien definida, y se le marcaban los oblicuos en cada movimiento poderoso e implacable de su pelvis. Tenía una vista perfecta de su tatuaje desde ese ángulo, pero lo que más le impresionó fue la cara que ponía Jaime al recibirle, parecía sentir un placer fuera de lo normal. Al oír sus gemidos, no pudo evitar correrse como nunca lo había hecho. Un glorioso orgasmo le atravesó la columna hasta llegar al glande escapándose un grito de su boca.

Jorge pareció oírle y se corrió momentos después haciendo fuerza donde tenía a Jaime agarrado del hombro. Leo seguía a lo suyo, sin duda concentrado en cosas en las que no tenía que estarlo.

Sus ojos volvieron a Jorge, que estaba recostado en el sofá. Se había subido los calzoncillos, pero seguía respirando entrecortadamente, se miraron durante largo rato, ninguno de los dos parecía saber qué decir.

—¿Quieres terminarlo? —dijo Jorge haciendo un gesto de cabeza hacia Jaime que seguía en la misma posición.

Su polla palpitó y el mundo se le vino encima. Se levantó rápidamente y huyó al baño colocándose la ropa por el camino. La chica que dejó abandonada en el sofá se unió a Leo y empezó a acariciarle.

Nada más entrar en el aseo se miró al espejo. Sus ojos parecían casi negros, apenas había gris en ellos, tenía que salir de allí lo antes posible. Se arregló a toda prisa y se mojó un poco la cara y el pelo. Salió del baño y se dirigió hacia la salida donde Jorge ya iba hacia él, pero César llegó antes a la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó Jorge sin detenerse.

—Tengo que irme, nos vemos.

—¡Espera...!

—No puedo —dijo cerrando la puerta de golpe.

Salió a la calle sin volver la vista atrás, odiaba la turbación que sentía. Su mundo acababa de salirse de su propia órbita y sabía que nunca más volvería a ser igual, todo estaba cambiando. Y en el centro de todo, un dragón azul y negro con cuernos llamándole cobarde.

INTERESTELAR

Jorge siempre había presumido de ser de los que solo se arrepienten de lo que no hacen, pero eso acababa de cambiar. La última hora había sido un error más grande que Australia. Lo tuvo claro cuando abandonó la casa de Leo y el aire frío de la madrugada le golpeó en la nuca como si le arreara una colleja.

Error de novato: quedarse a tomar una copa con ellos, pero no había podido resistirse... Después de tantos años sin tener esa opción, por fin se la ofrecían en bandeja. No tenía amigos con los que ir a tomarse un trago los viernes por la noche. Siempre había estado solo. Cuando conoció a Naia fue como un rayo de sol que se cuele en un día lluvioso y triste. Conectó con ella a todos los niveles y la clasificó como la hermana y amiga que nunca había tenido. Conocerla había cambiado su vida. Una vida que hasta ahora no había sido un cuento de hadas, sino más bien un viaje interestelar.

Nació en un pueblo de las Siete Villas de la comarca de Logroño. Su padre era pastor, de los de toda la vida, y su madre, aunque no era veterinaria, tenía fama de tener una mano especial con los animales y acudía allí donde se la necesitaba. La mejor época de sus vidas debió ser cuando nació su hermano Manu, porque años después, cuando él apareció por sorpresa siendo además otro niño para desgracia de su madre, las cosas cambiaron bastante. Siempre había tenido la sensación de que

sobraba, de que molestaba, incluso a su familia. El único que sentía que le quería de verdad era su hermano. En el pueblo solo había ocho niños en el colegio, pero sin ninguna duda y por nada en concreto, él había sido bautizado como el apestado. Su hermano era su único amigo, y las aventuras que vivían juntos, son los únicos recuerdos felices de su solitaria infancia. Solo ahora, echando la vista atrás, podía admitir que Manu siempre había sido un imprudente. Desde pequeño se le ocurrían las ideas más disparatadas, y él las aceptaba todas de buena gana sin llegar a ver el peligro real. Lo raro era que hubiera sobrevivido hasta los catorce años de edad.

Una tarde de invierno, Manu quiso coger la piragua de su padre y hacer un tramo del descenso en el que solían participar todos los años en una carrera por el río que se celebraba a primeros de Mayo. El agua estaba muy fría y Jorge, a pesar de sus once años, tuvo dudas. “Tranquilo, no nos mojaremos”, le aseguró su hermano. La mala suerte quiso que hubiera un árbol cruzado en mitad del recorrido, y la canoa se quedara encajada algo más arriba de la bifurcación de las primeras ramas. Sabían que su padre les mataría si descubría que habían cogido la piragua nueva sin su permiso. El río no tenía demasiada fuerza en aquella época, pero algo de corriente había. Sin embargo, el problema principal era la temperatura del agua. La embarcación se había quedado atascada en unas ramas débiles, y aunque parecía ligera, pesaba bastante y no podían tirar de ella. El plan de su hermano era colocarle un gancho en el extremo posterior y tirar de ella con el quad que tenían. Al pisar el árbol para salir, notaron que cedía un poco, así que apuraron el paso para ir a por el material que necesitaban. Al volver, la canoa estaba a punto de ser arrastrada por el río. Las ramas apenas la sujetaban ya. Manu enganchó la cuerda al quad y echó a correr hacia ella. Jorge le siguió, pero su hermano le dijo que se quedara en tierra, que el árbol no soportaría el peso de los dos. Él obedeció y Manu continuó. Cuando estaba a metro y medio, la piragua se soltó y comenzó a alejarse. Manu dudó un segundo, pero finalmente, soltó la cuerda que al tener una longitud concreta no llegaría tan lejos y agarró la piragua en el último momento antes de perderla. El agua le llegaba algo más arriba de la cintura y soltó un grito al notarla tan fría. Con una mano sujetaba la embarcación y con la otra, se sujetaba a las ramas del árbol. Jorge vio en sus ojos que no aguantaría en esa coyuntura más de un minuto. La piragua

volcó por la forma en que la sujetaba y empezó a llenarse rápidamente de agua, Manu no podría sujetarla mucho más. Jorge saltó al árbol, que se desestabilizó aún más con su peso, y cogió la cuerda para intentar lanzársela a su hermano, pero Manu al ver la situación, le gritó que no se acercara y volviera a tierra firme. Jorge notó que el árbol se estaba partiendo por la fuerza que ejercía la canoa llenándose de agua, y se quedó paralizado sin saber qué hacer.

—¡Vuelve a la orilla, Jorge! ¡Vamos! ¡Vuelve! —le ordenó.

Él se asustó y corrió hacia el sendero. Cuando llegó, se giró y encontró los ojos asustados de Manu. Le gritó que soltara la canoa y que nadara y su hermano asintió. Un segundo después, el árbol se partió y la corriente lo arrastró todo. Jorge gritó su nombre y pensó que su hermano se soltaría y nadaría hasta un sendero que había algo más abajo. Condujo el quad hasta el lugar y cuando llegó estaba desierto. Por lógica tendría que estar ya allí... En ningún momento pensó que ese era el final. Estaba seguro de que su hermano aparecería en algún lugar sano y salvo, que habría podido nadar hasta una orilla, a pesar del frío, a pesar del agua, a pesar del peso de su chaqueta mojada... Lo conseguiría, como siempre hacía.

Una hora después, entre equipos de vigilancia y emergencias encontraron el cuerpo sin vida de su hermano atrapado en el trozo de árbol. Las ramas se habían clavado en su anorak y según los médicos su estado de hipotermia no le permitió desabrocharse la chaqueta y quitársela para escapar.

El servicio de salvamento le interrogó, y recibió más cariño por parte de los asistentes que de sus conmocionados padres. Tenía la sensación de que le culpaban, insistiendo en si no podía haber hecho algo más para ayudarlo. Uno de los policías le increpó a su madre que si no le hubiera hecho caso a su hermano, los dos estarían muertos, y la cara de indiferencia que puso ella le dejó claras muchas cosas en ese instante de su vida. Esa fue la primera vez que pensó en ser policía, para tener la oportunidad de interceder por un chaval como él en una situación como aquella el día de mañana. Nadie más en el pueblo se dignó a consolarlo. Como es lógico, su familia no volvió a ser la misma, y Jorge se encerró en un silencio categórico sumiéndolo en el aislamiento más absoluto a pesar de estar rodeado de gente. Cuando cumplió los dieciocho, se mudó a Logroño con algo de dinero que había ahorrado de hacer trabajillos en

pueblos cercanos. Ayudar a arreglar un tejado, limpiar granjas, pastorear a las ovejas... Como no tenía amigos, todo el tiempo libre se dedicaba a trabajar y pudo reunir una cantidad aceptable. El sexo opuesto se empezó a fijar en él cuando cumplió los dieciséis y su cuerpo estaba algo más musculado que el de los demás chicos de su edad por los trabajos de esfuerzo físico que desempeñaba. Aunque nunca le obsesionaron las chicas, le era fácil investigar sobre el sexo cada vez que había alguna fiesta en los alrededores. Una vez llegó a Logroño, consultó las candidaturas al cuerpo de policía y consiguió una plaza estudiando en la biblioteca diariamente y entrenado en un gimnasio. Tenía miedo a la entrevista final. Por aquella época, tenía tan interiorizada la culpabilidad de la muerte de su hermano que se sentía poco menos que un asesino. Pero al final, fue la entrevista más corta de la historia. A todo el mundo le pareció extraño que no estuviera dentro más de cinco minutos. Lo primero que le preguntaron fue “¿Por qué quiere ser policía?” y lo que respondió fue suficiente para que le aceptasen al momento.

Tras nueve meses en Ávila, en la academia de entrenamiento, le destinaron a Madrid. Allí aprendió todo lo que pudo, y aunque solo tenía la E.G.B, aplicándose mucho y tras varios años, logró llegar a ser Inspector por promoción interna. Tenía fama de huraño, y aunque algunos confiaron en él cuando demostró que se le daba bien el trabajo, a la mayoría le corroía la envidia de que alguien así estuviera consiguiendo aquello. Después de todo, nunca sería el alma de la fiesta, no estaba acostumbrado al trato con la gente. Eso fue indiscutible cuando después de las quejas de su segundo compañero, sus superiores acordaron que trabajaría mejor solo. Era un eslabón perdido. Uno que aparece de vez en cuando y que en el fondo tiene un valor incalculable. Su perfil le hacía perfecto para los casos más delicados. Prácticamente le presionaron para que se hiciera un tatuaje o un *piercing* para alejar sospechas cada vez que iba a investigar a un prostíbulo, o a un barrio de dudoso ambiente. El psicólogo del cuerpo le aseguró que el lugar del *piercing* era perfecto porque justificaba la dureza en su mirada. Sin él, podría infundir desconfianza o miedo, pero con él, se explicaba que sus ojos eran los de alguien al que le gusta llevar un *piercing* en la ceja, como si fuera una pose. Un *piercing* es una declaración de intenciones; muchas culturas los usan para expresar una forma de vida, pero era la primera vez que se

usaría para lo contrario. No llevaba uno para ser de una manera, sino para ocultar que era de otra.

La lista de las chicas con las que se acostaba se iba alargando, y a pesar de ello, las mujeres no le llenaban el extraño vacío que sentía. Una noche en un bar, un chico se le acercó y comenzaron a hablar, y no es que el chico le recordara a su hermano, sino que le recordaba a lo que él fue una vez: una persona capaz de mantener una conversación divertida y de auténtico interés con alguien de su mismo sexo. La complicidad surgida le cogió por sorpresa, y cuando salieron del bar para irse a casa, un beso le dejó completamente descolocado. Lo continuó porque sintió un extraño calor en su pecho y no le había importado. Ese chico le caía bien, y necesitaba llegar al fondo del asunto. Saber si su paranoia mental por volver a recuperar una parte diminuta del afecto que le profesó su hermano muerto le estaba llevando a confundir las cosas. El chico en cuestión le ofreció ir a su casa y él aceptó. Esa noche descubrió que el sexo no solo era una acción y efecto de meter, sacar y correrse pensando en vete a saber qué, sino que adquiría otra dimensión si lo compartías con alguien que de verdad te atraía como persona. Después hubo otros, y sin duda descubrió que se sentía muchísimo más cómodo. Disfrutaba mucho más con los hombres que con las mujeres. Con ellas, nunca había sentido una conexión a nivel mental con ninguna, tendía a esconderse de ellas, a no fiarse. Su madre no había sido de gran ayuda en ese sentido. Las miradas de las chicas siempre le habían transmitido interés carnal, nunca cariño ni amistad verdadera. Hasta que conoció a Naia. Él entraba al bar a matar el rato al final de su jornada, y ella no le prestaba especial atención. Muy al contrario de otras camareras insinuantes que había conocido en el pasado, y se había llevado a la cama simplemente por no dormir solo una noche más. Comenzaron a verse cada día, y ella le regalaba sonrisas que le transmitían estar en esa misma longitud de onda entendida como la soledad más hilarante. No veía nada extraño en su mirada, podía haber visto coqueteo o miedo cuando él se quedaba hasta última hora en el bar a solas con ella, pero solo veía un sentimiento de agradecimiento por haberse convertido en una constante en su vida. Y reconocía esa sensación.

Una tarde especialmente lluviosa comenzó su amistad. El bar estuvo abarrotado entre las ocho y las diez de la noche. Ella estaba sola

atendiendo la barra y la veía ir a toda velocidad de un lado para otro. Terminó sudando y se hizo una coleta de mala manera cuando empezó a limpiar después de vaciarse el bar. La tenía tan arriba que parecía que tuviera una palmera encima de la cabeza. Se quedó mirándola con una sonrisa comprensiva y ella se apoyó en la escoba agotada. Fue la primera vez en su vida que tuvo necesidad de decir algo a alguien por el puro placer de hacerlo.

—Estás muy mona con esa coleta. Pareces un Teletubby.

Ella se echó a reír y le calentó el alma. En principio no entraron en detalles familiares, sino que con el paso del tiempo, fue surgiendo la confianza a raíz de conversaciones personales. Era la primera amistad verdadera que tenía en su vida. Se convirtieron en uno. Él le contaba muchos casos, a pesar de que la primera regla del Club de la lucha es que no se habla del Club de la lucha, pero era inevitable, su confianza en ella era total y más, después de su no reacción al confesarle sutilmente que era gay. Para él no podía ser más perfecta. Cuando comenzó a trabajar en CXL, lo celebró sabiendo lo que suponía para ella encontrar un trabajo de esa dinámica, y cuando le habló de lo bien que había encajado con la gente, de alguna forma supo que acabaría formando parte de ellos. Llevaba seis meses esperando el momento, y por suerte o por desgracia, el caso de las drogas de la violación surgió por obra divina. Estaba nervioso el día que pisó las oficinas por primera vez, ansioso por conocerles a todos, sobre todo a César por las coincidencias obvias. Y aunque inicialmente chocó con Leo, se dio cuenta de que eran más afines de lo que pensaba y podían llevarse bien, pero César había sido la mayor sorpresa.

La reacción a la broma que le hizo sobre Pulp Fiction, le hizo sentir una ternura que alertaba de un peligro acechante. Por lo poco que sabía de él, ya sabía que le gustaría, incluso antes de conocerle, pero no imaginaba que estrecharían lazos tan rápido, y es que, sabiendo de antemano lo especial que era César, la importancia de cada muestra de interés, cada mirada, cada sonrisa, se multiplicaban por cuatro. Todo tenía mucho más valor y era hora de frenarlo antes de que fuera tarde. Él quería ser feliz, no pasarlo mal, y sabía que adentrarse en ese camino con alguien tan singular, le haría sufrir mucho.

César era más complicado de lo que se había imaginado, sabía que se

había dado cuenta de que había una atracción entre ellos y quería cortarla, ser amigos, igual que con Leo. Sin duda, sería más seguro.

Cuando la propuesta del folleto a tres cayó sobre el tapete, tomó una decisión. Esa experiencia le acercaría a ellos como amigo, y le alejaría de César como pareja, porque a pesar de que el maquiavélico plan inicial cuando le conoció era que pensara que juntos estaban descubriendo que podían ser gays, cuando Jorge decidió que prefería ser su amigo, tuvo claro que tenía que cambiar de táctica. Era la oportunidad perfecta. Si algo frenaría en seco la creciente afinidad entre ellos sería infundir miedo a César al dejar entrever que él era alguien experimentado en ese ámbito. Un novato, de primeras, rechazaría esa etiqueta tan determinante antes de que surgiera la posibilidad en su cabeza. Esa idea que se instala en la mente cuando comprendes que eres diferente y solo queda la cuestión de saber cuándo lo asumirás. Quería provocar una reacción de rechazo en un hombre que supuestamente podía ser su amigo y en lugar de eso, había conseguido que se sintiera vapuleado provocando un sufrimiento que le indicaba que no había sido buena idea. Y eso solo podía significar una cosa: había llegado tarde. El daño estaba hecho. Con lo listo que era, esa idea llevaría años archivada en su mente, y con su acción de esa noche, no había más que tirado de la manta para que se quedara desnudo frente a sí mismo de una vez por todas. Le había salido el tiro por la culata. Había puesto un armario en su vida, e hiciera lo que hiciera, alguien iba a sufrir. Así era la puta vida.

De repente, su móvil comenzó a sonar. Miró la pantalla y vio que era Leo. Le extrañó porque se habían despedido hacía apenas cinco minutos. Cuando César se fue, Jorge esperó a que las chicas terminasen lo que tenían entre manos. Al volver al sofá, vio que Jaime le estaba esperando dispuesto a otro round, pero le rechazó alegando que no se encontraba muy bien y que le llamaría otro día. El chico fue al baño y se vistió con calma, mientras Jorge echó un vistazo al interesante patio exterior que tenía Leo en un lateral, entre la cocina y el salón. Eran gente de pasta, a la vista estaba que al tío le iban bien las cosas, y Axel casi siempre llevaba ropa que sabía perfectamente cuánto costaba, porque le gustaba a pesar de no poder permitírsela casi nunca.

La función de Leo terminó y se acercó a él sin camiseta.

—¿Dónde está César?

—Se ha ido.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Primero le miró a los ojos descubriendo que mentía, y después los deslizó hacia el tatuaje que se dejaba entrever detrás de su camisa abierta.

—Se le pasará... —dijo sin darle mucha importancia—. Tiene sus rarezas.

—Ya me he dado cuenta.

—Sé que te has dado cuenta —resolvió mirándole de nuevo mientras bebía a morro de una botella de agua. Había una advertencia en sus ojos.

Jorge no sabía qué pensar. Leo era amigo de César y resultó ser más que una cara bonita. Puede que fuera su mejor amigo, pero acababa de quitarle hierro al asunto para tranquilizarle, y eso era algo que agradecía, sin embargo, a la vez le lanzaba un aviso, lo cual le ponía un poco triste por la parte que le tocaba.

—Gracias por invitarme, un piso muy chulo, nos vemos —se despidió Jorge empezando a alejarse de él.

—¿Nos vemos el lunes en la oficina?

Jorge se sorprendió por ese cabo lanzado en medio de su tormenta mental. Era la primera vez que sentía que alguien quería confirmar que se volverían a ver, y le pareció impactante sentirse importante.

—Sí, claro —sonrió—. Hasta luego.

Por eso, tras dejar su casa hacía tan poco tiempo, le parecía muy extraño que le estuviera llamando.

—Dime —contestó escueto.

—¿Zoe ha llevado a mi hermana al hospital! ¡Estaba en el Sputnik! ¡Le ha pasado algo y cree que tiene que ver con el caso!

—Te espero en la puerta de tu garaje en un minuto.

Sin esperar respuesta, guardó el teléfono y corrió hacia su coche.

EL LADO BUENO DE LAS COSAS

Cuando llegaron al hospital aparcaron rápidamente y entraron como dos elefantes en una chatarrería. Zoe salió al encuentro de Leo y frenó contra sus brazos. Leo la agarró a su vez.

—¡Zoe! ¡¿Dónde está?! ¡¿Qué ha pasado?!

—¡Tranquilo! La están atendiendo, pero está bien, no le han hecho nada. Me llamó diciendo que no le contestabais ni Axel, ni tú. Estaba en la fiesta de L'Oréal, y unas amigas quisieron acabar la noche en el Sputnik. Gracias a que sabía la información de las drogas estuvo atenta, pero cuando empezó a encontrarse mal le dio indicaciones a una amiga que fue la que hizo las llamadas. Cuando llegué allí, me dijo que le había dicho que la llevara al baño, se encerraran y soltó nombres al azar por si ninguno contestaba, también le dijo que si todo fallaba llamara a la policía. Poco más pudo decirle, ni siquiera coordinaba ya para llegar al baño.

—¡Joder! ¡Me lo cargo! —dijo Leo fuera de sí— ¡Esto ha sido una puta mala idea desde el principio! —le gritó a Jorge.

El policía estaba estupefacto. Miró a Zoe y después a él, pero no dijo nada hasta un minuto después.

—¿Dónde está? ¿Por dónde se la han llevado?

—Por ahí —señaló Zoe—, nos dirán algo ahora.

—Voy a entrar, quedaos aquí.

Leo se sentó en una silla de la sala de espera y abriendo un poco las piernas apoyó los codos en sus rodillas juntando las manos y agachando la cabeza. Zoe le imitó.

—Gracias por traerla. Sé cuanto odias los hospitales.

Zoe perdió la mirada durante unos segundos recordando algo que no quería.

—De nada.

—Ya has hecho mucho, vete si quieres, no quiero que estés aquí pasándolo mal.

—Me quedo, quiero saber cómo está y si guarda relación.

—Claro que guarda relación. Lo tuyo fue una carambola macabra, pero ha sido el mismo tío, en el mismo sitio. Cuando lo pille, lo descuartizo.

Vio que Zoe guardaba silencio y quiso creer que se sintió incluida en las razones por las que descargaría su venganza contra el culpable.

—¿Tú cómo estás? —preguntó él— ¿Cómo te has encontrado hoy después de lo de ayer? —dijo preocupado.

—Rara, pero bien.

—Me alegro.

—¿En serio? —musitó no muy convencida.

—Claro.

—Pensaba que me odiabas.

—Yo no te odio —dijo con una sonrisa triste.

Zoe parecía sorprendida por la declaración, pero guardó silencio.

—Tú a mí si, ya lo sé... —dijo jocoso.

—No es que te odie, es que no te soporto —respondió ella con guasa.

—Ya, pero a veces te hago reír.

Zoe se rió y Leo hizo un gesto señalando lo obvio.

—Es que eres un payaso —se excusó ella con media sonrisa.

—No te sueles reír con mis tonterías, más bien de mis reacciones, y eso, es que te hago gracia de verdad.

Zoe se puso nerviosa. A él también le impactaba que estuvieran teniendo una conversación cordial. “¿Qué iba a ser lo siguiente? ¿Follar? Tranquilito campeón”.

—Gracias otra vez por haber ido a buscar a Jessica. Es una *destroyer*, pero sigue siendo mi hermana pequeña. Te debo una.

—No me debes nada. Tú me ayudaste la otra noche. Siento que... te vieras obligado a hacerlo —dijo ella sin mirarle—. Tenías mala cara esta mañana... debió ser traumático para ti.

—Precisamente ese es el problema... que no lo fue —respondió sincero—. Me sentía mal, como si me hubiera aprovechado de ti, igual que intentaba hacer el hijo de perra que te drogó.

Zoe se quedó petrificada. Cuando entendió a qué se refería, le miró y él no pudo hacer otra cosa que lanzarle una mirada arrepentida y culpable. Esta era la conversación que quería haber tenido realmente en su despacho. Ella había dado en el clavo a la primera, quería expiar sus pecados y después sacarse de la cabeza lo mucho que había disfrutado mientras ella en realidad estaba sufriendo.

Zoe levantó la mano a cámara lenta con intención de tocarle el hombro para absolverle. Él se quedó muy quieto, y le chocó sentir el efecto de esa mano tímida y amigable en su piel. En ese instante apareció Jorge y ambos le miraron expectantes.

—La he visto, está bien. Le están suministrando algo para que recupere la movilidad. La sustancia era un fármaco perteneciente a las benzodiazepinas de alta potencia que tiene las cinco propiedades

intrínsecas principales: ansiolítico, amnésico, hipnótico, anticonvulsivo y relajante muscular.

—Se le habría acabado el GHB —ironizó Zoe.

—Voy a llamar a Axel, quiero volver allí y ponerlos a todos del revés —escupió Leo furioso.

—No es buena idea, además Axel está con Naia —dijo Zoe.

—Joder, ¡son como conejos! —dijo Leo indignado.

—¡Ja! —salió Jorge en su defensa— Te recuerdo que hace una hora tú estabas haciendo lo mismo.

Los tres se quedaron como si les hubiera golpeado una bola de demolición. Jorge parecía querer arrancarse la lengua. Zoe abrió los ojos como platos y después levantó su mano de Leo como si la levantara de una sustancia viscosa. Leo maldijo mentalmente a Jorge, puesto que acababa de volatilizar el primer acercamiento con ella en diez años. Zoe se puso de pie y miró la hora, Leo ya sabía lo que iba a decir.

—Bueno, ahora que sé que está bien, yo me largo. Nos vemos —dijo mirando a Jorge y emprendiendo la marcha.

—¡Espera! Te llevo —la atajó este—. He dado órdenes de que todo lo que le hagan me lo envíen por email como prueba para el caso. Creo que aquí ya no hay mucho más que hacer. Podrá irse a casa dentro de un rato —le explicó a Leo.

—Muchas gracias a los dos —respondió este. Solo uno le devolvió la mirada.

—Nos vemos, tío —contestó Jorge con una mueca de disculpa.

Cuando se marcharon, se quedó mirando a Zoe. Llevaba una camiseta de tirantes azul eléctrico, unos vaqueros y unas deportivas. No iba tan arreglada como de costumbre, por eso le chocó pensar que aún así estaba increíble. La vio sonreír a Jorge de la manera en que le sonreía a todo el mundo menos a él. En su presencia siempre había tenido una actitud de chica despechada y amargada, a pesar de que quién le clavó la puñalada la noche en que se conocieron fue ella, pero al minuto podía ser perfectamente encantadora con otra persona. Le salía natural, tenía muy arraigado ese odio hacia él. Axel siempre le había dicho que ella era la persona que veía con los demás, y que cuando se dirigía a él no la reconocía. Después de acariciar su piel como lo había hecho, ya no le salía tener ese tipo de relación con ella. Era un problema.

Sin darse cuenta había estado hora y media dándole vueltas a la cabeza. Había mucho en lo que pensar esa semana. Quería hablar con Axel, no estaba seguro de que supiera dónde se estaba metiendo con Naia. Esa chica sería un coctel molotov para su amigo. Ella le encantaba, el problema era él. No estaba listo para eso. Seguramente acabaría destrozándola, y el resto, perdiéndola; y le gustaba tener una amiga para variar. Liándose con un hombre inestable que era como un gatito en medio de una autopista en lo que a terreno sentimental se refería, era una despedida anunciada.

Y después estaba César. También quería hablar con él, y ese era un tema mucho más delicado, porque aún no tenía claro lo que ocurría con él. Jorge era un buen tío, apenas le conocía y ya había notado una buena vibración, pero escondía algo, y no era la bomba que acababa de exponer tan descaradamente esa noche en su sofá. Había algo más, por eso no se fiaba, y menos si César huía despavorido de su piso sin razón aparente.

Jessica apareció por la puerta en silla de ruedas y Leo pegó un salto.

—¿Cómo estás?

—Bien... Mejor.

—Toda suya —le dijo el celador—. Levántate con cuidado.

Su hermana se apoyó en él y comenzó a andar despacio por sí sola.

—Menos mal q estás bien, sino mato a alguien —sentenció.

—Sí, pero seguro que cuando te he llamado estabas follando bien agusto, y Axel más de lo mismo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando llamas a alguien a estas horas un viernes por la noche y no te contesta, es por sexo, o algo directamente relacionado con él. A mí me lo vas a contar... —dijo apoyándose otra vez en él para andar hasta el coche.

—Pues menos mal que Zoe te ha contestado, si queremos pillar al culpable no habría sido bueno que entrara la poli en plan bestia al local.

—Sí. Es una santa por aguantaros, solo por eso pienso invitarla a mi piso en la Bridal Week de Nueva York dentro de dos semanas.

—¿Qué?! No, por favor, mi Nueva York no, ¡eso es sagrado!

—Uy, ¿tanto te gusta Zoe? ¡Qué bien lo disimulas hijo!

—Joder, tú también no... —maldijo Leo.

—¿También? ¿Qué otro ser inteligente lo ha intuido? Porque es un

jodido secreto a voces.

—Basta, por favor...

—Veo sufrimiento poscoital en tus ojos —dijo mirándole fijamente—
¿Os habéis acostado hace poco?

—¡No! joder, déjalo ya, no aguanto tus charlas de Rappel.

—Encima de que te lo hago gratis, ¡menudo desagradecido! La última persona a la que le predije su vida sexual, me regaló un pañuelo de Hermès.

Leo la ayudó a meterse en el coche.

—Pues cállate ya, o te amordazaré con él.

Cerró la puerta de su Audi Q5 con fuerza y se dirigió a la del conductor. Amaba a su hermana, pero es lo último que necesitaba para bautizar la semana como la más surrealista del año. Puso los ojos en blanco y se apoyó un instante en el coche. Él era de esas personas que intentaba ser feliz en todo momento, tenía muy presente que la vida era corta, y hacía una semana que no conseguía tener la paz mental que necesitaba para ello.

Pasé de la inconsciencia a la conciencia y supe dónde estaba aunque mis ojos todavía no se habían despegado. El olor de Axel estaba por todas partes y lo aspiré profundamente. No quería mover ni un músculo por miedo a que llegara la hora de tener que separarme de él.

Estaba de lado, con la cara apoyada en la almohada y notaba su respiración en mi espalda. No me estaba agarrando, pero sus piernas y las mías estaban entrelazadas y fue una sensación que nunca antes había experimentado al despertar.

Me giré lentamente para verle y asegurarme de que era real. Eso le despertó. ¡Aficionada! Abrió los ojos y unas minúsculas y adorables arruguitas se le formaron a ambos lados.

—Buenos días —dijo juntándose a mí y envolviéndome entre sus brazos.

—Buenos días —contesté vergonzosa. Primero, porque estábamos desnudos, segundo, porque no me había lavado los dientes y tercero, porque ya no era ayer, era hoy. En el Ayer yo había dejado de pensar y había hecho lo que me apetecía que era estar con él. Y por algún extraño motivo él también quería estar conmigo. Pero el Hoy me llenaba de inseguridad, no sabía cómo actuar, porque obviamente no éramos novios ni nada parecido.

Me besó y le respondí algo reticente. Un beso corto y sin lengua, como una caricia. Desvié la mirada y me escondí en su cuello.

Él rozó mi sien con los labios mientras sus manos viajaban hacia la parte baja de mi espalda para acariciarla.

—¿Qué te pasa? ¿En qué estás pensando?

—En que tengo que irme y no quiero —musité sincera. Noté una sonrisa en mi piel.

—Pues quédate. ¿Por qué no me acompañas luego a la Sala Royal? Tengo que supervisar un par de cosas para esta noche.

—No tengo ropa limpia aquí... y quiero ducharme...

—Dúchate aquí, ponte la misma ropa, no pasa nada.

—Odio ducharme y ponerme la misma ropa que llevaba antes, no

huele a limpio... Y la ropa interior...

—Te dejo unos boxer, solucionado. Y tú no olerías mal ni aunque lo intentases —dijo pegándose más a mí, aspirando un punto entre mi oreja y mi pelo. Me ardieron las piernas y los pezones reclamaron atención poniéndose duros. Me arqueé para rozarlos un poco con su pecho y él acercó también una zona de su cuerpo que necesitaba rozar contra algo. En ese momento, dejó de compensarme la vergüenza por las ganas de sentirle llenándome de nuevo.

Deslizó una mano hasta la unión entre mis piernas y comprobó superficialmente mi humedad.

—Joder, ¿estoy soñando?... —susurró fascinado.

Solté un gemido cuando deslizó fluídamente un dedo hasta el fondo con convicción y comenzó a hacer círculos. Me agarré a él clavándole un poco las uñas advirtiéndole que no parase y empezó a besarme dando lametazos largos e insistentes imitando a la perfección la acción que realizaban sus manos. A mí ya no me importaba nada, ni el día que era, ni mi cepillo de dientes, solo quería que no parara nunca de besarme así, como si estuviera hambriento de mí. Después de atacar mi boca, empezó con mi pecho, un mordisco, un tirón, succionaba poniendo todo su empeño, lo cual me llevó al límite en un par de minutos mientras hacía magia con sus dedos.

—Axel... —avisé jadeando.

Él paró y giró sobre sí mismo para coger con una mano algo del cajón de la mesilla. Rasgó el envoltorio del profiláctico con los dientes y se lo puso rápidamente. Me giró de lado dejándome de espaldas a él y se pegó a mí. Me abrió las piernas y levantó una ligeramente para, de un solo movimiento, invadirme hasta lo más hondo llegando a un lugar donde se produjo una pequeña explosión de placer.

—Naia... —jadeó al entrar tan fácilmente. Su mano recorrió mi estómago y subió hasta pellizcarme un pezón.

Comenzó a moverse lentamente y yo intenté asimilar lo increíble que era sentirle en esa nueva posición.

—No pares... —le rogué girando la cabeza.

—No podría aunque quisiera —contestó atrapando mis labios con avidez.

Al decirlo, su ritmo se volvió exigente mientras su mano no paraba de

apretar mis pechos. Yo me abandoné a su dominio. Era la primera vez que probaba esa postura y me estaba volviendo loca. Él bajó la mano hasta mi clítoris y exploté sin poder ni querer evitarlo. Él lo notó y no detuvo la intensidad en ningún momento saqueando todo el placer de mi cuerpo, pero cuando terminé, me relajé y me convertí en un muñeco. Al darse cuenta, bajó el ritmo.

—Ha sido impresionante —le hice saber.

—Quiero otro... —susurró avaricioso en mi oído.

Me parecía imposible hacer nada más en el estado en el que me encontraba, pero si él ejercía su arte puede que... A la mierda.

—Hazme lo que quieras.

—No me digas eso que se me va la olla... —dijo resoplando sin detener del todo sus movimientos.

De repente, noté que tomaba una decisión. Salió de mí y sentí un vacío chocante, un abandono frío cuando había prometido darme más. Se puso de rodillas en la cama y me colocó boca abajo. Tiró de mis caderas hacia arriba y me quedé de rodillas. Mi cara seguía apoyada en el colchón, aún no había recuperado las fuerzas. Se pegó a mí y sentí su polla rozando mi trasero. Me acarició la espalda y apoyó una mano en mi cadera atrayéndome hacia él. Guió su cabeza roma hasta la entrada de mi sexo y jugó deslizándola por mi abertura una y otra vez aprovechando mi humedad. Comencé a impacientarme, la incertidumbre me volvía loca. Mi deseo resurgió con fuerza y necesité que se hundiera en mí. Me abrió más las piernas con una de sus rodillas y me dejó totalmente expuesta y deseosa.

—Eres gloriosa... —oí que decía acariciándome el trasero.

—Te necesito ya... —musité.

Jadeó y pegó totalmente su pecho a mi espalda para levantarme del colchón. Yo apoyé las manos a la par de mis rodillas. Sus manos apretaron mis pechos y tuvo un efecto instantáneo en mi entrepierna. Estaba desesperada. Cambié el ángulo de mi cadera esperando que esa vez por fin se deslizara en mi interior, y sin más preámbulos su miembro me invadió con descaro. Los dos gemimos alto, era demasiado bueno. Comenzó a moverse de manera gradual y pasó de bueno a perfecto. Me sentía sobrepasada. Se incorporó para ejercer un empuje más profundo, para demostrarme algo, era una sensación de pertenencia inexplicable. Me

sujetó de la cintura y aumentó el ritmo y la fuerza, puede que fueran imaginaciones mías, pero sentía que me estaba reclamando, que me estaba marcando de alguna manera, el placer era casi insoportable. Jadeantes y sudorosos como estábamos, se abalanzó sobre mí llevando una mano a mi clítoris.

—Ven conmigo... —dijo presionando mi punto más sensible, y el solo contacto hizo que me sobreviniera un orgasmo que prometía llevarme al cielo. Escuché el burdo choque de mi piel contra la suya, y sentí cómo se ponía rígido detrás de mí. Corremos a la vez fue alucinante. Nunca pensé que podría sentir un placer igual, era una dicha física y mental inigualable. Nos dejamos caer en la cama y él intentó no aplastarme, pero a mí me hubiera dado igual que hubiera pasado un camión por encima.

—Madre mía... ¿Qué voy a hacer ahora? Eres adictiva —se quejó.

Solté una risita con las pocas fuerzas que tenía.

—Tú tampoco estás mal —dije en tono irónico, aunque con los datos que tenía de mí, igual pensaba que le daba un seis o algo así.

—¿Qué hora será? —pregunté perdida.

Él cogió el móvil de la mesilla sin apenas moverse.

—Las once y media. Nos duchamos, te invito a desayunar y pasamos por la sala, ¿te parece?

—Recibido.

—¿Acabas de contestarme igual que en el trabajo?

—Es que me ha sonado a orden —le vacilé.

—¿Entonces lo harás? ¿Te duchas conmigo?

Simulé una risa maligna.

—No lo entiendes, cuando tú das órdenes, yo las recibo y luego hago lo que me da la gana.

—¡A la ducha he dicho! —dijo indignado empezando a hacerme cosquillas.

—¡Para! ¡No! —le dije cogiéndole las manos—. Pocas cosas odio más que las cosquillas, en serio, no puedo con ellas.

—Está bien, no atacaré si vienes conmigo a la ducha.

—Preferiría ducharme sola, ¿puedo?, por favor...

—¿Y si prometo ser bueno? —dijo haciendo un puchero.

—Ya he visto cual es tu idea de ser bueno...

Quiso poner cara de niño bueno, pero no lo consiguió. Dios, me

gustaba demasiado...

—¿Por qué no vas entrando tú y me pienso yo si ir o no? —le rogué.

—Vale —dijo rodando por la cama abandonándola—, pero te espero...

Cuando me quedé sola en su cuarto busqué automáticamente mi ropa, pero no estaba allí, la mitad estaba en el salón y la otra mitad por el pasillo. Oí correr el agua de la ducha y salté de la cama. Por alguna extraña razón solo se me quitaba la vergüenza cuando estábamos en plena faena, el resto del tiempo tenía que aguantarme a mí misma. Mi falta de experiencia, el no saber qué esperar, me hacían estar estresada constantemente aunque no quisiera. Una vez finalizada la ruta, solo me faltaba encontrar mi tanga, recordaba que había salido volando por la habitación la noche anterior. ¡No estaba por ninguna parte!

—Naaaia... —oí que me llamaba Axel.

—Joder, joder, joder —susurré para mí misma—. ¡Voy...! —respondí. ¿Cómo que voy? Dios... Tenía el tema al rojo vivo. Quería lavarme, mimarme con agüita caliente y pensar racionalmente durante más de un minuto.

—¡Trae unas toallas de la parte superior del armario por favor!

Me giré hacia el armario desnuda y me pareció la mejor idea que había tenido, porque iba en contra de mi religión presentarme en el baño en pelota picada. Me envolví en una y me acerqué a la ducha.

El baño era espartano, pero estaba nuevo. La mampara de la ducha no escondía ni un solo rincón del cuerpo de Axel, ¡joder, era clavado al tío del anuncio de la colonia Invictus! El agua resbalaba por su cuerpo y deseé entrar ahí con él para besarle, abrazarle y dejar que el agua nos acariciara la piel. Felicidades Naia, eres oficialmente bipolar.

—Métete, sienta genial.

—Es que...

—Ven —dijo tendiéndome la mano—, deja las toallas ahí.

Obedecí, y después de quitarme la toalla a regañadientes mirando al suelo, avancé hacia él. Me cedió su sitio en el chorro de agua caliente y me sentí mejor al momento.

Axel se giró, y para mi sorpresa cogió una esponja natural con jabón y empezó a pasármela por todas partes. Me dejé lavar cerrando los ojos y suspirando, pero al llegar a determinada zona pegué un bote.

—¿Qué te pasa?

—Estoy un poco irritada.

—¿En serio? —dijo preocupado—. Lo siento, me he puesto un poco bruto.

—No, has estado perfecto, es solo la falta de costumbre.

Axel pareció confundido.

—Pensaba que acababas de salir de una relación.

Me quedé de piedra. Ahí estaba el cabo suelto, dándome un latigazo en la cara antes de lo que me imaginaba.

—Sí, pero... era extranjero, pasaba largas temporadas sin verle. La última vez fueron seis meses y solo volvió para decirme que se marchaba definitivamente.

—Increíble —murmuró por lo bajo—. Quiero cuidar de ti —dijo de pronto sorprendiéndonos a ambos—. ¡Quiero decir! de tu zona irritada —acercó la esponja y di un saltito—, iré con cuidado.

Dejó la esponja y comenzó a lavarme con los dedos, pero superficialmente, sin ejercer presión, era... agradable...

—Axel... no... para... —dije cerrando los ojos.

—Shhh... tranquila, seré bueno, lo prometo, solo voy a lavarte.

Me pasó las manos por todo el cuerpo frotándome con cuidado, piernas, brazos, pecho, cara y después me aclaró. Cuando pensé que había terminado sentí sus labios sobre los míos. Fue un beso muy tierno formado por roces superficiales, pero poco a poco, con permiso me fue abriendo la boca hasta acariciar mi lengua. El beso fue hipnótico, de esos en los que no puedes pensar en nada más que en seguir besando. Me cogió la cara con las manos y yo las puse en su cuello. Me empujó hacia la pared lentamente haciendo que el chorro de la ducha le diera en la espalda. Siguió besándome lánguidamente y me pareció imposible besar así a ningún otro hombre que no fuera él. Me estaba calentando lentamente, y empezaba a necesitar algo más. Pero para mi sorpresa interrumpió el beso y me acarició los labios con el pulgar.

—Vámonos, o no saldremos nunca de casa.

—Yo no quiero salir —me quejé enajenada. Él se ríe.

—Lo siento, he prometido que sería bueno y soy un hombre de palabra.

—¿Me vas a dejar así? —dije conmocionada.

—Has dicho que estás dolorida... no quiero hacerte daño. Vamos, te dejaré unos calzoncillos —dijo secamente saliendo de la ducha.

Le seguí enfurruñada, aunque en realidad sabía que era lo mejor, sin embargo, no pude evitar sentir que ya se había empezado a cansar de mí. Al girarse pude comprobar que al menos para su amiguito sí había sido “duro” dejarlo ahí. Sonreí un poco para mis adentros, pero no me gustaba el autocontrol que acababa de ejercer, me gustaba la sensación de verle desbocado conmigo.

Salimos de casa media hora después y desayunamos un pincho de tortilla en el primer bar que encontramos.

—¿Te pido una Zero?

—¡Sí! —contesté encantada de que se acordara de mi obsesión y de que no me gusta el café. Comí un trozo de tortilla y me supo a gloria—. ¡Está buenísima!

—Tiene gracia, el primer día que la probé también me impactó mucho. ¿Por qué tenemos tanto en común?

—¿Porque somos geniales? —dije pizpireta pinchando otro pedazo. Él sonrió incrédulo.

—Joder... Y pensar que pude no haberte contratado...

—¡¿Cómo?! —chillé.

—Sí. A nivel curricular fuiste mi tercera opción, más que nada por el nivel de experiencia, y llegaste a la entrevista porque las dos primeras fueron descartadas; Cuando leí que habías hecho un MBA en gestión de eventos a distancia pensé “Vaya, ¿eso existe? Seguro que no sabe una mierda de lo que supone organizar un evento de verdad”, pero luego me sorprendiste mucho.

—Vaya... Gracias, supongo.

—Quiero que sepas, que al margen de lo que ocurra fuera de las oficinas, a nivel profesional estoy muy contento contigo, vales mucho.

—¿A nivel profesional? Y a nivel personal, ¿no estás contento conmigo? —fingí estar enfadada.

—Desde que he salido de la ducha para no declarar tu entrepierna zona zero, no me siento muy feliz contigo, no.

Me eché a reír.

—Has sido un caballero.

—Sí, pero siempre me arrepiento... Como por ejemplo ahora mismo

viendo esa sonrisa juguetona en tu cara, me incita a pensar en todo lo que te habría hecho y lo estoy pasando francamente mal...

—Pobrecito, qué pena me das —dije apoyando la mano cerca de su bragueta y acariciándole una zona de la pierna cercana a su apéndice. Noté que no estaba del todo relajado. Él no dejó de mirarme intensamente a los ojos.

—No me busques, que me encuentras... —sonrió alejando mi mano y cambiando de tema.

—Siempre me he preguntado una cosa: ¿Por qué te dio por estudiar un MBA de eso? ¿Y por qué se te da tan bien sin tener ninguna experiencia?

—¿Quieres la verdad?

—Claro.

—¿Aunque sea muy penosa?

—Cuéntamelo —insistió interesado.

Llegados a este punto, quería ser lo más sincera que pudiera con él. Ya había un par de mentiras flotando entre nosotros, pero quería que me conociera, que supiese quién soy, y quién había sido.

—Hasta los once años fui una niña rica. “¡Oh, qué suerte!” Pues no. ¿Sabes lo qué es vivir en una casa de cristal en la que las muestras de cariño son un defecto de la clase media? No podía jugar en el suelo por si se ensuciaba el mármol, no podía pintar por si me ensuciaba el conjunto de Gucci. Ya sabes, hay que lucir modelito hasta delante del servicio. La obsesión de mis padres no se limitaba a querer guardar las apariencias de puertas para afuera. A veces, cuando se iban de casa, mi niñera me llevaba a la cocina y nos pasábamos la tarde haciendo galletas. Lo que más me gustaba era poder ensuciarme todo lo que quisiera, después me bañaba y me ponía de punta en blanco para recibir a mis padres, pulseras de Cartier incluidas, solo tenía seis años... Cuando echaron a la niñera guay sí que me aburrí como una ostra. Pero al grano que me enrolló, la cosa es que a partir de los nueve, tuve que soportar tener que ayudar a mi madre a organizar fiestas de alto copete en mi miserable casoplón y créeme, se aprende bastante viendo gritar al personal del evento. Ahí está mi experiencia.

Axel tenía los ojos abiertos como platos con una expresión alucinada.

—La hostia... No tenía ni idea. Lo siento.

—No te preocupes, fue hace muchísimo tiempo. Para mí es como si

fuese otra vida, y al menos aprendí algo.

Se acercó y me cogió de las manos. Nuestras miradas se encontraron y sin decirme nada, me lo dijo todo. Después tiró de mí para juntar sus labios con los míos.

—Todo lo que has hecho en la vida te ha llevado a ser la persona que eres ahora, así que es mejor no lamentar nada, porque eres increíble.

—Gracias —volvió a besarme y me acarició la mejilla.

—Axel... Tengo una duda —dije mirando al suelo.

—¿Cuál?

—Acabas de besarme en público... No sé si... o sea... —no sabía cómo expresarlo sin que sonara mal, o pareciera algo que no era.

—Sí, no me he dado cuenta, perdona, es que soy nuevo en todo esto... —dijo algo avergonzado.

Quise decirle que yo también, pero no podía.

—Después de todo trabajamos juntos..., yo sé lo qué es esto, pero a los ojos de los demás puede parecer otra cosa.

—¿Y qué es esto? —preguntó con guasa y también con un poco de ansiedad.

Sonreí para disimular que estaba ¡tocada y hundida!, así que intenté ser lo más sincera que pude.

—Algo que quería hacer desde hace tiempo.

—¿Ah, sí? —sonrió ufano.

—Sí. Pero estabas casado y nunca me metería en medio de una relación.

—Eso dice mucho de ti. Yo tampoco soy así, aunque contigo está visto que no puedo fiarme de mí mismo... —dijo pensativo—. Si lo hubieras intentado, no sé qué habría sucedido... Yo ya estaba mal con Bea y... —carraspeó.

—¿Y?

—Nada... Solo me alegro de que las cosas hayan sido así.

—Yo también.

Nos quedamos en silencio cohibidos.

—Esta noche espero que me hagan una propuesta de trabajo muy interesante —informó. Me fascinaba esa habilidad que tenía de cerrar capítulos y empezar con otros cuando le convenía.

—¿Sí? ¿De qué?

—Prefiero decírtelo cuando sea algo seguro, pero creo que te va a encantar el proyecto. ¿Nos vamos?

Asentí con la cabeza y nos dirigimos hacia la puerta después de que dejara siete euros en la barra.

28

FIEBRE DEL SÁBADO NOCHE

Axel entró en la Sala donde se celebraría el evento de esa noche seguido por Naia. Cruzaron el espacio hacia la zona de personal, había mucho movimiento y buscó entre el tumulto al encargado del local. Presumiblemente habían acabado con las tareas de limpieza y estaban procediendo a colocar la nueva decoración que habían elegido los clientes.

—Axel —saludó Javi.

—Hola Javi, ¿Qué tal va todo? ¿Ha llegado la moqueta? —preguntó ansioso. Era de lejos lo que más le preocupaba con respecto a esa noche, una de las cosas que tenía que supervisar, o resolver con un plan B si no salía adelante.

—Sí, hace unos diez minutos, ahora empezarán a colocarla. Vamos con un poco de retraso, pero ya cogemos ritmo.

Axel respiró aliviado, una cosa menos.

—¿Qué falta por hacer y debería estar hecho según el horario previsto?
—preguntó sacando su iPad mini.

Estaba maravillado de llevar ya cinco minutos centrado en el trabajo, pero en ese momento le llegó su fragancia. Lógico, la tenía al lado. Ese olor era la nueva esencia del sexo puro, en buena hora le había pedido que le acompañase, estaba muy disperso, en una palabra, agilipollado.

Se pasó una mano por la cara para acabar tocándose ligeramente la nariz, como si así pudiera deshacerse de ese aroma. Era desquiciante estar tan alterado por una chica. “Ten cuidado con lo que deseas...”, pero es que era... No tenía palabras. Desde que la encontró en casa de Zoe la noche anterior todo había sido como un puto sueño. Cada minuto que pasaba con ella le gustaba más, no mentía cuando le había dicho que era completamente adictiva. Y el sexo... joder... ni siquiera podía permitirse pensar en eso, o acabaría haciendo el ridículo intentando disimular un bulto en sus pantalones a sus treinta años. Había vuelto a la jodida pubertad con ella. Si de él dependiera, estaría todo el día metido en sus bragas, pero no podía, desafortunadamente tenía una vida, una empresa, una hija y una dignidad que mantener.

Javi le estaba hablando y le daba vergüenza volver a preguntarle otra vez por lo mismo evidenciando que no le estaba escuchando en absoluto. No podía permitirse aquello en un día como ese.

Por suerte, en ese momento apareció un chico e interrumpió la conversación.

—Javi, acaban de traer la bebida. Faltan cosas, pero aseguran que con eso tenemos más que suficiente.

—¡Joder! Para una cosa que iba en hora... —masculló el encargado.

—Una cosa detrás de otra, me preocupa más lo que ya debería estar hecho —dijo Axel inflexible—, sabes que luego se quedan sin hacer.

—Axel —dijo de pronto una voz apaciguadora. Se giró hacia ella y encontró una mirada cálida y a la vez determinada que le hizo agonizar un poquito de deseo. ¿Era su imaginación, o resplandecía un poco?—. Puedo ir con él a mirar lo del pedido de las bebidas, accederé al email y veré lo que falta y a quién podemos llamar para que lo traigan en caso de que no puedan hacerlo los responsables ahora.

Le dedicó una mirada agradecida, y no solo por esa acción, sino por

existir... No dejaba de pensar que si se le hubiera pasado esa chica no se lo hubiera perdonado nunca.

—Gracias Naia... —dijo prometiendo con los ojos futuras recompensas carnales por su buen hacer.

Se fue de allí con el chico del almacén y volvió la vista atrás para descubrirle mirándola, sonrió perversamente y pareció que sus caderas se contoneaban más de lo que lo hacían habitualmente. “Joder, ¿a quién se le ocurre montar el numerito de la ducha?”, ¡Qué subnormal! Había tenido que hacer un esfuerzo titánico para salir de allí sin dejarla tan dolorida como para perdonárselo a sí mismo, y llevaba toda la puta mañana luchando contra una erección a pesar de acabar de hacerlo con ella hacía horas contadas.

El tema estaba pasando de castaño oscuro, Javi volvía a mover los labios, y él solo pensaba en follársela otra vez lo antes posible. Se sentía un perverso insaciable, pero es que esa mujer era más de lo que preveía... ¿No lo había visto, o no lo había querido ver? Estaba empezando a preocuparse.

De repente su cerebro, que siempre estaba maquinando tres cosas a la vez, reparó en algo. Las bebidas. Los socios del Sputnik. ¿Quién las habría traído? ¿Y si Naia estaba ahora mismo con uno de los sospechosos? Sus pies comenzaron a andar antes de que su cerebro les diera permiso.

—Ahora vuelvo Javi, se me ha olvidado decirle una cosa a Naia sobre las bebidas —dijo alejándose de él sin ver la cara de sorpresa del mismo.

Aceleró el paso hasta el almacén, y al abrir la puerta oyó unas voces.

—Naia, ¿qué haces tú aquí? —dijo Iván gratamente sorprendido.

—Hola, ¿qué ha pasado? ¿Qué falta? —dijo ella cortante. Le quitó la lista de las manos al chico que estaba descargando la mercancía.

—Faltan tres ginebras premium —aclaró el que había venido a buscarla.

—No faltan, simplemente hay menos botellas de las que pidieron, pero hay de todas —puntualizó Iván.

—¿Por qué hay de menos? Si se piden diez, se traen diez —ladró ella con determinación. Se le volvió a poner dura solo de oírla hablar así. Se la imaginó dándole órdenes sexuales en ese tono. “Perverso”.

Él le había enseñado que en esas situaciones, lo más inteligente era ir al grano, dejar las formalidades, y buscar la solución en vez de preguntar:

cómo, cuándo, quién o por qué.

—Vaya genio nos gastamos guapa... —murmuró Iván—. ¿Estás en esos días?

—Déjate de gilipollecas, ¿por qué has traído menos?

—Anoche se gastó más ginebra de la que se preveía en la fiesta que tuvimos, y es la que nos quedaba en el almacén del Sputnik. El resto está a tomar por culo en la nave de Vallecas, pero con esta tenéis más que de sobra.

—Dijo el que anoche se quedó sin bebida. Quiero aquí la ginebra que falta en menos de dos horas. Esto es fallo vuestro —alegó Naia.

—Madre mía cómo te pones, me encantan las chicas mandonas —dijo Iván burlón acercándose más a ella.

En ese momento estuvo a punto de intervenir, pero de alguna manera, quería ver cómo se las arreglaba ella.

—Podemos hacer dos cosas: —dijo ella con una sonrisa severa—. Vas ahora mismo a Vallecas, traes lo que falta y aquí no ha pasado nada, o llamo a Carlos, te dice lo gilipollas y vago que eres, te manda a Vallecas, lo traes y aquí no ha pasado nada. ¿Qué prefieres?

—¡Joder, pensaba que eras más enrollada!

—Y yo pensaba que vuestra empresa no era una chapucera, y menos con su mejor cliente. Podemos quedarnos aquí diciendo tonterías y perdiendo el tiempo, o puedo hacer una llamada y cambiar de proveedor. Te recomiendo que no me pongas a prueba —dijo firme enseñándole el móvil.

—Joder —masculló Iván—. Te iba a dar bien.

—¿Perdona?

—Nada —dijo a regañadientes—. Voy a Vallecas y vuelvo.

—Repásalo y dile exactamente lo que falta —le ordenó al chico del almacén—. Y esta vez no falles, o habrá consecuencias —le advirtió a Iván.

Acto seguido se dio la vuelta y vio a Axel en la puerta. Ella supo que lo había escuchado todo y se acercó a él. Su cara era de una inmensa vulnerabilidad ahora que le daba la espalda a Iván. La condujo por el pasillo con una mano en la espalda y la instó a entrar en una habitación. Era un espacio donde varias máquinas descansaban en el suelo. De repente la empujó con cuidado contra la pared y cuando quiso darse

cuenta, la estaba besando desaforadamente.

—¡Joder! ¡Has estado increíble! —dijo sin dejar de besarla—. Me has puesto a mil... ¿Cómo puedes ser a la vez dos personas tan distintas?

—Se me dan bien los gilipollas, vivía rodeada —jadeó ella en su boca.

—Cuando quieres puedes ser dura y me parece tremendamente sexy, y ahora estás aquí, temblorosa como un pájaro, tierna, inocente... —ella soltó un gemido cuando él inconscientemente desabrochó su pantalón, sin embargo, sus manos volvieron a subir por sus costillas hasta bordear su pecho—. No sé cuál me gusta más, pero la combinación me está volviendo loco —dijo compartiendo el aliento y mordiéndole los labios. Sabía que no podían ponerse a follar como si tal cosa por mucho que lo deseara, pero se sentía descontrolado, no podía pensar.

Se pegó a ella y rozó su erección contra su vientre. Al menos quería que supiera que llevaba así toda la mañana por su culpa. Ella jadeó al notar lo.

—¿Cómo puedes ser tan suave? hueles tan bien... —continuó besándola enajenado mientras sus dedos jugaban con su sedosa piel, de repente bordeó la costura de los bóxers que le había prestado traspasando la frontera sin llegar a tocarlo—. ¿Cómo lo sientes? ¿Te duele?

—Un poco... —respondió con los ojos cerrados soltando un gemido suave cuando él lo rozó con sus dedos—. pero no pares por favor, te necesito... —suplicó.

Esa voz... Esa voz que dejaba entrever que se sentía tan desesperada como él es la que le estaba haciendo sentirse deseado, valorado, y no querer dejar de hacer aquello nunca.

—No quiero parar, pero no tampoco quiero hacerte daño —dijo en tono culpable. De repente, tuvo una idea: le irritaría mucho menos con la boca y él tenía ganas de comérsela entera. Todos ganaban.

Le bajó los pantalones agachándose a la par y quedando de rodillas. Le sacó una deportiva y una pernera y le apoyó la parte posterior de la rodilla en su hombro. Ella se dejó hacer, a pesar de quedar gloriosamente expuesta a él y esa confianza le volvió loco, Bea era mucho más remilgada para esas cosas. Joder, cómo la deseaba... Se lanzó como un animal y comenzó a devorarla sin piedad. Ella gritó con placer y le asió del pelo con fuerza. Después de unos minutos estaba completamente perdido en su sabor, en sus sonidos, no recordaba ni dónde estaba, pero de

repente, notó que ella empezaba a moverse de un modo violento, le sujetó la cabeza con más fuerza y comenzó a follarse su cara sin contemplaciones. Él creyó estar a punto de correrse cuando con un alarido tembloroso ella se arqueó y se derritió contra su boca. La sensación fue alucinante. Después de eso, se quedó desmadejada. Axel era consciente de que solo permanecía derecha porque él la sostenía contra la pared. Se puso de pié y la besó.

—Pruébate... eres deliciosa —dijo justo antes sabiendo que él sabía a sexo enfebrecido de deseo.

Ella aceptó gustosa el beso y le cogió la cara. Como por arte de magia pareció recuperar fuerzas, se agachó rápidamente y de un tirón le bajó el pantalón. Cuando sin previo aviso se la metió en la boca, no tuvo más remedio que apoyar una mano contra la pared y soltar una imprecación. Llevaba demasiadas horas deseando aquello, pero en ese momento le pilló por sorpresa. Se planteó si la solución a su problema pasaría por secuestrarla una semana entera y no salir de la cama ni para comer. También se preguntó vagamente si todo el mundo disfrutaría tanto del sexo, o es que él era un puto afortunado. Ella le estaba chupando salvajemente, ayudándose con la mano y cuando descubrió levemente los dientes, supo que no duraría ni diez segundos más.

—Joder... ¡Me corro!... —la avisó.

En dos minutos tendría que hacer frente de nuevo al mundo real, pero en ese momento, estaba disfrutando como si no hubiera un mañana.

Por suerte para todos, Zoe llamó para quedar a comer. Naia se disculpó diciendo que ella también había quedado a comer con su amiga Isa. Se despidieron, ella deseándole suerte en el evento de la noche y él pensando en si sería correcto llamarla nada más terminar. Aún así, le recordó que el domingo tenían una cena pendiente y ella sonrió de una manera que si no desviaba la vista rápido se enamoraba. Daba vértigo sentir que todo estaba yendo tan deprisa, pero lo único que sabía era que antes de que desapareciera de su vista ya la echaba de menos.

LA CRUDA REALIDAD

Pulsé el botón correspondiente en el portal del piso de Isa. Era cierto que había quedado con ella para comer, pero de no ser así, seguramente me lo habría inventado. Tenía claro que Axel y Zoe necesitaban hablar a solas, y yo tenía que contarle a alguien que llevaba cuatro días derritiéndome en los brazos de un hombre, que hasta hacía muy poco, era totalmente inalcanzable.

—¡Hola perrícola! —dije al verla.

—¡Hola mala amiga! ¿Qué tal terminaste la noche del jueves? Nosotros bien, gracias por preguntar.

—Venga ya... ¡Te mandé un mensaje!

—¡Nos dejaste tirados!

—¡Os teníais el uno al otro! ¿No?

—Si no fue por un polvo brutal no te perdono.

—Fue por un polvo brutal —contesté fanfarrona. ¡Qué bien sentaba por una vez poder contestarle a una de sus salidas de tono y verle esa cara de idiota!

—¿Cómo?! ¡Cuéntamelo todo, perra!

Procedí a narrarle la semana a Isa con pelos y señales. Bueno, tal vez omití un poco lo coladita que estaba por él, y me limité a describir los hechos más morbosos. Al terminar, me miraba consternada.

—Lo vuestro no es normal... ¿Os ponéis a follar sin condón en plan calentón? ¿Qué tenéis, trece años? —dijo yendo hacia la nevera y sacando una Shandy.

—No es un desconocido, es mi jefe.

—Ah bueno, ¡mucho mejor! —apuntó irónica—, ¿sabes dónde te estás metiendo?

—¿Puedes beber eso en tu estado? —pregunté extrañada para no tener que responder.

—Sí, es como una sin alcohol.

—¿Sabes que la cerveza sin alcohol en realidad lleva 0,9?

—No desvíes el tema, lo de Axel va a acabar mal.

—¿Por qué?!

—Porque te tiene loquita y él no está en la misma onda que tú —dijo tranquilamente.

—Eso no lo sabes, necesita tiempo...

—Acaba de divorciarse, Naia. Y tú acabas de empezar a disfrutar de la vida. Sería un milagro que acabara bien.

—De momento lo veo imparable.

—Ese es el problema, que no lo es. Tarde o temprano parará, y entonces ¿qué harás? No quiero que te hagan daño. Eres muy inocente —resolvió Isa.

—No me está gustando esta charla —dije molesta—. Te estoy diciendo que voy cuesta abajo y sin frenos ¡y tú solo estás describiendo la leche que me voy a dar!

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé, ¡algo que me sirva!

—Fíjate en las señales, aunque tú no quieras verlas tu cerebro sí y serán unas buenas rodilleras y coderas llegado el momento, sino, te torturarás pensado: “¿Pero por qué?!”. Ahora bien, si quieres un casco y un chaleco antibalas, es tan fácil como no enamorarte de él como una tonta.

—¿Y si es tarde para eso? —dije con la boca pequeña. Isa resopló en

respuesta.

—Entonces estás jodida.

En ese momento la puerta de su casa se abrió y entró corriendo una niña de dos años que aterrizó sobre mí.

—¡Tía Naia! —chilló abrazándome.

—¡Hola diablillo! ¿Cómo estás?

—¡Bien! —dijo contenta de verme.

—¿Dé dónde vienes?

—¡Comprar pan!

—¡Estás muy mayor, Martina!

—¡Si, yo mayor! —sonrió orgullosa.

—Hola Naia —saludó Fernando—. ¡Vaya, qué guapa estás!

—Porque se pega unos polvos de alucine —soltó Isa envidiosa—. ¡Así cualquiera!

Fernando me miró travieso y me ruboricé.

—¡Maldito Alien! ¡Para! —gritó Isa de repente a su tripa.

—No llames Alien a nuestro hijo —se quejó Fer.

—Perdona, es un ser no identificado revolviéndome las tripas, lo que se conoce como Alien —respondió ella.

—¿Ves lo que tengo que aguantar? —me dijo resignado.

—Uy sí, pobrecito. No todo son cosas malas —alegó Isa— El otro día el bebé puso el pie en mi centro del amor y tuvo que metérmela para hacer que el Alien retrocediera...

—Ahí me sentí utilizado —aseguró él.

—Pues no oí quejas cuando animé el asunto con mi boca.

Me entró la risa. Fernando me miró avergonzado, después sonrió cerrando los ojos y se fue de la cocina sin decir nada más. Estaba loco por ella, así eran las cosas en casa de los Pérez, por último, Isa me lanzó una mirada llena de presunción que me recordó lo pieza que podía llegar a ser.

Axel entró en el bar dónde había quedado con Zoe. La vio en la barra y se acercó tímidamente puesto que acababa de recordar la conversación que había escuchado en el despacho de Leo.

—Hola guapa.

—Hola guapo.

Ella le dio un beso y un pequeño achuchón.

—¿Qué tomas?

Pidieron las bebidas y escogieron un par de pinchos de la barra para sentarse en una de las mesas que quedaban en la parte de atrás.

—¿Cómo estás? —preguntó Axel con interés.

—¿Quieres ir directo al grano, o comemos primero?

—Si tengo que imaginaros a Leo y a ti en plan amoroso se me va cerrar el estómago. —Se hizo un silencio, pero se mantuvieron la mirada—. Mejor comamos primero.

—Está bien —aceptó ella—, ¿qué tal en La Royal?

A Axel se le nubló la vista recordando los acontecimientos del cuarto de máquinas. Esa lengua juguetona, esa boca alrededor de su polla, esos dientes... su sabor. Joder..., ya no era capaz de pensar en nada coherente, necesitaba tomarse una pastilla anti-Naia urgentemente.

—Bien —contestó con la voz ronca. Si Zoe notó algo raro, no lo dijo.

—¿Qué tal con Naia anoche?

—Preferiría comer sin tenerla dura..., ya sabes, es mi momento feliz del día, mi descanso.

Zoe se echó a reír. Aunque lo gracioso realmente es que lo decía muy en serio, necesitaba relajarse.

—Vale, siguiente tema. Uno que hará que se te baje rápido. ¿Qué intenciones tienes con ella?

—No lo sé, mamá. ¿Algo más? —sonrió audaz.

—¿Te ha contado Leo lo que le ha pasado a Jessica?

—Sí, me ha llamado hace un rato, me ha dicho que te debía una.

—No me debe nada —dijo molesta.

—¿Estás cabreada con él?

—Supongo. ¿No lo estoy siempre?

—Sí, pero lo que quiero saber es por qué.

—No sé por donde empezar —resopló Zoe.

—Pues empieza por la noche que os conocisteis.

—Nos conocimos, te fuiste pronto, nos pusimos como cubas, nos liamos, pero no pasó nada grave, en lo mejor se levantó de la cama y se fue de la fiesta.

—¿Llegasteis a una cama? —preguntó Axel sorprendido.

—Solo nos apoyamos en ella, apenas nos quitamos ropa. Teníamos dieciocho años, fue hace una eternidad, Axel. No debes sentirte

incómodo.

—Me gustaría haberlo sabido, esto explica muchas cosas.

—No quería influenciarte en tu amistad con él —se excusó ella—, os llevabais de maravilla y no fue para tanto.

—Vale. —No disimuló que no la creía—. Él me contará su versión.

—No quiero que remuevas la mierda. No le digas nada.

—Yo no le preguntaré nada, él mismo me lo contará. ¿Y qué pasa con la noche del jueves?, te llevó a tu casa... —se quedó callado, aún le costaba asimilarlo mucho menos pronunciarlo.

—No pienses en eso, solo tienes que saber que estaba drogada pero consciente, el problema es que estaba más cachonda que una perra en celo, me duché y la cagué aún más, no podía soportarlo. Le pedí ayuda, se la habría pedido a cualquiera que estuviera allí.

—¿Por qué no lo hiciste tú sola?

—Porque no coordinaba en absoluto.

Axel se quedó pensativo. Si hubiera sido él el que hubiera estado ahí... No quería ni pensarlo, hubiera sufrido por ella, pero estaría satisfecho de haber podido ayudar. Entonces, ¿por qué Leo estaba tan hecho polvo? Él hubiera pensado en Zoe como en una hermana, habría sido como darle un masaje cardíaco muy embarazoso, pero haría cualquier cosa por salvarle la vida, sin embargo, tenía claro que no se habría corrido encima como Leo.

En ese momento se dio cuenta de que su amigo sentía algo por Zoe. Entendía por qué ella estaba enfadada con él: despecho. Pero ¿y él? ¿Por qué había estado todos aquellos años enfadado con ella? Entonces lo vio claro. Ella esa noche se acostó con otro después de que él se fuera. Orgullo. Ahí estaba, el talón de Aquiles de Leo. Si sus conjeturas eran ciertas, con quién tenía que hablar seriamente era con él. ¿Por qué se fue de esa fiesta?

Axel era un mago de los cambios de tema. Realizó una maniobra de las suyas y se desvió de los detalles escabrosos pudiendo compartir un almuerzo de lo más agradable con su buena amiga Zoe, los dos lo necesitaban.

El resto del día se desarrolló con normalidad, incluso tuvo algunos momentos de lucidez. Todo tenía un aura de felicidad por el encuentro que daba por hecho al finalizar la noche. También estaba eufórico porque

en el evento consiguió un acuerdo que llevaba tiempo persiguiendo para el nuevo proyecto que le había comentado a Naia. Estaba deseando celebrar la noticia con ella y tenía un par de ideas muy agradables de cómo hacerlo. Por eso, cuando terminó a las once y le envió un mensaje que parecía escueto y casual al que estuvo dándole vueltas durante horas para formularlo, no esperaba recibir una respuesta tan mala.

—Llevo todo el día pensando en ti. No se si podré irme a dormir hoy sin darte un beso de buenas noches. Me he mal acostumbrado los últimos tres días. ¿Dónde estás?

—Estoy en el hospital con mi amiga. Mañana te cuento, un besito.

Decepcionado, buscó a Leo en favoritos para quedar con él. Decidió que no quería volver a casa todavía y oler su aroma en el ambiente. Se volvería loco.

Me quedé plantada delante de la máquina de bebidas de aquel hospital. No sabía si coger un Mocachino o un Chocolate, seguramente porque ninguno de los dos me apetecían. Solo me había alejado de Isa y Fernando para que tuvieran un momento de intimidad mientras esperaban angustiados que les informaran del estado de su hija.

Después de comer habíamos ido a un parque cercano para que Martina estuviera un rato en los columpios y en el tobogán. Había unos niños jugando a la pelota y la dejaron unirse a ellos. Ella corría con ganas de un lado para otro disfrutando como solo un niño sabe hacerlo, cuando de repente, cayó al suelo. Esperábamos dos reacciones que solían repetirse, o bien un llanto rompedor que comunicaba un dolor intenso, o bien una sonrisa diciendo “¡No me ha pasado nada!”, para poder continuar jugando. Pero los cinco segundos siguientes a la caída cuando permaneció quieta en el suelo sin reaccionar fueron los más largos y aterradores de mi vida. Su madre corrió hacia ella asustada y cuando vio que estaba inconsciente, un alarido con el nombre de su esposo cruzó el aire sembrando terror. Su padre llegó hasta ellas tan rápidamente que parecía que se había teletransportado. Mi reacción fue quedarme paralizada, sobrepasada por lo que estaba viendo. Martina, mi pequeña, no reaccionaba.

Fernando le tomó el pulso y comprobó su respiración, cuando lo confirmó aliviado, la cogió en brazos y echó a correr.

—¡Vamos al hospital! —dijo por fin. Los tres volamos hacia mi coche. Fernando se puso al volante y fue el único que dijo frases coherentes del tipo: “está respirando”, “tiene pulso”, “se pondrá bien”. Su madre decía frases inconexas como “mi vida”, o “mi niña” y oí por último en voz baja un “mama está aquí”, mientras tenía agarrada a la pequeña y le daba besos en la sien. Yo solo pensaba: “No, no, no, no, no, no”, y de vez en cuando, murmuraba algún “Dios mío...”.

Cuando llegamos la atendieron enseguida, se la llevaron cinco personas con prisas y no nos dejaron pasar. La angustia era asfixiante. Aunque nadie quería ni podía sentarse, Fernando obligó a Isa a tomar asiento. Ahora que su hija estaba siendo debidamente atendida se preocupó por el otro. El estrés que estaba pasando Isa no podía ser bueno para el bebé, e intentó calmarla.

—Tranquila, enseguida nos dirán algo. Seguro que no es nada. Un golpe de calor, o cualquier cosa parecida.

Yo le puse una mano en la espalda y comencé a acariciarla.

—Si le pasa algo me muero —dijo Isa.

¿Qué se supone que puedes contestar a eso? ¿Asegurarle que no va a ocurrir nada? ¿Decirle que va a salir de allí saltando como siempre? En momentos así, la incertidumbre y las posibilidades son un enemigo despiadado.

—Hay que esperar —dijo Fer—. Solo esperar. Se quedó abatido un instante y al momento reaccionó diciendo que iba a hacer una llamada a un amigo que era médico en otro hospital.

Me quedé con ella rodeándola con un brazo mientras observábamos a su marido hablar por teléfono. Cuando volvió, se apoyaron el uno contra el otro y yo me fui en busca de una máquina de bebidas huyendo de una imagen tan triste e íntima de dos padres preocupados.

Vi salir a uno de los médicos que se habían llevado a Martina y volví corriendo con las manos vacías para enterarme de las noticias.

—La pequeña ha reaccionado, está estable, le están haciendo pruebas, en cuanto tengamos resultados de los análisis sabremos más.

Todos reaccionamos aliviados, pero con cautela.

—¿Qué pruebas le están haciendo?

—Las necesarias para ver si hay algún problema en pulmones, corazón o alguna hemorragia interna. Pueden ser cien cosas. En cuanto sepamos

algo se lo comunicaremos enseguida, pero tardaremos horas, procuren calmarse —dijo mirando a Isabel al ver su estado—. Si necesita cualquier cosa no dude en pedirnoslo.

—Gracias —dijo ella.

El médico se fue por donde había venido.

—¿Avisamos a alguien? —preguntó Fernando.

—Prefiero no alarmar a nadie hasta que no sepamos si es algo serio —dijo Isa—. Naia cielo, vete a casa, ya lo has oído, serán horas, aquí no hay nada que hacer más que esperar.

—Ni loca. Esté donde esté voy a estar pendiente de esto, no voy a hacer otra cosa hasta que no sepamos algo, prefiero estar aquí.

—Gracias —dijo esta vez con los ojos llorosos. La abracé y le pedí que no diera nada por hecho, sabía que tendía a prepararse siempre para lo peor, era su mecanismo de defensa, pero en este caso, lo peor, era demasiado para siquiera pensarlo.

No me extrañó que fuera la más entera cuando horas después la noticia desgarró mi corazón igual que necesitaba hacerlo el de Martina. La niña tenía una cardiopatía rara que había ralentizado el crecimiento de su corazón, y su esperanza de vida se había reducido a un año. ¿Lo único positivo? Que era operable y si salía bien, no tendría por qué tener consecuencias en su vida. Lo malo, que el tiempo corría en su contra, cada día que pasaba menguaban las posibilidades de éxito en la operación y por último, el elevado coste de la misma. Solo un par de centros en todo el mundo podían hacerlo, y el precio era desorbitado.

—¿De dónde coño vamos a sacar casi un millón de euros? —gritó Fernando una vez nos dejaron pasar a verla y se pusieron a prepararla para el alta. Aparentemente la niña estaba bien, parecía como si nada, pero todos sabíamos que su corazón había fallado una vez y que lo haría irremediablemente dentro de poco si no se operaba. Era una sensación atroz fingir delante de ella que no ocurría nada malo.

—No lo sé... ¡Hay que preguntar a la familia, hablar con los bancos, encontrar una solución!

—La gente recoge firmas y pide donativos para estas cosas, lo he visto —aseguré.

—Eso lleva un tiempo que no tenemos, y además últimamente hay mucho fraude, no es fácil —se le cortó la voz.

—Vamos a operarla... aunque sea a punta de pistola. ¿Está claro? — dijo Fernando imperativo con los ojos vidriosos. La situación era demoledora. Él, que era contable, tenía claro que con los bancos para este tipo de cosas no se podía contar y que su familia, con suerte, segundas hipotecas y ahorros, no llegarían ni a los quinientos mil euros. El terror en sus ojos me perturbó. Otra vez el puto dinero tomaba las riendas de todo, pero en esta ocasión, se iba a llevar por delante a una niña de dos años. En ese momento se encendió una luz en mi cabeza. ¡Mi herencia! Seguramente la suma ascendiera a eso, y nada me hubiese hecho más feliz que poder decirles en ese instante: “Yo tengo el dinero, y es todo vuestro”. Dejé de escuchar sus lamentaciones cuando caí en la cuenta de que para conseguirlo tenía que pasar por vicaría. Podía hacerlo de mentira... aunque no sería fácil. Sabía que cuando había pasta de por medio hacían mil comprobaciones, te investigaban, lo corroboraban. Entonces se me ocurrió la idea: ¡Jorge! Mi buen y gay amigo Jorge que nunca querría salir del armario por su empleo. ¡Era perfecto!

De repente, un dolor en el pecho me hizo entender que mi corazón tenía una pega, pequeña, pero potente. Axel. Ahora que por fin mis sueños se habían cumplido, que estaba empezando algo con él, ocurría esto. La pena me inundó sin dejar ni un resquicio de esperanza. La vida de mi pequeña estaba en juego, no podía pensar en mí, si pudiera me cambiaría por ella sin pensarlo, así que no había motivo para no sacrificar únicamente mi corazón.

Cuando esa noche de sábado mi cabeza tocó la almohada no me podía creer que todo hubiera dado semejante vuelco, pasara lo que pasara iba a perder a alguien, y eso nunca era bueno. Sentía el peso de la posibilidad de salvar a Martina sobre mí y no pararía hasta conseguirlo.

ALGO QUE CONTAR

A Axel siempre le había sorprendido la comodidad de los sofás de Leo, y ahora que había estado comparando por todas partes y rompiéndose la cabeza para comprarse uno, lamentó no haberle preguntado dónde había comprado el suyo. Tenía pinta de aguantar todo tipo de andanzas.

—¿Cuánto hace que tienes este sofá?

—Tres años.

—Pues parece más viejo.

—Es que se han sentado muchos culos —dijo Leo con una sonrisilla que evidenciaba una broma privada—. ¿Qué te pongo? —dijo dirigiéndose hacia el minibar.

—Un Tanqueray.

—Bueno —comenzó Leo—. Así que... Naia ¿eh?

—Eso parece... —afirmó sin poder reprimir una sonrisa.

—¿Y qué tal os va? ¿Cómo ha sido estar con una mujer diferente a Bea?

—Ha sido... muy distinto.

—Es normal, acostumbrado a algo, cuesta adaptarte a otra cosa.

—No, no me entiendes. Ha sido alucinante. Estoy flipando de lo bueno que puede ser —explicó incrédulo.

Leo le miró sorprendido.

—Joder, estás peor de lo que creía.

—¿Por qué tienes esa actitud tan pesimista?

—Porque en este momento estás muy vulnerable y no quiero que te encoñes. Ella me cae genial y está bien buena, pero me da miedo que la caguéis. Tener una situación así en la oficina no es agradable, te lo digo yo —resopló Leo abatido—. Además, me cabrea que te hayas saltado una norma básica de la agencia.

—No estoy encoñado... —mintió Axel.

—¿Ah no? ¿Cuántas veces te la has tirado desde que la viste disfrazada de la Sirenita?

No iba a responder a eso, tampoco lo sabía.

—¿Lo ves? Creo que has elegido mal para tu despertar sexual después del matrimonio. Alguien va a salir herido, o puede que los dos, aún no lo sé. Estás como una moto, pronto querrás más y puede que ella ya no, o viceversa.

—Hoy he comido con Zoe —dijo cortando su diatriba de raíz. Él también sabía meter la mano y revolver las entrañas.

—¿Y eso? —preguntó receloso.

—Teníamos que hablar seriamente.

—¿De qué?

—De la conversación que escuché por error ayer en tu despacho entre vosotros.

Leo se quedó parado de pie con las dos copas en la mano. Vio a su cerebro haciéndose cargo de todo lo que Axel pudo oír, y se sentó tranquilamente en el sofá antes de comenzar a hablar.

—¿Y tienes alguna pregunta que hacer? —preguntó cauteloso.

—No. Solo le he dicho que me gustaría haber sabido antes de dónde venía vuestra enemistad. Nunca lo he entendido, pero dejarla tirada cuando os habíais empezado a enrollar... Joder, ¿a quién se le ocurre? —rió—. Seguramente hoy tendríais un par de críos...

—¿Estás de coña, no? —dijo Leo alucinado. Axel captó el momento exacto en que su sorpresa se transformó en ira al alejar los vasos de sí mismo advirtiendo del peligro que bullía en su interior. Le miró sin comprender.

—¡Mientras nos liábamos me llamaste por teléfono y me pediste que cuidara de ella! Dijiste que no la dejara sola, ¡que cualquiera podría aprovecharse de ella!

—¡Joder...! —dijo Axel llevándose la mano a la cabeza.

—¿Sabes cómo me sentí cuando entendí que el cerdo de quién intentabas protegerla era yo?

—Mierda. No me lo puedo creer...

—Me costó la vida misma salir de esa habitación, acuérdate que por aquel entonces yo era un pene con piernas. ¡Lo hice por ti! Insistí en

llevarla a casa, pero estaba rabiosa y tuve que irme, no podía ni mirarla a la cara, o me habría echado atrás, iba bastante borracho.

—Dios, qué cagada más grande —dijo Axel cruzando las manos en la nuca después de habérselas pasado por el pelo.

—Sí. No calculé las consecuencias a largo plazo, solo sabía que si no lo cortaba por las malas sería imposible alejarme una segunda vez. Pero bueno, no sirvió de nada, otro ocupó mi puesto y se la zumbó igualmente, era su plan de esa noche —dijo enfadado.

—Te equivocas. Fui a verla al día siguiente de que Alberto fardara de haberse acostado con ella. Por cómo lloraba, cómo me abrazaba y lo triste que estaba, sé que en el fondo no quería hacerlo. La conozco, para ella fue traumático, además era su primera vez... pero entre la borrachera y el despecho... No supo pararlo.

—¡Me cago en todo, Axel! No me digas eso... —dijo Leo horrorizado.

—Creo que sí... No se resistió... pero no quería hacerlo.

Leo se quedó en silencio. Su cara volvía a ser la del día anterior por la mañana. La culpabilidad lo arrasaba todo en él, la confusión se clavaba en sus ojos, y la opresión en el centro de su pecho era casi visible. Axel se sintió mal por él, por ellos, por años y años de malentendidos y rencor.

—Y yo tratándola como a una fresca... —dijo Leo con las manos en la cabeza.

—No te tortures con eso, lo importante es qué vas a hacer ahora.

—¿A qué te refieres? No voy hacer nada, me odia.

—¿Y tú, qué sientes por ella?

Leo le miró un instante y apartó la vista enseguida. Sus ojos habían mostrado una vulnerabilidad que no había visto nunca en él mezclada con confusión y cierta reticencia. Ahora que le prestaba atención, entendía lo que le ocurría a Leo en presencia de Zoe. Su cuerpo le decía una cosa y su mente otra. Solían mantener las distancias, pero en la última semana el roce había sacado a la luz el cariño que su cuerpo tenía por ella. Sobre todo cierto apéndice que la recordaba con ilusión.

—No estoy cómodo hablando contigo de esto, eres como su hermano.

—También soy como el tuyo.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué me muero por tirármela? No es muy agradable de escuchar.

—Tú puedes tirarte a quién quieras, ¿por qué a ella? ¿Es una espinita

clavada?

—Puede. Más bien es cómo una jodida obsesión... —resopló.

—O puede que sientas algo por ella —sonrió Axel convencido.

—¡Qué va! No, no es eso. Ninguna otra mujer me pone de tan mala hostia, te lo aseguro. Y me trata mal, ¿cómo va a gustarme?

—Porque en el fondo conoces su lado bueno y te encanta.

—Para nada, no me gusta. No creas que no he intentado muchas veces ir de buenas, pero es imposible, ¡a la mínima muerde!

—Los animales muerden cuando se sienten atacados.

—Te perdono que la defiendas, pero me toca los cojones ser siempre yo el malo porque ella es un ángel con los demás. ¡Yo soy igual con todo el mundo! A partir de ahora voy a tratarla normal, y verás cómo es ella la que siempre está en pie de guerra. Es insoportable, pero no puedo evitar que me ponga burro —se disculpó.

—De acuerdo, vamos a comprobarlo, estaré atento —sonrió Axel maquiavélico.

Eso es lo único que quería de Leo, que no entrara al trapo con ella, el resto llegaría solo. Si Zoe se enteraba de que aquel día se había ido de la fiesta para protegerla de sí mismo se derretiría, y algo le decía que las cosas se estaban abriendo camino a pesar de todo, y que dicha información solo sería el empujón final en el momento indicado. Era mejor que ella se enterara por boca de Leo y no por la suya.

—Dime una cosa —dijo Leo de repente—. ¿Tenías pensamiento de liarte con Naia antes de dejar a Bea, o la idea ha surgido después?

Esa era una pregunta que había apartado de su mente durante días intentando buscar una explicación de por qué le estaba afectando tanto estar con ella. ¿Era algo más que una aventura? Quizá fuera algo que había ido haciéndose grande en su interior a escondidas para después explotar una vez había entrado en su organismo, o quizá era solo fruto de su maldito romanticismo. Fuera lo que fuera, no iba a pillarse los dedos respondiéndole a Leo algo, de lo que ni él mismo estaba seguro todavía.

—Fue Zoe la que me animó a empezar a salir con alguien...

—Yo también te dije que necesitabas echar un polvo, pero no me refería a Naia, es uno de los nuestros...

—La noche que las chicas salieron juntas Zoe me dijo que Naia acababa de romper con alguien, y que estaba buscando una distracción,

algo fácil, solo sexo sin complicaciones.

—¿Naia? ¿Sexo sin complicaciones? No le pega nada... Eh, que me encanta encontrarme a una chica en esa circunstancia, es cuando más receptivas están a disfrutar del sexo abierto y sin tabúes, pero ella no tiene pinta de estar en ese punto para nada.

—Me pareció lo ideal, yo ahora no estoy para nada más. Y cuando la vi disfrazada de la Sirenita... buf, lo reconozco, no pude resistirme.

Ambos se rieron relajados por fin y brindaron con sus copas.

—Me alegro de que estés disfrutando —dijo Leo.

—Ni te lo imaginas...

—Eso está bien, pero ten cuidado, eso de que “no estás para nada más” no se elige... y si la cosa termina, procura hacerlo con estilo, no queremos perderla en la agencia, es una joya.

En ese momento, Axel tuvo un flash de cómo se sentiría cuando terminara, y le sobrevino una mala sensación que intentó empujar hacia lo más hondo de su ser.

—Tienes razón... Esta mañana en la Sala Royal tenías que haber visto cómo se ha enfrentado a Iván por un problema con el pedido de las bebidas. Me la he imaginado con un traje de plástico negro, un látigo y unas esposas, me he puesto como loco.

—¿Y cómo has conseguido relajarte? —preguntó Leo pícaro. Sin duda era la voz de la experiencia.

—Haciendo una visita corta a la sala de máquinas —dijo Axel con una sonrisa vergonzosa.

—Ah sí, ese cuartucho es muy útil.

Los dos volvieron a reírse a carcajadas. Axel sintió que su relación con Leo acababa de pasar a otro nivel. Por primer vez estaban hablando de sus líos, uno con Zoe y el otro con Naia. Se dio cuenta de que nunca había podido hacer eso en toda su vida. Comentar estas transgresiones con novia no hubiera tenido ni la mitad de gracia, y tampoco se dio el caso porque nunca tuvo la necesidad de comentar que lo que estaba viviendo era increíble. Eso le hizo caer en la cuenta de algo.

—Quiero que sepas, que a mí también me parece bien si alguna vez te tropiezas, te caes encima de Zoe y acabáis follando. Los dos sois mayorcitos, no soy quién para decir nada, y sé que ha estado con tíos muy gilipollas, prefiero que folle contigo que con cualquier otro tarado.

Leo pareció avergonzado por un instante, y respondió un escueto “Eso no va a pasar, pero gracias” en un tono que indicaba que le parecía algo muy remoto. Axel cambió de tema por no contradecirle.

—Tengo una noticia.

—Yo otra.

—Tú primero.

—La mía concierne a César.

—¿Qué ocurre? —preguntó Axel preocupado.

—Nada grave, cuéntame tú primero.

—Había quedado con Laura Hernández en la fiesta y hemos llegado a un acuerdo sobre CXL Bridal. Desde este momento está en marcha —sonrió orgulloso.

—¡Toma ya! —exclamó Leo chocándole la mano.

—A ver si entra a tiempo la boda de Andrea.

—¿Se lo has dicho ya a Naia?

—No. Quería quedar con ella ahora, pero no podía. Se lo diré mañana, cenaremos juntos.

—Me imagino cómo te lo va a agradecer...

—No lo hago por eso, y lo sabes. Creo que es perfecta para que dirija ese departamento.

—Sí, lo sé, pero ¿lo saben los demás? La gente habla.

—¿Qué me ibas a contar de César? —dijo Axel cambiando de tema.

Leo resopló cómicamente y procedió a contarle su hipótesis teniendo en cuenta todo lo que había sucedido entre su amigo y el policía, desde la noche que fueron juntos a investigar al Sputnik días atrás hasta los hechos de la noche anterior en ese mismo sofá. Cuando llegó a esa parte, Axel pegó un saltó como si le quemara el culo mirando el hueco alucinado. Leo solo pudo morirse de risa.

31

UNA PAREJA DE TRES

Había madrugado para ser domingo. Me parecía una locura estar a punto de tocar el timbre de casa de Axel antes de las doce del mediodía, pero no podía esperar más para empezar con el plan “Salvar a Martina”. Y antes de notificar al mundo que me casaba, debía hacer dos cosas: cortar la relación con el chico con el que tenía una cita esa misma noche, y proponerle matrimonio a otro en el mismo espacio de tiempo que debía llevarse a cabo dicha cena.

Monstruoso.

Toqué el timbre usando mi conocida maniobra de la tiritita, cuanto más rápido y menos lo pienses, mejor. Oí ruidos al otro lado, pero cuando la puerta se abrió no vi a nadie, hasta que bajé la cabeza y la vi. Era Adriana.

—¡Es la Sirenita! —gritó la niña encantada.

Tres, dos, uno, iniciando ataque al corazón. Esto no estaba previsto.

—Hola guapísima —dije sin remedio.

Axel apareció en la puerta con una cara que me dejó claro que le parecí una auténtica pirada.

—Hola Naia —consiguió decir cortado. Quise echar a correr y negar que aquella visita hubiera tenido lugar.

—¡Hola! Lo siento, no pensé que podías estar... ocupado. Quería hablar contigo... yo...

—No estoy ocupado —dijo rápidamente—. Hoy tengo a Adriana hasta las ocho.

—¡Sí! ¡Vamos a pintar y a jugar a las cabañas! —gritó eufórica la niña.

—Pasa —dijo Axel con una sonrisa amable.

—No, no quiero molestar. Ya hablaremos esta noche, no hay prisa.

—Si no has esperado a esta noche será que tenías prisa ¿no? —dijo Axel sonriente.

—Bueno... —dije titubeando—. Puedo esperar, en serio, pasadlo muy bien.

—¿No te quedas? —preguntó la voz infantil más triste del mundo acompañada de un puchero.

Me agaché hasta Adriana y le acaricié la barbilla.

—Otro día, ¿vale, preciosa?

—Pero hoy vamos a hacer galletas... —dijo ella como si fuera lo más importante del mundo. Esa frase me afectó de un modo metafísico. Yo mejor que nadie sabía lo importante que podía ser hacer galletas. Miré a Axel y vi en sus ojos un atisbo de compasión quedándome claro que recordaba la historia que le había contado.

—¿En serio? ¿Galletas? ¡Entonces no puedo perdérmelo! —dije cediendo a un chantaje emocional inexistente, pero muy real para mí.

—¡Yupi! —gritó la niña abrazando a su padre.

—Cielo, ve a lavarte las manos. Mientras, nosotros vamos a preparar todo en la cocina. Súbete a la banqueta y recuerda secarte las manos y apagar la luz —ordenó Axel. Su hija salió corriendo gritando y celebrando que lo iba a hacer ella solita.

Entré en el apartamento y cerré la puerta.

—Lo siento mucho, no podía decir no a hacer galletas... —expliqué.

Axel sonrió.

—Yo no lo siento. Me alegro de que estés aquí, quería haberte visto anoche —dijo acercándose a mí y cogiéndome de la cintura. Impulsivamente coloqué las manos en sus brazos frenando su avance, pero no me soltó. Su olor corporal fundió mis ideas por un momento, y fantaseé con darle un beso de película, pero de algún modo, él notó mi reticencia.

—¿Por qué has venido exactamente? Quiero saberlo —dijo mirándome los labios prediciendo un beso con una sonrisa canalla.

No sabía qué contestar. Obviamente con el panorama que me esperaba no iba a decirle la verdad en aquel instante, la otra opción era retrasar lo inevitable un par de horas y estrellarme en sus labios.

—Me quedé con ganas de ese beso de buenas noches, y venía a por él —dije sin pensar. Él soltó un gruñido suave.

—Aquí lo tienes —y me besó. Fue como zambullirme en aguas termales en mitad de una ventisca. Cálido, profundo, suave, lo sentí en todas las terminaciones de mi cuerpo.

Cuando el ruido infantil se acercó, me soltó y tardé en reaccionar. Esto era, ni más ni menos, a lo que tenía que renunciar, e iba a hacerlo, aunque me costara mi alma.

Axel parecía relajado y feliz mientras hacíamos la masa. Yo, sin querer evitarlo me puse de harina hasta las cejas, al fin y al cabo era la gracia de hacer galletas. La niña disfrutó muchísimo y yo pude descubrir a Axel en su faceta de padre. Era más payaso de lo habitual pero metódico e imperativo cuando la situación lo requería. Un par de veces le pillé mirando mi vestido blanco ibicenco de tirantes, pero estaba más bien concentrado en su hija. No sabía qué ropa debía ponerme para ir a romper con alguien, nunca lo había hecho, pero las miradas hacia mi escote me hacían pensar que no era una buena idea mostrar con tanta alegría algo que a continuación iba a comunicar que no estaría permitido tocar más. Anotado.

Además, esas miradas abrasadoras también me desconcentraban a mí de la misión principal, deseando llevar esa conversación por otros derroteros. En uno de esos derrapes, mientras metíamos el dedo en el cuenco probando cómo de dulce había quedado la mezcla, le cogí el dedo a Axel y chupé la punta a la voz de “A ver cómo sabe...”. Sus pupilas se dilataron mientras seguía el lento movimiento de mi boca, y por unos segundos no oyó como su hija le llamaba hasta que la pobre le tocó el brazo.

Cuando las galletas estuvieron en el horno, me quedé limpiando y recogiendo la cocina mientras Axel aseaba a Adriana en el baño ya que tenía restos de galleta hasta en las orejas.

—En media hora estarán listas, ¿qué hacemos mientras tanto? — pregunté picarona.

En la traviesa mirada de Axel vi la contestación de lo que le gustaría hacer a él en esa media hora, reprimí una sonrisa y miré a Adriana.

—¡Ahora hay que hacer la cabaña! ¡Luego nos comemos las galletas dentro! —contestó la niña.

Su padre sacó un montón de toallas y mantas de un armario y comenzó a explicarme cómo montaban las cabañas apoyándolas en sillas, o contra algo para lograr hacer un techo. Al final, usamos el respaldo del sofá junto con sillas y unas piezas de gomaespuma que serían el suelo del escondrijo. Había palos de escoba y pinzas sujetando el textil, era todo muy imaginativo.

En ese momento, el horno pitó y Axel se ofreció a ir a buscar las galletas para colocarlas en una bandeja y traerlas a la cabaña.

—Mi papá me quiere mucho —me informó Adriana cuando nos quedamos solas.

—Claro que sí, cariño —dije acariciándole el pelo.

—¿Y tú?

—Yo también —le contesté inocentemente.

—¿Tú a mi papá? —preguntó curiosa.

Madre mía, ¿es que una mujer es cotilla de principio a fin de su vida?, pero era una niña, y a los niños hay que decirles la verdad.

—Yo a tu papá también.

—Entonces yo también te quiero mucho. Y a mamá.

Menuda lógica aplastante. Parpadeé sin saber qué decir, dentro de la cabaña estaba bastante oscuro y no veía bien su expresión, pero juraría que estaba sonriendo. Puede que tuviera un jodido don con los niños... Axel apareció con las galletas y empezó a repartirlas.

—Un beso —pidió la niña cuando su padre le dio la galleta. Por lo visto, le habían enseñado que cuando alguien le daba un regalo o una ofrenda, tenía que agradecersele con un beso. Se lo dieron en la boca, como hacen muchos niños a esas edades.

Axel me dio una galleta y la niña me indicó que también debía darle un beso a su padre. Le miré, y él me sonrió lobuno. Empecé a acercarme a él con aire inocente y dejé un casto beso en sus labios bajo la atenta mirada de su hija. Axel parecía encantado con la pequeña simbiosis que formábamos, sobretodo cuando nos tumbamos en la gomaespuma y la niña dijo emocionada que estaba guay estar allí los tres.

De repente me di cuenta de que estaba obrando mal. ¿Qué coño estaba haciendo? ¿Quería decirle a ese hombre que nuestra magnífica aventura se había terminado y a la vez estaba demostrándole lo fácil que sería jugar a papás y a mamás conmigo?

Me incorporé y salí de la cabaña. Axel se dio cuenta de que algo me pasaba.

—¿Quieres pintar? —oí que le preguntaba a su hija.

—¡Sí! —gritó ella.

—Coge tus pinturas y ponte en esa mesa, cariño —dijo señalando la zona del sofá. La niña obedeció y Axel se acercó a mí depositando la bandeja de las galletas en la barra de la cocina. Yo había aprovechado para subirme a uno de los taburetes. No tenía ni idea de qué decirle para

cortar lo que teníamos y poder seguir de manera normal en el trabajo. El plan era ignorar la atracción y soportar que él pronto enfocara sus atenciones en otra, tenía que hacerlo.

—Axel yo...

—Espera, no digas nada. Soy perfectamente consciente. Esto es un error.

Me quedé inmóvil, no podía ser tan fácil. Guardé silencio y esperé a que continuara, como no lo hizo, le animé.

—Bien, sigue.

—Que te quedaras a jugar ha sido divertido, pero no quiero que Adriana se lleve una impresión equivocada.

¿Equivocada? Aunque fuera a cortar con él, eso hacía pupa. Era una forma elegante de decir que yo era lo que era y no algo tan serio que mereciera jugar con su hija.

—Ajá.

—Adriana está ahora mismo asimilando una nueva situación y no quiero confundirla con nada. ¿Lo entiendes?

—Sí, en el rato que has ido a por las galletas ya ha hecho su sinopsis. Me ha dicho que tú la quieres y me ha preguntado si yo te quiero a ti, ergo ella me quiere a mí.

—Joder... —dijo pasándose la mano por el pelo—. A eso me refiero, no quiero que se haga ideas en la cabeza que después haya que explicarle y se lleve desilusiones. La conozco, y noto que está alucinada contigo, tengo que protegerla.

—Lo entiendo, es mejor que me vaya... —dije dolida.

—Su padre ya está perdido, pero a ella aún puedo salvarla de tus encantos... —dijo vergonzoso.

Me hubiera encantado echarme a sus brazos y fabricar otro hijo en esa barra americana para que a Adriana no le cupiera duda del lugar que yo quería ocupar. Pero había que frenarlo *ipso facto*. No iba a darle vueltas a su última frase por el bien de mi cordura.

—Axel... —sonreí con pena, y supe que el hombre inteligente que había en él no necesitaba más que ese tono para saber que se acercaba el final. En el fondo nos conocíamos y estas cosas lo demostraban.

—No, por favor... —dijo él bajando la vista al suelo, después volvió a mirarme y aguantó el tipo para escuchar lo que tenía que decirle.

—Axel... sabes que me gustas mucho... pero notas igual que yo que esto se nos está yendo un poco de las manos... trabajamos juntos, y además te tengo mucho aprecio, no quiero que nos hagamos daño... Y ahora mismo ninguno de los dos está en disposición de ir a más, sin embargo, está yendo a más a pasos agigantados.

No se cómo lo logré, pero lo que dije era completamente cierto. Ayer sí, pero a día de hoy yo no era libre para amarle, y él acababa de divorciarse muy recientemente y había una hija que formaba parte de su vida y a la cual no podía imponerle algo así tan pronto, sería un lío para ella.

—Tienes razón... sé que la tienes. Pero mi cuerpo no quiere obedecer a mi cabeza.

Esa era otra gran verdad. Aunque me pareció que cuando quiso decir “mi cuerpo” quería decir “mi corazón”, y me deprimí todavía más.

—Lo siento Axel, creo que es mejor que lo dejemos aquí, de momento.

—¿De momento? —dijo confundido—. Las cosas no funcionan así, me parece un sufrimiento gratuito.

—Es cierto, lo mejor sería intentar olvidarlo y dedicarnos a otra cosa, establecer otra vez la normalidad entre nosotros y que cada uno siga con su vida.

Cuando dije eso pareció desolado, pero acto seguido cambió su expresión y como un robot que acciona un botón dijo resuelto:

—Vale. Volvamos a la normalidad. Una noche como hoy, —dijo mirando hacia su reloj—, domingo dieciocho de septiembre de dos mil dieciséis sin duda te llamaría y te ofrecería quedar a cenar a modo de reunión de trabajo—dijo con determinación—. Tengo algo muy importante que hablar contigo.

Si me pinchaban no sangraba. ¿Iba a despedirme?

—¿Qué? —dijo anonadada.

—Que lo nuestro ha acabado, fuera lo que fuera. Entendido, pero necesito quedar a cenar contigo para hablarte de un tema de trabajo. Son buenas noticias —repitió sin mácula con un chorro de voz que no tembló en ningún momento.

—Vale... —logré articular—. ¿A las nueve?

Él sonrió triunfal.

Me fui de su casa no muy segura de cómo debería sentirme. No parecía muy afectado, todo había sido facilísimo. Pero después de esa decisión esperaba poder pasar semanas viéndonos lo menos posible y pasando el mono comprándome un consolador, no yendo a cenar con él para celebrarlo. Tenía que resetear y concentrarme en que esa noche iba a ir a una reunión de trabajo. También debería plantearme lo del vestuario. Para la cena iba a ponerme otra vez el vestido del viernes del rescate, pero ahora no lo veía adecuado y tampoco me lo parecía ir en vaqueros por esa regla de tres.

Axel caminaba despacio hacia el trabajo aquella mañana de lunes. En su mente rebotaba una sola frase que había dicho Naia la noche anterior en el frenesí del intenso orgasmo que, tal y como esperaba, tuvo lugar después de una interesante cena: “Esto no puede volver a pasar, voy a casarme”.

Cuando ella le dijo por la mañana que sería mejor dejarlo ahí, sintió un profundo desasosiego que su cuerpo resolvió instaurando un estado de negación y reconquista en todo su sistema. Le parecía lógico que se hubiera asustado al compartir tiempo con Adriana, al fin y al cabo, ella no estaba buscando nada serio y las cosas ya estaban yendo lo suficientemente rápido sin meter momentos platónicos con la niña por el medio.

La atracción entre ellos era innegable, y después de la frustración de no verla el sábado y el calentón durante las galletas del domingo, no podía de repente asimilar que debía renunciar a ella. En cuanto la vio aparecer con un vestido negro con forma de campana, de manga francesa, por el cual se asomaba un cuello de camisa blanco y unas botas de media altura rojas a juego con sus labios, supo que no podía zanjar el asunto sin estar dentro de ella una vez más.

Era cierto que tenía una buena noticia que darle, la expansión de la agencia hacia las bodas suponía un reto, y desde el principio había pensado en ella para que dirigiera ese departamento. Fue la excusa perfecta para volver a verla esa misma noche. Hasta ese momento la imposibilidad de comportarse de un modo más cercano que ser meramente profesional le estaba poniendo de los nervios, porque no paraba de pensar que esa misma mañana, si Adriana no hubiera estado en casa, le habría arrancado ese vestido blanco a mordiscos.

Él enfocó la cena al tema de CXL Bridal y notó que ella enseguida bajaba la guardia.

—Creo que eres perfecta para el puesto —dijo él resuelto acercándose una copa de vino a los labios.

—¿En serio? ¿Yo? —dijo incrédula—. Pensaba que ibas a

despedirme...

Axel casi escupe el líquido al oírla, después comenzó a reírse.

—¿Pero qué dices?! ¿Cómo voy a hacer eso con la mejor ayudante que he tenido nunca? Es más, estás muy por encima de eso, ese puesto se te ha quedado pequeño.

—Bua... —contestó vergonzosa y alucinada—. No me lo esperaba.

—¿Por qué? Eres trabajadora, eficaz, puntual, ingeniosa, ordenada...

—¿Crees que soy todas esas cosas?

—Sí. Y también amable, inteligente, divertida, y prefiero no meterme en el terreno físico porque esa lista es aún más larga y tampoco viene a cuento...

Naia no sabía dónde meterse. Notó que tenía las mejillas encendidas.

—Te está saliendo un sarpullido... ¿Tienes intolerancia a los piropos?

—Creo que sí, y más viniendo de ti.

—¿Qué más da lo que yo piense? Solo soy tu maltrecho jefe que de ahora en adelante está castigado sin tocarte nunca más —dijo irónico.

Naia levantó las cejas hasta el límite del pelo y después soltó una carcajada nerviosa.

—Mira que eres tonto...

—Sí, estoy muy tonto... —dijo lanzándole una mirada seductora. Ella no podía disimular su dicha, y se le daba muy bien poner cara de alguien que está a dieta y mira con codicia un pastel de chocolate.

Le acompañó a casa puesto que le fue a buscar en su coche para ir a cenar a un sitio precioso que quedaba a las afueras. Se dirigió a la puerta del garaje ya que sabía el camino hasta ella por la otra noche. Paró el coche y le miró risueña. Él quería rogarle que subiera, hubiera vuelto a cambiar de sofá si así hubiera podido convencerla, pero no hubiera sido creíble.

—Hasta mañana Axel —dijo ella mirándole intensamente con sus ojos ámbar.

Dios... eran hechizantes.

—¿Me das dos besos, o tengo que rogártelos? —dijo él con cara de bueno.

—No me fío de ti... ¿No intentarás nada? —dijo con guasa.

—No pienso contestar a eso sin que mi abogado esté presente.

Ella se rió y se acercó a él poniendo la mejilla.

—¿Puedo elegir yo dónde dártelo? De cuello para arriba, sin tonterías raras.

—¿Y esto no te parece una tontería? —sonrió ella divertida.

—Es que estoy un poco tonto ya te lo he dicho, y me gustaría dártelo aquí... —dijo él llevando sus labios a la unión de su cuello y su hombro. Para llegar ahí le echó el pelo hacia atrás y le sujetó de la nuca. Ella cerró los ojos y suspiró, pasaron varios segundos hasta que Axel volvió a moverse y le sostuvo la mirada sin llegar a soltarla de su amarre.

—¿Y el otro... dónde quieres dármelo? —preguntó temblorosa.

—Creo que ya lo sabes... —dijo él lanzándose a sus labios. No podía ser de otra manera. El asalto fue tierno pero feroz al mismo tiempo. Los sonidos que escaparon de la boca de Naia: sorpresa, deseo, ganas, le alentaron para convertir el beso en algo más antes de que ella lo cortara diciendo algo como “dejémoslo aquí”. Le desabrochó el cinturón y tiró de ella para ponérsela encima ocupando el asiento del copiloto. No dejaron de besarse en ningún momento, ella parecía perdida en sus besos, así que aprovechó para bajar la mano y accionar la marcha atrás en el asiento para ganar espacio.

—Quiero sentirte por última vez, ¿es mucho pedir? —dijo él metiendo la mano por debajo de su vestido y recorriéndole el muslo desnudo.

—Joder Axel... ¿Y ahora esto quién lo para? —jadeó ella pegándose a él y besándole con todas sus ganas. Él soltó un quejido ronco. No iba a ser voluntario, y para demostrarlo le levantó el vestido hasta la cintura y le arrancó las bragas rompiendo uno de los lacitos que palpó en un lado. Ella al notarlo, se descontroló y le empezó a desabrochar el pantalón. Entre los dos lo bajaron lo suficiente para liberar su miembro. Ella lo acarició con su mano mientras no dejaban de besarse.

—¿Notas lo duro que me pones?

—Sí... —contestó ella cogiéndola y facilitando el camino hasta su interior. Se elevó un poco y se dejó caer encajando a la perfección. Ambos gimieron—. ¿Notas lo mojada que estoy?

—Joder, sí... —respondió al enterrarse en ella hasta el fondo.

El acto fue frenético desde el principio. No hubo tiempo para nada más, ella botaba con un movimiento salvaje bombeándolo en cada envite y lanzando gemidos al aire. A ninguno de los dos parecía importarle que estuvieran en medio de la calle, aunque un domingo a esas horas, no se

veía ni un alma. Imprimía un ritmo implacable que le hacía pensar que estaba cerca y al sentir que se corría él también, recordó que no se había puesto el condón. Con lo responsable que había sido siempre, ¿cómo se le podía ir tanto la cabeza ahora?

—¡El condón! —maldijo él metiendo una mano en su bolsillo. En diez segundos lo tenía puesto y la acercó de nuevo a él viendo que tenía la mirada enturbiada.

—Sigue pequeña, ¿estabas cerca?

Ella se encajó de nuevo y comenzó a moverse algo más lento que antes, tenía los ojos cerrados.

—Estaba tan cerca que no me importaba nada de lo que sucediera.

Él no pudo contener una palabra soez que les puso de nuevo a cien por hora. Los jadeos reinaron hasta que los dos se corrieron a la vez desencadenando uno el orgasmo del otro. Y en cuanto todo terminó, solo sintió deseos de comenzar de nuevo. El descontrol que alcanzaban estando juntos era un hecho preocupante que sobrevolaba sus cabezas en ese momento, así que no le dio importancia cuando escuchó la primera frase: “Esto no puede volver a pasar”. Bien lo sabía él, aunque se lo repitió a sí mismo la primera vez que lo hicieron sin protección y de poco había servido. Sin embargo fue la segunda frase la que casi le provoca un síncope: “Voy a casarme”.

—¡¿Qué?! —exclamó aún dentro de ella.

Naia pareció lamentarse.

Estuvo en silencio unos segundos que se le hicieron eternos mientras su mente repetía: casarse, casarse, casarse. Finalmente habló cabizbaja.

—Te he mentado, no corté con mi novio porque se fuera del país, sino porque me pidió matrimonio. Tuve miedo, y ahora me estoy replanteando decirle que sí.

Axel pensó deprisa: “¿Quién era él? ¿Cuánto tiempo llevaban para que le pidiera eso? ¿Vivían juntos?”

—¿Es el chico con el que vives?

Ella pareció pensarlo un momento.

—Sí. Aún vivimos juntos, nos estamos dando un tiempo... Tenía miedo. Pensaba que lo tuyo iba a ser algo puntual, pero...

—¿Así que querías tener una última aventura con tu jefe antes de casarte? —preguntó disgustado.

—Algo así...

—Entiendo —dijo él instándola a salir de encima suyo. Estaban en una postura demasiado íntima para discutir. Ella volvió al asiento del conductor mientras él se subía la ropa de nuevo—. Gracias por ser tan franca, me estaba emocionando demasiado. Al fin y al cabo, eres la primera chica con la que estoy después de mi mujer, no he sabido gestionarlo. Pero vendrán otras, ya aprenderé.

Estuvo feo decir eso, pero estaba furioso. Ella pareció dolida al escucharlo, pero no hizo caso a esos ojos que parecían sufrir por él. Abrió la puerta del coche y se giró apoyándose en ella.

—Hasta mañana Naia. Una vez cerremos la fashion week te pondrás a tope con las bodas, queremos intentar que entre a tiempo la de Andrea el sábado 1 de octubre, ve echándole un vistazo. Nos vemos —dijo cerrando la puerta sin darle tiempo a contestar. Se alejó del coche sereno como un volcán instantes antes de explotar. Entró por una puerta lateral del garaje, y cuando se cerró, se quedó apoyado en la pared devastado. “Que me quiten lo bailado”, fue lo primero que pensó revolcándose en su orgullo herido. Herido por que a fin de cuentas el único que había sentido una conexión brutal entre ellos había sido él, ella más bien había hecho sus comparaciones y decidido que quería continuar con lo que tenía previamente. No podía evitar sentir que había sido como una prueba, y que no la había pasado. Por primera vez experimentó el zarpazo del desengaño al pensar que Naia no era todo lo que parecía ser. Arrastró la decepción hasta casa y se duchó para librarse de su olor. Un olor que le costaría una temporada quitarse de la cabeza, pero lo intentaría a toda costa por el bien de todos.

Llegó a la oficina y sus piernas le condujeron hasta su despacho. Nada más entrar, el dichoso olor hizo acto de presencia y se maldijo: “¿Pero qué jodido champú usa?”. ¡Parecía un puto Cullen!... Volvió a salir de su cubículo y se dirigió al de Leo, pero al ver que estaba vacío varió el rumbo hacia el de César. Dentro estaba Jorge y se acercó con intención de entrar, pero se quedó clavado en el suelo al oír la conversación que estaban manteniendo.

—No sabía que fueras bisexual... —masculló César.

—¿Por qué te fuiste así de casa de Leo?

—¿Eres bisexual? —contestó César.

—¿Eres gallego?

—¿Qué?

—¿Por qué respondes a una pregunta con otra?

—¿Eres bisexual? —volvió a preguntar César.

Jorge puso los ojos en blanco.

—¿Y a ti qué te importa?

—Exacto. Esa es la cuestión, aún sigo intentando responder a eso, pero... ¿Lo eres?

Jorge guardó silencio. Axel se lamentó por convertirse oficialmente en el tío que escucha detrás de las puertas, pero se le hizo imposible despegarse. Aquello le parecía demasiado gordo.

—¿Por qué me preguntaste si quería follarme a ese tío? —continuó César curioso.

—Porque lo vi en tus ojos.

—¿Qué viste?

—Anhelo —respondió Jorge esquivo.

—No tengo la culpa de que verte follar sea una maldita inspiración.

Jorge tragó saliva. El pobrecito estaba descubriendo realmente el poco sentido que tenía César de la vergüenza, la ironía, o la sutileza. Para él todo era blanco o negro.

—Por si no te has dado cuenta, me tienes un poquito impresionado —explicó César—. Con tus interrogatorios, tus camareras, tus palizas de cuatro en cuatro y ahora la presa que elegiste en el triplete. Dime, ¿fue otro de tus truquitos, o es que eres bisexual?

Axel retrocedió por donde había venido, decidió que no debía escuchar más de aquella conversación. Miró la hora y vio que quedaban todavía veinte minutos para la reunión. ¿Dónde podía esconderse para no tropezarse con Naia? Sintió que volvía a tener diez años. ¿Por qué le importa tanto esa chica?! Finalmente, se dirigió a la sala de reuniones y la encontró vacía. Cerró la puerta y se sentó a esperar a que la gente apareciera a cuentagotas. Con la suerte que tenía, su ayudante aparecería la primera.

Jorge entró en la sala de juntas a falta de cinco minutos para la hora de la reunión y le sorprendió encontrar allí a Axel. En realidad a penas le

conocía, pero tenía muy presente lo que Naia sentía por él. Sin embargo, él tenía sus dudas de lo que un tío recién divorciado buscaba en una chica como ella. La gota que colmó el vaso fue cuando la noche anterior, ella le contó lo que había tenido que hacer para alejarle, porque aunque había intentado hacer las cosas por las buenas, no le había quedado otra opción si quería seguir adelante con la operación “Salvar a Martina”. Esa niña... Él sabía lo importante que era para ella, era su familia, como si se tratase de una hermana o una hija, y haría cualquier cosa por ella, incluso sabotear su idónea relación con Axel. El pobre hombre no tenía muy buena cara, más o menos como la que se le quedó a él cuando le expuso el problema y le preguntó si tendría la amabilidad de casarse con él.

—Si quieres me pongo de rodillas —dijo Naia en broma, pero con preocupación en los ojos—. Sé que te pido mucho, pero no veo otra salida, y tu situación es perfecta, bueno... tú nunca vas a poder casarte de cara a la galería con alguien a quien ames por tu trabajo, en poco tiempo estaríamos divorciados, y ya vivimos juntos... No sé, lo vi claro, pero es tu decisión... Te compensaré económicamente cuando cobre, como lo haría con cualquiera, pero contigo sería todo tan fácil... —dijo suplicante.

—¿Qué dices? ¡No quiero ninguna compensación económica! Por ti haría lo que fuera, ya lo sabes, el problema radica en que lo que vamos a hacer es ilegal. Si por lo que sea se descubre, podría perder la placa, y es lo único que tengo en esta vida.

—No digas eso, me tienes a mí. Y no vas a perder la placa. Nos conocemos mucho, te quiero con locura y salvando el tema sexual pasaríamos por una pareja. Es Martina... Sé que es un delito, y que es muy injusto que te lo pida, pero... no tengo a nadie más, voy contra reloj, y...

—Está bien, lo haré —dijo acercándose a ella y abrazándola.

—¡Gracias, gracias, gracias! Te quiero, te quiero, te quiero. ¡Eres el mejor!

Él se rió.

—Y tú una lianta. ¿Cómo se te ocurre decirle eso a Axel cuando aún tenía su chorra dentro de ti? —dijo con una sonrisa.

La miró a los ojos y cambió su cara cuando vio la de ella. Naia se desmoronó contra su pecho apretando los ojos con fuerza y aguantando un torrente de lágrimas que terminó en un sollozo profundo y desgarrador.

—Ha sido horrible... —farfulló ella—. Si hubieras visto cómo se ha despedido de mí... Parecía muy dolido —se lamentó—. Pero he tenido que hacerlo. Le había dicho por la mañana que se había terminado, y horas después estábamos de nuevo perdiendo el control, ¡copulando como dos animales en celo! ¡No puedo resistirme a él! Tenía que alejarle...

—¿Por qué no le dices la verdad?

—¡No puedo! ¿Crees que no he pensado en todas las posibilidades? ¡Axel es una buena persona! Cuando se entere de lo de Martina, con lo pillados que estamos ¡lo más probable es que él mismo se presente voluntario! No puedo cargarle con esa responsabilidad —a Jorge le dio rabia ver una vez más lo mucho que se infravaloraba—. Su vida ya es suficientemente complicada. ¡Acaba de divorciarse hace un suspiro! Hoy he estado con su hija y lo he visto todavía más claro... ¡Le conozco! cuando quiere es como una puta ONG y yo no puedo permitir que se complique así la vida por mí, ¡tengo que protegerle de sí mismo! Que se casara conmigo sería... —dijo ella negando con la cabeza—. Él no me quiere, estamos en el frenesí de la relación y entiendo cómo se siente, pero esto es un tema demasiado serio para dejarlo en manos de un sentimiento basado en un calentón, y hay mucho dinero de por medio, podría destruirlo todo. Imagínate nuestra primera discusión... que nos entendamos en la cama no significa que lo vayamos a hacer en otros ámbitos, sé que el daño que vería en sus ojos por obligarle a comportarse como un caballero cuando las cosas se pongan feas sería más de lo que podría soportar... Sería tan doloroso. No puedo decirle: tengo que casarme, elige. No puedo forzarle así..., sería matar nuestro amor en el acto. Además es ilegal, es... un follón en el que no puedo mezclarle... Y Jorge... ¡Lo conozco hace cinco minutos, joder!

—Lo entiendo, pero darle a entender que ha sido un escarceo es de muy mal gusto, ¿no había otra manera más diplomática de cortar?

—En ese momento lo he visto claro... Él va a seguir detrás, tenía que alejarle, porque si él sigue detrás, yo caigo, y caeré una y mil veces. Es peligroso... En cuanto me ponga en contacto con los abogados vamos a estar vigilados. Lo sé, conozco a mi hermano, es muy retorcido. Cuando he soltado sin anestesia que iba a casarme, y me ha preguntado si vivimos juntos toda la historia ha hecho click en mi cabeza y la mentira se ha vuelto un monstruo gigante, lo siento, todo cuadraba... Esto estropea tu

plan de liarte con César, ni con nadie durante una temporada.

—¿Qué pasa, que hoy en día los maridos no se van de putas? Digo ¡de putos! —se rió Jorge. Naia le atizó en la cabeza.

—Al menos podré hacerme una buena despedida de soltero si voy a estar a pan y agua, ¿no? —continuó la broma.

Naia sonrió a pesar de todo, pero después se puso seria.

—Esto va a repercutir en tu vida social.

—No te preocupes por eso pequeña, además lo de César está muerto y enterrado. Le he dejado ver que era gay y ha salido corriendo, literalmente.

—¿No fastidies?

—Sí, es mejor así dado el giro de los acontecimientos. ¿Y cuándo es la boda?

—Cuanto antes... Tengo que hacer llamadas, al abogado, al ayuntamiento para pedir cita y ese tipo de cosas, ya te diré algo.

En ese momento, teniendo a Axel delante, a Jorge casi le dio pena, parecía hecho polvo esa mañana, en comparación con los últimos días.

—Hola Jorge —le saludó decaído.

—Hola. ¿Cómo estás?... Pareces cansado.

Axel respiró sonoramente y apoyó la barbilla en sus manos.

—Lo estoy, no he dormido muy bien.

—¿Te pasa algo?

—Problemas de mujeres...

—¿Ya? ¡Si acabas de divorciarte!

—Sí, no sé ni cómo estoy metido en este lío.

—Yo sí, porque tiran más dos tetas que dos carretas.

—Si fuera eso, se me pasaría yendo detrás de otras ¿no?

—No lo sé... —se alarmó Jorge.

Justo a tiempo, Naia y Zoe entraron en la habitación seguidas poco después por Leo y César. Cuando cruzó la mirada con este último recordó la conversación que acababa de tener con él, su respuesta a todo había sido el silencio. Si el día anterior no hubiera surgido el tema de la boda con Naia le habría contestado con toda la fuerza de su chulería más gay, porque como bien había observado César le encantaba darle lecciones, pero ahora tenía las manos atadas, y bajo ningún concepto podía darle

alas, y menos sabiendo que su curiosidad acabaría tarde o temprano por indicarle la salida de ese armario. El problema es que le tenía en el punto de mira, y se lo había dejado bien claro. Parecía una fiera hambrienta al acecho de algo que no sabía muy bien que era.

—Chicos, seré breve —comenzó Jorge—. Mañana por la noche es nuestra oportunidad para pillarles. Ya nos conocemos, quiero que sigáis mis ordenes sin cuestionarlas —dijo mirando a Leo y a Axel—. ¿Estáis dentro o fuera? Si alguno de vosotros no está convencido de obedecerme en todo, debería abandonar la sala ahora.

Todo el mundo guardó silencio, y por un instante Jorge sintió una leve congoja por la lealtad demostrada. No es que fuera a echarse a llorar, pero... no estaba acostumbrado a recibir apoyo sin pelearlo antes.

—Bien, gracias... —dijo asombrado de que no se le quebrase la voz—. Escuchadme atentamente: este es el plan.

Zoe se miró al espejo del baño del Sputnik por última vez antes de salir y empezar a hacer su numerito. Jorge había dejado muy claro el plan a seguir.

—Tu papel va a ser el más importante —le había dicho—, puede que el culpable te haya descartado como víctima al salirle mal la jugada el otro día, pero tienes que conseguir volver a meterle en la cabeza que vaya a por ti. Esta noche estarás sola. Despreocúpate, finge pasarlo en grande, tontea con todo lo que tenga piernas, especialmente con los sospechosos. Confía en mí, pienso interceptar a ese hijo de puta antes de que llegue al coche. Lo tendré vigilado desde fuera.

Respiró profundamente y volvió a repasar el modelito que había elegido para esa noche. Era un vestido corto elástico azul eléctrico palabra de honor que continuaba hacia uno de los lados con una manga larga. En el lado opuesto a esa única manga, entre la cintura y la cadera, había una serie de aberturas que dejaban adivinar su figura con un broche de brillantes en cada una de las franjas de tela que dejaban ver su suave piel. Llevaba los ojos ahumados en azul y los labios fucsias a juego con su onda de pelo y sus zapatos.

Salió del baño con una sonrisa por bandera y dispuesta a pasarlo bien a pesar de todo. Localizó a Axel y a Naia en un lado e imaginó que estarían haciendo su trabajo, aunque Naia le había asegurado el día anterior que su *affaire* con Axel había terminado y que no quería hablar del tema. Tenía que interrogarla a fondo, pero con el trabajo de las últimas cuarenta y ocho horas no había tenido tiempo de nada. Jorge le había ordenado a Axel que no perdiera de vista a Naia aquella noche, y aunque de primeras puso cara de no estar muy contento, a ella no la engañaba, hubiera seguido todos sus movimientos igualmente.

Vio a Jessica en una barra con un amigo y se acercó a ella. Esta le volvió a agradecer lo de la noche del viernes y le dijo que no quería perderse la fiesta de cierre, pero que había traído a un amigo de la profesión para que la acompañara toda la noche e hiciera de escudo humano. La entendía perfectamente, era agobiante volver al escenario donde habían intentado drogarlas para violarlas. Aunque al final no

ocurriera nada, una sensación de inseguridad la acosaba como una psicosis de que alguien le estuviera observando.

Cuando Jessica le ofreció viajar a Nueva York, Leo apareció de la nada.

—¡Hermanito! ¡Le estaba diciendo a Zoe que tiene que venirse a la Bridal! Siempre nos lo pasamos de miedo.

—Ah sí, es la bomba —dijo él con poco entusiasmo sin dejar de repasar su vestido descaradamente. No parecía muy contento, pero en sus ojos adivinaba un gesto apreciativo inequívoco.

—Nunca he estado en Nueva York —respondió Zoe.

—¡Entonces tienes que venir! ¡Solo tienes que pagarte el vuelo! Allí tienes piso, la comida es barata y las copas si te llevas ese vestido, te aseguro que te saldrán todas gratis —rió Jessica.

Zoe miró a Leo que, aprovechando la coyuntura, volvía a repasarla de arriba a abajo como si fuera a dibujarla a continuación de memoria.

—¿Qué pasa, no te gusta? —le preguntó.

—Le falta tela.

—¿Dónde? ¿En este brazo? —dijo vacilona señalando la manga que faltaba.

Leo murmuró algo por lo bajo y se acercó a la barra.

—¿Quieres algo? —le preguntó mirándola de reojo.

Jessica era una jodida bruja. Ni en un millón de años habría imaginado a Leo invitándola a una copa. ¿Sería el vestido?

—Un gintonic.

—¿Con qué ginebra?

—Me da igual.

—¿Qué? —preguntó incrédulo—. ¡Son muy distintas!

—¿En serio? Pues elígela tú por mi, ya te diré si noto la diferencia.

Leo se volvió hacia la barra con un reto en los ojos. Zoe sonrió ensimismada y desvió la mirada a Jessica que le sonreía con cara de “¡Te pillé! ¡Te mola mi hermano!”. La tía era inquietante, pero lejos de hacerle ningún comentario volvió con la campaña para convencerla de ir a la capital del mundo. Era una gran oportunidad. Sabía que Axel y Leo iban cada año, pero un viaje con Leo, le echaba para atrás. Demasiada intimidad. Era la casa de su hermana, es decir, una prolongación de la suya. Territorio comanche.

Leo volvió con los gintonics, y le ofreció uno que tenía un montón de frutos rojos.

—Gracias.

—Pruébalo.

Ella obedeció.

—¡Guau! ¡Está buenísimo! —exclamó sorprendida.

—Sabía que te gustaría —sonrió triunfante.

—¿Qué ginebra es?

—Brockmans. Producida en Surrey, Inglaterra, famosa por su intenso sabor a frutos rojos y bayas de enebro de la Toscana.

—Pues está increíble —le sonrió Zoe. Por un momento, había olvidado su enemistad con él, pero pronto volvió a imaginarlo montándose con una tía el viernes por la noche, veinticuatro horas después de haberse corrido como un crío en los pantalones clavándose entre sus piernas. Apartó la vista y notó cómo él seguía mirándola sin entender por qué de repente le ignoraba.

—Así que ahora montas fiestas, Leo —dijo de buenas a primeras el acompañante de Jessica—. Tu carrera de modelo te duró poco...

—Llevo ya tiempo en esto y me va bien, me gusta.

—Sí, es el paso siguiente de todos los modelos que ya no pueden desfilan, montar fiestas.

Zoe casi escupe la ginebra, no lo hizo porque habría sido desperdiciar esa maravilla inglesa, pero le sacaba de quicio la gente así y no pudo callarse.

—Sí, pero Leo tiene la suerte de que además de ser guapo tiene cerebro, por eso ha montado un negocio que se encarga de la apertura y cierre de la Mercedes Benz Fashion Week entre otras cosas, y es la cara visible de la empresa. Otros solo pueden limitarse a menear el culo con ropa que otra gente ha diseñado los pocos años que se mantienen tersos y jóvenes —dijo agresiva. El tipo abrió los ojos como platos, pero Leo le superaba con creces. Y no era para menos, el Apocalipsis se acercaba si acababa de defenderle.

—Perdonadme, tengo que seguir trabajando —se disculpó Zoe y se fue de allí rápidamente. Notó que Leo la seguía con la mirada y quiso desaparecer. Tenía que concentrarse en el plan, y fue en busca de sus objetivos meneando las caderas.

Al final Jessica tenía razón y ese vestido le conseguía más copas gratis que en un cotillón. A mitad del cuarto cubata tenía un contentillo curioso y bastante gordo a simple vista. Arrastraba un poco las palabras, pero se lo estaba pasando fenomenal sin tener que preocuparse de dónde estaba Leo, aunque no dejaba de sentir su mirada sobre ella. Alzó la vista e intentó enfocarla hacia él. “Deja de mirarme”, le dijo mentalmente, “Si se repite lo del otro día, nadie va a tocarte más que yo”, parecían responder sus ojos. Curiosamente en ese momento, una chica abordó a Leo y este le ofreció su flamante sonrisa olvidándola por completo. Ella puso los ojos en blanco y notó una mano en la cintura, era Víctor.

—¡Vente conmigo y con Iván a tomarte un chupito! —dijo sonriente empujándola hacia la barra.

—¡Claro! —contestó ella.

Sirvieron tres chupitos de tequila.

—¡Para la señorita del mechón de pelo fucsia, le ponemos el chupito fucsia! —dijo Guillermo desde la barra añadiendo un poco de granadina al vasito de la susodicha.

—¡Qué bonito! ¡Gracias!

—¡Salud! —brindaron entre todos.

Zoe recuerda que ese trago le supo bastante bien, pero a partir de ese instante, todo comenzó a verse borroso y su mente se desconectó hasta nuevo aviso.

Jorge estaba en la furgoneta vigilando cuatro monitores. Se había puesto el uniforme por si tenía que actuar, y esperaba fervientemente que así fuera. Dos monitores arrojaban una imagen fija de coches aparcados en las inmediaciones, las otras enfocaban las salidas principal y trasera. En la principal había una marabunta de gente y era difícil discernir algo, sobre todo porque las cámaras eran en blanco y negro. No le servía de nada saber cómo iban vestidos ni Zoe ni los sospechosos.

De repente vio movimiento en las cámaras de los coches. En cuanto reconoció a Guillermo y a Zoe, salió corriendo de la furgoneta dejándola abierta y tocando el pinganillo.

—¡Guillermo está en su coche con Zoe! —gritó a cualquiera que le oyese.

Corrió más rápido de lo que lo había hecho nunca y se abalanzó sobre

Guillermo en cuanto entró en su campo visual. Parecía que acababa de acomodar a Zoe en el asiento del copiloto como un perfecto caballero, y en ese momento cruzaba por delante del coche para volver a la puerta del conductor.

—¡Estás detenido, hijo de puta! —escupió Jorge llevándole los brazos hacia atrás. Guillermo se quedó lívido por la sorpresa y cuando quiso reaccionar ya tenía puestas las esposas y una rodilla le presionaba la espalda para mantenerlo contra el suelo. Cuando el poli levantó la vista, vio a Axel, César y Leo frente a él.

—¡Joder, tío! ¡Buen trabajo! —dijo César sonriente. Axel y Leo fueron hacia la puerta del copiloto para sacar a Zoe que estaba claramente en un estado hipnótico.

—¡Zoe! —le gritó Axel dándole palmadas en la cara—. ¡¿Estás bien?!

—Déjame a mí —le dijo Leo.

La llevó hasta la acera y la apoyó contra una pared. Buscó sus ojos obligándola a centrarlos en él.

—Ya está pequeña, lo has hecho muy bien jodida kamikaze —le susurró sujetándole la cara. Ella resbaló un poco y él la inmovilizó con su cuerpo.

—¡Yo no he hecho nada! —gritaba Guillermo—. ¡Esa zorra quería venirse conmigo, me lo ha dicho!

—“Esa zorra” estaba cooperando con la policía, y ahora mismo vamos a hacerle unos análisis toxicológicos que te incriminarán hasta el cuello, prepárate para pasar una temporadita en la cárcel.

Jorge miró en derredor y buscó a Naia.

—¿Dónde está Naia? —le preguntó a Axel.

—Estaba dentro, hablando con la directora del hotel donde vamos a hacer las bodas.

—Ve a buscarla y avísame por el pinganillo cuando estés con ella —ordenó Jorge nervioso.

César llamó a su hermano y comenzaron a increpar a Guillermo por lo poco hombre que era. Leo no se molestó en decirle nada, parecía que solo le importaba Zoe, aunque en una ocasión vio centrar su mirada en el hombre esposado y un escalofrío recorrió su espalda, esa mirada prometía cosas muy dolorosas.

Había pedido refuerzos para trasladar al detenido en un coche oficial.

Mientras esperaba oyó la conversación de Leo y Zoe.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Leo preocupado.

—Bien. Hoy no necesito tus servicios, gracias —contestó ella con dificultad con los ojos cerrados.

Leo se quedó paralizado y miró a Jorge.

—Voy a llevarla al *hospital* —dijo vocalizando la última palabra para que Zoe no la oyera. Leo asintió apesadumbrado.

—Sé que vais a llevarme al hospital —dijo Zoe con la cabeza gacha arrastrando las palabras—. Pero preferiría que tú no vinieras —continuó, intentó mantener el contacto visual con Leo y fracasó—. ¿Por qué no te vas a ligar por ahí? La noche aún es joven, y la fiesta está que arde... —dijo ella fingiendo alegría con tono soñoliento.

Leo guardó silencio, aunque Jorge vio en su cara que el comentario no le había hecho ni gota de gracia y negó con la cabeza intentando transmitirle que la disculpara, porque además de adormecida, estaba muy borracha.

—¡Jorge! —se escuchó por el pinganillo la voz de Axel—. ¡No encuentro a Naia por ninguna parte! ¡He mirado hasta en los baños!

La mente de policía de Jorge tomó el control y miró a César y a Leo que también habían oído la información.

—¡Quedaos aquí y esperad a los refuerzos, voy a comprobar una cosa! —exclamó Jorge mirando a César transmitiéndole el mando—. ¡Leo, si no vuelvo, llévala al hospital! Y asegúrate de que analicen sangre y orina, ¡luego te llamo! —salió corriendo hacia la furgoneta.

Cuando comprobó que el coche de Iván no estaba, se le cayó el alma a los pies.

—¡Me cago en la puta! —exclamó.

—¿Qué pasa?! —exclamó Axel alterado a través del pinganillo.

—¡El coche de Iván no está! ¡O me equivoco, o se ha llevado a Naia!

—¿Qué coño dices?! —exclamó Axel alterado.

Jorge cogió un walkie de la furgoneta:

—A todas las unidades de la zona cuatro, Focus blanco matrícula 1304HDC, por las inmediaciones de la plaza Santa Ana. Varón con mujer semiconsciente a bordo.

Axel apareció en ese momento en la furgoneta.

—¿Dónde están?!

—No lo sé, pero rezo para que la lleve a su casa como han hecho hasta ahora —dijo nervioso limpiándose el sudor de la frente. Estaba

temblando, el corazón le iba a mil por hora. Naia. Si le ocurría algo...

Jorge bajó de la furgoneta de un salto y la cerró al tiempo que echaba a correr. Axel le siguió a lo que parecía ser un suicidio. Irrumpió en el tráfico y paró un coche al azar. Enseñó su placa al conductor y le dijo:

—¡Lléveme a una dirección ahora mismo, es una emergencia policial!

Axel subió a la vez en la parte de atrás. La conductora era una mujer joven.

—¡Joder, qué susto! ¿Esto es en serio? Acabo de salir de currar y...

—¡Arranca! ¡Tenemos que impedir que violen a una chica! ¡Se la acaba de llevar un puto depravado!

La chica abrió los ojos asustada y arrancó el coche con un chirrido de ruedas. Axel no daba crédito, cuando el Inspector decía que tenía su propio modo de hacer las cosas no mentía. Le dio la dirección y Axel pareció sorprendido de que la supiera.

Les dejó en el portal y saltaron del coche. Jorge subió las escaleras de dos en dos hasta el tercer piso y al llegar al rellano, sacó una llave y abrió la puerta. Axel se quedó descolocado. Jorge voló hacia la habitación notando cómo Axel le seguía.

Lo supo antes de entrar. La puerta de Naia estaba cerrada y ella jamás se encerraba en su cuarto. Empujó la manilla con fuerza y vio lo que ya se esperaba. Naia estaba desmayada encima de la cama, ya le había quitado el vestido, y en ese momento, Iván se disponía a bajarle las bragas. Hirvió de rabia, pero ya le tenía. Sin verlo venir, Axel se lanzó contra Iván acabando los dos en el suelo.

—¡Hijo de puta! —gritó este dándole un puñetazo tras otro con todas sus fuerzas.

Jorge les separó enseguida, no le convenía que Axel se implicara.

—¡Aléjate de él! —le gritó sacándolo de encima de un magullado Iván.

—¡Te denunciaré por tocarme, cabrón! ¡Que yo sepa tú ya te la has follado, y la muy perra se merece que le enseñen modales! —espetó Iván desde el suelo.

Axel se lanzó de nuevo hacia él y Jorge le empujó como un resorte para que no se acercara.

—Por lo que a mí respecta, quisiste huir y al impedírtelo te pusiste agresivo... Tuve que romperte la nariz —dijo Jorge avanzando hacia él y

pegándole un puñetazo que además de dejarlo K.O., cumplió su cometido.

Axel se había acercado a Naia y la había tapado con una manta fina que había encima de la cama. Jorge sacó su teléfono para volver a pedir refuerzos que se llevaran a Iván, iba a ser una noche muy larga. Se acercó a su amiga mientras hablaba, y comprobó sus pupilas.

—Dani, manda una unidad a mi casa —dijo Jorge sentándose en la cama y acariciando a Naia sin caer en la cuenta de que Axel estaba escuchando—. Sí, es Naia, voy a llevarla al hospital, vale, gracias. Nos vemos.

—¿Esta es tu casa? —preguntó Axel con la voz rota.

Jorge cerró los ojos al darse cuenta de lo que acababa de decir. Pero ya era tarde, y reaccionó.

—Sí. Soy su prometido —dijo sin poder negar la evidencia—. Vete Axel..., es mejor que no estés aquí cuando lleguen. Yo me encargo de ella, es cosa mía.

LAS DOS CARAS DE LA VERDAD

Tenía un terrible dolor de cabeza cuando me desperté esa mañana. Recordaba perfectamente parte de la noche anterior, hasta que un vacío negro y escalofriante lo llenó todo. Jorge me despertó sobre las doce con las mejores y peores noticias del mundo: Habían atrapado a Guillermo e Iván con las manos en la masa, lo cuál estaba muy bien, pero Axel había descubierto por los nervios del directo que Jorge y yo vivíamos juntos, abandonando la casa con una decepción inconsolable en su rostro.

Lo que debía estar pensando en esos momentos, solo él lo sabía, pero no me extrañaría si no volviera a verle, porque de esta seguro que perdía mi empleo por telegrama urgente.

Me puse el teléfono en la oreja y esperé pacientemente los tonos de llamada.

—¿Diga?

—¡Hola abuela! —dije fingiendo una alegría que no sentía.

—¡Ay, mi niña! ¿Qué tal estás? ¿Comes bien?

—Sí abu, sí.

—¿Qué me cuentas? ¿Qué tal el trabajo?

—Va bien abuela —mintió—, te llamaba para comunicarte que voy a casarme.

Mi abuela me armó un belén de Dios es Cristo antes de poder dar una explicación razonable al hecho de que en verdad no tenía novio. El matrimonio era un tema del que siempre había huido. Si me casaba me gustaría que fuera por amor, y no como un acuerdo económico de la Inglaterra del siglo XIX. Ni siquiera eso habrían podido respetar en mi vida, por eso había olvidado el tema, no quería ese dinero, para mí estaba manchado, no necesitaba más de lo que tenía para vivir. El plan era perfecto para usar el dinero en una causa justificada y deshacerme de él.

Le había contado a mi abuela la gran fijación que tenía por mi jefe y ella recomendó que lo olvidara y me centrara en otros hombres que no estuvieran casados, pero tras contarle los últimos giros y acontecimientos se volvió la fan número uno de Axel.

—Hija, ¿y no puedes casarte con Axel si estáis tan enamorados?

—Lo primero, no estamos enamorados, es solo un calentón mal llevado, yo por mi pequeña obsesión por él y él porque es un romántico incurable. Lo segundo, está recién divorciado, aunque fuera amor del bueno, no puede casarse tan precipitadamente, solo hace una mísera semana que me besó por primera vez y además, tiene una hija a la que una noticia así confundiría sobremanera.

—Pues es una pena... —dijo triste su abuela.

—Y tres, ahora mismo debe de odiarme con todas sus fuerzas por descubrir que le he mentado hasta puntos insospechados.

—Eso se le pasa con un polvete...

—¡Abuela!

—Jorge no está mal cariño, pero lo de que le gusten los hombres no es bueno para que me de un biznieto...

—Abuela... es solo temporal. Cuando Martina esté curada y pase algo de tiempo, nos divorciaremos. A partir de ahí podré buscar al amor de mi vida para darte muchos biznietos ¿de acuerdo?

—Está bien... pero sigo pensando que si se lo dijeras a Axel...

—¡Abuela! ¡No! ¡Él no se merece eso! ¡Basta! Solo dame el número del abogado que lleva todo lo de la herencia por favor, tengo que hablar con él. Si alguien te pregunta di la verdad, que Jorge y yo llevamos viviendo juntos más de un año. ¡Ah! y que estamos muy enamorados, ¿vale?

—Bien... —murmuró—. Anota.

Cuando colgué el teléfono marqué el número del abogado para concertar una cita. Descubrí que su despacho estaba ubicado en Barcelona, lo que me obligaba a pedir un día de asuntos propios y desplazarme hasta allí. Al localizar mi nombre en el ordenador me puso en espera para acabar pasándome con uno de los socios de bufete, el cuál, un poco alterado, accedió a darme una cita al día siguiente a la hora que mejor me viniera. La comisión debía de ser jugosa... Y viendo la ventaja con la que contaba le dije que volvería a llamar en unos diez minutos tras consultar mi agenda, ¡cómo si yo tuviera una! Lo que hice fue consultar los horarios del AVE y justo antes de pulsar la tecla de compra, cogí el móvil y me paré a pensar a qué mosquetero debía llamar para conseguir mi día libre. César. Era la persona perfecta, sabía que no indagaría sobre el tema. Hablé con él y preguntó cómo me encontraba, pues ese día estaba de baja obligada por el ataque de la noche anterior. No me anduve por las ramas y le pregunté directamente si podía cogerme las próximas veinticuatro horas de asuntos propios. Enseguida dio luz verde a mi petición, y tras hacer un par de clics a la ventana abierta en el ordenador para comprar un billete, volví a llamar al bufete y concerté la cita a la hora más conveniente para mí.

No quería pensar en el cara a cara del viernes con Axel, tenía dos días por delante para hacerme a la idea de que sabía lo de Jorge.

César entró en el gimnasio a las siete y media de la tarde. Era su primer día y estaba convencido de que hacer ejercicio le vendría bien para canalizar toda la adrenalina sobrante que acumulaba últimamente. ¿Desde cuándo su vida era así? No quería contestar a eso, pero sabía la respuesta: desde que Jorge había entrado en ella.

La noche del viernes marcó un antes y un después en su vida sexual. Había estado cien veces con chicas en los sofás de Leo, pero nunca

volvería a mirarlos sin pensar en esa increíble escena homosexual. ¿Qué vio Jorge exactamente en sus ojos? Los hombres no le llamaban la atención más que antes, no deseaba a ninguno, pero Jorge... A él lo admiraba de muchas maneras: su fuerza, su físico, su forma de llevar el caso, su agudeza... Le gustaba verle besándose con una chica tanto como montándose con un chico, ¡lo mismo le daba! ¿Qué significaba todo aquello? La incertidumbre nunca había sido bien recibida en su cerebro. No era una mera cuestión de decidir si era homosexual o no, pues los hombres en general no le afectaban lo más mínimo, en principio era solo él.

El día anterior había notado que el poli había impuesto cierta distancia entre ellos, tal vez por ser la primera vez que se veían desde la secuencia del sofá, pero no entendía el motivo. Tuvo un flash de su pecho tatuado y su miembro reaccionó en respuesta. Recordó cómo levantó la ceja del *piercing* cuando le preguntó si quería continuar con su acompañante y una corriente eléctrica viajó por todo su cuerpo. Adrenalina..., sí, era eso... Nunca le habían gustado los tatuajes ni los piercings. ¿Por qué los de él le estaban torturando a todas horas creando reacciones adversas en su cuerpo? Científicamente estaba dispuesto a averiguarlo, y cuanto más reacio estaba Jorge, más atrayente se volvía la idea de plantearle descubrirlo juntos.

Esa misma mañana le había escrito un WhatsApp que no obtuvo respuesta, sin embargo, comprobó que había sido leído, así que por la tarde le faltó tiempo para plantarse en su gimnasio y darse de alta por miedo a no volver a saber de él, pues el caso estaba cerrado. Tuvo que esperar casi una hora hasta que lo vio aparecer. Al verle detuvo su movimiento para centrar toda su atención en él, olvidando la máquina de cuádriceps en la que se estaba ejercitando.

A pesar de haber resuelto un caso difícil hacía pocas horas, no parecía muy contento. Llevaba una camiseta negra con letras verdes que decían: NEVER SAY NEVER. “Muy apropiada”, pensó César antes de que fijara su vista en él mostrando auténtica sorpresa.

—Hola —saludó César.

—¡Hey! ¿Qué haces aquí? —preguntó Jorge suspicaz.

—Entrenar.

—No sabía que te habías apuntado...

—Ahora ya lo sabes. ¿Qué tal el día?

—Liado. No te imaginas la cantidad de papeleo que hay que rellenar cuando enchironas a alguien.

—Me lo imagino...

—No, no te lo imaginas —sonrió sarcástico—. Piensa en una aproximación y multiplícalo por cien, entonces andarás cerca. Creo que he estampado hoy unas doscientas firmas, sin exagerar —dijo Jorge estirando los dedos repetidamente y por extensión el brazo entero. César se sorprendió no perdiendo detalle de sus potentes extremidades.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó César refiriéndose a las máquinas.

—Pensaba correr en la cinta hasta caer desmayado... Ayer no pegué ojo, y hoy quiero meterme en la cama y caer en un coma profundo.

—Lo último que me conviene a mí es correr —repuso César.

—Tú puedes levantar algo de peso. Lo mejor será que le preguntes a un monitor qué tabla debes hacer según tu peso y objetivo... —dijo Jorge esquivo.

—Gracias por el consejo —respondió César mirándole fijamente a los ojos.

—De nada —dijo Jorge apartando la vista—. Nos vemos luego.

Ambos se centraron en sus ejercicios y César pudo comprobar cómo Jorge no miraba en su dirección ni una sola vez. ¿Qué le ocurría? El caso había terminado y era un joven gay sin compromiso, ¿acaso no le parecía atractivo? Se miró en el espejo y por una vez en su vida juzgó su apariencia física. Justo en ese instante pasaba por detrás un Adonis y las comparaciones resultaron odiosas. Se dio cuenta de que a él no le quedaban bien ni los calcetines, teniendo uno ligeramente más arriba que el otro. Así nunca llamaría la atención de un tío como Jorge. ¿Quería llamar su atención? “Sí.” Joder, cómo le chocaba ir descubriendo estas cosas sobre la marcha. Cuando se cansó de parecer el típico tío en su primer día de gimnasio, se fue al vestuario. Se duchó y esperó a Jorge a la salida, seguro que no era la primera ni la última vez que un psicótico le seguía hasta su casa.

Cuando vio salir al policía, le pareció que buscaba algo en los alrededores. Le había dicho que vivía cerca del gimnasio, así que le siguió cuando comenzó a andar hacia una calle paralela. Poco tiempo después se detuvo en un portal y abrió la puerta mirando hacia atrás una última vez.

Estaba imponente con el pelo mojado de la ducha, un chandal blanco y ese *piercing* peligroso en la ceja. Era un cilindro plateado que acababa en punta a ambos lados.

Una vez desapareció, esperó un poco y se acercó al portal. Había cinco plantas con cuatro letras por rellano, calculó en segundos las posibilidades de acertar cuál sería su casa a la primera, pero la suerte quiso que no tuviera que jugársela, pues una anciana encantadora se acercó a la puerta con una llave en la mano.

Se adentró en el portal y localizó tres Jorges echando un vistazo rápido a las chapas de los buzones antes de que llegara el ascensor. Había uno en el primero C, otro en el tercero A y otro en el quinto B. A la vez contó los segundos que tardaba en llegar el ascensor, que fueron cinco aproximadamente una vez la anciana presionó el botón de llamada.

Subió hasta el quinto piso y llamó al timbre en la puerta B. Un Jorge muy sorprendido le abrió y no pronunció palabra al verle.

—Hola... —dijo César.

Casi podía oír las neuronas de Jorge maquinando a toda velocidad para salir del shock inicial.

—¿Quién es? —preguntó una voz de mujer detrás de él.

César se quedó pasmado al oírla. ¿Tenía novia?! Dios... ¡y él venía a pedir sopitas! La vergüenza pronto se convirtió en sorpresa cuando descubrió que esa voz pertenecía a Naia.

—¡César! —exclamó ella al verle en la puerta—. ¿Qué haces... qué haces aquí? —consiguió decir adivinando los motivos de su visita. La tensión en el ambiente se multiplicó.

Los ojos de César regresaron a Jorge interrogantes y la mirada que le devolvió le recordó a alguien de su pasado que había querido olvidar. Alguien duro, frío y cruel que siempre tenía unas palabras vejatorias que dirigirle.

—Ha venido porque ha descubierto que es gay y cree que yo también lo soy —dijo el poli despectivo—. Lo siento, busca en otra parte, cariño dile que no soy gay —dijo mirando a Naia—, pero es que dar por culo da un placer alucinante, ¡deberías probarlo! y considero una buena acción sacar a la gente del armario. ¡De nada!

César se quedó muy quieto aguantándole la mirada. Habría querido decirle tantas cosas... pero en ese instante solo tenía dos opciones: gritarle

una burrada, o irse sin decir nada. Sus pies decidieron por él iniciando una retirada con paso tranquilo mientras oía la voz de Naia llamándole con angustia a la vez que amonestaba a Jorge. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan maltratado como cuando era niño. Sus compañeros se burlaban de él en el colegio llegando a soportar acciones atroces nacidas de la impiedad infantil más truculenta.

Vagó sin un rumbo fijo con la moto y media hora después reconoció una puerta frente a él. Ya que había llegado allí, llamó al timbre.

—¡Hola! —dijo Leo al abrir la puerta—. ¡Uy qué cara...! Pasa. Esta noche recojo despojos humanos...

César entró en silencio y vio a Axel tumbado en el sofá con un cojín en la cara.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿También necesitas llorar? —preguntó Leo.

—No estoy llorando, capullo —dijo Axel con la voz amortiguada por el cojín.

—Pero te queda un pelo de gamba.

César tomó asiento en su sitio habitual, y fijó la vista frente a él visualizando el lugar exacto en el que Jorge jugó a sacarle del armario. Cerró los ojos y por un momento, pensó que efectivamente podría llorar. Pero no. Eso era imposible para él. La última vez que lloró tenía siete años, y estaba seguro de que se había vuelto una imposibilidad física en él. Su terapeuta le aseguró que no poder llorar le acarrearía un montón de problemas emocionales que era consciente de que ya tenía. Pero llevaban toda la vida repitiéndole que llorar era de maricones, y se le marcó a fuego en alguna parte de su mente.

—¿Y a ti qué coño te pasa? —insistió Leo—. Naia le ha dado calabazas a Axel y el pobre se estaba enamorando.

—No seas gilipollas, enamorando dice... Hay que joderse —masculló Axel.

—Jorge y Naia viven juntos —soltó de repente César con voz monótona y mirando a un punto fijo.

—Lo sabemos.

—¡¿Qué?! —exclamó César despertando del trance—. ¿Desde cuándo lo sabéis?

—Desde anoche —aclaró Leo—. Jorge detuvo a Iván en casa de Naia, y Axel descubrió que también era la suya. Por lo visto van a casarse.

—¿¡Cómo?! —rugió César. Axel se quitó el cojín de la cara y le miró sobresaltado. Leo no se quedó atrás y abrió mucho los ojos. Sabía que nunca le habían visto así de exaltado, y para ser sincero, él tampoco.

—¿Están juntos? ¿Van a casarse? ¿Y por qué tienen sexo con otras personas? —preguntó incrédulo.

—Se estaban tomando un descanso de lo suyo... un descanso previo al matrimonio. Unos días de canas al aire o fantasías sin cumplir antes de atarse... No lo tengo claro —explicó Axel desganado frotándose los ojos.

—No puede ser... —respondió César ausente.

—¿A nadie más le parece demasiada casualidad que el novio de Naia haya acabado investigando en la agencia? —preguntó Leo pensativo.

—Las casualidades no existen —apuntó César.

—¿El universo no fue una? —corrigió Leo.

—¿Y tú por qué coño estás de tan buen humor? —preguntó César molesto.

—¿¡Pero qué te pasa?! ¡No te reconozco! —exclamó Leo—. ¿Qué más te da lo de Jorge y Naia?

—Me siento vacilado, ¿vale? —contestó César furioso.

—Pues imagínate yo... —saltó Axel.

—Tú no te quejes tanto —intervino Leo—. Tu polla se estaba gangrenando, ahora solo está deprimida.

—De repente mi matrimonio me parece un sitio cálido y apacible comparado con esto —bromeó Axel melancólico.

—No digas eso, mañana mismo te consigo una cita para el viernes. Bárbara te va a encantar, es una diosa —le animó Leo.

—Solo pensar en encontrarme a Naia mañana en la oficina... —se quejó Axel.

—Naia me ha pedido el día libre mañana —informó César.

—¡Anda, mira! Ella tampoco quiere verte la jeta —rió Leo—. Te lo dije, la regla número uno es oro. Te la saltaste, y así te va... Bueno, por lo menos hemos pillado a esos depravados.

—Sí, el héroe les ha dado caza... y ese siempre se queda con la chica —murmuró Axel abatido.

—Algo no me encaja —dijo César poniéndose de pie perdido en sus cavilaciones.

—¿El qué? —preguntó Axel interesado.

—Aún no lo sé, pero voy a investigarlo.

Abandonó la casa y tras cerrar la puerta supuso que Leo y Axel estaban compartiendo una mirada. Una mirada que confirmaba la confianza en una de sus corazonadas. Jorge y Naia escondían algo, e iba a averiguar lo que era.

El viernes entré en la oficina con paso decidido dispuesta a enfrentarme a mis acciones y mentiras. Al pedirle a César el jueves libre para desplazarme a Barcelona no había notado nada inusual en él, pero a estas alturas los dos mejores amigos de Axel ya sabrían que clase de desvergonzada tenían trabajando en la empresa. Eso, sumado a las palabras que le había lanzando tan amablemente Jorge a César en el rellano de nuestra casa, me hacía intuir que terminaría el día en la oficina del Inem.

Me disgusté mucho con Jorge por su comportamiento. César era un chico sensible dentro de su inmutable coraza, lo presentía. Su rostro había reflejado una congoja extraña que me había hecho sentir mal. Mi prometido postizo se excusó diciendo que no era muy distinto a lo que yo había hecho con Axel. Un zarpazo a tiempo le ahorraría muchos problemas dijo, ya que la conversación de esa misma mañana no dejaba lugar a dudas de la ávida curiosidad de César por su recién descubierta orientación. Dijo que tenía que proteger su carrera, su corazón y dar credibilidad al plan de la boda hetero para salvar a Martina. No me gustaba que tuviera que hacer ese sacrificio, una cosa era yo, y otra muy distinta los demás. Además de Axel, Jorge y César habían sido otro daño colateral.

En el despacho de abogados me limité a explicarles que había decidido casarme y quería saber que efectos patrimoniales tendría dicha unión.

—Señorita Domínguez, déjeme decirle que no podía haber elegido mejor momento para su enlace, pues la cláusula que conforma su herencia vence dentro de cuatro meses.

—¿Cómo? ¿Hay un límite de tiempo? —pregunté alucinada. De esta forma me enteraba de que mi padre consideraba una vieja solterona a una mujer hecha y derecha en la treintena. ¿De qué siglo se había escapado

ese hombre?

—Me temo que sí, cuando llegue su treinta cumpleaños, el cinco de enero de 2017, toda su herencia será otorgada a su hermano Mateo como albacea de la misma.

—¿Y cuándo pensaban comunicármelo?! —grité enfadada.

—¿Qué pretende, que le llamemos y le digamos que sería buena idea casarse para reclamar el dinero? Eso sería ilegal, señorita. Además hacen una mínima comprobación de los datos que aporta en su unión, desde luego no puede ser con nadie que haya entrado en el país hace menos de un año, y hay que tener testigos o amigos comunes que avalen la relación. Pero no se preocupe —dijo viendo mi cara de susto—. Yo mismo soy testigo de que su reacción ha sido verdadera y el matrimonio no ha sido forzado por la precariedad del tiempo que queda, puesto que ha quedado claro que desconocía esa información.

—Está bien —se relajó Naia.

—Hay un par de puntos más que debería saber —carraspeó el abogado.

—Usted dirá.

—Su padre, al tener fijada su residencia en Nueva York, tramitó el testamento según la normativa estadounidense, que difiere en muchos términos con la española, por lo tanto, en cuanto el matrimonio se haga efectivo, el dinero se ingresará a nombre de su marido. Será solo suyo, no de ambos, esto en España sería inconcebible. Y a él, a cambio, solo se le exige estar casado un mínimo de un año.

—De acuerdo. ¿Puede decirme a cuánto asciende la cifra? —preguntó para asegurarse de que sería suficiente para la operación de Martina.

—La cantidad asignada son cinco millones de euros aproximadamente, menos papeleo, comisiones y ese tipo de cosas... —dijo bajando la voz.

Era más de lo que preveía para haber sido siempre el estorbo de la familia, pero disimuló su cara de espanto haciendo otra pregunta.

—Una cosa más, ¿usted sabe cómo puedo ponerme en contacto con mi hermano? ¿Algún teléfono? ¿Una dirección?

—Sí, tenemos sus datos, pero lamento no poder facilitárselos señorita. Aunque me consta, si me permite el atrevimiento, que hay evidencias de que él sí conoce su localización y tiene medios para ponerse en contacto con usted... si así lo deseara.

—Entiendo, gracias —dije parpadeando rápido para evitar una capa húmeda que se avecinaba en mis ojos.

—Le enviaré el certificado de matrimonio para proceder con los deseos de mi padre, que tenga buenos días —dije levantándome.

—Así sea, buenos días señorita y buena suerte.

¿Aquello era una advertencia? ¿Compasión? ¿O simples buenos deseos para mi nueva vida marital? No quise pensar más en ello y volví a Madrid lo más rápido que pude (a 300km/h). Aproveché el trayecto para pedir cita en el ayuntamiento y la suerte quiso que hubiera un hueco para casarnos el día treinta y uno de octubre. Me pareció irónico que todo aquel horror culminara el día de Halloween.

Entré en el despacho de Axel viendo previamente a través del cristal que estaba vacío.

Había una nota encima de la mesa escrita de su puño y letra. ¿Así íbamos a relacionarnos a partir de ahora? Tendría que habérselo pensado un poco más si un par de revolcones iban a costarle el exilio de su propio puesto de trabajo. Leí atentamente sus indicaciones y me parecieron lógicas dado que dentro de una semana se celebraba una boda de una de las modelos de la agencia en el hotel con el que habíamos llegado a un acuerdo para crear CXL Bridal, el nuevo departamento de bodas del que iba a hacerme cargo. Por un momento, imaginé que en la nota pondría, “Despeja tu mesa, gracias.”, pero por lo visto y a pesar de todo, parecía que no querían perderme como activo y me sentí valorada.

Me concentré en la boda de Andrea y dejé cualquier otro pensamiento a un lado. Revisé notas, emails y navegué por internet en busca de información sobre bodas similares a la que quería la clienta. Enseguida se me hizo media mañana y recordé que tenía que llamar por teléfono a Isa para quedar con ella, Fernando y Martina esa misma noche. Tal y cómo esperaba, llevaban unos días muy desagradables buscando opciones y soluciones para luchar contra la enfermedad de la niña. Contarles mi plan sería como vender la piel del oso antes de cazarlo, pero no podía permitir que agonizaran durante un mes manteniendo en secreto que yo estaba cerca de obtener una posible solución. La esperanza es un arma de doble filo, pero a veces, es lo único que ayuda a frenar a tiempo antes de hacer una locura. La gente por sus hijos, mata, ya lo decía la Esteban. Así que

insistí en organizar una cena en una Tagliatella cercana a su casa, ya que era uno de los restaurantes favoritos de Martina. Allí les daría la noticia de que muy pronto podrían concertar una operación urgente para salvar a su hija.

Pensar en eso disminuía la importancia de los demás problemas que tenía, y a pesar de que estaba muy feliz de poder ayudar a mis amigos, tenía una punzada molesta en el pecho que no me dejaba respirar bien del todo. Era Axel, lo tenía clavado en el corazón. Quería volver a verle. En la fiesta del martes las pocas palabras que habíamos cruzado no habían sido muy agradables. Jorge le había dicho que no se separase de mí, pero se notaba que estaba enfadado por el descubrimiento de que había sido mi cana al aire antes de casarme. Permanecimos en silencio la mayor parte del tiempo, y me indicó que estaba en la fiesta la directora del hotel donde celebraríamos las bodas. Me instó a ponerme al día cuanto antes, no sin lanzar una pullita de lo bien que me vendría todo aquello para obtener más ideas de cara a organizar mi propia boda.

—Será una boda civil, corta y minoritaria, solo nosotros y un par de amigos. Sin parafernalia —le expliqué, porque era la verdad.

—Vaya —dijo con un deje burlón que mi mente catalogó de hostil—. Siempre he creído que no se puede vender bien un producto si no crees en él.

—Me encantan las bodas, pero para los demás, no para mí.

—Ah, ¿así que eres de ese tipo de personas?

—¿A cuáles te refieres?

—A las que creen que no se merecen nada.

Le miré fijamente, parecía imposible que hubiera dado en el clavo tan distraídamente.

—Yo no he dicho eso.

—Sin embargo, sí te has permitido satisfacer tu capricho conmigo, gracias por la parte que me toca —dijo mordaz—. No voy a negar que lo he disfrutado, pero es cierto que se estaba complicando más de la cuenta... Mejor así, espero que seas muy feliz en tu matrimonio.

—¿Lo dices en serio? —pregunté herida. No tenía claro si se estaba haciendo el duro, o si realmente no había significado nada para él.

—Claro que hablo en serio. Unos van a casarse, otros se divorcian, cada loco con su tema... Voy a dar una vuelta, a ver si veo a alguien

interesante que no esté comprometido.

Y sin más, se fue de mi lado a pesar de que tenía órdenes de no hacerlo. En su voz discernía una amargura que significaba que el plan había surtido efecto. “Adiós Axel, busca a alguien que te merezca, yo no puedo ofrecerte lo que quieres.”

Imaginé que cuando después pasó lo que pasó, se sintió culpable y por eso siguió a Jorge hasta encontrarme.

Esa noche al entrar en la Tagliatella con Martina en brazos, me topé de frente con el resultado de arrojar a Axel a los brazos de otra mujer. Una que, era todo lo contrario a mí dicho sea de paso. Pelo y ojos negros, con una delgadez elegante de las que perdonan que la chica tenga poco pecho porque resulta entrañable, y un tono de piel morena que resaltaba entre unos pantalones blancos pirata y un top azul marino a rayas de lo más chic.

—Hola —dije al ver que me miraba alucinado.

Por lo visto estaban esperando mesa.

—¡Naia!... ¿Cómo estás? —preguntó ansioso.

—Bien, bien... —dije esperando que comprendiera que no quería hablar del tema drogas delante de la gente con la que estaba.

—¿Y quién es esta princesita? —dijo dirigiéndose a Martina que le observaba desde la comodidad de mis brazos.

—Es mi ahijada.

—¡Qué guapa eres! De mayor puedes venir a trabajar a la agencia y ser modelo.

—¡Sí! —gritó la niña—, con tía Naia.

Sus padres mostraron una actitud desolada que nadie más que yo pudo discernir.

Di gracias al cielo por que la niña monopolizara la conversación, era el escudo perfecto para soportar ver a Axel teniendo una cita con otra chica. Ya podía imaginarles en su sofá dándose el lotazo. A pesar de todo, me estaba costando no transmitir mi aprensión a la escena.

—¿Seguro que estás bien? Pediste el día libre y... —preguntó Axel volviendo a centrar la atención en mí.

—Sí, pensaba que te vería hoy en la oficina.

—Sí bueno, ya sabes... yo...

No. No sabía. Se quedó callado mirándome sin saber qué más decir, y yo no pensaba ayudarle esta vez, pero como tiene una flor en el culo, otra persona lo hizo.

—Axel, nos están llamando —interrumpió su acompañante mirándonos con una sonrisa.

—Ah, vale... Nos vemos, Naia —se despidió renqueante.

Les seguí con la vista hasta la romántica mesa para dos que les habían preparado notando un dolor físico en los ojos. Él eligió el sitio de enfrente e hizo contacto visual conmigo antes de sentarse. Si no fuera una paranoica, pensaría que lo hacía para controlar dónde iban a sentarnos a nosotros, pero fuera como fuera, al ocupar nuestra mesa no dudé en sentarme en un sitio que quedara de espaldas a él. No iba a entrar en su juego, no me lo podía permitir. Tenía todas las de perder.

Pedimos una pizza Bismark y tallarines Casalinga, pero ni con eso aplaqué mis ganas de volver la cabeza para comprobar cómo iba la cita de Axel. Lo único que consiguió hacerlo fue comunicarles la noticia de que iba a conseguir el dinero.

—¿Qué?! —gritaron al unísono.

—Sí. Si me caso, me darán el dinero. Jorge ha accedido. Tenemos fecha para el 31 de octubre.

—¡No me lo puedo creer! —chilló Isa tapándose nariz y boca con las manos.

—¡Joder, ese hombre es un santo! ¿Te das cuenta de que es poli? —gritó Fer.

—Sí, pero también es mi mejor amigo.

—Un amigo cojonudo —contestó con los ojos encharcados de lágrimas.

—¿Qué pasa, mami? —preguntó la niña alarmada que estaba entretenida con un libro de pegatinas.

—¡Tu tía Naia se casa! —gritó Isa con fuerza.

No pude contenerme y me volví hacia Axel para ver si lo había escuchado, aunque seguramente estaría distraído besándose con Pocahontas.

Sus ojos me atravesaron, no parecía contento.

—Pero... ¿y Axel? —preguntó Isa preocupada—, ¿no habías empezado algo con él?

—Lo de Axel ha terminado. Mira, es ese, ya está con otra tía.

—¿Cómo qué es ese?! Joder, ¡pensaba que era uno de los modelos que trabajaban en la agencia! Dios de mi vida... ¿Te has triscado a ese tío? —preguntó Isa riendo y llorando a la vez. Me alegré de que al filo de la noticia y aún con todo, fuera por un momento ella misma otra vez—. ¡Joder, no me extraña que te corrieras en un santiamén!

—Tía ¿has corrido? —preguntó Martina.

—Sí hija, ¡tu tía cuando corre llega enseguida! —se carcajeó Isa. La niña pareció feliz con la respuesta y Fernando se secó los ojos con una sonrisa complice.

—Joder, te lo devolveremos Naia, poco a poco, aunque me cueste la vida.

—Ya lo hablaremos —contesté. No iba a ponerme en ese momento a convencerles de que ni de broma me lo tenían que devolver. No quería ese puto dinero.

Me levanté de la silla para ir al baño y al girarme, no pude evitar volver a mirar hacia donde estaba Axel. Sus ojos me taladraron, los noté fríos, acusadores, y tristes al mismo tiempo. Solo le había mirado un segundo, ¿cómo podía transmitirme todas esas cosas en tan poco tiempo?

Cuando salí del baño, le vi apoyado en la pared del rellano donde convergían las puertas del servicio de hombres y mujeres, y por la cara que puso al verme, comprendí que me estaba esperando.

—Hola.

—Hola.

—Quería decirte que... necesitaba decirte que lo siento. Siento haberte dejado sola en la fiesta.

—Yo no. Cogimos a Iván, ¿no es cierto?

—Sí, pero... bueno vale, pues siento no haber ido hoy a la oficina para verte...

—Tus motivos tendrías.

—Sí, que soy una rata cobarde. Una enorme.

—No debió ser fácil enterarte de que Jorge es mi...

—Me quedé en shock —cortó Axel—. Él sabía perfectamente que nos estábamos acostando mientras planeábamos la misión juntos..., es todo demasiado heavy para mí. ¿Dónde está por cierto? He visto cómo le dabas la noticia a tus amigos, y parecían más sorprendidos que yo... Dime, ¿este

no es el tipo de cosas que normalmente se hacen en presencia del novio?

—Sí... es que, no tenemos una relación al uso —dije respondiendo un poco a todo.

—Ya me he dado cuenta... —dijo acercándose a mí. Era un problema tenerle tan cerca, tendía a ponerse intenso y yo no respondía de mí misma cuando eso sucedía.

—Oye, me siento raro..., quiero normalizar la situación contigo —dijo mordiéndose los labios. Quizá fuera mi imaginación, pero diría que también le afectaba si cruzaba la barrera de tenerme a menos de cincuenta centímetros de él. Así que dio un paso atrás y aprovechó para echar un vistazo a mi modelito, que era lo más Barrio Sésamo que tenía en el armario. Cuando quedaba con Martina, aprovechaba para ponerme camisetas de personajes Disney que vendieron hace varias temporadas en Bershka y que me encantaban.

—Si quieres normalizar las cosas empieza por no mirarme así... —dije incapaz de abandonar el espacio a su lado.

—¿Así, cómo?

—Como si quisieras comerte al Bambi de mi camiseta.

—Siempre se me ha dado mal mentir... —sonrió mirándome intensamente.

Esa sonrisa y lo que significaba, borró de un plumazo mi lucidez mental.

—Tengo intención de que se me pase... —aclaró—, estoy teniendo una cita...

—Ya lo he visto. Bien por ti —mentí.

—Sí..., no tiene novio, ni planes de casarse pronto. ¿Por cierto, cuándo te casas?

Se pasó una mano por el pelo, estaba nervioso, desvió la vista hacia mi cuerpo y después hacia atrás, como si estuviera asegurándose de que nadie fuera a ver su ataque inminente. Sus ojos volvieron a acariciar mi cuerpo y de repente, pareció caer en algo.

—¿Y tu anillo de pedida?

—Mmmh... Me lo están agrandando —dije con una frase recurrente que había visto mil veces en series y en películas—. Me caso el 31 de octubre.

—Joder, eso es ya...

—Sí, bueno... —dije con cara de circunstancia.

Axel se había vuelto a acercarse demasiado a mí, si una nota de su esencia entraba en mi nariz, me transformaría en el tiburón de Buscando a Nemo y querría devorarlo sin atender a la frase que gritaría mi cerebro de: “¡Tu jefe es un amigo, no comida!”

—Tengo que irme... —musité manteniendo la respiración para no olerle.

—¿Quieres irte, o tienes que irte? —preguntó cogiéndome una mano y acariciando con su pulgar mi palma. Tenía claro que no iba a pasar nada más entre nosotros, pero tampoco quería mentir más. Él sabía que no me era indiferente.

—Tengo que irme —repetí tristemente presionándole la mano. De algún modo pareció que mi respuesta le hizo sentir mejor. No sabía cómo acertar con él. ¡Qué complicadas eran las relaciones humanas! Lo último que quería era darle alguna esperanza conmigo en medio de una cita con otra mujer.

Puse rumbo a mi mesa donde unas caras visiblemente más felices me esperaban para degustar el postre. No volví a mirar hacia él ni una sola vez. Y al abandonar el restaurante, vi su mesa vacía. Sin duda, estarían ya en el maravilloso sofá de Axel.

EL DÍA DE LA BODA

Axel avanzaba pensativo por el pasillo que conducía a la suite de la novia. Era sábado y lo único que no estaba en su mano con respecto a la primera boda que organizaba CXL había salido bien. El sol lucía con fuerza en el cielo.

Había sido una semana horrible, de muchísimo trabajo, pero al menos, eso le había obligado a dejar a un lado el conflicto interno que bullía en su interior desde que se encontró con Naia en la Tagliatella.

César tenía razón, algo no encajaba. Para él, era la carita que se le había quedado a su ayudante cuando había aclarado que no quería irse aunque tuviera que hacerlo. Algo dentro de él volvió a la vida. Respiraba. Lo más duro había sido pensar que Naia no había sentido esa conexión con él, no una vez, sino todas las veces que habían estado juntos. No podía haberlo imaginado, aunque había la ligera posibilidad de que su ansia por encontrar un amor pasional y auténtico le estuviera cegando.

Terminó la cena con Bárbara, que resultó ser una chica simpática. En conjunto le parecía guapa, pero no le provocaba lo mismo que Naia. Aquí notaba que tenía el control. Al despedirse, le dijo que la llamaría y lo hizo. Quedaron el sábado para ir a un japonés, y al dejarla en su casa después de un par de copas, ella le invitó a subir. No dejaba de pensar en el preservativo que tan valientemente llevaba en el bolsillo, ¿realmente iba a hacerlo? Según Leo era la mejor manera de quitarse a Naia de la punta de la polla. Mientras entraba en su casa se preguntó si también podría borrar el recuerdo de la suavidad de su cuerpo, o del sabor de sus labios... No es que su exmujer no fuera suave, era una mujer joven, pero cuando estaba con Naia era como si hubiera tomado una droga que potenciara todos sus sentidos. Todo le parecía más intenso.

Ella sirvió vino, y al instante recordó el sabor dulzón del Baileys en la boca de Naia cuando la besó por primera vez. Hicieron un recorrido exhaustivo enseñándole la casa y dejó la habitación para el final. El premio a la sutileza tampoco se lo iba a llevar. Entraron y ella se sentó en la cama diciendo: “¡Ven a probarla, es comodísima!”, a él le pareció pueril el nuevo método para llevarse a alguien al huerto. Se sentó a su lado y se miraron, no pensaba alargarlo más. Con Naia, cuando tomó conciencia estaba con la cara enterrada en su entrepierna, con Bárbara era perfectamente consciente de cada gesto, palabra y mirada que habían intercambiado desde que entraron en su casa hasta que él recorrió la distancia entre sus respectivos labios. Lamentablemente, el beso fue más de lo mismo, aunque tenía la leve esperanza de que cada segundo que pasara se volviera más agradable. El deseo era como una niebla que le iba alcanzando lentamente. Comenzó a desnudarla sin prisa, pues no tenía ninguna esta vez. Cuando deslizó su ropa interior, sus piernas no temblaron como las de Naia. Succionó sus pechos, pero no sintió la necesidad de rebozarse en ellos, y cuando estuvo lista, se puso de rodillas

y se colocó un condón. Con una maniobra perfecta se introdujo en ella y al momento supo que no quería estar allí. Comenzó unas torpes embestidas teñidas de desidia. Ella gemía y murmuraba frases tipo: “así, así”, “más fuerte”, “sí, me gusta”, y él jadeaba ligeramente por el esfuerzo aeróbico. En definitiva, no era lo que esperaba. No dejaba de hacer comparaciones con las sensaciones tan distintas que estaba teniendo, por un lado era parecido a lo que había sido acostarse con Bea últimamente, pero la novedad y el descubrimiento de otro cuerpo lo hacían diferente. Algo mejor, porque no había rencillas y tortura mental de alucinar por el hecho de tener una hija en común. Pero él no se había divorciado para hacer esto, sino para perder la cabeza como hacía con Naia. ¿Cuál había sido el error? Pues que quizá el problema no estaba en la punta de su polla, sino en otro órgano más importante.

—¡Sigue! ¡Más fuerte! ¡No pares! ¡Voy a llegar! —exclamó ella en un momento dado. A Axel le preocupó cuánto tiempo había estado sumido en sus pensamientos moviéndose mecánicamente sin estar atento a lo que se traía entre manos. ¡Él no estaba listo! Obedeció acelerando el ritmo y ella no tardó en correrse, pero él no conseguía ponerse a tono. Comenzó con movimientos más fuertes, cada vez estaba más cabreado. “¿Qué hostias me pasa? Con Naia no aguanté ni cinco minutos...”. No quería pensar en Naia, ¡necesitaba concentrarse en Bárbara, joder! Ella empezó a gritar que se corría por segunda vez y él, se juró por lo más sagrado que no volvería a estar en una situación parecida.

El lunes en la oficina tuvo que aguantar que su polla brincara cuando Naia apareció por la puerta de su despacho con una sonrisa cegadora. Entró con energía, dispuesta a sacar una boda adelante dijo, y por lo que pudo deducir, también lista para hacer como si entre ellos nunca hubiera sucedido nada. Se concentró en el trabajo para olvidar el hecho de que su última relación sexual había sido un completo fiasco.

Trabajaron toda la semana en una inquietante armonía, obviando la atracción de sus cuerpos en momentos llenos de adrenalina cuando conseguían cuadrar con brillantez algún detalle imprevisto. La pilló mirándole los labios, suspirando sonoramente, mordiéndose las uñas y huyendo de él cuando la tensión era insoportable. Tenía muy claro que no le era indiferente, pero sus estrategias estaban resultando infructuosas. La

primera había sido darle las gracias y fingir que a otra cosa mariposa. La segunda evitarla e intentar salir con otra chica, y la tercera comenzó en el baño del italiano, cuando admitió rindiéndose a la evidencia de que le parecía irresistible incluso con una camiseta de dibujos animados. Era consciente de que le daba pena, de que sabía que era un buen chico y de que, aunque tuviera una relación abierta hasta el día de la boda, no quería que las cosas fueran a más con él porque “no quería hacerle daño”, palabras textuales. ¿Qué estrategia le quedaba por probar? Porque lo que estaba claro es que contra todo pronóstico ni su cuerpo, ni su cabeza, ni su corazón querían pasar página. Nunca pensó que el mundo de la soltería pudiera ser tan complicado. ¿Podía impedir que Naia se casase con Jorge? ¿Por qué llevando su relación como lo hacían querían contraer matrimonio? Solo le quedaba una cosa por hacer: Convertirse en un lobo. Uno malo, peligroso e imposible de rechazar para una Caperucita ansiosa por desobedecer a su prometido.

Siempre le habían gustado las bodas, al fin y al cabo son fiestas en las que todo el mundo parece estar emocionado por algo, aunque solo sea por la barra libre, pero lo que más le gustaba a él era ver lo flipadas que estaban las novias. Sobre todo si era una de sus chicas la que se casaba y estrenando la nueva marca de CXL Bridal.

Mientras avanzaba por el pasillo pensando en cómo conseguir llevarse de nuevo a Naia a la cama para confirmar que su apéndice funcionaba como un reloj suizo, escuchó música a todo volumen saliendo de la habitación a la que se dirigía. Conocía esa canción, era el mítico “Rescue me”, de Aretha Franklin. Abrió la puerta y se encontró una estampa dantesca.

Un montón de modelos vestidas en tono fucsia, pero con diferentes tipos de vestido, estaban bailando y cantando a coro con la novia. Sin embargo, en medio de todas ellas, encontró a la chica que eclipsaba su razón. Llevaba un vestido de gasa rosa claro palabra de honor en forma de A, con un cinturón de abalorios marcando su cintura de vértigo del que emergía un encaje en el mismo tono hacia su cuello. Le pareció lo más dulce que había visto... Su forma de cantar, su forma de bailar, su frescura, su risa, sus ganas de disfrutar... no podía dejar de mirarla.

—¡Axel! —gritó alguien reparando en su presencia. Bajaron la música

y se acercaron a saludar.

—¿Alguien necesita que la rescaten? —preguntó con una sonrisa burlona. Todas rieron al unísono—. Estáis muy guapas. Y tú Andre, espectacular.

—Gracias —respondió ella recibiendo su beso en la mejilla.

—Todo está preparado. ¡Solo queda disfrutar!

—¡Sí! Os lo agradezco tanto... Formáis un equipo increíble —dijo mirando a Naia que estaba cerca de ellos—. ¡Sois los mejores! —empezó a emocionarse abanicándose los ojos.

—¡Andrew, no! Hemos dicho que no se llora ¡te estropearás el maquillaje! —la riñó Naia con cariño.

Cuando pensó que hasta regañando era adorable, supo que tenía un problema. Tenía que cambiar el chip. Se acabó ese Axel reblandecido.

—A las cinco y media todo el mundo a sus puestos, ¿vale? —ordenó Axel—. Naia, ¿todo en orden? ¿Necesitas que haga algo?

—No, todo está bien. Puedes estar tranquilo —contestó confiada.

—Me fío de ti —dijo guiñándole un ojo.

Seguían teniendo el mismo trato, o mejor si cabe, delante de los demás, pero a solas estaban más cortados o sonaban alegremente falsos.

Abandonó la habitación antes de que tanto rosa le produjera un aneurisma, y encontró a Leo y a César en el salón del banquete.

—¿Qué tal, tíos?

—Bien, estoy deseando que empiece el show —dijo Leo sonriente—. Amo las bodas.

—Es decir, que hoy mojas, ¿no? —resolvió César.

—Eso espero, en una boda no moja quien no quiere.

—Correcto. Por eso yo paso, odio la desesperación que se respira —dijo César.

—Yo he venido acompañado... —comentó Axel.

—¡No me jodas! ¿Con Barbará?

—Sí, me daba un poco de cosa venir solo.

—Di mejor que no soportas que Naia venga acompañada —replicó Leo.

—Barbará es buena compañía.

—Sí, ella sí, pero tú, no. Sinceramente, no conozco a ningún tío que haya tenido que fingir un orgasmo.

—No es tan difícil. Dices: oh! ah! uh! y listo.

—Ver, para creer —terció César.

—¿Aún no has averiguado nada? —le preguntó Axel ansioso.

—No, solo que el jueves que me pidió libre fue a Barcelona y volvió en el día.

—¿Por qué haría eso?

—No lo sé, pero fue ella sola.

—Yo he visto a Jorge esta semana —apuntó Leo—, tuve que ir a comisaría a firmar unos papeles.

—Ah, ¿sí? —preguntó César interesado.

—Sí, para cerrar el tema del Sputnik, por lo visto les acusan de tentativa de abuso sexual con agravante de delito contra la salud y les van a caer dos años mínimo, puede que más si consiguen demostrar que tienen relación con las otras violaciones, están buscando testigos que hablen ahora que se ha destapado el asunto.

—Me alegro. Lo siento por tu hermano, pero con nosotros han terminado —dijo Axel.

—Es lo que hay —apoyó César—. No podemos juntarnos con gentuza.

—Será mejor que vayamos al jardín —sugirió Leo—, aquí todo está a punto.

Al salir al exterior encontraron a Jorge, a Zoe, y a Bárbara juntos charlando tranquilamente entre los invitados.

—Chicos... —saludó Jorge solemne apretando manos—. Axel se sintió un poco cohibido, pero aguantó el tipo ofreciendo su mano a la vez que rodeaba con un brazo a Bárbara. La mirada asesina que le echó el poli, no le pasó inadvertida.

Al fijarse un poco más detenidamente, vio que Leo estaba sonriente y accesible, y que Zoe parecía evitarle. Estaba preciosa con un vestido color coral palabra de honor y vuelo en gasa rizada, e irónicamente parecía muy cómoda hablando con Jorge. No le había contado nada a Zoe sobre Naia. El domingo se interesó por ella, pero solo le mencionó que lo de Naia se había terminado de mutuo acuerdo. Esa semana Zoe no pasó por la agencia y se temía que algo hubiera pasado entre Leo y ella. Tendría que investigarlo más tarde.

La ceremonia fue bonita y todo salió perfectamente. Cada vez que se

arriesgaba a mirar a Naia, notaba los ojos de Jorge sobre él. Era un tío que imponía, no porque fuera policía, sino por su físico, y sobre todo por sus ojos que lanzaban una advertencia tipo: Vas a morir muy pronto, y lo sabes. Tenía la impresión de que en cualquier momento le iba a aplastar la cabeza contra un centro floral. La situación era muy violenta. Pero eso no fue nada comparado con la tensión que se respiró al descubrir la feliz mesa del banquete donde les habían sentado. En el coctel había sido fácil esquivar a la gente, pero la novia había juntado con sus mejores intenciones a siete comensales incompatibles en una misma mesa. Sus dos amigos no le molestaban, Naia y Zoe tampoco, Jorge y Bárbara eran otro cantar, pero las quinielas de los demás integrantes de la mesa serían similares.

Su acompañante depositó su mano encima de la suya mientras hablaba con Zoe. Después de la cena del viernes y el polvo del sábado no la había vuelto a ver en toda la semana. Una vez más, la había llamado en su cobardía de tener que enfrentarse a Jorge y a Naia juntos y revueltos. Al puto Leo no se le escapaba una. Estaba listo para ver muestras de cariño que surgirían en una pareja normal a punto de casarse, pero no sucedieron, sin embargo, él en su tercera cita estaba haciendo manitas, era desquiciante. Zoe le miró reconociendo su malestar y Leo directamente le puso los ojos en blanco sin tratar de disimular lo patética que le parecía la escena. Éste último se entretuvo con Jorge hablando de fútbol, y César parecía estar atento a todas las conversaciones y a ninguna en concreto. Se habló de la cartelera actual, del cierre de temporada de Juego de Tronos, y de bodas y nacimientos recientes de conocidos.

Cuando llegó la barra libre pudo dejar de preocuparse por la organización del evento. Fue directo al bar y pidió tres gintonics. Uno para bebérselo de trago en la misma barra, otro para su acompañante, y otro para tener en la mano como copa oficial. Nunca había recurrido al alcohol para sobrellevar mejor una situación, y no se paró a pensar que él no solía beber demasiado.

En un momento dado, sobre su quinto cubata, los novios bailaron una canción lenta y Jorge tuvo la brillante idea de pedirle permiso para bailar con Bárbara. Pestañeó varias veces sorprendido y accedió. Quería darle permiso para todo lo que quisiera con Bárbara si así dejaba de mirarle como si le perdonara la vida. Buscó rápidamente a Naia por el salón y

cruzó la estancia empujando a la gente sin importarle quién estuviera en su trayectoria.

—Baila conmigo —dijo burlón—. Tu novio me ha robado a mi acompañante.

Ella accedió convirtiendo sus ojos en rendijas.

—¿Estás borracho? —dijo avanzando hacia la pista.

—Un poco.

—No deberías beber más, estamos trabajando.

—Estamos de inauguración. Ha salido todo genial para prepararlo en tan poco tiempo.

—Sí, si no hubiera ido tan ajustada habría salido mejor. Podría haber dedicado más tiempo a investigar cosas novedosas, pero la mayoría requerían más antelación.

—Lo sé, no te preocupes, ha estado bien para ser la primera.

—¿He notado un ligero tono condescendiente? —preguntó Naia fingiendo estar indignada.

—Tienes mucho que aprender todavía —afirmó Axel.

—¿Y desde cuándo tú eres un experto en bodas?

—Desde que Leo y yo solemos ir cada año a la Bridal Week de Nueva York. Jessica desfila y nos consigue pases gratis. Nos alojamos en su piso. Solo pagamos vuelos y comidas.

—*Touché.* ¡Vaya suerte!

—Este año podrías venirte. Sería muy bueno para ti. Insisto en que vengas, a Jessica le parecerá bien, ha invitado a Zoe también.

—¿En serio? Sería una gran oportunidad, pero...

—Pero nada, te vienes —concluyó reduciendo el espacio entre sus cuerpos un poco más. Frotó sus sienes como lo haría un gato y resbaló la cabeza por su pelo de forma que su boca quedara pegada a su oreja. Olía maravillosamente bien, tal y como recordaba.

—Axel, aquí hay muchos ojos que nos conocen, compórtate... —dijo alejándose un poco de él. Pero él puso una mano en la parte baja de su espalda y los volvió a unir. Su otra mano descansaba en la de Naia.

—Te importa mucho lo que piensen los demás... pero no lo que piense tu novio. Contéstame a una cosa, ¿por qué a Jorge no le molesta que haya estado dentro de ti? Yo me volvería loco —dijo bajando la mano un poco más de la cuenta sin apenas ser consciente.

Ella parecía ruborizada. Su respiración había cambiado.

—Tu mano está demasiado al sur de mi espalda... —se quejó con un jadeo.

—Que yo sepa todavía no estas casada. Y otra cosa, ¿por qué Jorge se folló a un tío en el sofá de Leo? Me gustaría entenderlo —dijo arrastrando las palabras.

—No lo sé, pero no me sorprende. Le gusta mucho esa zona y tenemos algo así como permiso hasta que llegue el día de la boda.

—Así que le gusta esa zona... ¿Y a ti?

Ella no respondió a la pregunta. Parecía turbada.

—No te pongas así, te lo pregunto porque nunca he tenido el placer, la verdad...

—Pues pídeselo a Bárbara, tiene pinta de dejarse hacer de todo... —dijo molesta.

—No te fíes de las pintas, yo nunca hubiera dicho que eres un volcán en la cama.

—Pensaba que querías normalizar las cosas entre nosotros —contestó avergonzada.

—Sí, pero este vestido lo está impidiendo.

Naia soltó un gemido bajito cuando él subió la mano y le acarició la piel de la espalda.

—Lo siento, cuando bebo soy como un niño, no sé decir más que la verdad.

—Ah, pues ¿qué tal te va con Bárbara? ¿Te ha gustado follar con ella? —dijo Naia acusadora.

—Lo cierto es que no, fue bastante aburrido, no como contigo...

—No pierdes el tiempo... —musito ella entre dientes.

—En realidad sí. Estamos perdiendo un tiempo precioso tu y yo —dijo apretándola sin miramientos contra su cuerpo.

—Estás borracho —dijo despectiva separándose de él.

—Pero sabes que tengo razón.

—Yo solo sé que me caso en treinta días —señaló enfadada.

—¿Por qué os casáis? No lo entiendo —dijo frustrado.

—No es asunto tuyo.

—Puede que no, pero los restantes veintinueve días sí lo son. Y tú lo deseas tanto como yo.

—Esa no es la cuestión.

—Yo juraría que sí.

—No puedo arriesgarme, ni por ti ni por mi —dijo huyendo de él hacia la salida. Él la siguió.

—Ahora mismo yo lo arriesgaría todo por estar una noche más contigo —dijo sujetándola del brazo.

—No puedo Axel, por favor no me lo pongas más difícil... —dijo ella soltándose de su amarre y saliendo al jardín.

Había gente fumando y charlando tranquilamente. Ella desapareció por un lateral y él no la siguió. Sabía perfectamente que había ido hacia una zona desierta y si la alcanzaba, tenía la certeza de que acabarían otra vez follando sin condón. Más que nada porque no tenía ninguno. Esa noche no pensaba mojar a diferencia de Leo. El plan era beberse hasta el agua de los floreros y desmayarse antes de que Bárbara planeara hacer nada con él. La seguridad de que hundirse en Naia habría sido una realidad si la hubiera seguido, le estaba matando. Leía en sus ojos que quería hacerlo, pero tenía miedo de algo. ¿Qué era lo que no podía arriesgar? Tenía que averiguarlo. “¿Y si le pregunto al propio Jorge?”, pensó. ¿Tendría los huevos de hacer eso? No, quería conservar sus miembros. Quizá sería más sensato confiar en que César averiguara lo que ocurría entre esos dos lo antes posible.

Zoe fue la primera en llegar al aeropuerto, pero no le sorprendió, casi siempre lo era porque le relajaba llegar a los sitios con cierta antelación. Buscó el mostrador de facturación con destino a Nueva York y esperó al resto. Estaba eufórica, llevaba tiempo queriendo ir a Estados Unidos y cuando Jessica se lo propuso, aceptó a pesar de tener que aguantar a Leo en el viaje.

Desde que le había defendido en la fiesta de cierre de la Fashion Week delante de ese cretino, parecía estar muy contento. No tenía una mala palabra hacia ella y la trataba demasiado bien para su gusto. Se sentía incómoda. No sabía a qué venía ese cambio, pero últimamente no dejaba de sorprenderla.

Al día siguiente de volver a ser drogada por Guillermo, recibió un WhatsApp suyo a mediodía que le tuvo en jaque el resto de la tarde y por extensión toda la semana siguiente evitando pisar la agencia.

—*¿Cómo estás preciosa? Espero que bien, si necesitas algo no dudes en llamarme. Leo*

¡¿Cómo que preciosa?! ¿Cuántas veces le habría dicho aquello de “aunque la mona se vista de seda”? Le contestó con un simple “Bien, gracias.” y cuando volvió a verle el día de la boda de Andrea, se acercó a ella sonriente saludándola igual que había hecho con Naia atreviéndose a darle un beso en la mejilla. ¡Jamás se habían saludado así! De hecho, no solían decirse ni hola. Una mirada con los ojos entrecerrados o un arqueamiento de ceja solía ser lo máximo que se dedicaban. Y de nuevo, la dejó totalmente descolocada.

Alzó la vista y vio a un chico entrando en la terminal. Llevaba una maleta plateada, vaqueros grises, jersey blanco con rayas negras y zapatillas vaqueras. Medía uno noventa y dos y tenía un cuerpo de Dios griego. Su pelo era negro y sus ojos de un azul degradado desde el centro de claro a oscuro, como si fuera un cenote profundo del Yucatán por el que si caías, lo más probable es que desaparecieras para siempre, pero lo

que más llamaba la atención sobre su cara era una mueca traviesa e irresistible combinada entre la expresión de sus ojos y sus labios. Un gesto que mostraba lo divertido que le parecía vivir en su piel siendo perfectamente consciente del efecto que tenía en las mujeres. Era una fuerza imparable, solo podías rezar para que su radar no apuntara en tu dirección o estabas perdida. Su atracción por él a pesar de odiarle, siempre le había trastornado un poco, pero solía tenerla a raya gracias a que con ella su actitud solía ser hosca e irritante. El problema era que había cambiado. Sus ojos se encontraron y él le sonrió como si realmente se alegrara de verla. Era terrorífico.

—¡Hola Zoe! —dijo alegremente colocando su maleta junto a la de ella—. ¿Has llegado hace mucho?

Se le quedó mirando anonadada. Ese era un buen ejemplo: Hacía quince días lo primero que hubiera preguntado es si había venido volando en su escoba. Tener una conversación normal le obligaba a ella a contestarle medianamente bien, y no dejaba de ser una sensación extraña.

—Sí. No. No mucho —respondió confusa.

—Nueva York te va a encantar. ¡No sabía que no lo conocías! ¿Estás contenta?

—Hay muchas cosas de mí que no sabes. Estoy contenta, pero me pone nerviosa que tú también lo estés... ¿No te molesta que vaya? —preguntó titubeante.

—¡No! Me gusta la sensación de ir con alguien por primera vez a un sitio que me encanta.

—¿Aunque ese alguien sea yo?

—Más si ese alguien eres tú.

—Leo... ¿Dónde está la cámara oculta? ¿Por qué no me odias?

—¿Quieres que lo haga? —preguntó con guasa.

Estaba guapísimo con esa sonrisa juguetona que a ella nunca le había dedicado. Le costaba concentrarse en otra cosa cuando se la ofrecía abiertamente como ocurría últimamente. Cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No lo sé... —respondió confundida.

Naia apareció por la puerta y Zoe le hizo señales para que la viera.

—¡Hola chicos!

—¡Naia! ¿Te vas un mes? —se mofó Leo al ver su maleta que solo era

ligeramente más grande que la suya. Ese era un Leo más familiar para ella. El Leo vacilón, y de alguna manera, necesitaba que volviera porque sentía que el nuevo Leo le impedía ser ella misma.

—¡No bobo! ¡Está medio vacía! Pienso comprar cantidades ingentes de ropa —dijo pizpireta.

Por fin un idioma que conocía. Se enfrascaron en una conversación sobre moda en la que Leo participó demasiado activamente para su gusto, aconsejándolas e insinuando que podía acompañarlas de tiendas. ¡Era de locos! Había hecho bien en rehuir de él los últimos diez días, porque después de cinco minutos a su lado estaba a punto de empezar a loquear. ¡Si continuaba así, no tendría más remedio que tirárselo y acabar con la farsa! Ella misma se sorprendió de sus pensamientos. Tres días juntos... iba a terminar fatal, lo presentía.

Axel llegó corriendo cuando la fila se acababa y su turno para facturar estaba muy próximo.

—¡Siento llegar tarde!

—¿Quién te ha entretenido bajo las sábanas? —preguntó Leo socarrón.

Axel miró a Naia y esta giró la cara dispuesta a ignorar la respuesta.

—Nadie, ya no estoy con Bárbara.

—No me sorprende porque... —comenzó Leo, pero una presión de Axel en un punto concreto de su clavícula le hizo detener la frase con un quejido doloroso.

—¡Mira, ya nos toca! —dijo Axel señalando el mostrador—. Las damas primero.

Cuando subieron al avión, Zoe se sentó con Naia. A pesar de haber hablado con Axel días antes, fue en la boda cuando se enteró de que Jorge y Naia eran pareja e iban a contraer matrimonio. La miró con los ojos saliéndose de sus órbitas y ella murmuró un “ya te contaré”, que la dejó patidifusa. Cuando tuvo oportunidad de arrastrarla al baño alucinó todavía más.

—¿Cómo que vas a casarte?! —exclamó nada más entrar a los servicios.

—Shhh.... —dijo Naia comprobando todos y cada uno de los utilitarios asegurándose de que no había nadie más, como en las películas.

—¿Estás saliendo con Jorge y mientras te acostabas con Axel?!

—Zoe... No. Por favor, tienes que confiar en mí.

—¡Lo intento, pero como comprenderás con esos datos es muy difícil!

—Zoe no quiero mentirte, pero no puedo contarte la verdad. Solo quiero que sepas que todo lo que te he dicho es cierto.

—¿Entonces lo de Jorge es mentira?

—No, eso también es verdad. Vamos a casarnos.

—¿Pero por qué...? —preguntó desconcertada—. No entiendo nada.

—No tienes que entenderlo. ¿Qué es lo que te preocupa?

—¡Que estáis sufriendo! ¡Quiero ayudarte! ¿Qué está pasando?

—Nada me gustaría más que poder contártelo todo, pero eres demasiado cercana a Axel para ponerte de mi parte en esta historia. Confía en mí. Tengo que casarme con Jorge, por eso dejé a Axel.

—¡Pensaba que estabas loca por él! y por las caras que pone creo que él está obsesionado contigo.

—Se está obsesionando porque de la noche a la mañana tuve que alejarme de él y he herido su orgullo, pero se le pasará, ya está con Bárbara.

—¿Esa?! Por favor... ¡Si está superincómodo con ella!

—No lo parece...

—¡Naia! ¡¿Por qué estás haciendo esto?! —dijo sujetándola fuertemente de los brazos—. Vas a perderle...

—Tengo mis razones, de verdad... —contestó con los ojos húmedos—. No puedo estar con él ahora mismo, solo nos causaría más dolor, y es peligroso.

La súplica en sus ojos le hizo entender que no debía seguir insistiendo. Pero le daba mucha pena no poder encontrar una solución, porque estaba segura de que la había. Su frase solía ser que todo tenía solución menos la muerte. Bien lo sabía ella.

Cuando tenía once años su hermano de ocho enfermó. Fue diagnosticado con un tipo de cáncer de huesos conocido como osteosarcoma y dijeron que le quedaban pocos meses de vida. Las entradas y salidas del hospital eran continuas. Estuvo cada día al pie del cañón porque para el pequeño no había nadie más importante que su hermana mayor, solo ella le daba paz, y permaneció a su lado todo el tiempo que pudo, viviendo la enfermedad con él. Alex murió en sus brazos un diez de mayo después de perder la batalla contra el cáncer, a la

edad de nueve años.

Seis meses después, su familia se mudó a Madrid y conoció a su vecino, Axel. Quizá fuera el fortuito juego de letras entre el nombre de su hermano y el de su nuevo amigo, pero se convirtió en una amistad que sanaba su alma y reparaba un poco el vacío abrumador que había dejado la pérdida de su hermano. El amor que le daba era puro y fraternal, y Axel reconoció una noche que era la hermana que siempre había deseado tener. La infancia puede ser muy solitaria para un hijo único que solo sabe dar y compartir. Iban al mismo colegio, y lo hacían todo juntos. Naia tenía razón, ella tenía sus prioridades, y Axel era una de ellas. Eran algo más que buenos amigos, eran familia.

Durante el vuelo quería hablar con él para ver que tal se encontraba. Notaba una tirantez en su sonrisa indicativa de que el tema de Naia no estaba tan zanjado como quería dar a entender. El avión despegó a las tres de la tarde, así que tenía muchas horas por delante para averiguarlo. Llegarían a las ocho de la tarde hora local, pero para ellos serían las dos de la madrugada. El plan era aguantar hasta irse a la cama para empezar al día siguiente en un horario normalizado.

Por facturar casi los últimos al esperar a Axel, no pudieron sentarse los cuatro juntos. Estaban dos y dos rellenando huecos con una diferencia de cinco filas, pero a ninguno pareció importarle tal y como estaba el patio. Cuando el testigo de cinturón obligatorio se apagó, Naia se levantó del asiento.

—Voy a ir a hablar con Leo, quiero establecer una ruta a partir del piso de su hermana y hacerle algunas preguntas sobre los horarios de la Bridal.

—Vale, mándame a Axel.

Ella le sonrió y Zoe esperó a que apareciera su amigo. Cuando llegó, se sentó y resopló profundamente.

—Empieza a contar... —ordenó Axel—, ¿Por qué no has pisado la oficina en toda la semana? ¿Ha pasado algo entre Leo y tú? ¿Por qué coño está tan contento?

—¡No tengo ni idea! En serio... pregúntaselo a él.

—Venga Zoe, que no me chupo el dedo. ¿Qué ha pasado?

—¡Nada! Como no sea que le defendí delante de un modelo que insinuó que su carrera en las pasarelas duro poco o algo así...

—¡Ja! ¿Defendiste a Leo?

—No soporto a la gente superficial, sabe Dios que tengo cien amigos modelos, —pero a las manzanas podridas que dan mala fama al sector—, me las meriendo en cuanto puedo —dijo molesta.

—¡Zoe, la has cagado! —exclamó divertido—. A raíz de los ataques, Leo ha descubierto que eres un oso amoroso y de ahora en adelante te tratará de forma normal. ¡Prepárate! —rió—. Joder, he tenido que esperar diez años a que un zumbado te drogara, pero al fin ha ocurrido.

—¿Eso es normal? ¡No me jodas! ¡Si parece que se ha comido un tripi!

Axel se ríe con ganas. Era fácil diferenciar cuando lo hacía realmente, por eso sabía que últimamente en presencia de Naia, no era él mismo.

—¡Leo es así! Pero cuando estáis juntos os convertís en dos víboras venenosas. Él ahora está normal, y te pediría por favor, un poco de cooperación.

—Yo no puedo ser su amiga.

—¿Por qué no?

Ella se quedó callada.

—¿Sabes por qué congenié tan bien con Leo nada más conocerle? —preguntó Axel introspectivo—. Porque me recordaba a ti. Y lo supe desde la primera media hora. ¡Sois iguales! Tal para cual.

Zoe cerró los ojos, era lo último que necesitaba oír.

—Vale, lo capto. Intentaré ser agradable con él. ¿Y tú cómo estas? ¿Lo has dejado con Bárbara?

—Sí, tampoco era nada serio, tres citas... desastrosas.

—Seguro que no estuvieron tan mal, lo que pasa que las comparaciones...

—Has dado en el clavo, como siempre —dijo Axel resignado—. No me esperaba lo de Jorge y Naia, ¿tú sí?

—¡Para nada!, yo creía que ese tío era gay ¡imagínate lo perdida que estaba! —dijo alucinada.

—¿Cómo es posible que creyeras que un tío así es gay? —preguntó extrañado.

—Muy sencillo, he estado a solas con él dos veces vestida de putón y no me ha mirado ni una sola vez.

—Estaba trabajando, es policía.

—Es un hombre y no está ciego. Los hombres soléis ser poco conscientes de lo mucho que se os van los ojos...

—Joder, yo tampoco me fijé en ti. ¿Crees que soy gay?

—No. Tu eres... como un familiar, no cuenta —dijo abrazándole y apoyando la cara en su pecho. Axel le rodeó con el brazo y le besó la cabeza. Se quedaron en un apacible silencio como los que solo puedes compartir con alguien en quién confías plenamente.

Tras abandonar a Zoe, caminé en dirección a los chicos y Axel se sorprendió al verme.

—Zoe quiere hablar contigo y yo quiero hacerle unas preguntas a Leo, ¿nos cambiamos?

—Claro... —dijo levantándose. Al esquivarnos en el pasillo nos rozamos un poco, y mi cuerpo se encendió como una cerilla. El muy cabrito le echaba de menos y así me lo hizo saber.

—¡Naia! ¡Qué bien que has venido a verme! —exclamó Leo—. Últimamente estar con Axel es deprimente —dijo mandando entre líneas un mensaje sutil.

—Leo, Leo, Leo, Leo... ¿Dónde vive exactamente tu hermana? —dije bajando la mesita y desplegando el mapa de Manhattan.

—Lo creas o no, vive en la quinta avenida —dijo riéndose a la vez que me quitaba el bolígrafo de la mano—. Déjame marcarte el punto exacto. La calle es muy larga, es en el cruce con la 30, para que te hagas una idea, la quinta con Park Avenue es la 59. Es decir, veintinueve manzanas más abajo, pero se llega enseguida a todas partes. El Empire State está en la 34, muy cerquita.

—¡Madre mía! ¿Cómo consiguió ese piso?

—La muy cachonda compró un piso en Brooklyn por 230.000 euros cuando empezó a trabajar allí asiduamente, era muy antiguo, pero no estaba mal. Tenía dos habitaciones, era un primero sin ascensor —informó Leo—. La buena suerte quiso que un Walmart quisiera comprar el edificio y le ofreció un millón de euros a cada uno de los vecinos por vender sus casas. Les salió barato, no hace falta que te diga que es una de las empresas que más facturan del mundo. Su precio en bolsa es de 208.000 millones... Así que le eché la bronca cuando aceptó la oferta sin consultar. ¡Le habrían dado el doble si lo hubiese pedido! La cosa es que

se compró este piso por 950.000 dólares y está encantada. Y yo también de poder venir a verla cuando quiera —sonrió—. Tiene dos habitaciones y un salón enorme con un sofá cama de lo más cómodo. Ascensor, piscina climatizada en la última planta, en fin... Vive bien.

—¡Ya lo veo! ¡Qué pasada! ¿Seguro que no le importa que vaya? Apenas nos conocemos...

—¡Claro que no! Haría lo que fuera por Axel.

—¿Qué significa eso?

—Que si le menciona que su nueva directora de bodas necesita ir a la Bridal Week, ella accede encantada.

Nunca sabía cuando Leo hablaba en serio, pero parecía que muchas de sus respuestas tenían un doble significado. Me estaba revolviendo por dentro, quizá era eso lo que pretendía.

—Vale...

—Vas a aprender mucho pequeña, me gustaría que disfrutases de todo lo que Nueva York puede ofrecerte. Al fin y al cabo, lo que se hace en Nueva York se queda en Nueva York —sonrió perverso.

—¿Eso no es en Las Vegas? —pregunté desconfiada.

—También es válido cuando cambias de continente, lo decían en *Friends* —sonrió pillo.

Hablamos de la Bridal y me contó cómo solían organizar los desfiles y las exposiciones. Me sorprendió comprobar que Leo era un mago de los mensajes ocultos, y aprovechando la coyuntura quise borrarle esa sonrisa encantadora recordándole que no era el único de los cuatro que no tenía un problemita con un pasajero del avión.

—Gracias Leónidas, y hazte un favor, aplícate el cuento. Sería una pena que desaprovecharas la oportunidad con Zoe sabiendo que “lo que pasa en Nueva York, se queda en Nueva York”.

Solo por la cara que puso, ya mereció la pena el viaje.

Cuando regresé a mi asiento, vi una película, leí un rato en mi iPad, y entre la merienda, la cena y las turbulencias llegamos al JFK sin tener que hablar a solas con Axel ni una vez, lo cual no significa que sus intensas miradas no me acelerasen el corazón.

Cuando llegamos al piso de Jessica nos recibió con efusividad, parecía el diablo de Tasmania formando revuelo allí dónde saludaba. Recordé fugazmente que hacía quince días había besado a Axel, pero no aprecié

que le diera un trato diferente al resto. Parecía una chica bastante dispersa y un poco loca, me recordaba a Isa. Su entusiasmo indicaba que a pesar de vivir en un sitio privilegiado y tener un trabajo increíble echaba de menos sus raíces.

Decidimos entre todos que los chicos dormirían en el sofá cama y nosotras en la habitación de invitados. Aquella noche picamos algo y nos fuimos relativamente pronto a dormir.

38

ESTUDIO 54

La Bridal Week fue más de lo que me esperaba. No solo habíamos visto a Jessica desfilando con preciosos vestidos de novia de las firmas más prestigiosas, sino que había visto a un montón de famosos. Nueva York era tan mágico como parecía en las películas, y cada rincón me era increíblemente familiar.

Iba grabando notas de voz con mi iPhone cuando veía algo que me gustaba en los stands o los desfiles, lo cual me obligaba a estar con el móvil en la mano constantemente porque todo me flipaba. Eran veintitrés mil metros cuadrados de lo más puntero y cool del momento en bodas.

Cada dos por tres, se me escapaba una mirada embargada de emoción hacia Axel y él sonreía encantado. Parecía que vernos desayunando en

pijama había suavizado las cosas un poco, y en cuanto nos sumergimos en el ambiente de las bodas, un sentimiento de entusiasmo barrió cualquier otro y disfruté hasta el punto de atreverme a coger su mano para arrastrarle más rápidamente de un sitio a otro.

—A mí no me engañas, ¡eres una loca de las bodas! —dijo Axel sonriente.

—¡Ya te dije que me encantan! —chillé emocionada—. Y más en este plan...

—¿Qué plan?

—¡Por todo lo alto! ¡Es que hasta las flores para hacer bonito del stand me parecen lo más!

Leí en su cara una pregunta que ya me había hecho “¿Entonces por qué no te casas así?”, pero no la hizo. Iba a callarse cosas que podían hacer que la tregua que estábamos disfrutando se desvaneciera, y lo agradecí en silencio.

—Siempre me han vuelto loco los vestidos de novia con escote... pero poca gente los elige —dijo él desviando algo el tema.

—Tiene gracia que digas eso, a mi también me gustan. Creo que hay que exponer la mercancía que están comprando.

Ambos nos reímos a carcajadas y nos quedamos mirándonos a los ojos. Aparte de la inmensa atracción que sentíamos el uno por el otro, nos unía un humor ante la vida muy parecido. En ese instante, habría dado cualquier cosa por que la escena que estábamos viviendo en aquella feria de novios perteneciera a otras personas, a unas que estuvieran enamoradas y fueran a casarse entre sí. Lograr tener eso mismo con la persona que iba a compartir mi vida sería un sueño hecho realidad.

—Si volviera a casarme me gustaría hacerlo en la playa de un hotel. Todo el mundo iría vestido de blanco, y todos pasaríamos la noche en el mismo sitio. No me importa en que parte del mundo —explicó Axel.

—Me encanta la idea —dije soñadora. Se mordió los labios y miró los míos, necesitábamos carabina urgentemente.

—Vamos a buscar a Zoe, seguro que el taller de maquillaje nupcial está a punto de finalizar —dije volviendo a coger su mano y comenzando a andar. Era tan perfecto mi mano en la suya, tan suave y firme a la vez... Ahí me di cuenta de que me sentía tan segura con él como con Jorge.

Ese día comimos en el Burger Joint, una hamburguesería conocida

como una de las mejores de Nueva York que quedaba a tan solo dos calles del muelle 92 donde se celebraba la feria. Lo más curioso es que alrededor construyeron un hotel de cinco estrellas y quedaba oculta por una gran cortina de terciopelo donde la gente hacía cola, ¡era la monda! Comimos de lujo, y los cuatro comentamos cosas increíbles que habíamos visto durante la mañana. No hubo tiempo para ningún comentario fuera de tono. Me estaba enamorando de la ciudad de una forma que nunca creí posible, porque estaba sacando lo mejor de cada uno de nosotros. Notaba que Zoe también estaba eufórica, y todos chillamos cuando Leo enseñó unas invitaciones Vip para una fiesta esa misma noche en una de las mejores discotecas de la ciudad. El resto del día fue en la misma línea, y sobre las cinco volvimos al apartamento a descansar un poco, nuestros pies nos lo agradecieron.

Me metí un canapé en la boca y me puse a perseguir al chico que me lo había ofrecido. Le pregunté qué diantres llevaban porque podría haber llorado para que me diera otro si hubiera sido necesario.

—¡Por favor prueba este canapé! —le dije a Axel metiéndole uno en la boca—. ¿Pero qué leches lleva?

—Joder... —dijo Axel—. Están de la hostia...

—¡¿A que sí?! —

—Sí, están cerca de superar lo que hace semanas se convirtió en mi nuevo sabor favorito...

—¡Qué cerdo eres! —sonreí pegándole y ruborizándome hasta las orejas—. Me ha dicho que son de *shrim*, pero estoy segura de que se refería a camarón rojo, ¿puede ser? ¡Llevan algo adictivo! ¿Qué será? —dije alterada.

—Leo —le llamó Axel—, mira a ver si puedes averiguar qué llevan los canapés de camarones.

Le miré atónita.

—¿Podéis hacer eso?

—Por ser tú —dijo chulesco guiñándome un ojo.

—¡Si lo averiguas te doy lo que quieras! —dijo sin pensar.

Él se acercó a mí felino con intención de decirme algo.

—Yo que tú, tendría más cuidado con lo que prometes... —dijo insinuante rozándome el oído.

—Es una forma de hablar... —dije poniendo los ojos en blanco, mientras se me destensaba el útero.

Seguimos comiendo y disfrutando del ambiente hasta que llegó Jessica con unas compañeras de pasarela. Vi a Axel saludar a algunas de ellas como viejas conocidas y me pregunté qué coño habría visto en mí. Yo había rechazado estar con él, ¡pero por otras circunstancias!, no porque no le quisiera. Y ahí estaba, le amaba. Era como un elefante en la habitación al que estaba intentando ignorar tratando de hacer lo correcto, pero ya era ridículo negarlo, estaba enamorada de él hasta la médula. Sin embargo, como alguien dijo una vez, a veces el amor no basta, y hostia ¡qué razón tenía!

Aparté ese tema de mi mente y me dirigí a la barra. Me merecía agarrar un buen pedal en el nuevo Imperio Romano del siglo XXI, y sobre todo, me merecía que ese día que había sido perfecto acabase igual, no chafado por lamentar cosas imposibles de controlar. Quería bailar a tope, reírme a carcajadas, disfrutar de una experiencia única que hacía tres años ni podía soñar desde el sofá de un bosque perdido.

Una de las cosas más sorprendentes de esa noche, fue que conocí a gente maravillosa. Me escuchaban, me piropeaban, me decían que era extraordinaria y lo mejor de todo, Axel no me quitaba los ojos de encima a pesar de estar rodeado de bellezas internacionales. También había chicos guapísimos, griegos, italianos, lo mejor del ambiente era la diversidad que se respiraba. Ciudadanos del mundo bailando y charlando indistintamente. Mi mente cambió su forma de ver las cosas, se amplió, y me di cuenta de que viajar es el único gasto que te hace más rico.

Otra de las sorpresas de la noche fue ver a Axel y a Leo soltándose en una fiesta que no fuera una de las suyas. ¡Eran muy distintos! Si yo fuera un tío y supiera moverme así, no pararía de hacerlo. Tenían un estilo único, bailaban como si se lo pasaran en grande, jugando, haciendo cosas divertidas que ignoraban que les hacían parecer tremendamente sexys a los ojos de los demás. Las copas iban cayendo una detrás de otra. Las preparaban con un mimo y un detalle que muchos sitios pretenden conseguir, pero no pueden alcanzar, y al probarlo, te dabas cuenta de que poner una copa también podía ser un arte. ¡Entraban solas! La música también me parecía especial, se estaba convirtiendo poco a poco en la mejor noche de juerga de mi vida. Zoe y yo llevábamos vestidos que nos

había prestado Jessica. Tenía un armario que superaba en número y tamaño mi colección de DVDs. Le regalaban mucha ropa en el trabajo dijo, así que estuvimos de tiendas en su propio vestidor.

En el momento cumbre de la noche, la gente bailaba a lo bestia. Me recordaba un poco a la película Dirty Dancing, cuando la chica entra al bar de los empleados por primera vez y alucina. Con la diferencia de que estaba en Nueva York y yo no podía ser menos, así que cuando de repente, sonó una canción muy conocida en castellano, Zoe y yo gritamos y nos buscamos.

—¡Gente de zooooona! —chillé señalándola.

—¡Puerto Rico me lo regaló! —contestó Zoe a pleno pulmón.

Comenzamos a bailar siguiendo el ritmo y el ambiente cogió más fuerza si cabe. Leo y Axel estaban en la barra en ese momento, y busqué la mirada de mi jefe inconscientemente para compartir mi dicha con él. Ambos nos estaban mirando con una sonrisa prohibida en los labios y deseé que vinieran a la pista con nosotras.

Movimientos de cabeza como en el videoclip se veían por todas partes, transportándote a un estado donde el ritmo latino te contagiaba con su magia. Sentí una indecente mano en la cintura de alguien que se puso a bailar pegado a mi espalda. En aquel momento de felicidad me hubiera dado igual quien fuera, pero aspiró el olor de mi pelo y supe cerrando los ojos que solo podía ser él. Puse mi mano sobre la suya y seguí moviéndome como una loca rotando las caderas. Seguimos bailando sin decir nada con movimientos tan subidos de tono que solo podían darse entre dos personas que ya se habían acostado. Cuando mi cuerpo estaba a punto de explotar, Leo, que había estado bailando al lado de Zoe y otras chicas formando un corro, cogió el testigo de Axel y continué moviéndome con él. Axel se puso a bailar con Zoe y cuando Leo movió las caderas como Marc Anthony, juro por Dios que cinco mujeres dejaron de bailar extasiadas mientras yo me reía imitándole. Finalmente, salté a sus brazos y cuando me cogió en el aire, sentí que eran otros brazos de los que me fiaba ciegamente.

De repente sonaron tambores y la voz de Ricky Martin, Jennifer Lopez y Wisin aseguraron en inglés que “tu cuerpo es pura adrenalina que por dentro me atrapa, me tiene al borde de la locura”. Y nosotros lo convertimos en realidad. Nunca en mi vida había bailado tan desinhibida

como comencé a hacerlo en aquel momento con Zoe. Axel al vernos, me cogió de las caderas y me acercó a él. Empezamos a movernos de una manera que verdaderamente hizo que me subiera la adrenalina y un instante antes de perder el control, vi a Leo mirando a Zoe con una mirada de deseo indiscutible y rechazando una duda se acercó a ella con un estilazo que me dejó loca hasta a mí. Estaba sucediendo. Sentía que necesitaba medicina como decía la canción, y que solo un beso suyo podía curarme. Axel no tuvo miramientos en restregarse contra mí, igual que yo contra él. Se puso detrás de mí y me recliné sobre él dándole acceso a mi cuello y subiendo la mano hasta el suyo. Sus labios no dudaron en posarse en él y me rodeó la cintura con más fuerza. “¡Deja que ocurra!”, gritó el cantante y dejé de bailar. Era un buen momento para empezar a creer en las señales, me di la vuelta y nos mantuvimos la mirada durante tres segundos eternos. No hizo falta hablar, nuestros ojos lo decían todo y la canción nos lo señaló diciendo: “Volvamos a hacer el amor como aquel día, llévame al cielo a volar”. Me arrastró fuera de la pista y me llevó hacia uno de los laterales donde la oscuridad bañaba gran parte de la pared. Al momento comenzamos a besarnos como si estuviéramos bajo el agua y nos faltara el aire. No había suficientes labios, lengua y saliva para expresar todo lo que había en ese beso. Sabía que debía detenerlo, que sería lo más sensato, pero mi cuerpo no quería ni oír hablar de eso. Me aplastó contra la pared empotrando su cuerpo en el mío, después bajó los brazos hasta mi culo elevándolo y haciendo que rodeara su cintura con mis piernas. Seguimos besándonos con la angustia acumulada de las últimas semanas, sintiendo que mi corazón volvía a la vida con descargas rápidas. Sus dedos ansiosos exploraron libremente mis muslos desnudos para terminar haciendo presión en mis nalgas apretándome más contra él.

—¿Qué estamos haciendo? —dije jadeando.

—Lo que ambos deseamos. No aguantaba un minuto más sin besarte...

Una lucha de titanes comenzó entonces en mi interior. La lucha más corta de la historia. Porque aunque sabía que se complicarían las cosas, la parte de mi cuerpo más primitiva e instintiva reclamó hacerse con el control arrasando con cualquier pensamiento racional que pudiera tener.

—Pues hazlo o muere... —supliqué contra sus labios. De su boca emergió el sonido más erótico que había oído en mi vida y fue el

pistoletazo de salida para que abandonara la cordura.

—Necesitamos una cama, me falta el canto de un duro para que me importe una mierda que me detengan por escándalo público... —dijo rozándose contra mi cuello. Me volvía loca que hiciera eso, era un gesto tan animal...

—Vámonos de aquí —propuse con seguridad. Yo ya había traspasado ese límite, mi raciocinio se había apagado hasta nueva orden. Solo quería buscar un sitio cómodo y privado en el que dar rienda suelta a mis deseos, al menos una última vez antes de casarme, antes de volver a la realidad, antes de que cayera sobre mí todo el peso de la ética.

Zoe detestaba mentirse a sí misma. Llevaba toda la noche deseando que Leo se acercara a bailar con ella. Habían cruzado algunas miradas de las que hacían trillizos, pero no se atrevía a dar el paso por miedo a lo que ocurriera después. Cuando la canción de Adrenalina aceleró al personal hasta un punto sin retorno, ella también se movió dándolo todo. Bailaba como si le estuviera dedicando la canción a él porque era exactamente cómo se sentía, y de repente, sucedió. Leo se acercó a ella alienándola con el movimiento de su cuerpo y ella se dejó atrapar meneándose de manera sensual. Sintió una caricia en la cintura y la giró para seguir bailando pegado a su espalda. Zoe se restregó contra él y Leo correspondió con ritmo acariciándole los brazos. En ese momento ella giró la cabeza y su nariz casi rozó la de él. Estaban muy cerca, y continuaron moviéndose pegados a un ritmo más lento que la cadencia de la música. Compartieron respiraciones sin atreverse a ir más allá. No se miraban, pero se veían, no se hablaban, pero la canción lo decía todo. Cuando Jeniffer Lopez sugirió que “Lo que empezamos tenemos que terminar”, Zoe se dio la vuelta hacia él y sus ojos colisionaron. Leo la reclamó al momento encajándola en su cuerpo y besándola como si fuera a ir al mismísimo infierno y no le importase en absoluto. Su cuerpo respondió a su toque antes de que su cerebro registrara lo que estaba sucediendo. No le extrañó, porque siempre había sido un traidor en lo que a él se refería. Por un momento, se abandonó totalmente y se dejó llevar poniéndole la mano en la nuca y pegándose a él todavía más. Sus lenguas se acariciaron, sus labios se devoraron con ansia durante varios segundos, hasta que un pensamiento peligroso cruzó su cerebro.

—¿Qué haces! —gritó empujándole fuertemente. Leo pareció desorientado al romper el contacto.

—¡Joder, y la historia se repite...! —maldijo al darse cuenta de lo que había hecho. Se abrió paso entre la gente hacia la barra para llegar hasta donde había dejado su copa, y Zoe se quedó tan sorprendida que instantes después, notó que estaba sola en medio de la pista. “¿Qué coño acababa de decir?”, eso no iba a terminar así.

—¿Qué has querido decir con eso?! —preguntó al llegar a su lado.

—Nada —respondió sin mirarla.

—¿Por qué lo has hecho?! ¡Juro que eres bipolar!

—Eres tú la que me ha devuelto el beso —dijo con severidad.

—¿A qué estás jugando? Pensaba que de ahora en adelante íbamos a ser amigos.

—Yo no puedo ser tu amigo —dijo inflexible—, si lo fuera, te querría proteger de lo que tengo ganas de hacerte.

Zoe se quedó paralizada y dejó de respirar. ¿Ahora de repente quería hacerle cosas?

—¿Y por qué coño no lo hiciste cuando pudiste y me dejaste tirada?! —chilló.

—¡Porque Axel me llamó y me dijo que te protegiera de todos los depravados que intentaran aprovecharse de ti! ¡Y yo era el primero de la lista!

Algo dentro de ella se rompió. Un dique gigante. Un jodido dique de piedra que estaba intentando sostener con un dedo para que el agua no lo arrasara todo. Sintió que se ahogaba. “Dios mío, todo este tiempo...”, pensó desolada. Todo ese tiempo creyó que la había humillado, cuando en realidad estaba cuidando de ella. No podía moverse, no podía respirar. ¿Entonces por qué la odiaba? “Porque cuando se fue, te acostaste con otro”, sentenció una voz dentro de su cabeza. Se sumió en la vergüenza al entender dónde la dejaba eso y empezó a retroceder automáticamente.

—Zoe, espera... —dijo Leo al ver que se alejaba de él. Ella se fue corriendo en dirección a los servicios y notó cómo la seguía. Se adentró en la zona de mujeres antes de que pudiera alcanzarla y se apoyó contra una pared respirando agitadamente por la carrera. Vio que algunas chicas la miraban extrañadas, e intentó recomponerse. Notó cómo sus ojos se inundaban de lágrimas, e intentó reprimirlas. No podía enfrentarse a Leo

en ese momento, y menos al nuevo Leo. La noche que estuvo en su casa calmándola con sus dedos, con sus roces, se había quedado con las ganas, entre otras cosas, de que la besara. ¡Qué insensata! Ahora veía que tocar sus labios de nuevo había sido un error colosal, una sensación demasiado placentera para soportarla viniendo de él. Si era agradable y le daba esos besos ¡sería su fin! No podía permitirse el lujo de comenzar a sentir algo por él. ¡Era Leo! Era el jodido Leo.

De repente, se le acercó una chica y le dijo que un *hot boy* quería que saliera porque le estaba esperando. Intentó serenarse dando las gracias y tomó una decisión irrevocable respecto a él. Tenía que protegerse a sí misma, y la mejor defensa era un buen ataque en el momento más inesperado.

—¿Zoe, menos mal! No encuentro a Axel ni a Naia, han desaparecido —dijo Leo en cuanto la vio aparecer.

—¿Cómo que han desaparecido?

—A mi no me sorprende mucho...

—¿Por qué lo dices?

—¿No les has visto? ¡Casi se ponen a follar en medio de la pista! —dijo con guasa.

—Pero... Naia va a casarse.

—Eso dice...

—¿Y te parece bien?

—Yo no he dicho eso, he dicho que no me sorprende. Y pensaba que a ti tampoco, al fin y al cabo, fuiste tú la que le animó a salir con ella. ¿No le conoces? Siente algo, Axel no podría tener un lío de una noche aunque lo intentara, si supieras lo que hizo con Bárbara... —sonrió meneando la cabeza.

Leo había recuperado la normalidad chasqueando los dedos, una pista clara de lo profundo que era... Para él ese tema estaba en el pasado, pero a ella le seguía pareciendo superraro que fuera amable y chistoso con ella.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Zoe titubeante.

Leo miró la hora y sonrió pillo.

—¿Te apetece probar el mejor perrito caliente de Nueva York antes de volver a casa?

—¿Por qué no? —sonrió Zoe de medio lado. ¡Estaba hambrienta! Porque a pesar de estar buenísimos, los canapés de aquella fiesta no

llenaban nada. Era sabido que la gente que acudía a esos eventos no solía comer mucho. Ella salía siempre bien cenada de casa cuando iba a ese tipo de fiestas, y Leo lo sabía porque alguna vez había salido el tema a colación.

Se fueron de la fiesta y cogieron un taxi hasta el Grey's Papaya. No volvieron a mencionar el tema, no era el momento. Así que simularon estar a gusto y pasarlo de maravilla, aunque lo grave fue que realmente no tuvieron que fingirlo.

César colgó el teléfono tras hablar con Paula, una de las modelos que trabajaba en el banco Santander. Los dos días que Axel y Leo llevaban fuera habían sido muy fructíferos. Por fin las piezas encajaban, y eso le supuso una consabida sensación enormemente placentera en su corteza cerebral. No solo había descubierto el secreto que escondían Jorge y Naia, sino que había tomado dos decisiones que cambiarían su vida irrevocablemente reestructurando el orden de las cosas para siempre.

Era viernes, y esta vez no pensaba abordar a Jorge en el gimnasio, iría directamente a su casa, al no estar Naia, tendrían privacidad.

Calculó la hora exacta en la que él terminaría su sesión de entrenamiento y salió de su apartamento sobre las nueve de la noche. Tras ducharse y cambiarse de ropa, se subió a la moto recordando la conversación que ambos habían tenido durante la boda de Andrea. Desde que el miércoles por la tarde le había dedicado esas palabras tan grotescas había tenido tiempo para pensar. Que Jorge apareciera en la boda como acompañante de Naia fue un impacto que todos tuvieron que superar,



sobre todo una

vez se sentaron a la mesa. Habían estrechado sus manos en un saludo corto con el mínimo contacto visual. La siguiente vez que su vista coincidió fue durante la copa que ofrecieron después del café. El camarero preguntó qué querían y él fue el primero en pedir un whisky doble, Cardhú a poder ser. Jorge fijó sus ojos en él sin poder evitarlo, y añadió uno más al pedido. Durante la barra libre se situó en un lateral junto a Naia y no se movió, puesto que prácticamente no conocía a nadie. Ni una sola vez vio un gesto amoroso entre ellos y ahora entendía por qué. En un momento dado, se puso a bailar una canción lenta con Bárbara lo que en ese instante le extrañó sobremanera. A la vez se fijó en que Axel estaba bailando con Naia de forma poco decorosa y él no les quitaba la vista de

encima, lo que le hizo pensar que quizá lo había hecho a propósito. Y así era. Ahora que había llegado al fondo del asunto, todo cuadraba. Había movido muchos hilos para conseguirlo. Cuando la canción terminó le vio oteando el aire en busca de su futura esposa. Bárbara había ido al servicio y se encontraba solo, igual que él. Así que se acercó lentamente hacia donde estaba y sintió su turbación al entender que iba a hablar con él.

—Hola, ¿has perdido a tu prometida?

Jorge asintió con la cabeza.

—La he visto salir hacia el jardín con Axel. ¿No te preocupa?

—Me preocupan más otras cosas —respondió Jorge escueto.

—Curioso.

—Oye César... quería pedirte perdón por hablarte como lo hice. A veces se me va la pinza... —dijo rascándose el cuello— No quería... molestarte.

—Sí querías. De hecho lo dijiste para que me enfadara, para que me alejara... —dijo pensativo cayendo en la cuenta de la finalidad de su ataque—. ¿Por qué querías alejarme? Pensaba que éramos... compañeros. Resolvimos el caso, ¿no?

—Sí. Tu ayuda fue inestimable, desde luego —dijo mirando al suelo.

—¿Te han dado una medalla? —bromeó César.

—No —respondió Jorge ufano—, pero joder, la merecíamos.

Los dos compartieron una sonrisa complice.

—Lo siento, de verdad, tenía un mal día. Quizá no seas gay, quizá seas solo un heterosexual que tiene curiosidad por lo que vio, es algo muy común —insistió.

César le miró sin creerle, pero más aliviado al ver que Jorge se arrepentía de haberle hablado así.

—No pasa nada. A veces me paso de la raya, presentarme en tu casa fue... No sé por qué lo hice.

—¿No lo sabes?

César se quedó en silencio y a Jorge se le notó en la cara que prefería que no contestara a eso. Estaba nervioso e inició un movimiento escurridizo.

—Voy a buscar a Naia, nos vemos.

—Como quieras —respondió César tranquilo. Le vio salir hacia el jardín más como un amigo cabreado que como un novio celoso, y justo en

ese instante una señal de neón se iluminó en su cerebro con el nombre de Naia. Tenía que empezar a buscar por ella. ¿Quién era realmente? Ahí estaban las respuestas.

Al llegar al portal de la vivienda de Jorge llamó al quinto C y esperó respuesta.

—¿Sí? —contestó una voz sorprendida. Era un portero automático, pero sin cámara.

—Soy César, ¿puedo subir? Necesito hablar contigo de Naia.

No hubo respuesta, pero al cabo de unos segundos un sonido estridente en la puerta le indicó que pasara. El ascensor le pareció el más lento del mundo y cuando se apeó, Jorge le estaba esperando apoyado en la puerta bloqueando el paso hacia el interior de su casa. Llevaba unos pantalones vaqueros negros cortos, y una camiseta sin mangas blanca con la silueta en negro de Michael Jordan saltando hacia canasta desde la línea de tiro libre.

—César... ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Jorge con un aire más chulesco del que se esperaba. Era su forma de defender la entrada del fuerte a cualquier precio.

—Curiosa elección de palabras. Podrías ayudarme si quisieras, pero centrémonos en Naia. ¿Puedo pasar? Quiero hablar contigo.

Jorge pareció sorprendido por la respuesta. Estaba claro que no quería dejarle entrar, pero no tuvo más remedio que apartarse y soportar que invadiera su piso.

César avanzó hasta el salón y se quedó de pie en medio del espacio.

—Siéntate —ofreció Jorge.

—Prefiero no hacerlo.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó cruzando los brazos sobre el pecho. No pudo evitar fijarse en que así parecían aún más grandes y duros.

—De por qué vas a casarte con Naia para conseguir un dinero que permita a sus amigos operar a su hija.

—¿Qué?! —dijo Jorge con la cara demudada por la sorpresa—. ¿Cómo coño sabes eso?!

—Investigando un poco...

—Perdona que insista —dijo atónito—. ¿Cómo puedes saberlo?! —

preguntó acercándose a él y clavándole una penetrante mirada.

—Haciendo conjeturas —dijo encogiéndose de hombros—. La primera que no sois pareja y que por alguna razón tenéis que casaros. Normalmente las cosas suelen hacerse por tres motivos: por dinero, por amor o por joder. Por descarte, me centré en el dinero. Busqué los apellidos de Naia en la red, y descubrí que venía de una familia asquerosamente rica. Si ella no necesita dinero, ¿quién es? Entonces me centré en sus amigos. No debe de tener muchos, porque siempre le damos cuatro invitaciones Vip para las fiestas y solo utiliza dos, casualmente para las mismas personas. Una tal Isabel y su marido Fernando. Tengo los apellidos que aparecen en las listas y cuando estudias en Madrid te sobran conocidos trabajando en diversas entidades bancarias. Casualmente la semana pasada sus amigos intentaron rehipotecar la casa en una de ellas y pedir varios prestamos en otras alegando que tenían que operar a su hija de urgencia. Imagino que será bastante caro...

—Joder... —dijo Jorge sentándose en el sofá—. Tienes un puto don, ¿lo sabes? Si te dedicaras a esto en la calle habría menos malos —dijo molesto.

—¿Entonces estoy en lo cierto?

—Sí, eres un jodido Sherlock Holmes de carne y hueso... Lo tuyo no es normal —le miró con desconfianza.

—No soy tan bueno, tengo dudas. Por ejemplo: ¿por qué casandoos vais a conseguir el dinero? No lo entiendo.

—La herencia de Naia —explicó Jorge—. No puede cobrarla hasta que se case.

—No me jodas...

—¿Se lo has dicho a alguien más? —preguntó nervioso.

—Aún no.

—No lo hagas por favor, hay mucho en juego. Lo primero, la vida de una niña de dos años, no le dan ni un año de vida. Lo segundo, mi placa, ya que lo que vamos a hacer es ilegal. Y lo tercero, Naia, sabiendo cómo es su hermano, si se descubre algo, seguro que se lo hará pagar con la cárcel.

—No voy a decir nada, pero quiero respuestas.

—¿A qué preguntas?

—¿Cuándo te propuso Naia por primera vez lo de la boda?

—El domingo de la fashion week.

—¡Sabía que no se había liado con Axel sabiendo que iba a casarse!
—sonrió triunfante.

—Cualquiera que la conozca un poco lo sabría—dijo Jorge molesto.

—Eso es incorrecto, pero pasemos a la siguiente pregunta: ¿Te gusto?
Jorge le miró alucinado.

—Joder, ¿a qué viene eso? —protestó molesto.

—Si no hubiera surgido lo de la boda con Naia, ¿habrías intentado que pasara algo entre nosotros?

—No —respondió con seguridad apartando la vista.

—¿Por qué? Si te gusto...

—Prefiero tenerte como amigo. Lignes tengo muchos, amigos no tantos... —explicó el poli reticente.

César se quedó callado ante semejante revelación. Una calidez le inundó el pecho y decidió que eso estaba muy bien, pero él no podía ignorar las reacciones de su cuerpo y necesitaba llegar al fondo del asunto.

—¿Por eso te liaste con un tío en el sofá de Leo?

—Sí, intentaba decirte cómo era, y a la vez asustarte un poco de toda esa mierda que estaba surgiendo entre nosotros.

—Pues te salió mal, ocurrió justo lo contrario.

—Lo sé... Menuda cagada —se lamentó.

—¿Por eso me trataste tan mal la primera vez que aparecí por aquí?

Jorge levantó la vista y su cara de arrepentimiento le erizó los pelos del brazo.

—Lo siento. Me asusté al comprender en qué punto estabas... Aparecer en mi casa, pensando que estaría solo... me pareció peligroso. Solo pensaba en mantener la veracidad de la boda con Naia, y ahora mismo sigue siendo lo más importante, así que tenlo en cuenta —le advirtió.

—Entendido —dijo César con demasiada facilidad.

—¿No dirás nada? —preguntó Jorge receloso.

—Para mí es un conflicto moral. Axel es uno de mis mejores amigos.

—Axel aquí no pinta nada.

—Yo creo que sí.

—No quiero que le digas nada —dijo Jorge tajante.

—Yo también quiero cosas...

—¿Cómo que?

—Creo que ya lo sabes. A menudo la solución radica en apechugar con lo que uno mismo ha provocado.

Jorge no quiso imaginarse a qué se refería, porque si lo hacía, puede que se perdiera por el camino. Cerró los ojos momentáneamente para coger fuerzas y se agarró al sofá, porque si le estaba pidiendo lo que creía, las necesitaría para frenarse a tiempo.

—¿Qué quieres que haga?

—Nunca he besado a un hombre... Necesito comprobar una cosa..., puede que despierte sensaciones en mí que no sabía que existían, y me tomo muy en serio las pocas emociones que tengo.

—Joder César..., ¡prueba con cualquier otro!

—De momento tú eres el único que me ha provocado algo, quiero comprobar si... ¡Solo hazlo!, ¿vale? —dijo empezando a cabrearse.

—Si lo hago no habrá vuelta atrás... —advirtió Jorge levantándose y yendo hacia él.

César se puso nervioso al verlo de repente tan cerca, por un momento, había olvidado lo grande que era y se sorprendió a sí mismo buscando una salida de emergencia. A veces no podía evitar seguir ese tipo de patrones.

Cuando quiso darse cuenta, estaba a menos de un metro de él y prácticamente le estaba suplicando con los ojos que retirara la condición.

—Solo es un beso... —rogó César.

—Un beso nunca es solo un beso —objetó Jorge pasándose una mano por la nuca. Volvió a mirarle y sintió una tensión eléctrica por todo el cuerpo. Eso era nuevo.

—Por favor, hazlo ya...

—Joder... ¿Te beso sin más, o quieres que te diga cosas bonitas antes? —dijo Jorge con un punto de histeria en la voz.

—Haz lo que sueles hacer.

—No puedo hacer eso contigo... —dijo cerrando los ojos con fuerza y desechando una idea—. No estás listo.

—Lo quiero tal cual.

—¿Estás seguro? —dijo clavándole la mirada.

César asintió porque su boca no quería mentir.

—Dime antes, ¿por qué es perdonable que Axel no se dé cuenta de que

Naia es incapaz de hacer lo que le ha hecho creer? —preguntó Jorge acercándose un poco más sin llegar a tocarle.

—Lo malo siempre es más fácil de creer, ¿no te has dado cuenta? Sobre todo si estás enamorado... —dijo bajando los ojos, y sin saber por qué, recordó lo que sintió cuando Jorge le escupió que no era gay.

—Axel no está enamorado...

—¿Estás seguro de eso?

—Solo hace una semana que se han liado.

—Pero esto viene de mucho más atrás, me atrevería a decir que Naia fue el impulso que necesitaba para dar carpetazo a su matrimonio. Tendrías que haberle visto el otro día... no tenía pinta de superarlo próximamente y nunca lo hará si siguen trabajando juntos. Son almas afines. Sigo pensando que es un error no decírselo.

—Pues aquí tienes lo necesario para que no lo hagas —dijo Jorge cogiéndole la cara y juntando sus bocas. Lo hizo con la violencia justa sujetándole con una mano la mandíbula y prolongando el beso sin mover los labios hasta que la sorpresa inicial pasó. A pesar de todo, el contacto con su boca le pareció cálido y suave. Le giró un poco la cabeza hacia un lado y separó expertamente sus labios explorando tímidamente su interior. César oyó un gemido suave y se dio cuenta de que había salido de su garganta. Sus lenguas se entrelazaron y sus manos fueron solas a las presillas del cinturón de Jorge para acercarlo más a él. Éste se tensó ante dicho gesto y comenzó a besarle con una ansiedad que fue correspondida al momento.

César se sentía mareado, las sensaciones eran difíciles de controlar. Notaba una presión en los huevos fuera de lo normal. Subió las manos por su abdomen duro y Jorge procedió a hacer lo mismo hasta quitarle la camiseta del todo. Acabo de quitarse la suya y se pegó a él colocando una mano en su espalda para, sin previo aviso, darle la vuelta manejando su cuerpo como si no pesara nada y empujarlo contra la pared. Al segundo se cernió sobre él y notó su dureza presionándole el culo. Comenzó a respirar rápido cuando metió a lo bruto una pierna entre las suyas apretándose con fuerza contra él. Esa agresividad le estaba poniendo como una moto.

—Si fuera algo más que un beso, ahora mismo haría esto... —dijo Jorge alargando la mano y apoderándose de su polla por encima del

pantalón.

César gimió revolviéndose y Jorge hizo más presión en su hombro para que no pudiera moverse.

—Después sacaré mi polla y te follaré la boca con fuerza porque hace mucho tiempo que me muero por hacerlo —continuó desabrochándole el botón del pantalón para poder meter la mano dentro de sus calzoncillos—. Y por último, cuando mi polla estuviera más dura de lo que ha estado nunca, me meteré dentro de ti y te provocaré el mejor orgasmo que has tenido en tu vida —dijo recorriendo arriba y abajo toda su longitud con los dedos húmedos por la sustancia que su polla ansiosa desprendía. En ese momento, bajó la mano hasta sus huevos y los apretó con vehemencia, mientras besaba su cuello. César gruñó al sentirlo, respiraba agitadamente con la cara contra la pared.

Jorge deslizó los pantalones de César un poco más al soltarle el hombro y meterle la mano por detrás.

—No te muevas —le ordenó al oído. César se quedó muy quieto e intentó calmar su respiración, pero era difícil porque Jorge volvía a estrujarle con fuerza el miembro mientras le masturbaba con un movimiento inmejorable. Sentir una presencia varonil detrás suyo y tomar conciencia de que era él quien le estaba haciendo eso, le impulsó sin remedio hacia el orgasmo, y en ese momento sintió los dedos de Jorge aventurándose en una zona hasta ahora inexplorada. Entraron suavemente ayudados de una sustancia que supuso era saliva y presionó contra la pared frontal estimulando un punto abultado.

Su cuerpo se agarrotó intensamente y algo dentro de él estalló. Apenas fue consciente del grito agudo que pegó mientras experimentaba el orgasmo más grandioso de su vida.

Jorge frenó sus caricias en el momento adecuado, apoyando la frente en su hombro, y le quitó las manos de encima. Se alejó de él en dirección al baño y dejó la puerta entreabierta.

César se quedó apoyado en la pared con los pantalones medio bajados presa de sus sentidos, pero en cuanto tomó conciencia, reaccionó como un resorte vistiéndose a toda velocidad y aplicando una maniobra muy conocida en su sistema inmunitario: Salir corriendo.

Abrió la puerta y bajó las escaleras de dos en dos, no tenía cuerpo para ascensores. Quería dejar atrás la experiencia más abrumadora de su vida.

Él no estaba acostumbrado a sentir las cosas con tanta intensidad y le asustó mucho el desconcierto mental que le supuso.

“Ya está. Lo has hecho, lo has probado, y los resultados arrojados no han sido satisfactorios”, pensó nervioso. ¿No lo habían sido? No lo sabía. Solo sabía que quería olvidarlo todo, olvidarle a él, volver a su vida de antes, pero sabía que eso era imposible. Su vida de antes ya no era real.

De repente, entendió al fin por qué el día que Axel les comunicó que iba a divorciarse de Bea sintió rechazo y miedo. Su amigo le había dado una lección de valentía, se había enfrentado a sus sentimientos, a sus anhelos, había hecho caso a su instinto y él llevaba años sin hacerlo. Le molestó que su verdad reflejara su mentira ante sí mismo. Desde que conoció a Jorge, su instinto le gritaba locuras, no solo carnales sino acerca de quién era y quién quería ser.

La experiencia sexual había sido la mejor de su vida, por mucho que intentara mentirse a sí mismo. No tenía nada que ver con la actividad vivida hasta la fecha, y eso que había sido simple masturbación. Sentir que no hubiera podido frenar que pasara algo más le dio pánico, un bloqueo atroz había tomado el mando y seguramente después, no habría podido soportarlo. Demasiado intenso. Aunque quizá el hecho de que hubiera sido con Jorge lo había magnificado todo. Puede que estuviera listo para admitir que le gustaban los hombres, pero no estaba listo para lo que suponía encapricharse de alguien. Significaba calor, la sangre hirviendo en sus venas, y él nunca se desharía de su cabeza fría y lógica, y por un momento, junto a Jorge, sintió que la perdía y que se perdía a sí mismo en el abismo de unos sentimientos demasiado poderosos.

EL LOBO DE WALL STREET

Axel y yo salimos de la discoteca y fuimos directos a coger una habitación en un hotel cercano, el Le Parker Meridien. Solo dejamos de besarnos en dos ocasiones: una, cuando nos dieron la llave de la habitación, y otra, al usarla para abrir la puerta de la misma.

Al entrar los besos se volvieron incendiarios. Perdimos el control a pocos metros de llegar a la cama. Lástima. Me estampó contra la pared y me bajó el vestido hasta la cintura. Cuando descubrió que no llevaba sujetador soltó un gruñido y se metió entre mis pechos con ansiedad. Yo quería romperle la camisa, pero me lo pensé dos veces, de todo se aprende. Intenté desabrocharle los botones, pero pareció más complicado que la física cuántica.

—¡Quítatela, por Dios! —estallé.

Él obedeció a la velocidad del rayo manteniéndome la mirada con la

respiración agitada. Yo jadeaba perdida en sus ojos y bajé mi vestido elástico del todo lanzándolo lejos con un pie. No perdió el tiempo e hizo lo propio con sus pantalones y calzoncillos. Acto seguido se pegó a mí como si fuera pintura besándome por todas partes.

—No puedo más, si no te follo aquí mismo, reviento —dijo sin dejar de rozarse.

Le arrastré hasta la cama como pude porque vi que hablaba en serio y sería una pena que se quedara sin usar. Caímos encajados sobre ella y dimos varias vueltas de campana hasta que quedó sobre mí presionándome la pelvis de una manera deliciosa. Me mordí el labio y sonreí.

—Eres un puto vicio —gruñó enajenado—, cuando estoy contigo soy como siempre he querido ser —dijo presionando más sus caderas contra mí clavando su dureza en mi centro. Solté un grito y me tapó la boca con un beso. Si no fuera por mi ropa interior ya estaríamos en faena. Se nos daban mal los preliminares, pero lo cierto es que no los necesitábamos. Sin pensarlo mucho, se separó de mí y se deshizo de mi tanga.

—No voy a dejar de hacértelo hasta que salga el sol —dijo hundiendo la cara entre mis piernas. Su boca no empezó despacio, sino que atacó como si fuera cuestión de vida o muerte. Pegué un grito al sentir una corriente eléctrica por todo el cuerpo. Tal y como prometió, comenzó a follarme con la lengua, con los labios, con los dientes, con los dedos, cuando una cosa estaba dentro las otras husmeaban por fuera y viceversa. Comencé a sentir un calor inusual en la zona y le agarré del pelo con fuerza.

—¡Me voy a correr! —grité cuando sentí que estaba en la cresta de la ola, y al momento se levantó y se metió de golpe en mi interior empujando tan fuerte que la cama chocó contra la pared.

—¡Joder! —exclamé.

Empecé a correrme en cuanto me penetró y experimenté un placer que en mi vida imaginé posible. Axel sabía muy bien lo que se hacía. Cuando dejé de dar alaridos bajó el ritmo, pero siguió embistiendo profundamente. Yo estaba medio ida, comenzamos a besarnos lentamente y entrelazamos las manos a ambos lados de mi cabeza.

Sus gestos se volvieron tiernos, lentos, tontos y comprendí de pronto la diferencia entre follar y hacer el amor. Ambas eran maravillosas en el

momento adecuado. Ahora tocaba deshacerse con sus caricias y sus besos. Podía sentir perfectamente cómo su cuerpo quería amarme, cada gesto, cada roce, me reclamaban para demostrarme cosas que no había podido decirme en todo aquel tiempo, era abrumador. Estaba a punto de echarme a llorar. Verlo tan entregado, intentando ser tierno cuando sabía que estaba luchando contra su orgasmo por estar así conmigo, me llegó al corazón.

—Lo que siento estando contigo es... —susurró entonces—. No pararía nunca.

Sin verlo venir, sentí un hormigueo que comenzó en mi ombligo y fue bajando hasta mi clítoris, la sensación de plenitud era indescriptible.

—No pares... —musité al borde de las lágrimas.

—Joder, no me he puesto preservativo —maldijo con un deje resignado—. tengo que parar, si te corres me ceñirás con tanta fuerza que perderé el control. Me exprimes de una forma... no te haces idea... —jadeó muerto de deseo.

—¡No pares ahora! —dije sin dejar de moverme—. No pasará nada, estoy al final de mi ciclo, córrete conmigo por favor, ¡me corro! —grité al sentir la primera oleada.

—¡Dios...! —rugió él siguiéndome un segundo después. Sentí sus espasmos en todo mi cuerpo llevándome a la cima del placer. El momento fue tan increíble que no me importó una mierda el riesgo que estábamos corriendo. Había sentido perfectamente cómo se corría dentro de mí y me pregunté si eso sería normal. Cada vez que lo hacíamos superaba la anterior.

—Dios Naia... lo siento mucho —dijo abatido—, no podía... estoy... —no le salían las palabras, o no quería decirlas, pero le entendí. La primera inconsciente era yo, aunque de repente, me acordé de algo.

—¿Usaste condón con Bárbara?

—Sí —admitió avergonzado. Me arrepentí de sacar el tema en ese momento, fue un poco desagradable mencionarlo cuando todavía estaba enterrado en mí, pero me pareció importante.

—Solo lo hice una vez con ella, y fue horrible, no dejaba de pensar en ti... —reconoció mirándome a los ojos.

No supe qué contestarle. ¿Gracias? Me limité a acariciarle el pelo y él me besó un hombro cuando vio que desviaba la mirada.

—¿Tú con Jorge...? ¿Es así de intenso?

Cerré los ojos y fui incapaz de mentirle teniéndolo tan dentro de mí. Nuestra piel fundida, nuestro olor entremezclado... Me sentía uno con él, tenía la extraña sensación de que si le mentía, lo notaría.

—Nunca me he acostado con él.

—¿Qué?! —dijo separándose de mí para mirarme a la cara.

—Eso no cambia nada. Tenemos que casarnos, eso es irrevocable, pero quería que lo supieras. Por favor, no quiero hablar de eso, no estropeemos esta noche... Te necesito —dije suplicante mordiéndole la barbilla.

Pensó un segundo en si continuar discutiendo sobre el tema, pero su cuerpo tomó las riendas y comenzó a besarme de nuevo.

—Ahora mismo no me importa nada, no he terminado contigo, no tengo intención de dormir en toda la noche —dijo muy seguro de sí mismo. Le sonreí y comenzamos a besarnos otra vez. Le acaricié la cara y supe que esa noche la recordaría para siempre.

A la mañana siguiente me desperté con el sonido de la ducha.

—¡Vamos dormilona! —dijo Axel dándome un beso en la espalda—. He quedado a desayunar con la tropa en la cafetería del hotel. Te espero en la ducha.

—¿Es una orden? —pregunté adormilada.

—Sí. Persónese en la ducha, por favor —dijo y me lanzó una sonrisa infantil que me volvió loca.

Me levanté de la cama y miré el móvil. ¡Solo eran las diez de la mañana!

—¿A qué hora has quedado?

—A las once y media —dijo desde el baño.

—¿Y por qué me despiertas tan pronto!?!—refunfuñé yendo en su búsqueda, apenas habíamos dormido cuatro horas.

—Porque quiero estar una hora contigo sumergido en el jacuzzi —dijo canalla señalando la esquina del baño.

Si supiera hasta qué punto era fan de los baños con burbujas, se hubiera quedado más parado que cuando vio mi coche igualito al suyo. Me metí en el agua caliente y la sensación fue bestial, igual que todo lo demás a partir de ese momento. La primera media hora estuvimos besándonos sin parar como dos quinceañeros, yo sentada a horcajadas y el

contándome mil pensamientos que había tenido sobre mí cuando todavía no se había divorciado. Él hablaba y yo le acariciaba el pelo, luego nos besábamos mientras él se aprendía mi pecho de memoria con las manos o con la boca. La otra media hora disfruté del mejor sexo que se puede tener en un jacuzzi, estoy segura.

A la hora prevista bajamos a desayunar y me entró el pánico por tener que dar explicaciones de nuestra noche juntos a Leo y a Zoe.

—¿Qué vamos a decirles? —pregunté avergonzada.

—No hace falta decir nada, no te preocupes por eso —dijo dándome un beso en la mano.

Al encontrarnos con el resto en la cafetería del hotel nos recibieron con normalidad. Comenzaron a hablar de otros temas y a excepción de Zoe, que me lanzaba sonrisas sospechosas, los demás hicieron como si no hubiera sucedido nada.

—Naia —llamó una voz detrás de mí. Me giré y le vi. Habían pasado casi veinte años desde la última vez, pero le reconocí al momento.

—¿Mateo...? —dije sorprendida.

—¡Vaya! ¿Qué haces en Nueva York? —preguntó mi hermano como si la ciudad fuese suya. Me molestó de entrada que no me preguntara qué tal estaba, ni cómo me iba, ni “Lo siento, no pude ir al funeral de nuestros padres”. Solo había preguntado qué estaba haciendo allí y eso es lo que le respondí.

—He venido a la Bridal Week —dije secamente.— ¿Vives en Nueva York?

La mesa al completo no perdía detalle de aquel personaje arrogante y presuntuoso que era el típico que por sus formas no causaba buena impresión a la gente.

—¡Ah, es cierto! Mis abogados me dijeron que ibas a casarte. Casi a los treinta... ¡Vaya, cómo apuras! —dijo haciéndose el gracioso.

Sentí vergüenza ajena al ser el blanco de una frase tan ridícula y miré a mis amigos apurada. Estaban serios ante el desafortunado comentario, sobre todo Axel.

—¿Y dónde está tu futuro marido? ¿Ya lo has extraviado?

Miré a Axel como diciendo: “¿Le das tú o le doy yo?”.

—Soy yo —dijo él levantándose del asiento consiguiendo borrarle esa sonrisa de imbécil—. ¿Y usted es...?

—Soy Mateo Domínguez, su hermano —dijo estrechándole la mano con desgana—. ¿Supongo que me invitaréis a la boda, no?

Axel mantuvo silencio.

—Será en Madrid dentro de nada —comencé nerviosa—, seguro que tendrás otros asuntos más importantes que atender. He venido solo a echar un vistazo a un par de detalles que me hacían ilusión —dije restándole importancia.

—¿Y quién va a llevarte al altar, si no tienes a nadie más? —preguntó displicente.

Esa contestación me tocó las narices y decidí cortar rápido la cantinela. No podía creerme que hubiera pasado años pensando en localizarle. ¿Para qué? ¿Para encontrarme con esto? Había que ser hijo de puta para soltar una frase así, se le notaba a la legua que quería meter mano a esos cinco millones, seguro que me había estado vigilando y sabía de sobra dónde estaba para amañar un encuentro casual. Cambié el chip y me dispuse a imitar a mi madre cuando quería que alguien se fuera de su vista.

—Gracias querido —dije con una entonación pija que te mueres. Siempre había sabido que era más fácil que este tipo de gente te entendiera si hablabas en su idioma—. Si te necesito te lo haré saber, ahora si eres tan amable, discúlpanos por favor, nos disponíamos a tomar un desayuno con unos amigos. Buenos días —terminé la frase sentándome muy recta como hacía en el internado y alcanzando mi taza con un movimiento perfecto de muñeca mientras le ignoraba.

—Buenos días hermanita, que disfrutéis, nos vemos. Saludos cordiales —dijo despidiéndose del resto y se fue por donde había venido.

—¡Joder! ¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Leo alucinado—. ¡Por favor, díctamelo! —dijo haciendo amago de sacar un bolígrafo—. No he entendido una palabra, pero si ha conseguido que un tío así se fuera, quiero aprendérmelo de memoria.

Todos nos reímos y agradecí que Leo añadiera humor al asunto. Sin embargo, Axel me miraba preocupado.

—¿Estás bien? —dijo cogiéndome la mano por debajo de la mesa.

—Sí, era mi hermano. Hacía veinte años que no le veía, con eso os digo todo —expliqué—, se fue de casa cuando yo tenía once años, y cuando murieron mis padres ni siquiera vino al entierro. Sin más, prefiero

olvidar que le he visto, no forma parte de mi vida —expuse.

Todos se quedaron en silencio y se miraron unos a otros. Zoe tomó las riendas esta vez y animó el ambiente enseguida prometiéndome una tarde de compras inolvidable.

—Mientras hacéis eso, nosotros iremos a ver un partido de los Nicks en el Square Garden. ¿Os parece que quedemos sobre las nueve en el Empire State listas para ir a cenar? —propuso Leo.

El día estaba programado como un planazo y no iba a permitir que el encuentro con mi hermano me lo fastidiara, aunque seguía teniendo una mala sensación de la que no podía desprenderme. Una actividad hostil a mi alrededor que me impedía relajarme.

Pasamos la mañana en la Bridal viendo a Jessica desfilando. Al día siguiente ya volvíamos a España y teníamos que aprovechar la máximo lo que nos quedaba. Me alegré de ver que Zoe y Leo se llevaban bien, y Axel estuvo todo el día dándome pequeños toques y caricias que acompañados de sus sonrisas cómplices me hacían olvidar un poco el mal trago del desayuno. Me había enamorado de sus ojos, además de sus manos, sus labios y su corazón, pero en sus ojos veía su alma, como si fuera un rollo raro tipo Avatar. Realmente le veía a él. Cuando dijo que era mi prometido solo para que la burla de mi hermano cayera en saco roto, pensé que no había un hombre más bueno en la tierra. No sabía cómo iba a poder trabajar con él y verle todos los días cuando ambos siguiéramos adelante con nuestras vidas.

Cuando subimos al Empire, me quedé maravillada. A esa altura por la noche hacía frío, y Axel me abrazó por detrás mientras juntos contemplábamos cómo Nueva York se postraba a nuestros pies majestuosa. Me apoyé sobre él y disfrute de su calor. Llevábamos todo el día sin besarnos, y sentía una necesidad primaria que me impulsaba hacia sus labios. No quería necesitarle así, y estaba concienciada de que tendría que hacer terapia para pasar el mono, pero... ¿Debía empezarla contemplando las vistas de uno de los edificios más emblemáticos del mundo? Subí una mano por su cuello y él giró la cara buscando mis labios. No creo que ningún beso vuelva a igualarse a ese en lo que me queda de vida. Fue algo más que perfecto.

—Llevo todo el día pensando en besarte —musitó contra mi boca—, y también en lo que me dijiste anoche.

—¿A qué te refieres? —dije poniendo mis manos bajo las suyas en mi tripa.

—Tienes que casarte, pero no es una relación al uso... ni siquiera os acostáis. Sé que no quieres decirme el motivo y lo respeto, pero yo... quiero estar contigo.

Sentí que me derretía, mis ojos humedeciéndose. Yo también quería estar con él. Se dio cuenta de mi conflicto y suspiró contrariado.

—Dime qué puedo hacer para que esto no termine... Si te casas, ¿podré seguir viéndote? —preguntó con cautela.

—No. Sería arriesgado para otras personas...

—No lo entiendo, pero vale... ¿Cuánto tiempo tienes que estar casada?

—Al menos un año.

—Eso es mucho... —dijo hastiado—. No creo que pueda soportarlo...

—No te estoy pidiendo que me esperes... —dije a punto de llorar.

—¿Por qué con él? —preguntó ignorándome.

—Jorge es mi mejor amigo, confío en él...

—Y yo te quiero... —dijo dejando escapar la frase de sus labios. Le miré sobrepasada y al momento comencé a negar con la cabeza mientras una lágrima solitaria caía por mi mejilla.

—Tú no me quieres. Hemos empezado algo y es normal sentirnos así, pero es temporal...

—Tienes razón, es temporal, si empezáramos algo puede que estuviéramos tres años juntos y luego rompiéramos pero, ¿qué diferencia hay? Ahora mismo queremos estar juntos y tú tienes que casarte...

—Axel, déjalo, es imposible.

—No lo es. No quiero renunciar a ti. Cásate conmigo... Prefiero cargar con un divorcio postizo que con un corazón roto.

—¿Cómo puedes decir eso? —dije asustada—. Piensa en tu hija... No puedo involucrarte en todo esto, ni puedo correr el riesgo.

—¿El riesgo de qué? ¿De confiar en mí?

Me quedé callada y supe que toda aquella historia iba a acabar francamente mal.

—Solo quiero estar contigo... es muy injusto —dijo abrazándome y escondiendo su cara en mi cuello. Y lo era, realmente lo era.

En un momento dado, miré hacia un lado y vi a una pareja en nuestra

misma postura, pero cuando me fijé bien vi que eran Leo y Zoe y... ¡se estaban besando! Era cierto que ese lugar volvía loca a la gente, porque si lo pensaba bien, Axel acababa de proponerme matrimonio, por los motivos más inverosímiles, pero lo había hecho. Había dicho que me quería, pero no podía ser cierto, en tan poco tiempo... No dudaba de que le gustaba, pero el resto lo achacaba a las vistas del Empire, a Nueva York y a nuestra reciente noche de pasión. Cualquiera se creería enamorado, pero una vez volviera a la realidad con su hija, no pensaría igual.

Axel pareció olvidar un poco nuestro pequeño drama cuando le señalé a Leo y a Zoe. Leo, como siempre, recurrió al humor y nos propuso un plan que a todos nos pareció buena idea. Después de cenar en un conocido japonés, haríamos una visita a la piscina climatizada de la última planta, la cual prometía unas vistas espectaculares. Gracias a Dios, Jessica tenía muchos bikinis para elegir en su armario y los chicos habían traído bañadores.

Cuando subimos a la piscina, me alucinó la panorámica que se disfrutaba desde allí. El frente era una cristalera dónde podía apreciarse parte del *Skyline*. Me sentí muy afortunada.

Los bañadores de Jessica eran un poco más pequeños de lo que nos hubiera gustado, y nos costó dar con alguno que fuera mínimamente adecuado, y al quitarnos la ropa, los chicos no se quedaron indiferentes.

—¡Joder! ¿Son de niña pequeña? —preguntó Leo riéndose entre dientes.

—No, son talla modelo y nosotras somos mujeres reales —masculló Zoe.

—Y menudas mujeres... —dijo repasándola sin ningún tipo de reparo.

—¡Cállate! —rió Zoe—. ¡Estás salido! ¿Es que no aguantas tres días sin follar?

—Hace tres semanas que no lo hago listilla, y eso para mí es una eternidad.

—¿Y en la boda de Andrea? —saltó Axel extrañado.

—Al final nada, me distraje con otras cosas —dijo enigmático.

Zoe se metió en el agua lo antes posible y yo la imité. La piscina estaba iluminada, era un sueño estar allí. Leo se puso a perseguir a Zoe para hacerle ahogadillas. Axel se acercó a mí y me encajé con él abrazándolo con mis piernas.

—Esto me recuerda al jacuzzi de esta mañana —susurró avanzando en dirección opuesta a los escandalosos mientras me besaba el cuello. A lo lejos, se oían gritos e imprecaciones de una persecución en toda regla.

—Axel..., creo que es mejor que corra el aire entre nosotros, nos quedan menos de veinticuatro horas en Nueva York y creo, por el bien de nuestra libido, que deberíamos ir echando el freno. No soportaría apurarlo al máximo y despedirnos en Barajas con un hasta nunca, teniendo que trabajar el lunes codo con codo. Sería como salir de DisneyWorld para entrar directamente en Guantánamo.

Axel se ríó por la metáfora, pero desembocó en una sonrisa triste.

—Además, esta noche cada uno duerme en su sitio. ¿No querrás irte palote a dormir con Leo? —me reí provocadora.

—¡Palote te voy a dar yo a ti! —dijo saltando sobre mí. Me escabullí y empezó a perseguirme. La piscina se volvió una jungla donde Zoe y yo éramos las presas que acabamos por rendirnos a lo inevitable, tragar agua a raudales.

Después de ducharnos por turnos, nosotras nos fuimos a la cama y los chicos se quedaron un rato viendo la tele en inglés.

Horas más tarde, mientras intentaba dormir, noté que alguien me abrazaba por detrás. Al instante supe que era Axel, reconocería esas manos en cualquier parte. Su forma de tocarme, la presión que ejercía para expresar lo que quería... Pronto sus labios aterrizaron en mi cuello y me arqueé instintivamente mientras él colaba muy despacio una mano por debajo de mi camiseta en una caricia ascendente.

No quise decir nada. ¿Para qué? Ya había quedado todo muy claro en el Empire. Reconozco que me costó dormirme sabiendo que era la última noche que podríamos estar juntos, pero me puse a pensar en Martina y conseguí tranquilizarme. Estaba haciendo lo correcto.

Él me desnudó lentamente y yo me dejé hacer, no podía resistirme cuando se trataba de él. Cómo había convencido a Zoe de que saliera de la habitación era un misterio para mí, y mucho menos que hubiera accedido a dormir con Leo, pero apagué el interruptor de pensar cuando se colocó encima de mí y nuestros cuerpos desnudos encajaron a la perfección. Nos besamos como quien se besa en una despedida sin saber si volverá a verse, grabando cada movimiento en la mente. Noté que su miembro estaba húmedo al igual que yo me sentía mojada, y necesité que entrara en

mí más que respirar.

Una vez más, me sorprendía mucho cómo el cuerpo era capaz de expresar sentimientos mediante reacciones físicas. Con un movimiento certero nuestros cuerpos se acoplaron y Axel empezó a moverse como si quisiera llegar a lo más hondo de mi alma. Nuestros gemidos reprimidos me conmocionaron como nunca, estábamos haciendo el amor, despidiéndonos a nuestra manera, renunciando a la última oportunidad de estar juntos, y lo confirmé cuando susurró unas palabras en mi oído.

—Cásate conmigo...

No dejaba de arremeter contra mí con contundencia, de intentar convencerme con caricias, y un orgasmo se precipitó de pronto al entender hasta qué punto no quería rendirse por mí.

—No puedo... —dije acelerando el ritmo.

Él empezó a embestir con mucha más fuerza al escuchar mi respuesta, parecía frustrado.

—¿No puedes, o no quieres? —formuló apretando los dientes al borde del abismo.

Ambos nos corrimos a la vez intensamente con un grito sordo.

—No quiero —susurré poniendo punto y final al tema en cuanto la quietud anunció la calma que precede a la tormenta.

Axel se quedó quieto y respiró profundamente varias veces haciéndose a la idea, yo sin embargo, mantuve la respiración maldiciendo mi masoquismo. Claro que podía, y claro que quería, pero no así. No era lo más romántico del mundo conseguir que el hombre que amabas se casase contigo obligado por las circunstancias. No podía hacerle eso a Axel, no se lo merecía.

Salió de mí y dándome la espalda empezó a vestirse.

—Descuida, no volveré a pedírtelo —dijo saliendo de la habitación sin mirarme.

El sábado a las diez de la noche cogimos el vuelo de vuelta. Di gracias por ello ya que el plan era dormir todo el viaje. En cuanto despegamos, repartieron la cena y pusieron una película. El último día en la gran manzana fue para olvidar. Axel estaba serio y callado, y el resto más de lo mismo. Fue horrible. Al pisar suelo español cogimos varios taxis según conveniencias y dijimos adiós al espejismo del sueño americano.

LO IMPOSIBLE

Leo entró en su casa. Dejó las maletas en la entrada, se desnudó, y sin perder un minuto, se metió en la ducha. Echó la cabeza hacia atrás cuando el agua le cayó en la cara y aprovechó para crujirse el cuello porque la noche en el avión había sido una auténtica pesadilla. Normalmente, dormía bien en los aviones, pero en esta ocasión, analizar las meteduras de pata que había tenido con Zoe en Nueva York le habían llevado al insomnio. Unas habían sido más grandes que otras. Besarla en la pista de baile fue inevitable, habría jurado que vio un “cómeme” escrito en sus ojos, pero esa falta era pequeña porque con alcohol de por medio tenía una justificación. Lo de besarla en el Empire fue lo que abrió la caja de Pandora. Una mala decisión en toda regla, pero lo que sucedió cuando Axel tuvo la magnífica idea de pedirle a Zoe que compartieran sofá, se había llevado la palma.

Cuando subieron al Empire State había salvado la situación a duras penas. Estaba embobado con las vistas que había observado cientos de veces en todas y cada una de las visitas que le había hecho a su hermana, y de repente, vio a Zoe agarrándose los brazos muerta de frío. Él notaba un viento desagradable, así que imaginó que ella lo estaría pasando mal sabiendo que era extremadamente friolera.

Se acercó a ella y comenzó a frotar unos brazos que le resultaron helados. Ella dio un respingo de sorpresa, pero se tranquilizó al ver que era él.

—Tenía que haber cogido una chaqueta —dijo encogida.

—Ven aquí —propuso Leo cubriéndola con su cuerpo y arropándola con sus brazos— ¿Puedo abrazarte?

—Ahora mismo me abrazaría al mismísimo diablo... —murmuró Zoe buscando el calor que expedía su cuerpo.

A Leo le gustaba el olor que desprendía. Era el mismo que había olido en su casa la noche que tuvo que ducharla, y gracias a eso, sabía que era por el gel que usaba, de Tulipán Negro con golosinas rojas. Olía de vicio...

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo él de repente sin pensar.

—Dispara la bala.

—¿Por qué te acostaste con él?...

Ambos sabían exactamente a quién se refería. Sabía que Zoe tenía una lengua viperina que contestaba brillante y rápida a la mayoría de las cosas, pero esta vez, tardó un poco más.

—Porque quería acostarme contigo —respondió finalmente.

Él cerró los ojos y resopló. Aunque Axel se lo había insinuado, era muy distinto oírlo de sus propios labios. Tenía la esperanza de que le diera una respuesta que no le hiciera sentirse un desgraciado por años y años de haberla tratado de puta para arriba.

—Estaba borracha, enfadada, humillada, era joven... y cuando quise darme cuenta de lo que iba a suceder, ya era tarde.

—Nunca es tarde para decir no.

—Puede que quisiera castigarme, puede que pensara que me lo merecía.

Leo murmuró un taco y le acarició los brazos.

—Lo siento mucho. Te dejé sola. No lo pensé, a pesar de que Axel me llamó precisamente para eso. Solo sentí que debía irme deprisa, tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque no hubiera podido resistirme una segunda vez...

Leo la tenía aprisionada y notó cómo el ritmo del corazón de Zoe se aceleraba. ¿Qué significaba aquello? ¿Sería posible que ella...? Las

evidencias de que a él le gustaba, solo un necio no querría verlas. El primero que le hizo ver cómo se sentía fue el poli. Ese tío se había ganado su confianza con el interrogatorio al que le sometió al día siguiente del suceso tras la reunión. Él siempre se había creído muy listo, y por primera vez, se dio cuenta de que siempre hay alguien que lo es mucho más. Desesperadamente intentó destrozar a polvos el pequeño altar que le había hecho a Zoe en su turbio corazón, porque esa chica le importaba, pero no se había dado cuenta de cuánto hasta que la atacaron. El viernes siguiente en el triplete, eligió a una mujer diez, y no fue suficiente para arrancarle cierta sensación del cuerpo. Ni siquiera cuando la segunda chica se unió a la causa. Su polla sabía dónde se había quedado sin jugar, y tenía una idea fija entre huevo y huevo.

Tras la conversación con Axel y obtener su beneplácito para (palabras textuales) caerse encima de ella..., hizo lo que le había pedido sin forzar la situación: ser amable. ¡Él era un tío amable! Así que supuso que no le costaría mucho, pero se equivocaba. Se le hacía muy difícil ser su amigo, porque le provocaba reacciones que no podía controlar. Esos dos días en la gran manzana habían sido una gozada. Verla disfrutar, reírse juntos de cosas, flipar con lo mucho que se parecían... Axel se lo había advertido alguna vez, pero darse cuenta en primera persona era una sensación brutal. Se notaba a sí mismo más pendiente de ella de lo que le gustaría. Quería hacerle reír, arrancarle algún gesto de cariño hacia él, y todas esas moñadas tenían un nombre. No era tan imbécil como para negarlo, pero acojonaba.

En ese momento, abrazado a ella en el Empire, estaban teniendo por fin la conversación que deberían haber tenido hacía mucho tiempo.

—¿Sabes cuántas películas y series he visto donde los protagonistas acababan aquí arriba? —dijo Zoe cambiando de tema. A Leo no le pasó por alto que aquella era su reacción a decirle que no se podría resistir a ella otra vez y entendió que no estaban en el mismo punto. Al fin y al cabo, el que había tocado fondo teniéndola drogada en sus brazos había sido él.

—Buff, miles... —sonrió Leo.

—Exacto. Y el 90% acaban en beso.

—Siempre he querido besar a alguien aquí arriba, y nunca lo he hecho a pesar de haber subido un montón de veces.

—No es muy original, ¿quién no se ha imaginado besando a alguien aquí arriba? —dijo Zoe soñadora.

—¿Nos damos el capricho? —bromeó Leo—. Así podemos tacharlo de la lista de cosas por hacer antes de morir.

—¿Te imaginas? —rió ella siguiendo la broma.

A Leo le sorprendió esa respuesta abierta y no perdió el tiempo. Tenía que aprovechar esa oportunidad amparada en el cachondeo e intentar decirle sin palabras algo de lo que quería confesarle antes. Le cogió la barbilla y le sonrió pidiéndole permiso. Ella se tensó un segundo al entender lo que se proponía, pero la vio cerrar los ojos mientras él se acercaba a sus labios. ¿Podría haber alguna posibilidad de que sintiera algo por él? Presionó su boca contra la de ella y la besó con una ternura nueva en él. Era un beso muy distinto al de la noche anterior, mucho más lento y profundo, sin embargo, su corazón iba a mil por hora. Nunca lo había sentido tan rápido estando en reposo.

—¡Ey! ¡Vosotros dos! ¡¿Qué hacéis?! —exclamó Axel a sus espaldas. Cuando se giraron pudo ver en su cara que en el fondo estaba encantado, así que se relajó y salió por la tangente.

—¡Joder, tío! Has interrumpido nuestro beso de película, ¡íbamos a tacharlo de la lista!

Todos se rieron y se aseguró de cambiar de tema como si no tuviera ninguna importancia. Les propuso subir a la piscina de la azotea esa misma noche después de cenar. Segunda flamante idea que debería haberse ahorrado.

El agua de la ducha continuó cayendo mientras se llevaba la mano a la polla, que ya estaba dura solo de recordar como le quedaba a Zoe el bikini tres tallas más pequeño. Treinta y seis horas deseando hacerse una paja, “me cago en la puta”. Eso era mucho tiempo para alguien tan activo como él... Tuvo que empezar a perseguirla en la piscina para no hacer el ridículo con una tienda de campaña en su bañador, aunque jugar con ella toda mojada, tocar su piel, verla huir, e intentar darle caza, tampoco había sido una decisión muy acertada. Era una auténtica tortura controlarse cada vez que la atrapaba. Al llegar al piso se planteó cascársela en el baño, pero quedó descartado: una casa con cinco personas y un solo aseo, inviable.

Empezó a acariciarse a un ritmo más rápido cuando la recordó

acercándose a él en penumbra con un pijama de Buscando a Nemo y una camiseta elástica azul de tirantes. Su polla se había sacudido violentamente cuando entró en su campo de visión.

—Leo... —susurró al llegar junto él—, Axel me ha dicho que le deje dormir con Naia. Me ha mandando un mensaje más largo que la Biblia explicándome hasta qué punto era importante para él. ¿Me haces un sitio? ¿Te importa?

—Claro, entra —dijo él sonriendo y retirando la sábana. En todo momento procuró que no se le despegara de sus atributos, porque se habría llevado una sorpresa. Estaba en gallumbos y camiseta, y era un milagro porque normalmente dormía en pelotas. Por suerte el sofá cama era tamaño americano, es decir, extra grande.

—Buenas noches —dijo ella quedándose quieta boca arriba con los brazos por encima de la cabeza.

—Hasta mañana —contestó Leo imitando su postura. Él no tenía la culpa de que le gustase coger el sueño en esa misma posición.

Después de quince minutos seguían despiertos, y eso que él era de los de cerrar el ojo y quedarse dormido al momento. Sabía que ella tampoco lo estaba por su respiración. Era demasiado rápida. Era experto en detectar si alguien dormía realmente o solo se lo hacía. Si le dieran un euro por cada chica que había intentado ese truco para quedarse a pasar la noche en su casa, sería rico. Por eso le extrañó cuando ella se giró de espaldas fingiendo estarlo y aprovechó para acercarse un poco más a él, hasta el punto de casi rozarle. Fue entonces cuando una idea cruzó por su mente. Bueno vale, más bien por su entrepierna. ¿Ella quería que pasara algo? No se lo pensó mucho y fingió un movimiento adormilado que terminó en adaptarse a su espalda. Podría vender fácilmente que acostumbrado a dormir con chicas, la había confundido en sueños con una de ellas y la había abrazado, así que lo hizo. En una maniobra que pretendió ser casual, la atrapó y se juntó a ella. Lo que no previó fue que su mano fuera por libre metiéndose en el papel y comenzara a acariciarle suavemente la tripa por debajo de la camiseta como solía hacer con sus conquistas. Ella se arqueó automáticamente al notar su contacto y cuando sus dedos se toparon con el *piercing* de su ombligo, no pudo evitar ponerse duro al momento. Estaba totalmente pegado a ella y supo por la tensión de su cuerpo que se había dado cuenta. Era el momento de la

verdad, los dos respiraban excitados y justo cuando ella comenzó a girar la cara hacia él, la puerta de la habitación de Naia se abrió.

Ambos se separaron de un salto en la oscuridad justo a tiempo para que Axel no intuyera nada cuando llegara a su lado.

—Zoe, ¿puedes volver a tu cama, por favor?

—¿En serio? ¿Con vuestros fluidos corporales?

—Te lo suplico. No puedo volver ahí dentro...

—Hay que joderse... Me debes una —masculló Zoe. “Y bien grande”, pensó Leo. Esa oportunidad había pasado de largo y ya nunca volvería. Al día siguiente, las ganas de bromear las tenía en la punta de la polla.

Terminó de ducharse después de correrse con violencia pensando en cómo habría continuado esa secuencia si Axel no hubiera interrumpido. Después de comer algo, estuvo durmiendo toda la tarde y le despertó un mensaje en el móvil. Abrió los ojos de golpe al ver que era de Zoe.

—*Me dijiste que te llamara si necesitaba algo. ¿Puedes venir a mi casa? Te necesito.*

Se pasó una mano por el pelo y pensó con rapidez. ¿Qué significaba eso? Su polla y él tenían puntos de vista distintos. Él creía que necesitaba algo de verdad, pero su amiguita opinaba que la necesitaba a ella. ¿Por qué no había llamado a Axel si fuera cualquier otra cosa? Empezó a ponerse nervioso. ¿De verdad le estaba pidiendo que fuera a su casa a terminar lo que habían empezado en Nueva York, lo que habían empezado hace diez años? ¿Cuántas veces había soñado con eso? Y ¿a dónde les llevaría? El careto de Axel al llegar a Barajas era parecido al cuadro de “El grito” de Munch, pero nunca le había visto más feliz que en esos tres días junto a Naia. ¿Era eso el amor? ¿Podría ocurrir lo imposible y que estuviera llamando a su puerta también? Sonrió como un gilipollas y saltó de la cama, no sin antes contestarle con un escueto:

—*En media hora estoy allí.*

Se acicaló rápidamente y se vistió con unos vaqueros y una camiseta azul de G-Star. Decidió coger la moto para llegar antes y aparcar justo delante de su casa.

Cuando llamó al timbre, la puerta se abrió haciendo un sonido extraño, y al llegar al rellano correspondiente encontró la entrada abierta. Se adentró en el piso con prudencia y sin saber a qué atenerse. La experiencia

le decía que se agarrara los machos.

—¿Zoe? —preguntó en voz alta.

—Estoy en mi cuarto —contestó—. ¡Ven!

Esa orden hizo que mini-Leo despertara de su letargo y estuviera atento. Llegó a la habitación del pánico y la imagen que vio superó con creces todas las demás hasta la fecha. Se quedó sin palabras, dejó de respirar. Zoe llevaba un conjunto de ropa interior negra con ribetes fucsias y una bata negra transparente abierta por encima. Unas medias del mismo tono cubrían cada una de sus torneadas piernas hasta la mitad del muslo rematándolas con un lazo.

No pensaba parpadear ni loco. Su boca generó tanta saliva que inconscientemente hizo el gesto de limpiársela.

—Hola —dijo ella con voz sensual sin mostrar atisbo de vergüenza. Se acercó a él, y apoyándole una mano en el hombro izquierdo se puso de puntillas para darle un beso en la comisura de la boca.

Si pensaba alejarse de él vestida de esa manera estaba muy equivocada. No la dejó retroceder, le puso una mano en la espalda y se inclinó sobre ella reclamando esos labios que estaban pidiendo guerra a gritos. Zoe arqueó la espalda para recibirlo y él aprovechó para cogerle la pierna por debajo de la rodilla y subirla arrimándola más a su cuerpo. Se oyó un gemido femenino y el beso se tornó exigente, rudo, apasionado.

Leo estaba conmocionado. No se podía creer lo que estaba sucediendo, ¿sería posible que ella sintiera lo mismo que él? Quería ir con pies de plomo, pero el coraje que había demostrado Zoe llamándole porque necesitaba verle, había conseguido derrumbar las barreras que solía erigir para que la chica con la que estaba no pudiera ver la menor debilidad en él. Si llegara a sospechar lo obsesionado que estaba últimamente con ella, tendría el poder de romperle en mil pedazos.

Avanzó y prácticamente se lanzó a la cama arrastrándola con él. Cuando su cuerpo se apretó contra ella notó que la tenía tan dura que le dolía. No podía esperar a poseerla.

—¿Por qué me has llamado? —susurró él clavándose entre sus piernas.

—¿Tú qué crees? —jadeó ella.

Deslizó la copa del sujetador hacia arriba sin delicadeza y ella gimió cuando pellizó con los labios uno de sus pezones enhiestos. Las manos

de ella fueron hacia su bragueta y Leo soltó un gruñido cuando acarició su pene por encima del pantalón. El deseo contenido tanto tiempo se extendió por su cuerpo como un veneno dejándole paralizado. Antes siquiera de reaccionar, ella le desabrochó los botones y tiró ansiosa de su pantalón.

Él se quedó tendido en la cama, desnudo de cintura para abajo y duro, demasiado duro, por eso cuando ella no dudó en metérsela en la boca, dejó escapar un sonido gutural.

—¡Dios!... —exclamó Leo, y vio cómo su polla volvía a desaparecer en el fondo de su garganta. Sintió un espasmo y apartó la mirada. Necesitaba distancia. Con otras chicas hasta el último estímulo visual era necesario, pero con ella... si volvía a verlo, se correría sin remedio.

—¡Para, por favor! No puedo... —dijo levantándola y rodando con ella por la cama. Comenzó a besarla y acabaron de desnudarse completamente. Estaba como loco por follársela de mil maneras distintas, pero necesitaba alargarlo, así que en ese momento le pareció perfecto estar besándose como dos adolescentes cachondos que solo piensan en masturbarse mutuamente. La humedad de sus cuerpos, las ganas, los jadeos y el olor a sexo eran el prelude de que estaban a punto de dar un paso hacia algo más.

Ella alargó una mano y abrió un cajón de la mesilla. Leo levantó la vista y vio una caja de condones. Se alegró de que hubiera muchos porque iba a necesitarlos todos para saciar su ansia viva. Ella le pasó uno y se lo puso en un periquete. Nunca follaba sin protección, era su norma más sagrada. Se colocó encima de ella y por un instante, se miraron a los ojos. Tomar conciencia de que era Zoe le hizo un nudo en las entrañas, durante un segundo, pudo ver en sus ojos deseo, pero también miedo, y se sintió absolutamente reflejado. Porque a veces, que se cumpla un sueño puede dar mucho miedo al no saber qué vendrá después. Vacío, decepción o simplemente algo tan humano como querer aún más.

Entró en ella y fue lo más alucinante que había sentido en años. Le apretó como una serpiente pitón. Sabía que iba a ser demencial, pero no que iba a tomar una perspectiva totalmente diferente a la que estaba acostumbrado al tener sexo. ¡Era Zoe! La chica en la que acababa de meterse era Zoe. Ambos gimieron sorprendidos cuando retrocedió y volvió a hundirse en ella. De repente se dio cuenta de que hacía siglos que

no follaba en la postura del misionero. Siempre era en el sofá de su casa a horcajadas, o a cuatro patas, en la ducha, en la cocina, en una silla, pero así nunca. Se sintió mareado, toda esa piel en contacto... Aquello era irreal, había tenido relaciones miles de veces y nunca, jamás, había experimentado nada parecido. Quizá esa postura le estaba perturbando demasiado... Era muy íntima, todo era excesivo, y sin saber cómo, sintió que se corría. “¡No! ¡Joder, aún no!”. Salió de ella como si le hubiera electrocutado y condujo su boca hacia el centro de sus piernas. Ella soltó un alarido de sorpresa cuando la absorbió con fuerza, lamió, mordió, y succionó profusamente hasta que poco después ella se tensó y gritó su nombre.

A Leo le gustó como sonaba en su boca. Desesperado, fiero, rendido a la evidencia de que entre ellos había un vínculo especial.

Desmadejada como estaba, le dio la vuelta y le cogió de las caderas subiéndole el culo. Cogió otro condón de la mesilla y después de colocárselo, se hundió en su humedad sin florituras.

—Hostiaputa... —dijo él agarrándose a ella para no caerse. El latigazo que le había recorrido la espalda al meterla le dejó descolocado. Ella gritó al recibirle y después le dijo: “Dame fuerte”. Fue escuchar esa frase y sus circuitos lógicos se desconectaron. Comenzó a moverse rápido y duro sabiendo que si se dejaba llevar por lo que estaba sintiendo iba a ponerse muy cerdo. Se movía como si la vida le fuera en ello mientras la atraía con brutalidad de las caderas hacia él. Estaba siendo un polvo antológico. De pronto ella volvió a correrse con un grito ensordecedor y la presión que le provocó en su miembro hizo que se le nublara la vista. Siguió hundiéndose en ella hasta lo más hondo y supo que se correría de un momento a otro.

En el instante en que un familiar hormigueo hizo acto de presencia advirtiéndole de la llegada de un orgasmo demoledor, Zoe se irguió y miró hacia atrás con un brillo salvaje en sus ojos que le dejó paralizado. Ella se dio la vuelta y volvió a tumbarse de espaldas abriendo las piernas. Ese movimiento le pareció una puta maravilla. Él se agachó y volvió a meterse en ella con un gruñido. “Joder, es increíble...”, rezó. Comenzó a besarla con devoción, todo lengua, saliva y humedad, a la vez que embestía a un ritmo lento pero contundente que fue ganando cada vez más brío volviendo a conseguir estar en el punto álgido. Le cogió las manos y

las colocó encima de su cabeza sujetándolas con las suyas. Ella subió las rodillas para que entrara más profundamente, y él jadeó en su boca hundiéndose hasta su útero. Se acercaba el final, tenía un orgasmo culebreando en la zona baja de su espalda, pero no estaba preparado para lo que sintió. Abrió los ojos de golpe cuando un rayo le partió la espalda y tuvo que apretar los dientes para soportar un placer de una intensidad sobrecogedora. Murió y se dejó caer encima de ella casi inconsciente. No era capaz de mover ni un músculo de su cuerpo.

Zoe le acarició el pelo y le encantó la intimidad del gesto. Cuando se recuperó un poco, se apoyó en sus codos y juntó sus frentes. Al terminar siempre había tenido la necesidad de irse o de que se fueran, y por primera vez, desear lo contrario le hizo sentir vértigo.

—Ha sido alucinante... —susurró él.

—Sí. Breve, pero intenso —respondió ella.

Él se avergonzó un poco ante sus palabras, pero tenía razón.

—Normalmente aguanto más, pero me has puesto a cien. Eres una diosa.

—Gracias, y gracias por venir. Ahora si no te importa... —dijo haciendo ademán de levantarse.

Leo se quedó de piedra. Sintió un frío glacial al notar el vacío que le había dejado al separarse de su lado.

—Al fin ha acabado —dijo ella aliviada—, ¡Dios! Toda esa tensión sexual durante años... ¡y al final no ha sido para tanto! Menos mal, porque pensaba que me ibas a echar el polvo del siglo y no iba a poder recuperarme en la vida —dijo sonriendo aparentemente sin acritud.

Leo sintió que se moría. Un dolor inexplicable se instaló en su estómago y quiso vomitar para expulsarlo, pero no podía. La humillación era máxima, y se volvió extrema al darse cuenta de que estaba aterrorizado porque para ella aquello fuera un final y no un principio. Segundos después, la furia se abrió paso en su sistema.

—¿¿Qué no ha sido para tanto?! ¡Te has corrido tres veces! —exclamó bajando de la cama y localizando su ropa.

—¿¿Y te extraña?! ¡Estaba cachondísima! Cuando quieres puedes ser un mojabragas de cuidado... ¡Me has estado calentando todo el viaje siendo majo y amable! ¡Pues toma! Ya tienes lo que querías, ¿contento?

Leo estaba lejos de estar contento. Le acababa de dejar arañarle el

corazón y la débil paz que habían logrado mantener se rompió haciendo un ruido estruendoso en su mundo.

—Sabía que eras zorra, pero no tanto... —escupió él.

—No cariño, aquí la única zorrilla que hay eres tú. ¿O acaso muchas veces no mandas un mensaje para pedir que alguna con cierto perfil servicial vaya a tu casa a rascarte lo que te pica?

Leo estaba atónito por lo que oía y se quedó sin habla.

—Esto es lo mismo, solo que hoy tu has sido mi putita. Un placer. Al final Axel va a tener razón... ¡Nos parecemos bastante! —exclamó rabiosa.

Terminó de vestirse en un silencio iracundo y se dirigió hacia la puerta. El portazo que pegó no sonó tan fuerte como el cañonazo de Zoe para matar la ilusión de tener sentimientos por alguien por primera vez en su vida.

En ese momento no sabía que ella estaba sollozando en su cama, arrepentida y a la vez convencida de que había hecho lo correcto. Necesitaba librarse de las garras de un amor peligroso y definitivo. Lo que había sentido al acostarse con él, había destrozado la idea que tenía del amor superándola con creces. No quería volver a experimentar jamás nada parecido. Había odiado sentirse vulnerable a sus labios, a sus sonidos, a su sabor... Si unía los últimos días a lo que acababa de ocurrir, estaría más desamparada que nunca a merced de alguien que había roto mil corazones en su vida y que no era ningún experto en intentar no hacerlo. No. No podía. Tenía que terminar con eso. Después de tenerle dentro, lo tenía más claro que nunca. Había hecho bien en establecer la guerra de un modo irremediable y para siempre.

CUANDO MENOS TE LO ESPERAS

Llegué a casa el domingo sintiéndome un puto desastre. Me alegré de encontrar a Jorge allí, necesitaba hablar con alguien, pero en cuanto vi su cara supe que las cosas solo habían comenzado a empeorar. Nos sentamos en el sofá cutre de la terraza y destripamos todo lo sucedido en los últimos días.

Se me hizo un nudo en el estómago al enterarme de que César lo sabía todo. No me fiaba de que no se lo contara a Axel, porque tal y como estaban las cosas, ese sería el último clavo en el ataúd de nuestra frágil historia de amor. Aunque era consciente de que César no era muy normal, me preocupaba lo fácilmente que había descubierto la verdad, sobre todo después de haber visto a mi hermano y olerme que investigaría a fondo todo el tema de mi boda antes de renunciar al dinero.

Jorge me contó en pocas palabras lo que había tenido que hacer a cambio de que César guardara silencio.

—¿Qué me estas contando? —dije alucinada.

—Lo que oyes. Cuando quiere algo, puede ser muy persuasivo.

—¿Cómo estás tú?

—¿Cómo crees que estoy? Se fue corriendo, no me contesta a los mensajes, no se nada de él. Le dije que no estaba listo... —se excusó.

—Te pidió un beso... quizá te extralimitaste un poco, ¿no?

—Le advertí lo que pasaría, le dije que no habría vuelta atrás, me dijo que lo quería literal... sabía que no estaba listo —maldijo.

—¿Y tú, lo estabas?

—No. —Y fue una respuesta que abarcaba todo lo que implicaba esa pregunta. Jorge, como cualquier otra persona que no fuera una kamikaze emocional, había huido de una situación que conllevara no tener la sartén

por el mango sentimentalmente hablando, y al final, se la había acabado comiendo con patatas por proteger mi secreto. Yo sabía que era un depredador sexual donde los haya, sus múltiples historias daban fe de ello, pero no quería y no podía enamorarse como los demás. Era un alma solitaria, y su universo ya era lo suficientemente complicado sin meter a nadie para desequilibrarlo, y menos a alguien como César. Aunque ahora que había terminado el caso tampoco tenían por qué verse más.

No como yo..., que al día siguiente tenía que enfrentarme con un Axel al que había herido profundamente al decirle que no quería casarme con él y dejar que pensase que era porque no le amaba. Mi corazón directamente vivía en coma desde que tuve que tomar la decisión de dejarle. Había sentido sus estertores durante la semana previa a Nueva York y durante día y medio, pareció volver a la vida por una serie de descargas con un desfibrilador neoyorkino, pero cuando Axel dejó mi cama en el piso de Jessica, ese aparato simplemente se desenchufó, catalogando ese órgano como materia completamente muerta.

Esa noche, me fui a dormir con *jet lag* y con unos remordimientos atroces, pero volví a utilizar la carta de Martina y me dormí pensando en cómo la llevaría el año que viene a su primer día de colegio completamente sana.

Axel entró el lunes en su despacho a primera hora de la mañana. Ya no temía encontrarse con Naia. Bajo su punto de vista, él era una fogata humeante. Antes de la fashion week prendió la chispa, las llamas de varios encuentros con ella incidieron en los troncos hasta crear brasas. Unas brasas que no solo no se apagaron, sino que fueron cogiendo fuerza hasta el viaje a Nueva York, donde las llamas ardieron de nuevo con una fuerza colosal, sin embargo, él le había dicho que la quería y le había propuesto (quizá no por los motivos correctos, pero sí justificados) que se casara con él en dos ocasiones, y ella había arrojado un barreño de agua helada cuando admitió que no es que no pudiera, sino que no quería hacerlo. No le quería, fin de la historia. Y lo entendía.

Desde el principio le habían advertido que Naia iba a lo que iba. Fue él el que desequilibró las cosas con sus ideas románticas, fue él el que no supo mantener su cabeza fría. Acababa de salir de un matrimonio que no le hacía feliz y quería encontrar a toda costa ese amor que perseguía, que

ansiaba, y Naia simplemente estaba ahí, colocada estratégicamente por el destino para que perdiera la cabeza. Pero al menos el fuego ya estaba controlado, era una fogata humeante, lo reconocía, todavía dolía, pero no quedaban brasas que prender con una de sus miradas, sus sonrisas, o su cuerpo. Todo estaba mojado, herido, destruido y olía a quemado, por eso pensó que lo mejor era hacer vida normal. Solo el tiempo barrería ese desastre y podría resurgir de sus cenizas. Mientras tanto, lo más adecuado ni siquiera sería fingir indiferencia, sino autoimponérsela en vez de esconderse y carcomerse por algo a lo que ya no quería darle más vueltas.

César llamó a su puerta y le hizo pasar.

—Hola colega —le saludó abatido.

—Hola, ¿qué tal lo habéis pasado en Nueva York?

Axel resopló. Como siempre, tarde o temprano se enteraría, bien por Leo, bien por él.

—Mejor no preguntes, hubo de todo.

—¿Te liaste con Naia? —preguntó intuitivo.

—Sí, pero la cosa terminó mal. Prefiero dejarlo correr. Le palmearé la espalda por su boda y a otra cosa.

—¿Podrás hacer eso? —preguntó César con un interés fuera de lo habitual—. ¿Cómo? ¿Cómo vas a alejarte de algo que te gusta mucho?

—Me ha hecho daño... Así es más fácil apartarse de las cosas. ¿Cómo te ha ido a ti en la oficina y por Madrid?

—También ha habido un poco de todo... —sonrió César melancólico—. Pero mejor tampoco preguntes. He tomado una decisión, cuando llegue Leo os la diré a los dos, prefiero decirlo solo una vez.

Axel parpadeó y se preocupó visiblemente.

—No te preocupes, no voy a morir ni nada parecido —dijo completamente serio—. Luego os cuento —se despidió abandonando su despacho.

Axel miró el reloj y pensó que Naia llegaba tarde. No es que la estuviera controlando, es que quería acabar cuanto antes con “el encuentro” y poder relajarse. Vio que César volvía a entrar en su despacho.

—Joder... —dijo preocupado mirando hacia atrás.

—¿Qué pasa?

—Naia está en la sala de reuniones con un tío que tiene pinta de poli,

debe ser un detective privado o algo así porque lleva una de esas gabardinas marrones típicas de las películas de espías —susurró César.

Axel frunció el ceño.

—¿Quién es?

—No lo sé, pero por la cara que ponía Naia, me ha dado mala espina —dijo César pensativo.

Axel se levantó de la silla para ir en su búsqueda. Odiaba su jodido complejo de caballero andante.

—Espera un momento —le cortó el paso César—, he prometido que no te lo diría, pero mi intuición me dice que es mejor que sepas ahora mismo lo que he averiguado sobre Naia y su boda.

Axel se quedó parado y no le gustó un pelo la cara de preocupación que estaba poniendo César por momentos, él nunca se preocupaba por nada.

—Cuéntamelo —le apremió.

—Será mejor que te sientes...

César procedió a narrarle a Axel todo lo que había averiguado, sin saber que su pecho se estaba oprimiendo con cada palabra que decía. La forma rápida y directa que tenía César de decir las cosas, podía golpearte como un martillo hidráulico. Las primeras tres frases ya habían vuelto su maltrecho mundo del revés: “No son pareja, él es gay, Naia se lió contigo sin saber que iba a tener que casarse, porque la hija de sus mejores amigos...”. Y el resto de la historia le dejó totalmente indispuerto solo de pensar que eso mismo podría haberle pasado a su hija. Era una lotería, y le había tocado a la pequeña que tenía Naia en brazos en la Tagliatella. Cayó en la cuenta de que ese día quizá les estuviera contando el plan y por eso hicieron semejante alboroto.

—Dios mío... —dijo Axel impactado.

—Sí, es muy gordo. Si les pillan rodarán cabezas, la primera y literalmente la de la niña.

En ese momento vieron a Naia a punto de entrar en su despacho seguida del hombre en cuestión. Estaba pálida, parecía a punto de desmayarse.

—Buenos días —dijo el hombre adelantándose a ella de mala manera—. Soy el señor Olmos, el abogado del Señor Domínguez. He venido a comprobar ciertos requisitos que son de obligado cumplimiento ante la

inminente reclamación de la herencia de la señorita Domínguez. Nos consta que es usted el futuro marido, Axel Torres, ¿es correcto?

Toda su vida pasó ante sus ojos como en las películas. Se puso de pie automáticamente y respondió con una arrogancia que no sabía de dónde había salido.

—Sí, soy yo, ¿qué es lo que quiere?

—Solo hacerle algunas preguntas...

—¿Es todo esto necesario? ¿Interrumpir nuestro trabajo a las nueve en punto de la mañana, abordándonos de esta manera? —dijo enfadado.

—Sí, es necesario. Como comprenderá no vamos a formalizar una cita para que lo tengan todo hablado y preparado. Esto huele a fraude por los cuatro costados, hace menos de un mes que se ha divorciado.

—¿Cómo se atreve? —comenzó Axel—. Naia comenzó a trabajar aquí en febrero, nos enamoramos y cuando tuve los cojones de dejar a mi mujer, me puse de rodillas y le pedí matrimonio. Es bastante fácil de entender.

—Tienen suerte de que sus versiones coincidan...

—¿Suerte? Lárguese de aquí ahora mismo —dijo Axel inflexible instándole a salir por la puerta—. Y dígame a su cliente que ya no está invitado a nuestra boda, por su acusación de mala fe hacia nosotros.

—Señor, me veo en la obligación de decirle que esta tarde procederemos a revisar su casa, para comprobar que están viviendo juntos, ya que nos consta que la señorita Domínguez vive en la calle Tridente.

—¿Pueden hacer eso sin una orden? —espetó Axel.

—¡Oh, no señor! Pero la tenemos. Una orden judicial basta cuando hay cinco millones en juego.

Axel se paró en seco. Sus cejas habían llegado al principio de su pelo.

—Anote esa reacción, para que conste —señaló César—. Él no tenía ni idea de que había ningún dinero, se casa porque está increíblemente enamorado de ella.

Él y Naia compartieron una mirada. Ella parecía estar a punto de gritar.

—Puede pasar esta tarde sobre las seis que es cuando llegamos a casa. No tenemos nada que esconder —dijo Axel reaccionando—. Naia no tiene todas sus cosas allí todavía porque comenzaremos a vivir juntos

oficialmente el día que nos casemos, nos gusta esa antigua tradición.

—¿Pero sin duda habrá algunos artículos suyos por su casa, no? — preguntó el abogado.

—Por supuesto.

—Entonces nos vemos esta tarde, y sepan que estaremos vigilando cualquier actividad sospechosa, buenos días —dijo huyendo de las posibles consecuencias de sus últimas palabras.

—¿Sospechosa? Hay que joderse... —le contestó Axel.

Cuando se volvió vio que Naia le estaba mirando y acto seguido se llevaba una mano a la boca y corría hacia su despacho. Entonces miró a César. Su amigo avanzó hacia él y le palmeó el hombro.

—Has hecho lo correcto, tío —dijo tranquilamente con una sonrisa confiada.

—Ha faltado muy poco... —replicó enfadado—. ¿De verdad no pensabas contármelo? ¿Por qué prometiste una cosa así? ¿Cómo lo averiguaste?

—Creo que eso ahora mismo es lo de menos —respondió César señalando su despacho. Naia estaba dentro hablando por el móvil, parecía consternada.

Axel fijó la vista en ella y se pasó una mano por el pelo. Menudo lío.

—Voy a hablar con ella.

—Sí, hazlo. Búscanos luego.

Avanzó hacia su despacho haciéndose cargo de lo que implicaba lo que acababa de ocurrir. Cuando abrió la puerta, escuchó a Naia despidiéndose de alguien mientras fijaba los ojos en él y los cerraba lamentándose.

—De acuerdo, dime algo luego, un beso.

Ella se sentó en una de las sillas frente a su mesa y se cubrió los ojos con las manos.

—Dios Axel... no sé cómo agradecértelo. Lo último que quería era meterte en este lío.

—Si lo piensas bien me he metido yo solito. No debí decirle a tu hermano que yo era tu prometido... solo vi que alguien se metía contigo y... quise dejarle en evidencia. Haciendo eso eché tu coartada abajo.

—No, no es así. De hecho, hacer eso ha salvado las cosas.

—¿Por qué lo dices?

—Porque si mi hermano me localizó en el hotel Le Meridien era porque me estaba vigilando, ¡estaba de espaldas a él por el amor de Dios! Y hacía veinte años que no me veía. Así que sabría que estuvimos juntos esa noche en una habitación. También sabe que mi domicilio está en casa de Jorge, de hecho, tengo la sospecha de que me sigue desde que hace dos jueves fui a Barcelona a visitar a mis abogados y le llegó la noticia de que pensaba casarme. Cuando ha llegado ese hombre he estado a punto de decir que te lo inventaste todo, pero luego he caído en que tendrán material suficiente para invalidar el matrimonio con Jorge demostrando que le era infiel contigo. Por eso me he inventado esa historia, pero pensaba que el pastel se descubriría cuando hablara contigo.

—Un minuto antes César me lo ha contado todo, lo de tu herencia, que Martina necesita operarse...

—Sí, Martina es la niña que conociste en la Tagliatella. Mi ahijada.

—Lo sé —respondió Axel—. ¿Tu sabías que César lo sabía todo?

—Sí, me lo dijo Jorge anoche.

Axel sintió una decepción terrible.

—Que no me lo cuentes tú tiene un pase, pero que no me lo cuente mi amigo es preocupante. ¿Por qué coño le prometió no contármelo? ¿A cambio de qué? ¿Qué es más importante que yo? Me gustaría saberlo —inquirió enfadado.

Naia cerró lo ojos guardando silencio. Él empezó a cabrearse de verdad.

—Vale, no me lo digas, tampoco esperaba sacar ni una mierda de ti.

—No me corresponde a mí contestar a eso —se defendió ella.

—Sin embargo, lo sabes. No sé qué he hecho para que la gente no confíe en mí —dijo angustiado.

—Lo siento mucho Axel, no quería que esto pasara, de verdad.

—Ya lo sé, lo dejaste bastante claro en Nueva York —respondió atormentado—. Pero ha pasado y hay mucho en juego. No voy a dejar que una niña muera si yo puedo hacer algo por evitarlo.

—¿Aunque tengas que estar casado conmigo y dar explicaciones a tu familia, a tu hija, a tu exmujer? —dijo Naia haciéndose cargo de los problemas que traería la situación y siendo consciente de que ahora mismo no tenía la mejor opinión de ella.

—De todas formas ya me había ofrecido sin saber lo que pasaba... y la

gente que me quiere bien, lo respetaré. Pero no te preocupes, las cosas van a ser muy distintas a la propuesta anterior —dijo serio.

Naia parecía desolada. Pero al momento le escoció darse cuenta de que no era por lo que acababa de decirle.

—Hay una cosa más... —comenzó cautelosa.

—¿Y por qué creo que no me va a gustar? —preguntó Axel resignado.

—Los cinco millones. En cuanto nos casemos van a ir a tu nombre... no al mío. Esas eran las condiciones de mi padre. Básicamente quería comprarme un marido y la única obligación es que vivas conmigo un año. Supongo... que puedo confiar en que le des el millón que necesitan a mis amigos, ¿verdad? —dijo en tono culpable.

Todo lo demás había sido una bomba que debía encajar de repente en su vida, pero esa frase... Le derrumbó por completo. Al momento lo entendió todo. No es solo que no confiara en él, es que no le conocía, no le veía como persona. El desengaño que sintió fue cinco veces peor que el que se llevó cuando pensó que había sido su cana al aire, al menos ahí tenía claro que le gustaba, pero esto... era la gota que colmaba el vaso.

—¿Supones?! —gritó furioso.

Ella puso cara de arrepentirse de lo que acababa de decir, pero no le consoló.

—¿Cómo que supones?! ¿Te acuestas con un tío al que crees capaz de hacer una cosa así?

—Sé lo que el dinero le hace a la gente... —intentó explicarse Naia.

—Pues te has equivocado conmigo. ¡Y no me toques los cojones porque lo mando todo a la mierda! —gritó él saliendo por la puerta airado.

Fue directo al despacho de Leo. Su amigo acababa de llegar y no podía continuar hablando con Naia en ese momento, suficiente tendría con verla en casa. Joder, y luego en el trabajo. Pensó que buscaría una solución para eso, una reubicación o lo que fuera, todo aquello era demasiado. Entró y cerró la puerta tras de sí.

—Leo... —pidió Axel amargado—, joder, alégame el día, todo está yendo de mal en peor...

De repente se paró en seco y buscó a su amigo porque no estaba allí. No estaba en esos ojos que le miraban, ni en esa boca que no le sonreía. Si pensaba que el día no podía empeorar...

—¿Qué te pasa? —preguntó alarmado.

—Os lo cuento, pero después no quiero hablar más del tema, con ninguno... —dijo mirando a Axel.

—Nunca te había visto así, dilo ya —dijo César inquieto.

—Ayer me acosté con Zoe. Después todo se fue a la mierda, se comportó como si... Me jodió vivo. Me dijo que... No importa. Me equivoqué. No pienso perdonarla nunca más, ¿estamos? —soltó Leo con una voz irreconocible para ellos.

Ambos se quedaron perplejos. Asintieron quedándose sin palabras al entender lo que significaba que estuviera tan jodido.

—Joder, menudo panorama... —lamentó Axel derrotándose en una silla.

—Le he contado lo que ha pasado con Naia —intervino César.

—Ya ves —le sonrió angustiado a Leo—. Voy a casarme con ella... Lo que no sabéis es que ya se lo propuse en Nueva York —dijo dolido—. Me dijo que tenía que estar casada un año, y que Jorge era su mejor amigo, y me ofrecí porque quería estar con ella...

—¿Qué dices?! —exclamó Leo saliendo de ese tono de cementerio.

—Pero me rechazó.

—Joder... —terció César alucinado.

—Sí..., y ahora me acaba de soltar una perla que... —Se le quebró la voz y finalmente se quedó callado.

Leo le mantuvo la mirada y vio furia en ella. Vislumbró el momento exacto en que tomaba la decisión de volverse de hielo lanzándole a él la proposición de hacer lo mismo ante el mal de amores.

—Lo mejor que podemos hacer es montarte una despedida digna de Resacón en las Vegas —dijo Leo cabreado.

—¿Puedo contar con vosotros para ser testigos?

—Claro —afirmó César. Leo puso cara de “la duda ofende”, pero después entrecerró los ojos y notó que estaba evaluando con preocupación hasta qué punto estaba afectado. Solo por eso, se le humedecieron un poco los ojos.

—Cuenta con nosotros —confirmó Leo—. Nos tienes para lo que necesites.

—Gracias —contestó Axel conmovido—. Os voy a necesitar.

Un silencio triste se adueñó de la estancia.

—Ahora que estamos todos, yo también tengo algo que deciros —dijo

César procediendo a contarles la decisión que había tomado.

Media hora después volví a mirar hacia el despacho de Leo. Seguían allí. Parecían enfrascados en una conversación seria, quizá estaban decidiendo si echarme a la calle o no, aunque ahora mismo ese no era el mayor de mis problemas, casi sería un alivio.

Jorge me escribió un WhatsApp avisándome de que estaba entrando a las oficinas. Coincidió que tenía el día libre y tras contarle lo ocurrido, le dije que hiciera una maleta mía con objetos personales para dar a entender que vivía en casa de Axel de cara a la visita de esa tarde. Él quería acercarse a la oficina porque quería hablar con César, ya que le había sido imposible localizarle.

Entró en el despacho y se quedó mirándome sorprendido al ver mi cara demacrada.

—Naia... —dijo abriendo los brazos. Corrí hacia él y comencé a sollozar sin remedio cuando me envolvió—. No te preocupes pequeña, todo saldrá bien ¿vale?, lo siento mucho.

—Me odia... estamos fatal, la he cagado. Todo esto es una puta locura —sollocé contra su pecho.

—Tranquila, se le pasará, confía en mí. Lo importante ahora mismo es Martina, piensa solo en ella, ¿vale?

Asentí intentando apartar las lágrimas a manotazos y en ese momento Leo entró en el despacho con cara plana e indiferente sin inmutarse lo más mínimo por mi estado.

—Hola tío, ¿todo bien?, me alegro por ti —dijo de carrerilla sin apenas mirar a Jorge y alzando la mano hacia mí—. Toma, las llaves del piso de Axel, me ha dicho que ya sabes donde está el garaje, puedes meter tus cosas por ahí para la visita de esta tarde.

—Gracias... —dije con la voz rota mientras veía cómo se alejaba fríamente de nuevo sin decirme nada más.

—Leo —le interceptó Jorge antes de que llegara a la puerta.

Éste se paró, pero ni le miró ni le contestó.

—¿Dónde está César? ¿Puedes decirle que quiero verle?

—César se ha ido.

—Hace un momento estaba aquí —dije.

—Pero cuando le ha visto entrar se ha ido, y no va a volver, al menos

en un tiempo. Se ha ido a casa de sus padres, está a las afueras. Va a estar allí estudiando para el examen de acceso externo a Inspector de policía que es en menos de un mes.

—¿Qué coño dices? ¿Quiere ser Inspector?

—Sí, dice que ahora aquí se aburre.

—¡Son setenta temas! ¡Es imposible!

—¿Solo? ¡Ja! ¡Pues a ese mariconazo le va a sobrar tiempo! —dijo con una sonrisa escalofriante— El examen son cien preguntas tipo test y el cabrón tiene memoria fotográfica, con leérselos tiene más que suficiente.

—¿Vendrá a la boda? —preguntó Jorge desesperado.

—Sí —admitió Leo de mala gana—. Y ahora si no te importa... Buenos días, agente.

Leo, o lo que parecía ser su cuerpo poseído por algo maléfico, desapareció por la puerta y me pregunté qué le habría pasado para que sus ojos se apagaran de ese modo. No me gustaba nada ese Leo, era como un superhéroe que al volverse malo usaba sus poderes para torturar a los demás. Su zarpazo hacia mi amigo no me había pasado inadvertido. Mariconazo. Estaba claro que se olía algo de lo que ocurría entre ellos.

Jorge se quedó pensativo y se pasó una mano por el pelo. Estaba afectado por la nueva información. Tenía una inquietud en la mirada que me preocupaba, todo se estaba desmoronando por momentos. Cerré los ojos y maldije aquel lunes en el que parecía que la vida de todos acababa de hacerse añicos.

EPÍLOGO

Naia se encerró en el baño de las oficinas. Había notado que Jorge necesitaba un momento a solas, y ella otro. Se sentó en la tapa del retrete y comenzó a mover las piernas nerviosamente mientras se mordía los labios. De repente, le llegó un WhatsApp al móvil, y cuando vio que era de Axel se temió lo peor.

—Cuando dejes las cosas en mi casa deja las llaves dentro. Tampoco hace falta que estés allí cuando revisen el piso, ya me inventaré algo. Ah y otra cosa, en cuanto te venga la regla avísame, quiero irme quitando problemas de encima.

Mierda.

Joder, lo había olvidado por completo.

Aún quedaban unos días para saberlo, pero confiaba en no tener tan mala suerte. Ya estaba todo suficientemente patas arriba como para afrontar algo así. Iba a casarse con su jefe, con el hombre que amaba, con alguien que le odiaba... Su vida estaba a punto de convertirse en un infierno.

Jorge se sentó en la silla de Naia. Saber que César se había marchado en cuanto le había visto, le estaba ahogando en culpabilidad. “¿Pero qué coño he hecho?”, se lamentó. De algún modo, Leo se lo había advertido en su casa, César tenía problemas emocionales, y desde que le conoció solo había tratado de desestabilizarle... Y por lo visto, con su último numerito lo había conseguido. Subió una mano a sus ojos y se apretó con dos dedos los lagrimales. Chasqueó la lengua y tuvo la sensación de haber perdido algo muy importante.

Axel guardó su móvil en el bolsillo y lamentó haber sido tan mezquino en el mensaje que acababa de enviarle a Naia. Pero estaba cegado por la furia. Iba a tener que compartirlo todo con ella. La casa, el despacho y

puede que un hijo en camino. Resopló y una pena fría se instaló en su estómago, dura, hiriente, como la realidad cuando te la encuentras sin buscarla. Iba a ser su mujer... Puede que se hubiera ofrecido a casarse por las buenas, pero no sabía si estaba preparado para hacerlo por las malas.

Zoe se pasó el lunes sumida en la oscuridad de su habitación, como una niña que estuviera castigada. Cuando fue al baño, lo hizo sin encender la luz. No quería que ninguno de sus sentidos absorbiera nada nuevo. Solo quería rememorar la tarde anterior para almacenar recuerdos que atestiguaran que aunque solo fuera una vez, amó de verdad.

Leo se pasó el lunes con los ojos abiertos, mirando mil cosas, pero no viendo ninguna en absoluto, y César salió de las oficinas y se desconectó del mundo como sólo él sabía hacerlo.

No te pierdas la segunda parte

La droga dura II



INTENTA DEJARLA

SOBRE EL AUTOR

Anny Peterson nació en Barcelona en 1983. Estudió Arquitectura e hizo un Master en Marketing, Publicidad y Diseño Gráfico. Actualmente vive con sus hijas y su marido en Zaragoza.

Lectora acérrima del género romántico en todas sus versiones: contemporáneo, juvenil, histórico, y policial. Devoradora de series y películas, y adicta a la salsa boloñesa.



www.ladyfucsia.com